





EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(HÉROES Y DIOSSES, LIBRO III)



EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(HÉROES Y DIOSES, LIBRO III)

2ª EDICIÓN

JAVIER CORTINES

Liber
Factory

© 2020 EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN
(HÉROES Y DIOSES, LIBRO III).

Segunda edición: Noviembre, 2020.

© Autor: Javier Cortines

ISBN: 978-84-xxxx-xx
Depósito legal: M- © 2020

Editorial: Aebius

Retrato de portada: Atlas Hespérides. Autor: Julio Mateos Montero (www.materia-y-fantasia-pedagogicas.es)

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del copyright.

Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo esta:

El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas

menguan, y, con todo esto, vivo con el deseo que

tengo de vivir y de que se me volviera a dar la vida.

Pero si está decretado que la haya de perder,

cúmplase la voluntad de los cielos.

Miguel de Cervantes



A mi hija Asia Sofia

Que pintó sus sueños de azul

Y volvió a nacer en la espuma del mar



*Si lloras porque se oculta el sol
Las lágrimas te impedirán ver las estrellas*

R.Tagore



PRÓLOGO
HÉROES Y DIOS
LIBRO III
DEL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

*"Si uno puede penetrar en la vida de otra época, está
penetrando en la propia vida"*

(T. S. Eliot)

En tiempos remotos, tan lejanos que la memoria ni alcanza a encontrar su huella, los seres humanos adoraron a fabulosos y omnipotentes dioses, pero, sin que se sepa bien por qué y cuándo, las deidades dieron en imitar la conducta de los hombres y cayeron en la tentación del travestismo antropomórfico. Hasta hoy. Desde entonces reina una atroz confusión entre dioses y criaturas terrenales al punto de que uno debe andarse con mucho cuidado a la hora de hablar con otra persona porque siempre se ignora la esencia que se esconde tras la viva máscara de tu interlocutor. La humanización de los dioses y la divinización de lo humano acarrió un nuevo encantamiento e incluso permitió a algún audaz filósofo teutón declarar solemnemente la muerte de Dios. Ante tan severa afirmación los implacables y odiosos guardianes de la ortodoxia monoteísta rearmaron a sus huestes con los ejercicios de genuflexión argumentativa propios de las religiones de un solo libro y de un solo Dios. Ahora, en esta tercera parte, Fritz vuelve a vivir en Atenas, después de un intenso y acciden-

tado periplo por Egipto. Da paso, pues, el tercer libro de esta trilogía a las evocaciones y los reencuentros: la azulada casa de sus ocios y amores, la taberna Odiseus regentada por Antínoo (eficaz e insustituible administrador de oinujo y amistad), la acrópolis, el Pireo, las calles, el agora, la frecuentación de sus amigos, la de sus amantes (también ambiguamente humanas-divinas como él mismo), los fugaces diálogos con Platón... Todo ello configura una geografía novelesca que se compone de tres topografías que se interseccionan: el lugar privado del placer, el descanso y la meditación (la casa y la taberna), el espacio público de realización de las efemérides y hazañas del robot, y el supraespacio mitológico y divino que todo lo envuelve.

Aunque, a decir verdad, el autor de esta novela, cuentista redomado, no respeta más mandato espacio-temporal que el que dicta su hirviente imaginación y es ésta la que hilvana un fantástico relato donde seres humanos y divinos trenzan situaciones y aventuras sin límites. De este modo, el lector tan pronto se convierte en espectador de singulares combates con dioses o seres infrahumanos como asiste a reflexiones filosóficas, expansiones poéticas y monólogos interiores del autor y su alter ego. Todo ello, por lo demás, sazonado con una prosa poética en la que resuenan los ecos de la mejor y más añeja música de la mitología griega y los textos fundacionales de la épica helena de los Hesíodo, Homero y otros. El resultado final es una trama narrativa que, manteniendo las convenciones del relato legendario, al estilo de la Odisea, sin embargo, deviene en una literatura superadora del género tradicional y se llena de intertextos, salidas por la tangente, ucronías y realismo mágico de gran efecto (por ejemplo, el rescate y sustitución de las cariátides, el engaño de Atlas, etc.). La capacidad de crear realidad con las palabras cobra sustancia en esta novela a través de los epítetos de sabor clásico (por ejemplo, "vinoso ponto") y otros apelativos de indudable poder performativo (así, cuando Fritz abandona su obligación de alimentarse

exclusivamente de olivas y vino y se convierte en Omnívoro Sin Remordimientos, o cuando su esclavo es bautizado como Animal Sin Derechos, o cuando designa al procaz mulo de su criado como Espasmos).

La vida de Fritz, el robot, "un ser único", es la odisea del yo como autoconstrucción para evitar un destino aciago: la muerte voluntaria (si deja de ingerir aceitunas y vino) o la inmortalidad. Carece, pues, de la posibilidad de la muerte natural de los seres terrenales. Es personaje fronterizo y extranjero, un auténtico meteco en la dorada Atenas de Platón, que, por lo demás, gusta vivir al margen de la sociedad "a orillas del río Ilisos" y que a menudo debe cargar con los pesados "cestos de la decepción". Pero del retrato novelado se podrían destacar tres caracteres: la astucia, la insolencia y el amor (al amor y al conocimiento). El robot es un ser sumamente inteligente y sobresale en todo momento la hábil astucia que le hace semejante a Ulises y, como buen discípulo de Platón, la fina ironía. Con ambas armas derrota a enemigos poderosos, tanto mortales como inmortales. Se diría que en él reina la astucia de la razón. Empero, la insolencia, su segunda virtud, ante todo y ante todos inclina a Fritz hacia la rebeldía; su atrevimiento será proverbial en las artes de la seducción de las diosas de la belleza, mortales e inmortales, que endulzan su vida terrestre. Y es que el amor a las hermosas mujeres constituye la tercera cara de su personalidad. Y aquí la pulsión erótica se une a la pasión por el conocimiento, pues toda la aventura vital del infeliz androide, vencedor de mil batallas, estriba en conocerse y conocer el mundo. En el canto al amor mundano, a la vida buena y al saber brillan algunas de las mejores páginas de esta, por otra parte, divertidísima novela (léase, con el regocijo que merece la visita de Fritz a los infiernos donde pone los cuernos a su responsable con la complacencia de Perséfone, quien atribuye a la infidelidad marital la condición de derecho humano; no menos surrealista, irreverente y graciosa es su ascensión al Olimpo, donde estalla la traca final de la narración).

La historia de Fritz, el robot que amaba a Platón, es digna de ser recordada, ya que el autor, cual encarnación del último griego, nos renueva y refresca la visión dejando en nuestras manos el milagro, siempre renovado, de la recreación, mediante la placentera e impactante lectura del tesoro narrativo que refulge en las páginas de esta espléndida novela.

Alceda-El Sardinero (Cantabria), abril 2011

Raimundo Cuesta¹

¹ Nacido en Santander (España) y formado en la Universidad de Salamanca, Raimundo Cuesta es profesor y doctor con premio extraordinario en Historia, especialista en historia de las disciplinas escolares y en la crítica de la escuela como institución. Premio Nacional a la Innovación Educativa y cofundador de los grupos Cronos y Fedicaria, plataformas de pensamiento crítico que han tenido una marcada relevancia en los últimos treinta años. Director de proyectos de investigación académicos sobre historia, memoria y didáctica crítica en España y en algunos países latinoamericanos. Colaborador y asesor de varias instituciones culturales y universitarias de España y América latina, dirige sus esfuerzos intelectuales a una renovación y replanteamiento de las perspectivas críticas en el campo de la educación y la cultura.

I

No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que me sentí feliz cuando divisé el puerto de El Pireo. Tampoco me arrojé para besar la tierra que me vio nacer. Todo lo contrario: tuve que hacer un gran esfuerzo para contener el llanto y no lanzarme al mar para ver si tenía la suerte de que Poseidón me atravesara con su tridente. ¿Había regresado más sabio? ¿Había aprendido los conocimientos que verdaderamente son útiles y hacen al hombre hombre? Dudo que así sea. Más bien sentía un vacío que me ahogaba la garganta y me apretaba el corazón.

Como podréis imaginaos ¡Queridos mortales e inmortales! Antínoo no me reconoció cuando llegué a la taberna Odisseus vestido con un faldellín, los ojos pintados con kohl y una expresión tan demacrada en el rostro que se diría que nunca había tenido en mis brazos a Afrodita, sino a la Noche, madre de la muerte y el caos.

—Sírvenme dieciocho copas de oinujo, estoy más seco que una paja²—ordené a Antínoo nada más sentarme en mi mesa favorita.

El tabernero debió pensar que era un fantasma, pues al mirarme parecía que no veía nada, como si fuera invisible.

² “Sírvenme dieciocho copas de vino, estoy más seco que una paja”: era una expresión utilizada con frecuencia por los antiguos egipcios cuando tenían mucha sed. Aquí el autor sustituye “vino” por “oinujo”.

—¡Antínoo! — grité—. ¿Todavía no me has reconocido?

Mi amigo me estudió minuciosamente, se puso a temblar y dijo:

—¡No es posible! ¡No es posible! ¿Acaso eres el espíritu de Fritz y regresas del Hades para atemorizarme y acabar con la poca paz que me queda?

Luego se acercó hasta tocar casi su nariz con la mía, me observó los ojos con incredulidad, perplejo, y exclamó:

—¡Ay, no me lo puedo creer! Sí, eres tú. Todos te dábamos por muerto. Tu amor hacia el peligro y la insensatez, nos hacían pensar en lo peor.

Tras palparme la cabeza y la cara con sus tentáculos, gritó, todavía con más fuerza:

—¡Levántate, amigo del alma! ¡Dáme un abrazo que llevo esperando este momento una eternidad!

Y, con una sonrisa que llevó ánimo a mi corazón, me erguí y nos abrazamos con tanta fuerza y entusiasmo que su cara se puso roja, congestionada, pues no supe controlarme y estuve a punto de asfixiarle con mis hercúleos brazos, regalo de un padre y una madre de cuyo nombre no quiero acordarme.

El pobre Antínoo no tuvo más remedio que defenderse con un fuerte pisotón en los desnudos dedos de mi pie derecho que se retorcieron cual pequeñas ramas del sin huesos³. Como es lógico, le aparté con delicadeza para que no se convirtiera en un muerto y, para calmarle, abrí un hueco de aire tan amplio entre los dos, que incluso la voraz gaviota de dorso ceniciento podría atravesarlo sin rozarnos con las negras penas que rematan sus azuladas alas. Mi amigo hizo un gesto para agradecerme —supongo—el refinado comportamiento que había adquirido en Egipto y, apoyándose en una columna

3 Rama, dedo. El “sin huesos”, el pulpo. Ver Hesiodo “Trabajos y Dias”.

de madera, empezó a respirar profundamente. Cuando sus mejillas adquirieron un color casi normal, parecido al de las personas que nunca han trabajado, me miró, como si de repente tomara conciencia de su destino, y me dijo:

—¡Ay, Fritz!—recuerda que mis miembros son frágiles como los de un recién nacido y que sólo aguanto el contacto de hermosas doncellas de orondos y altos senos que se pegan esponjosamente a mi pecho. Así que, por favor, ten presente en tu mente que soy débil y muéstrame tu afecto con comedia ternura.

—¡Basta ya de simplezas! ¡Antínoo! Las mujeres se acercan a ti porque creen que escondes una fortuna bajo los ladrillos de tu bodega. Olvida tus fantasías y tráeme más oinujo y unas aceitunas, las más grandes que tengas. Luego siéntate aquí y cuéntame lo que ha pasado durante mi ausencia.

Antínoo desapareció unos instantes, luego vino con una bandeja con una botella de oinujo de Tartessos y un plato con verdes, sabrosas y palpitantes olivas que me recordaban a la mar y a las sirenas de cabellos de algas que cubren caprichosamente sus irisados y anacarados hombros de contornos lunares.

Cuando se sentó a mi lado, brindamos por nuestro feliz encuentro y le dije:

—Habla, amigo, estoy sediento por conocer noticias del Ática ¿Ha pasado algo importante durante mi ausencia?

Antínoo guardó silencio, se acarició la barbilla y me preguntó:

—¿Te acuerdas de Quirón? El caballo de tu criado Filemón.

—¡Claro que sí! ¿Qué ha pasado con él?

—Pues ha tenido un burdégano con la burra Dana. El animal, que ha salido rarísimo: con la cabeza del padre y el cuerpo de la madre, está insoportable. Tiene unos niveles altísimos de testosterona y no hace más que buscar relaciones

antinaturales, lo que ha provocado ya varias quejas en tu barrio. Para colmo Filemón se niega a castrarlo. Ese engendro bifronte le hace gracia y lo trata a cuerpo de rey. ¡Fritz, deberías hacer algo! No permitas que la mala reputación de los criados alcance a sus amos.

Dí un sorbo despacio, saboreando los ardientes aromas de aquel delicioso oinujo, y contesté:

—Antínoo, deberías emplear más tiempo en cultivar tu mente. No se dice bifronte, sino centauro.

—Perdóname —contestó—, ya no me acordaba que estaba con un discípulo de Platón.

—Olvida lo que te he dicho. No intentaba ser pedante contigo. Dejemos los asuntos domésticos para otro momento. ¿Cómo está Clítia? ¿Se encuentra bien? ¿Viene por aquí alguna vez?

El mesonero, sorprendido por mi indiferencia ante cuestiones que él consideraba importantes, me contestó con desgana, como obligado:

—Pues sigue haciendo la misma vida. De vez en cuando celebra fiestas en su casa a las que suele ir Platón. De sus deslices amorosos no sé nada. Algunos dicen que ya ha estado en la cama con media Atenas y otros que se ha convertido en una hetaira pura y virginal que hace frecuentes visitas al templo de Afrodita. En verdad, nadie sabe lo que ocurre dentro de los muros de su patio excepto, claro, sus invitados más íntimos. Alguna vez ha venido por aquí y me ha preguntado si sabía algo de ti. Justo hace una semana apareció por el Odiseus y me dijo, preocupadísima, que el faraón de Egipto había sido asesinado y que el nuevo Rey había mandado borrar en todas las estelas de granito el nombre de su predecesor. Como aquí llegaron noticias de que un griego había sido nombrado gran visir por Neferites, Clítia, no sé por qué, intuyó que ese personaje eras tú y que, debido al magnicidio y al cambio de trono,

habías caído en desgracia. Temía por tu vida y me insistió en que no dejara de mirar hacia el puerto porque —aseveró— si tú no aparecías en un mes, lo más seguro es que ya estabas causando placer a los vientres de los cocodrilos, comedores de tráfugas y prófugos. Maldijo también a ese Nectanebo que se unció la doble corona. En un ataque de ira arremetió contra todo tipo de monarquía. Se burló —repito sus palabras— de los monos y las monas que se ciñen la corona de Zeus y emuló a Momo al referirse a las personas que se inclinan, como babosas cuesta abajo, ante la realeza. Hizo alarde de un lenguaje tan hiriente y lúcido que provocó un ataque de risa a su jovencísimo acompañante Aristóteles. Por cierto, ese muchacho se cree muy importante, pero no es del agrado de Platón. Clítia es bella, culta y atrevida, sólo tiene un defecto: creo que es demasiado lasciva y lo mezcla todo: el vino, el sexo y la política.

En ese momento le lancé una mirada de reproche y él, que empezó a guiñar rápidamente el ojo derecho con un nuevo tic nervioso, me dijo:

—Perdóname si te he ofendido, ya sabes que la mayoría de mis clientes son pescadores, y los hombres de la mar siempre hablan con franqueza.

Después, al notar que ya no tenía ganas de conversar y que había clavado mi mirada en los barcos y en el horizonte, alzó su cimbia⁴ para volver a brindar y continuó:

—Fritz, ya he soltado las palomas mensajeras. Supongo que Filemón vendrá de un momento a otro.

—¿Quién? ¿Kamufet?—le pregunté inconscientemente.

—Parece que estás drogado, querido Fritz. ¡Despierta! ¡Estás en El Pireo! ¡Estás a salvo! ¡Sonríe! Al menos, da alguna muestra de felicidad. Estamos entre viejos conocidos, no

⁴ Cimbria: Copa pequeña.

es necesario que te bebas una tinaja de oinujo para que sonrías, seas simpático y confieses que quieres ver a todos tus amigos.

Nada más pronunciar esas palabras apareció Filemón quien, tras atar como un relámpago a su caballo y el mío, vino corriendo hacia a mí, se arrodilló y me cogió una mano para besarla.

—¡Para! ¡Para!—le reprendí gritando—. Como vuelvas a actuar de esa forma, te despido sin contemplaciones.

Filemón empezó a llorar a raudales y yo, conmovido por mi crueldad, le puse una mano sobre el hombro y hablé así:

—No te tomes en serio mis palabras. Sólo quería decirte que, aunque seas un esclavo, debes actuar siempre como un príncipe. Veo que has traído a Arión. Pensaba que ibas a venir con el burdégano.

—Ya te ha hablado Antínoo de Espasmos ¿No? Seguro que no te ha dicho nada bueno de él. La gente no entiende de animales domésticos, excepto de las vulgares gallinas que sólo ponen huevos. Mi burdégano es sorprendente: cuando tiene que dormir está despierto y cuando tiene que trabajar descansa ¿No te parece extraordinario? Me han querido pagar una fortuna por él pero no quiero venderlo. Ya verás cuando lo veas. Jamás olvidarás una cara y una figura como la suya.

Antínoo hizo un gesto de burla y me preguntó si quería más oinujo.

Yo, que ese día quería llegar ebrio a casa, le agradecí el ofrecimiento y levantándome, cual halcón alza el vuelo, me dirigí hacia los caballos. Arión abrió los ojos y fingió no reconocerme pero yo, que empezaba a conocer a los hombres y a los dioses, le acaricié la frente susurrándole unas palabras al oído. Entonces, el equino empezó a piafar y se elevó sobre sus patas traseras para darme la bienvenida. Contemplé, con

el fondo de un cielo azulado, su magnífica estampa, que nada tenía que envidiar a la de su homónimo⁵, y quedé deslumbrado por el resplandor de su negrísima piel y los blanquísimos jirones de sus crines y cola que se movían, cual yerba junto al mar, a merced de las últimas ráfagas del viento boreal.

Giré la cabeza y, dirigiendo una mirada a Filemón, le dije:

—Dame las llaves de la Casa Azul. No necesito que me acompañes. Mañana hablaremos con calma. Ahora quiero estar sólo.

—¡Pero amo!—exclamó Filemón—, déjame ir detrás de ti, aunque sea a un estadio de distancia.

—Otra vez será, ahora quédate aquí y toma con Antínoo una jarra de vino en mi honor.

Mi criado se comunicó telepáticamente con el tabernero —me imagino que para desaprobar mi conducta— y me entregó las ramas de bronce.⁶

Monté sobre Arión y, al instante, me torné poderoso. Ver las cosas desde una altura, por pequeña que sea, y encima cabalgar sobre una bestia, te convierte repentinamente en un ser superior e invencible. A todos nos gusta experimentar, aunque tengamos repugnancia por las guerras, lo que sienten los héroes y los dioses.

—¡A casa amigo!—le grité a Arión—, y pronto me ví galopando sobre una nube de polvo.

Paulatinamente empecé a formar parte de la musculatura y la respiración del animal y por unos instantes me olvidé de todas mis preocupaciones. El viento me golpeaba en la cara y me hacía sentir que estaba vivo. Primero atravesamos los

⁵ Arión: (“El mejor”, “El más fuerte”) era un fabuloso caballo alado que se hizo célebre en la guerra de Los Siete contra Tebas (Sófocles y Esquilo). Tenía el don de la palabra y la inmortalidad. Con él, Heracles conquistó la ciudad de Arcadia.

⁶ Llaves.

Muros Largos y después la Puerta del Dipilón. Cuando divisé la Acrópolis, mi corazón me dio un vuelco y sujeté con fuerza las riendas de Arión. Este comenzó a trotar con suavidad por las callejuelas de Atenas y, como si estuviera siguiendo las huellas de mi destino, se detuvo frente a la tienda en la que antaño compré un quitón a Clítia.

—¡Para! —le ordené—, y entré en aquel lugar donde el dueño cosía un trozo de tela roja sentado sobre un taburete.

Me fijé en su rostro y no pude evitar concentrarme en la enorme excrescencia de su nariz. Cuando acusó mi presencia, dirigí mi mirada hacia las túnicas que había colocado cerca de la puerta y me llamó la atención un quitón dorado que se vendía junto a unas sandalias del mismo color. En ese momento noté que mi cara se ponía roja y se aceleraron los latidos de mi corazón. Sin pensarlo dos veces, compré el conjunto sin preguntar el precio y, dando un salto olímpico, volví a montarme sobre Arión. Mis manos se movían solas y el caballo las obedecía. Yo no hacía nada, eran ellos los que estaban marcando la ruta, cual timonel que conoce las mejores calas. Cuando me vi ante la portada de la casa de mi querida hetaira, me bajé del caballo y coloqué delicadamente la túnica dorada y las sandalias sobre un saliente de piedra que estaba a media distancia entre las esculturas de Afrodita y Atenea. A ese adoquín le había dado yo el nombre de clítoris, pues siempre que ponía algo allí ocurrían cosas extraordinarias. Después reanudé el camino hacia la Acrópolis, esta vez con las ideas más claras, y no paré hasta que llegué al repecho de la segunda línea de la cintura de la colina. Primero llevé a Arión al establo de Filemón y, aunque noté un ruido raro en un cubículo de adobe, no quise mirar al burdégano, cuyos ojos me observaban a través de dos agujeros.

Tras asegurarme que todo estaba en orden, crucé la calle, subí unos codos cuesta arriba y me encontré con mi casa. La visión de la puerta me tranquilizó y metí la llave, con un ex-

citante nerviosismo, en la cerradura con boca de pez. Otra vez tenía la sensación de que atravesaba el umbral de un templo ¡Bienaventurados los que tienen un techo bajo el que dormir! Aunque había entrado en mi propiedad me sentía como un ladrón —no se por qué— y empecé a andar con el máximo cuidado para no hacer ruido. ¡Qué te pasa Fritz! me dije a mi mismo en voz baja obligándome así a entrar de una vez por todas en la realidad. Ahora comencé a pisar fuerte y, asumiendo un control total sobre el entorno, me dirigí al cuarto de baño, abrí los grifos de la ovalada bañera con patas de león y me deleité al comprobar que el agua termal salía a una temperatura ideal. Encendí varias velas en sus respectivas palmatorias, esperé hasta que la pila se llenó hasta los bordes, me desnudé y me introduje en aquel acuoso y cálido vientre femenino tras abrir de par en par las ventanas de la estancia. Por la apertura rectangular vi como aparecían las primeras estrellas y en el cielo empezó a arder la llama de la antorcha de Artemisa, quien acababa de uncir sus blancos bueyes a su carro de plata. Sumergí la cabeza en el agua durante un rato, me puse las palmas de las manos sobre los ojos e intenté relajarme para alejar de mi cualquier idea de suicidio ¿Si algunos hombres sobreviven y son felices por qué no puedo intentar parecerme a ellos? Con esta pregunta empezaron a pasar por mi mente pensamientos-nubes que me envolvieron y me llevaron hasta las fuentes de un manantial donde una diosa me ofreció un vaso de agua que al probarlo me despejó al instante todas las dudas que albergan los mortales acerca de la existencia. ¡Ya sé por qué vivimos! ¡Ahora todo tiene sentido! ¡Qué estúpido he sido! ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Feliz con mi descubrimiento, que inmediatamente se me olvidó, abrí los ojos y empecé a contemplar los dibujos de los mosaicos de las paredes.

Ahora que empezaba a desarrollar mi personalidad, lo que conlleva ir haciéndose con un criterio propio, ya no me agradaban los mosaicos que adornaban las paredes —por

mucho que hicieran las delicias del Rey Midas—con la excepción del de las tres músicas egipcias que tocaban la flauta, el laúd y el arpa y las exquisitas composiciones de flores y pájaros que me transmitían la ilusión de estar bañándome en un cálido estanque de un afrutado jardín.

¡Fritz! ¡Esta casa necesita una reforma completa! — me dije a mi mismo—. Todos los mosaicos que representan las masturbaciones de Atum, eliminados. Las prostitutas que sostienen el enorme pene itifálico del sacerdote, serán sustituidas por panes y cerezas; y a la ninfa que acaricia al asno en el momento del coito vaginal con no se qué, la voy a reemplazar por el toro blanco besando los pies de Europa. Creo que Clítia tiene un mural parecido en su mansión. Y en las habitaciones sólo voy a dejar el dibujo de Thot, con su doble manifestación de Ibis y babuino, así como la inscripción que reza a sus pies: Acércate, conozco el secreto de todas las cosas. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Cómo he sido tan necio hasta ahora? Mañana mismo voy a ordenar a Filemón que me busque al mejor artista de Atenas y restaure el rostro borroso de Sócrates. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? Los débiles rayos de sol que antaño iluminaban sus ojos deben ser de oro para dejar constancia de su sabiduría e inmortalidad. Seguro que a la dorada Afrodita, de hermosa cintura y bellos y delicados tobillos, la gustan mis ocurrencias. Dana, el burdégano y Filemón van a tener que trabajar mucho durante las próximas semanas, quiero vivir en un lugar que sea una prolongación de mi alma y de mi piel.

Después de asearme y ponerme ropa limpia, subí al dormitorio y comprobé que mi criado había preparado con esmero la cama y no sólo eso: había puesto sobre un trípode una copa de vino y unas uvas casi transparentes.

Con una mezcla de nostalgia y liberación arrojé en un cesto de mimbre mi faldellín, mis sandalias egipcias, unas fun-

das de piel para los pies, y otras prendas que había adquirido en Egipto.

Antes de acostarme, entré en el gran balcón de la alcoba y vi como poco a poco los serenos de la ciudad fueron encendiendo innúmeros hachones en las plazas, las callejuelas más importantes y junto a las miles de esculturas de mármol que adornaban la polis, la Vía de las Panateneas y el Ágora, donde estaba muy iluminado el templo de los doce dioses. Arriba, como un lugar especialmente querido por Zeus, resplandecía la Acrópolis y refulgía la impresionante efigie de Atenea, siempre atenta y vigilante para proteger al pueblo con su terrible danza, su indestructible casco y la Égida con la cabeza de Medusa que le regaló su padre, quien tiene especial adoración por su hija, la invencible guerrera de ojos glaucos.

Después de ordenar mis ideas y saludar a Artemisa, me fui al lecho con la intención de entregarme en los brazos de Morfeo, dormir profundamente, y no hacer ningún esfuerzo para despertar hasta que mi espíritu se cansara de vagar y decidiera regresar a la luz.

Empecé a soñar con Egipto: estaba sólo en la taberna de Las Bacantes y, cuando sorbía mi copa de vino, apareció As-tartet, me lanzó una mirada provocativa y comenzó a tocar el arpa. A mi me daba vergüenza y bajé el rostro pero, sin poderlo evitar, me puse a estudiar sus desnudos y menudos pies delicadamente moldeados por las manos del dios alfarero Khun.

La música se acercó a mí, frotó su nariz contra la mía y empezó a cantar:

Me sumerjo en el agua a tu lado
Y buceo para acariciar el pez rojo
Que atrapo, beso

Y lo introduzco en mi estanque
Donde abre sus branquias
Llenándome de un gozo celestial.

¡Astartet, no! ¡Por favor, Astartet, no! —gritaba mientras, por absurdo que parezca, notaba que me estaba succionando el pene y no podía hacer nada para evitarlo. Me enfurecí contra aquella egipcia, a la que inconscientemente jamás había deseado, pero que ahora, cuando pasaba por un momento de debilidad, regresaba en sueños para demostrarme, otra vez, que el hombre siempre está en peligro de caer en las redes del procaz veneno de la belleza.

Era tan real aquella penetración onírica, que me desperté jadeando y, cuando abrí los ojos y ví a Clítia cabalgando encima de mí, primero la dí un bofetón pensando que era Astartet, y luego, sin decir una palabra, me imaginé que Afrodita había tomado su figura y había decidido violarme. Esa noche se oyeron tantos gritos y gemidos en aquella alcoba que hasta la propia Atenea, la diosa virgen, debió enrojecer.

No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que Clítia tuvo algún remordimiento de conciencia por haber abusado de mí. Lo tenía planeado desde hacía varias semanas. Cuando intuyó que emprendía viaje a Grecia, hizo una copia de las llaves de la Casa Azul y esperó hasta el momento que os acabo de narrar, para poseerme con la misma osadía que tuvo Zeus el día que adoptó mi forma y entró en su lecho, lo que si miro, sin enojarme, desde el lado práctico, me facilitó el camino hacia sus inaccesibles encantos que la hacen digna de ocupar el número trece en el altar de los doce dioses.

Cuando me desperté, Clítia ya se había marchado después de dejar una rosa roja sobre la cama. Aspiré su olor, me puse la túnica de la mañana, tomé mi frugal desayuno y, tras

echar una ojeada a todos los murales de la casa, hice una lista con los que debían desaparecer y con los que me eran gratos al corazón.

En la planta baja, sólo respetaría los dibujos de Dionisio y Apolo pero con algunas modificaciones. Quería que mi amigo fuera retratado tal y como le ví por primera vez cuando fui el encuentro del Rey Midas: sobre su carro de flores que arrastraban alegremente tigres y panteras, refulgiendo con su diadema de oro arrancada de una veta del sol, imponente con las culebras ascendiendo por su tirso. A su lado, debía estar Sileno tocando la flauta sobre su blanca jumenta. Y cerca de su padre adoptivo, grupos de bacantes desnudas bailando o comiendo uvas.

Apolo debía aparecer en su carro solar, junto a su hijo Asclepio, en el ágora, donde el dios de la luz y la verdad compartiría un cesto de manzanas con sus discípulas las Musas, antes de ordenar a sus fogosos caballos⁷ que cruzasen la tierra y el vinoso ponto.

Me miré al espejo para reconocer mi rostro y no me asusté. O me estaba adaptando rapidísimamente a mi nueva vida o estaba perdiendo mi capacidad de sorpresa. Dejé de lado esa reflexión y fui a casa de Filemón, quien estaba desayunando pan blanco y pescado.

—¡Hola amo!—dijo atragantándose—. ¿Ha dormido bien? ¿Desea que le prepare una copa de vino?

—No, gracias Filemón, ya he tomado algo. Come despacio y cuando termines hablaremos. Te voy a hacer un encargo importante y vas a estar muy ocupado a partir de ahora. Voy a echar una ojeada al establo. Quiero comprobar por qué diablos se ha hecho tan popular tu burdégano.

⁷ Flegonte (Ardiente); Pirois (Ígneo); Éoo (Amanecer) y Aetón (Resplandeciente).

Y con estas palabras fui al establo contiguo a su vivienda. Primero saludé a Arión y a Quirón y noté que tenían hambre. De la pequeña huerta de mi criado arranqué una calabaza y unas zanahorias y disfruté viendo como las bestias saboreaban el manjar. Luego, abrí la puerta del cubículo de Espasmos y al principio me pareció normal: cuerpo de burro y cabeza de caballo. Eso era lógico ¿No? ¿A qué venían las bromas de Antínoo? ¿Acaso pensaba el tabernero que sólo los seres humanos se parecen a los dioses? Como llevaba conmigo un par de zanahorias, silbé al animal para darle de comer y, cuando giró el cuello, me dio un vuelco el corazón. Evidentemente su cabeza era la de un equino, pero sus ojos y cejas eran exactamente iguales que los de Filemón.

Decidí no comentar nada a mi criado pero juré buscarle inmediatamente una esposa. Sólo los dioses gozan del derecho divino de transformarse en animales, lo que hacen casi todos los días para montar a las diosas que, para huir de sus acosos, adoptan la forma de su especie favorita, así hizo Deméter—Yegua aunque quedó preñada de Caballo—Poseidón.

Cuando salí del establo me acerqué al hombre que heredé de Midas y le dije:

—Filemón, ahora que ya te veo más relajado, búscame a los mejores artistas y artesanos de Atenas. Quiero reformar la Casa Azul de arriba abajo. Espero comenzar mañana con las obras. Ya sabes como soy: cuanto más rápido trabajes, más dinero ganarás.

—Fritz, no hay hombre más veloz que yo en toda Grecia. A mí no me hacen falta sandalias con alas. Antes de que anochezca ya habré seleccionado a la mejor cuadrilla de la polis.

—¡Qué así sea! —le dije—, y coloqué a su lado una bolsa con monedas de plata.

Después me despedí de él y me fui a dar un paseo por la ciudad. Mientras bajaba la cuesta de la Acrópolis ví a muchos hombres, viejos y jóvenes, haciendo ejercicio al aire libre. A gente que entraba o salía de los baños públicos. A burras llevando en sus cuévanos cántaros de leche. A un peluquero tiñendo de rojo la barba de un arconte y a varios niños recaderos intentando emular al astuto Hermes y a Iris, la de áureas alas. En los bordes de la Vía de las Panateneas los mercaderes vendían verduras, queso de cabra, tarros de miel, aceitunas, pescado ahumado, tortas de pan, aceite de oliva y multitud de frutos, semillas y productos agrícolas. A la entrada del ágora se ofrecía, como se venía haciendo desde tiempos homéricos, todo tipo de piezas de artesanía, como jarras, vasos y platos, con escenas que reproducían los momentos más gloriosos de los héroes y los dioses.

Entré en el ágora y, cuando anduve algo menos de un pletro⁸, me encontré con un pequeño grupo de filósofos entre los que sobresalía la voz de Aristóteles. Me acerqué a ellos con la máxima cautela y pegué el oído al juego de palabras que salía de la boca de aquel adolescente:

...Todo se resume en "la potencia y el acto". La realidad se ordena secuencialmente desde la potencialidad. Esa arquitectura de formas perfectas fluye de una esencia inmóvil, eterna, inalterable...

Apenas terminó su discurso, se acercó Platón con su comitiva y el aventajado muchacho guardó silencio. No era la ocasión de interrumpir a mi maestro que estaba narrando los últimos momentos de Sócrates. En un lenguaje que me conmovió hasta lo más hondo, nos contó lo siguiente:

"Cuando la cicuta estaba a punto de llegarle al corazón, el discípulo que le atendía le pidió que pronunciara su último deseo y él dijo:

8 Pletro: Cien pies. 29,60 metros.

—Critón, no te olvides de pagar el gallo que debemos a Asclepio. Así que apresúrate a cumplir con mi encargo.

—¿Algo más?—le preguntó Critón.

Pero Sócrates no respondió, el veneno ya había penetrado en su corazón y su cuerpo se estremeció. La mirada se le puso rígida y calló para siempre.

Entonces Critón le cerró la boca y los ojos. Así murió el mejor de todos los hombres, el más sabio, el más justo”.⁹

Ví que Platón estuvo a punto de derramar una lágrima pero la retuvo en la pupila. Luego miró fijamente a Aristóteles y, sin invitarle a su academia, nombró a tres o cuatro acompañantes y les dijo: ¡Vámonos a comer! Luego dio dos pasos¹⁰, se detuvo, giró la cabeza y me preguntó:

—¡Fritz! ¿Sabes algo de Clítia?

Yo, loco de alegría al descubrir que se acordaba de mi nombre, le respondí:

—Parece que el tiempo no pasa por ella. Sigue estando radiante como una diosa.

—Me alegro —contestó—. ¿Qué tal tu viaje por Egipto?

—¡Maestro! Prefiero hablar de ello en otra oportunidad.

—Esperaremos atentos a que llegue ese momento—dijo.

Nada más pronunciar esas palabras no pude reprimir un ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Increíble! No daba crédito a mis ojos. Allí estaba el hombre con nariz en forma de cartabón. Ya casi me había olvidado de él. Volvía a aparecer en mi vida, como si jamás dejara de girar la rueda del eterno retorno, El Jeroglífico.

9 El Fedón o sobre la inmortalidad del alma. Obra en la que Platón describe los últimos momentos de Sócrates.

10 Un paso: 0,74 metros.

Me despedí de los filósofos y sentí envidia de los hombres que acompañaban a mi preceptor a la Academia. Era lógico que no fuera uno de sus invitados. No había hecho ningún mérito para pertenecer a tan selecto grupo aunque —debo confesarlo— creo que Platón sentía simpatía hacia a mí. Entre los dos había química, empatía, en su justa medida.

Y, como jamás había tenido un trabajo en la vida —a excepción del brevísimo periodo que fui profesor de griego— no sabía adonde dirigirme y dudé, al volver a pisar la calle, entre echar una carrera hasta Los Muros Largos o ir en caballo hasta el Odiseus para relajar mi mente junto al mar.

De repente sentí una bofetada de viento frío y comprendí que el viejo Bóreas se había levantado de mal humor. No era el día adecuado para visitar El Pireo y charlar un rato con mi amigo Antínoo. Decidí, pues, regresar a casa y planificar con Filemón mi ambicioso plan de reformas. Anduve unos pasos y me dí cuenta de que las calles estaban vacías. Los griegos no soportan las heladas y cuando el devorador¹¹ descarga su cólera contra ellos buscan inmediatamente un refugio seguro.

A unos dos estadios¹² de la Acrópolis vi a un anciano que avanzaba heroicamente. Hacía un esfuerzo sobrehumano para mover sus pies. Cada vez que embestía una ráfaga de viento intentaba agarrarse a cualquier sitio para no caerse y su cuerpo se doblaba cual árbol rígido que está a punto de quebrarse.

Dí varias zancadas, le alcancé y le cubrí con mi túnica. El patriarca tornó la cabeza y me miró con infinitos ojos de agradecimiento. Yo, preocupado por su salud, le dije que vivía muy cerca y que podía estar en mi casa el tiempo que quisiera hasta que pasara el temporal.

11 Uno de los epítetos de Bóreas.

12 Un estadio: 177,60 metros.

—Muchas gracias, muchísimas gracias, pero queda muy poco para llegar a mi hogar —indicó con trémula voz.

Luego me señaló con el índice su morada y me alegré al comprobar que ya casi la tocábamos con las manos.

Le despedí en la puerta y atravesó el umbral con una llama de vida en los ojos. Ahora me sentía mejor. A mi el frío apenas me afectaba. Aunque no nací con la lana de la oveja mis padres se encargaron de que soportara como una roca las inclemencias del cielo.

Ahora subía la cuesta con un corazón más ligero, pues cuando obramos correctamente el músculo cardíaco echa el lastre de al menos una mina¹³. Como dice un viejo proverbio: cuando el palacio del amor pesa menos que una pluma ya estamos preparados para mirar sin vergüenza a los ojos de los dioses¹⁴.

Cada paso que daba dibujaba mentalmente las escenas que quería reproducir en las paredes de mi casa. No quería ningún motivo que me produjera pesadumbre o dolor. Aunque sabía que la mera existencia es ya la peor de las tragedias, debía ignorar esa verdad para no amargarme la vida o convertirme en un obstáculo para los que aprendieron a volar.

Había que aprender de Sócrates que, incluso cuando la cicuta le abrasaba las venas en la caverna, se comportó hasta el final con virilidad, como un auténtico hombre. Al pronunciar su último deseo no hizo más que recordarnos lo importante que es obrar con equidad pues, aunque nos marchemos de este mundo con alivio, debemos de pagar todas nuestras deudas por pequeñas que sean. Es lo menos que podemos hacer para ser fieles al espíritu prometeico y recordar a los demás y a nosotros mismos el significado de la palabra dignidad. Morirse para escapar es un acto de cobardía imperdonable.

13 Una mina ática: 431 gramos.

14 Adagio del autor.

Cuando llegué a casa me encontré en un rincón de la planta baja una hilera de recipientes con pigmentos de varios colores. Al lado estaban cuidadosamente colocados sus respectivos aglutinantes y disolventes, así como una colección de pinceles y brochas de diferentes tamaños y tarros con añil, gelatina y cera de abeja. Sin duda Filemón había trabajado con extrema diligencia y no había ahorrado esfuerzos para hacerme más llevadera mi estancia en Atenas.

Observé un lugar que me pareció estar cargado de una energía muy especial y que estaba flanqueado por dos esbeltas columnas de mármol. Un tramo de la pared, que se iluminaba cuando se abrían las ventanas, era ideal para colocar una escultura de Afrodita o el busto de un sabio. Con esa fijación me apoyé en la gran mesa de nogal que utilizaba para comer y escribir y, sin saber por qué, me dirigí al arcón donde guardaba mis paletas, calamos y pergaminos. En ese momento me vino a la mente la imagen de Nefer y mis manos se movieron solas. Abrí un pergamino y me puse a dibujar su cara, luego seguí por sus hombros, cuello, senos y, cuando tenía un esbozo casi completo de su figura, sentí un estremecimiento y, sin pensarlo dos veces, mezclé las pinturas y empecé a reproducir la efigie de mi amada en aquel espacio que consideré desde un principio sagrado.

El cuerpo que iba recreando dácilo a dácilo con mis pinceles fue tomando la forma del suyo con una exactitud asombrosa y noté que, a medida que la retocaba con el pincel, su cabeza, ojos, nariz, boca, recobraban espontáneamente la vida repitiéndose el prodigio hasta llegar a sus pies. Eso me entusiasmó aún más y proseguí mi trabajo brindando en cada momento por las Musas. Mi pintura era limpia como el alma de mi amante. No había ni una sombra en su rostro. Su piel era diáfana. Todo su ser manaba una energía que procedía de una fuente desconocida y misteriosa, lo que la hacía más encantadora. Su miraba, pícara y seductora, parecía moverse en todas las direcciones.

Había decidido plasmarla con la misma ropa que se puso el día de la Procesión de las Barcas: Aún recordaba la expresión radiante de su rostro cuando salió del baño totalmente perfumada. La luz de sus ojos que parecían mucho más grandes con el tocado de su diadema de oro que representaba al sol con una cobra bicéfala. Su túnica roja de lino, lisa y ajustada, que anudada sobre el seno izquierdo dejando al descubierto el derecho. Y sus delicados y hermosos pies vestidos con graciosas sandalias doradas. Cuando contemplé la obra terminada casi me puse a llorar de alegría pues era tan real que si hubiera empezado a moverse y a andar lo hubiera encontrado como lo más natural del mundo.

Conmovido con mi reencuentro con Nefer-Afrodita, así la llamaba para mis adentros, yo, Fritz el Griego, haciendo uso del orgullo que me hace un ser único, oficié en aquel mismo momento su apoteosis y la destiné un espacio privilegiado en el monte Olimpo, donde disfrutaría eternamente de su belleza y de mi amor. A partir de ahora ya no tendría ningún motivo para sufrir por ella. Ya era una diosa. Jamás volvería a conocer las miserias de los seres humanos. Ahora que ya eres una divinidad —le dije—vete al encuentro de Sócrates y dale un fuerte abrazo de mi parte, del discípulo de Platón. Díselo así. Él, que tiene una gran ironía, ya verás como se ríe.

Debajo del dibujo improvisé un pequeño altar en el que coloqué una copa de oro llena de vino, varias monedas de plata y unas conchas marinas que guardaba como un auténtico tesoro. Luego encendí varias varillas de incienso y vi como Nefer-Afrodita sonreía. Después, feliz, me fui al encuentro de Filemón.

Mi criado me contó que ya había escogido a los mejores artesanos y artistas de Atenas y que mañana, a la hora que yo dijera, comenzarían las obras.

Al regresar a casa sellé bien las ventanas pues estas se abrían y cerraban violentamente a causa del temporal. En-

cendí con troncos secos la chimenea y pronto la estancia se caldeó. Luego me puse ropa cómoda, me serví otra copa de vino y lentamente, sin prisas, como si el tiempo no existiera, me acerqué a la estantería de la biblioteca, cogí un libro de Hesiodo, lo abrí por una página al azar y empecé a leer:

“Al soplar Bóreas, braman la tierra y los bosques; las fieras enfurecen y colocan sus rabos bajo los genitales. La fuerza del viento encorva al anciano sin piedad, pero no doblega a la suave doncella que permanece en seguras moradas junto a su madre, lavando su delicada piel y ungiéndola con abundante aceite.....”¹⁵

¡Ah! —exclamé—Bóreas despelleja con sus pulmones de hielo a los débiles y los mendigos, a los que viven bajo los puentes o corren desnudos, con la marca cainita, tras haber sido despojados de la condición humana. En cambio, pasa de largo de las mansiones de piedra donde los mercaderes se calientan con el fuego de sus esclavas y sigue preñando a las yeguas de Tartessos. ¿Y tú, Fritz? —me pregunté—¿A qué grupo perteneces? Sabía la respuesta, pero no quise dar pistas a mi alma para que no precipitar mi destrucción.

Después de asearme me acosté y, como había exprimido con generosidad los racimos de Dionisio, me dormí y me incorporé al grupo de los personajes que se visten de cenizas, se lanzan al vacío o abren sus grandes alas en el mundo de los sueños.



A la mañana siguiente vino Filemón acompañado de seis o siete artesanos y pintores, entre ellos un anciano de ojos vivos que parecía tener más de cien años.

—¡Fritz! Este hombre se llama Euridamante. Conoció a Sócrates y a su mujer, Jantipa—dijo Filemón presentándome a aquella reliquia de la Edad de Oro.

15 Hesiodo: Trabajos y Días.

—¡Euridamante! ¡Euridamante!¹⁶ ¿No es ese el nombre de uno de los argonautas que acompañó a Jasón en la búsqueda del vellocino de oro? ¿No es así?

—Estás en lo cierto, me llamo así por decisión de mi abuelo paterno—respondió.

Luego, sólo por maldita curiosidad, le pregunté:

—¿Es cierto que Jantipa se burlaba de Sócrates e incluso le maltrataba? Una vez escuché en la taberna Odiseus que cuando el maestro desapareció de casa varios días, su esposa, al encontrarle despreocupado en el ágora charlando con unos amigos, le arrojó un cubo de agua. Incluso he oído que le insultaba en voz alta. Que le humillaba.

—Nada de eso es verdad, aunque Jantipa nunca supo valorar en su justa medida al hombre con el que vivía. Debo añadir, sin embargo, que no era el prototipo de mujer sumisa. Era muy práctica. Solía pensar que su marido perdía demasiado el tiempo.

—Bueno, Euridamante, perdona mi indiscreción. No sé si ya te lo ha contado Filemón, pero quiero restaurar el retrato de Sócrates que algún insensato quiso borrar por miedo o ignorancia. Confío en tu experiencia y en tus manos. Tómate todo el tiempo que necesites. Para mi es muy importante rescatar esa preciosa y única obra de arte. Y que es, además, la personificación de la justicia y la sabiduría.

—¿Debo respetar al máximo el original o puedo plasmar también lo que mi memoria recuerda de él?

Su pregunta me hizo dudar, pero pronto, no sé por qué, tuve una confianza absoluta en aquel hombre:

—Sigue a tu alma y a tu corazón mientras vivas—le dije—acordándome, de repente, de un viejo poema egipcio.

16 Euridamante se hizo célebre por su habilidad para interpretar los sueños. Era hijo de Dolopio y padre de Abante y Poliido.

Luego repartí las tareas entre el resto del grupo y cada uno se puso a trabajar después de escuchar atentamente mis instrucciones. A Filemón le pedí que hiciera agradable la estancia de mis invitados. No les debía faltar nada. Al final de cada jornada — le recalqué—pueden beber a mi cuenta todo el vino que quieran.

Ya más tranquilo, conduje a tres pintores al fabuloso cuarto de baño del Rey Midas y, tras comprobar su expresión de asombro, les dije, llamándoles por su nombre:

—Tú Alceo, encárgate de eliminar la escena de la ninfa acariciando al asno en el momento del coito y coloca en su lugar a Zeus transformado en un hermoso toro blanco que besa amorosamente los pies de Europa, la de delicados tobillos y fina cintura.

Luego dirigiéndome al segundo, proseguí:

—Tú Orestes, disuelve a las prostitutas que sostienen el pene itifálico del sacerdote y da rienda suelta a tu imaginación con composiciones de panes, racimos de uvas, aceitunas, cerezas, saltamontes, flores de loto, pájaros y cañas de bambú.

Y por último, hablé así con el tercero:

—Y tú, Troilo, cambia la masturbación de Atúm por la imagen de Afrodita saliendo de la espuma del mar.

—¡Ah! se me olvidaba—proseguí—. La pintura de las músicas egipcias está un poco estropeada por el paso del tiempo. ¡Restauradla, por favor!

Luego anduve con Euridamante por la amplia sala de la planta baja, que estaba dividida en zonas con diferentes ambientes, y le llevé hasta la parte de la biblioteca, donde le enseñé las dos paredes que flanqueaban las estanterías: en una apenas se distinguía el borroso rostro de Sócrates y en la otra resaltaba el dios Thot con sus dos representaciones

ancestrales: una con cabeza de Ibis y otra con la de babuino. Abajo se podía leer perfectamente la inscripción que quería dejar intacta.

—¡Venerable Euridamante!—dije—, empieza con Sócrates. Haz todo lo posible para que se parezca a él, ni lo afees ni idealices sus rasgos. Deja que tu alma, guiada por Mnemósine, muevas tus pinceles.

Luego miré al demiurgo egipcio y decidí, repentinamente, retocar la escena:

—Quiero que también borres una de las dos efigies de Thot, la del babuino, y recrees la escena en la que la divinidad revela el arte de la escritura al Rey Thamus.

—Fritz, confía en mí—respondió Euridamante—. Pocas veces este pobre anciano ha decepcionado cuando realiza algo que ama de corazón.

Luego, a los otros dos artesanos, Kalixto y Néstor, les encargué que limpiaran y restaurasen las esculturas de mármol, la mayoría de dioses y héroes, que había en los rincones más importantes de la casa, y que pintaran de azul el techo de la planta de arriba donde se encontraba la alcoba que sólo había compartido —aunque Filemón dudaba a veces de mi comportamiento— con Afrodita y Clítia.

—Debéis reproducir la vía láctea con todas sus estrellas y constelaciones y, no sólo eso —subrayé— sino que también tenéis que utilizar una pintura de púrpura plateada para que, cuando abra los ojos, pueda ver como brilla el firmamento. No os olvidéis de poner a Orión lejos del Escorpión, no sea que le vuelva a clavar otra vez el agujijón y le mande a otra galaxia.

—No te preocupes, tanto Néstor como yo —dijo Kalixto— somos de la cofradía de Urania, la de ojos radiantes y corona de estrellas.

—Genial. Luego, cuando terminéis el techo, borrar todos los murales y en la cabecera del tálamo pintar a la virgen Artemisa con su tocado lunar. Debe brillar resplandeciente en su carro de plata tirado por briosos bueyes blancos. En la pared del fondo quiero que reproduzcáis a Hipnos recostado tranquilamente en su oscura cueva donde jamás se ve la luz del sol. A la entrada de su palacio-gruta pintar el río Leteo fluyendo en un campo de rojas amapolas. El lado izquierdo debe estar dedicado a Morfeo, el tejedor de fantasías. Y en el derecho, poned toda la belleza que podáis en la diosa Nicté dando a luz a Éter.

—¿No temes dormir y no despertar con tanto somnífero?—me preguntó en tono burlón Kalixto.

—No te preocupes, padezco de insomnio desde que nací. Pero ahora que me has advertido de esa posibilidad, evitad que Morfeo, Nicté e Hipnos tengan cara atolondrada, de sopor, aburrimiento o hastío. Por si acaso, no los pintéis con los ojos cerrados. Nix debe insinuarse provocativa, sin pudor, no olvidéis que ella causa hasta guerras cuando sopla con fingida inocencia a los oídos de Eros.

Con estas palabras volví a la planta baja y vi que Orestes y Troilo me estaban esperando con impaciencia.

—Fritz—me dijeron—¿Te has fijado que va a quedar un gran espacio en blanco en esta estancia donde va a trabajar Euridamante?

—Bueno, no quería decirlo ahora, pero ya que me habéis preguntado, os voy a contestar. Ese lugar que os ha parecido desnudo reclama brillar con el máximo resplandor y alegría, tiene que ser un canto a la vida y un grito de victoria. Ahí estará Dionisio en su carro tirado por panteras. En el puesto de su auriga, se erguirá su padre adoptivo Sileno tocando la flauta. Habrá varias bacantes vestidas con hojas de parra y pisando uvas en un lagar. Otras danzarán y se lanzarán flores. Para

que en la escena haya contraste y armonía, algunas deben estar durmiendo sobre la yerba mientras los ciervos les lamen las rosadas coronas de sus senos y el fruto de la higuera de pepitas doradas.

—Fantástico—exclamaron—;Que no te extrañe que tu casa se llene de sátiros, vividores, hetairas de malas costumbres, artistas de pacotilla y falsos hombres!

Tras reflexionar unos instantes, les dije:

—De sabios es rectificar. Quitad a los ciervos. Que se encargue Fantaso¹⁷ de estremecer sus alas y regar con agua el encendido surco de la rosaleda.

Y, tras hacer hincapié en algunos detalles, me fui a ver a mi amiga Lais con la mente tranquila, pues gracias a mi elocuencia y a la soltura que había alcanzado como profesor de griego, comunicaba mis pensamientos sin ninguna dificultad y todos me entendían. Bueno, debo añadir —aunque no me siento cómodo confesándolo—que mi bolsa de piel de cabra dominaba el alfabeto de la persuasión mucho mejor que yo.

Nada más entrar en su casa, Lais me recibió como si fuera mi madre, con cálidos e incontrolados achuchones. Después de beberme con sus ojos que lanzaban chispas de alegría, me dijo:

—¡Hola Fritz! Pensábamos que te había tragado el desierto, pero veo que te ha venido bien el viaje a Egipto. Pareces más profundo y escarmentado, esto último no lo digo en sentido negativo. Noto una confianza en ti que no tenías antes. ¡Ay qué envidia! ¡Los hombres nunca envejecen!

—Lais, tú estás más hermosa que nunca. Los años han logrado que tu alma aflore en tus pupilas y que de tus labios fluya, cual dulce miel, la sabiduría de las personas que han descubierto a su dios interior.

17 Fantaso era hijo de Hipnos y la cárte (gracia) Pasitea, personificación del encanto, espontaneidad y creatividad.

—¡Ay, qué engañador te has vuelto! —me dijo cariñosamente—. Tú sabes mejor que nadie lo cruel que es el tiempo con las mujeres. Afrodita sólo ama y protege a las muchachas jóvenes y lindas y no ahorra esfuerzos para que multipliquen sus encantos pero, cuando ve una arruga en un rostro o la albura de una cana en una larga cabellera, se aleja de nosotras y entrega el relevo de nuestra custodia a la Noche y a su hijo Thanatos. Por cierto, Fritz ¿Conoces a Aristóteles?

—Bueno, le vi un día en casa de Clítia antes de viajar al país de El Nilo y otra vez ayer cuando fui a dar un paseo por el ágora. ¿Te ha hecho algo? Parece un poco insolente.

—No, qué va. Ahora somos muy amigos. Es un ser extraordinario. Su habilidad para hacer preguntas sólo es comparable a la de Apolo. Es capaz de sacar fuera, a la luz, todos los tesoros que llevamos ocultos, cual ánforas de oro enterradas en un fondo marino, y hacer que su resplandor brille alrededor. Cada vez que hablo con él me siento más rica y realizada. Estoy descubriendo que más importante que la propia vida es encontrarte en el camino a hombres como Sócrates, Platón y Aristóteles, ya que poder estar a su lado te hace sentirte cerca del Olimpo. Ni la longevidad, ni la belleza, ni la eterna juventud, valen un óbolo en comparación a las flores de Aristóteles, quien sierra con sus palabras los barrotes de la cárcel donde viven agazapados nuestros miedos, complejos, dudas, y los siniestros instintos de autodestrucción.

—¡Ay, Lais! Me alegro de que hables así. No sabes lo feliz que me haces.

—Tengo muchas cosas que contarte pero ahora debo darme prisa. Me espera Aristóteles en el ágora. Esta iniciándome en el arte de la mayéutica.

—Bueno, Lais, te encuentro fenomenal. ¡Ah! Estoy haciendo reformas en mi humilde morada. Cuando termine las

obras, os invito un día a ti y a Clítia a pasar una velada en la Casa Azul.

Nos despedimos con un fuerte y sentido abrazo y me fui al establo de Filemón, desaté a mi caballo Arión y, con el corazón contento y el alma batiendo sus alas en la Vía Láctea, me fui galopando hasta la taberna Odiseus.

—Un porroncito de oinujo y unas aceitunas.

—¿Negras o verdes? — me preguntó Antínoo.

—Verdes—le contesté—y, viendo una expresión desencajada en su rostro, proseguí: ¿Qué te pasa? ¿Acaso el viento del norte ha destruido parte de tu taberna?

—Nada de eso, Fritz. Estoy un poco preocupado porque me he enterado de la muerte de Talos ¿Has oído alguna vez hablar del gigante de Creta?

—Pero ¿Qué dices? —explícate bien—¿Que ha muerto Talos? ¿Con qué funestos presagios me vienes en el momento en el que empezaba a levantar la cerviz? ¿Quién te ha comunicado tan nefasto mensaje que augura lo peor?

Antínoo hizo una pausa, me miró asustado, compungido, y respondió:

—El Jeroglífico. El y su cofradía de pescadores se fueron a faenar frente a las costas de Creta y vieron colgado de un acantilado, con medio cuerpo en tierra y el otro medio suspendido en el vacío, al protector de la isla.

—¡No es posible! ¡No es posible!—grité presa de la desesperación—¿Quién ha cometido el sacrilegio de matar a mi hermano?

—¿A tu hermano? ¿Qué dices? —espetó con ironía Antínoo.

—Sí, no te lo había dicho antes, pero Talos era mi hermano mayor. Los dos tenemos la misma sangre y nuestros destinos corren paralelos.

—Fritz ¡Cálmate! No lles a los máximos extremos tu soledad. No te conviene, para bien de tu salud mental, exagerar la realidad. Ni Talos es tu hermano, ni Afrodita te ama, ni Platón es tu maestro. Manas algo especial, lo reconozco, pero no tienes madera ni de héroe ni de dios. Eres casi como nosotros, como yo, como Filemón: personas obligadas a creer que ocupamos un hueco en este mundo para ignorar el desprecio que nos dispensan los olímpicos.

—¡Cállate inmediatamente! Como vuelvas a insultar a Talos y nombrar a Afrodita o a Platón a la ligera, te ato con todas mis fuerzas a la roca del Cáucaso y me encargo de arrancarte el hígado y alimentar al águila con mis propias manos.

—¡Por Zeus! ¡Fritz! No desates tu cólera contra mí. Yo sólo quería informarte de lo que ya ha divulgado Hermes por toda Grecia.

En ese instante me hundí en la depresión y empecé a beber porroncito tras porroncito de oinujo. Al cabo de un rato me sumí en un profundo sopor, comencé a razonar con la cabeza embotellada y la furia que bramaba en mi corazón se estrelló contra los abismos de la nada. Con el abotargamiento que convierte a los leones en corderos, llamé a Antínoo y le dije:

—Perdóname. Perdona mis impulsos. No sabes lo que Talos significaba para mí. Ven, siéntate a mi lado y cuéntame lo que pasó.

Antínoo retrocedió, pero poco a poco fue perdiéndome miedo, se sentó en frente de mí y me narró el trágico final de Talos:

Según El Jeroglífico, ha sido la bruja Estirges¹⁸ la que ha matado a Talos. Ésta se dirigía a Creta en una embarcación

18 Según la versión de Apolonio de Rodas (Las Argonáuticas), fue Medea quien mató a Talos. El gigante tenía una sola vena que iba desde el cuello hasta el tobillo,

con un grupo de bandidos para robar los tesoros que están escondidos en las ruinas de Cnosos. El gigante pronto se dio cuenta y empezó a arrojarles enormes rocas desde los acantilados. La hechicera envolvió la nave en una espesa niebla e hizo una falsa maniobra para que el titán que forjó Hefesto creyera que habían emprendido la huída. Estirges, que conocía el secreto de Talos, esperó varios días hasta que apareció la ninfa oceánica, besó al robot de bronce y éste se convirtió en un ser humano, prodigio que—como sabrás—sólo dura una noche. Pues bien, cuando Talos y la ninfa yacían en su jardín, Estirges se las arregló para esconderse detrás de unos arbustos y, cuando los amantes se durmieron abrazados un ratito —casi no se habían movido las agujas de los cuadrantes solares¹⁹—la arpía echó su pócima venenosa en la copa de vino que estaba bebiendo el guardián de la isla. Cuando Talos despertó y brindó con su amadísima ninfa, la vista se le nubló, su cuerpo se agitó con violentísimos temblores y se volvió completamente loco. Entonces hundió su dedo índice en el talón y se arrancó, desangrándose hasta morir, el clavo que remataba su única vena. Estirges succionó toda la sangre de Talos y su preciosa y encantadora náyade se suicidó clavándose una afilada concha en el corazón. Al amanecer, el robot recuperó la forma de gigante y, como estaba recostado sobre una ligera pendiente, comenzó a rodar hasta quedar, como te conté, suspendido en el acantilado. Estirges ahora reside en una cueva de Creta rodeada de tesoros y el oráculo de Apolo ha dicho que vivirá eternamente a no ser que la mate alguien que no sea animal, monstruo, hombre, héroe o dios.

—¡Basta ya! No me cuentes más cosas. Me acabas de convertir en el hombre más desdichado del mundo. Me has quitado de cuajo las pocas ganas que tenía de vivir.

donde estaba rematada por un clavo. Cuando perdió la razón por la magia de la hechicera, Talos se arrancó el clavo y murió desangrado.

19 Reloj solar trazado en un plano. A veces era portátil.

—Fritz, no es para tanto, muchos dicen que Talos era extremadamente cruel. ¿Sabías que cuando alguien entraba en la isla sin el permiso del Rey el gigante lo atrapaba, producía automáticamente una altísima combustión en su interior, se ponía al rojo vivo, abrazaba a su víctima y la abrasaba hasta calcinarla?

—¡Ay, Antínoo! ¡Ay, Antínoo! No sabes la paciencia que he tenido contigo. Si no hubiera sido porque me has drogado con el oinujo, yo sería el que se transformaría en lava del infierno y envolvería tu cuerpo con mi capa de fuego.

El mesonero se quedó mudo, estupefacto, como si hubiera acabado de aparecer Estirges en la taberna, y yo, sin pronunciar una palabra más, até a Arión a uno de los postes del lugar y me fui andando a la pequeña playa que había a unos pocos estadios.

Ya había escampado el temporal, se notaban las caricias de Céfito y quería pasar una noche al aire libre, como en los viejos tiempos.

Como es natural no pude pegar ojo en toda la noche. El rumor del mar me atravesaba las sienes y estallaba en mi mente en acaracoladas carcajadas. Otra vez quise abrirme la cabeza contra una roca y regalar al vinoso ponto un río de sangre para que los tiburones gozasen con la muerte que produce duras erecciones a Ares.

Cuando estaba a punto de amanecer, me dí la vuelta y me puse en la posición decúbiteo prono, hundiendo mi rostro en la arena, para no ver la luz del sol e intentar dar una cabezada. Pero todo fue inútil y decidí, tras hacer varias respiraciones profundas, dar la bienvenida al alba. Ya casi se me había pasado la borrachera y, de repente, vi como se elevaba el arco iris en el mar ¡Qué raro! — exclamé —¿Habrán hecho la paz los hombres y los dioses tras la muerte de Talos? Me froté los ojos y comprobé que no había captado lo que real-

mente estaba ocurriendo. Era la propia Iris, con su corta falda de colores, la que cabalgaba a lomos de Pegaso sobre el mar. Cubría parcialmente su diminuta vestimenta con una coraza de oro atada con cintas a los costados de su hermoso cuerpo. En su cabeza brillaba un casco de rojo penacho que teñía de carmín las orillas de la cala. En su mano derecha blandía una temible espada que sin duda acababa de salir de las fraguas de Hefesto. Calzaba unas sandalias que parecían ceñirse a los pies como una segunda piel produciendo un fulgor que sólo es posible ver en la virgen Atenea. Me levanté para dar la bienvenida a Iris y esta me saludó con su caduceo²⁰ y me dijo:

—Fritz, vengo a anunciarte la llegada de la primavera. Bueno, lo hizo antes mi esposo Céfito, pero yo quería visitarte personalmente.

Luego hizo una pausa y continuó:

—¿Bebiste mucho ayer? ¿No? Parece que estoy pisando racimos de uvas en vez de granos de arena.

—Adorable Iris, yo siempre bebo para alegrarme o para olvidar.

—Y ayer ¿Por qué lo hiciste?

—Para matar los sentimientos de mi corazón.

—¡Ay, los inmortales insatisfechos! —contestó—, nunca dais las gracias por nada.

Yo, que no tenía ganas de iniciar ninguna conversación con ella —tampoco de seducirla, a pesar de que siempre me atrajo esa criatura—me callé como una tumba.

Entonces Iris me entregó un papiro enrollado y me dijo:

—Traigo otro mensaje de tu padre, es muy breve y no hace falta que me des ninguna respuesta.

²⁰ Caduceo: Vara de olivo adornada con guirnaldas.

Perplejo, abrí la carta de mi artífice y leí:

Fritz, te envío a la hija de Taumante²¹ con una coraza, un casco, una espada y unas sandalias invisibles. Sólo tu puedes verlas, nadie más. Ella por supuesto las siente al tacto y sabe para qué son, pero tampoco puede imaginarse el magnetismo que produce la visión de esas armas sagradas. Son un regalo para ti. Así que desnuda sin contemplaciones a Iris y quédate con todo su armamento. Olvida —te conozco—hacerla proposiciones que puedan deshonar a Céfiro y empieza a comportarte como un hombre. Vete a Creta y mata a Estirges. Mi hermano menor, Zeus, está muy enfadado con ese repugnante gusano. Así que ¡Ea! deja de lamentarte y haz justicia a tu querido Talos.

—¿Qué haces? —me dijo Iris cuando la desnudaba—¿No sabes acaso que soy virgen como todas las diosas?

—Perdona, estoy cumpliendo las órdenes de mi padre. Deja que te quite las pesadas prendas que llevas encima y, no sólo te sentirás mejor, sino que el arco iris brillará con todo su esplendor.

Cuando la hube desarmado, parecía ingrávida con su cortísima falda multicolor. Como es lógico me estremecí al contemplar la belleza de sus menudos pies. Ella, en cambio, no podía ocultar su condición femenina y con una pícara sonrisa se montó sobre Pegaso al tiempo que Céfiro le hacía una mala pasada dejando al descubierto, sin ninguna protección, lo que por nada del mundo me hubiera atrevido a mirar.

Ví como el Arco Iris desaparecía en el mar dando paso al carro de Apolo que empezaba a desparramar su larga cabellera por los azulados reinos de Poseidón.

Sin dudarlo, me vestí de feroz guerrero, cual Aquiles a punto de lanzarse contra las murallas de Troya, y regresé a la taberna Odiseus.

21 Taumante viene de la palabra Thaúmas, que significa Maravilla.

—Hoy tienes mejor aspecto —me dijo el tabernero—, ¿No seguirás enojado conmigo? ¿No?

—¡Claro que no! Mi apreciado Antínoo. Hoy me siento magnánimo y te pido perdón por todas las incoherencias que pude haber dicho anoche. El viaje a Egipto me ha trastornado y a veces no se distinguir al amigo del enemigo.

—Por fin puedo respirar con alivio. Me tenías muy preocupado. Ya empezaba a echar en falta al Fritz que rescataba a las sirenas y venía a leer o a escribir poemas al Odiseus.

—Bueno, Antínoo—continué—voy a hacer un nuevo viaje y no sé cuando regresaré. Así que, por favor, envía una paloma mensajera a Filemón y dile que venga a recoger a Arión.

—Pero ¿Adónde vas si acabas de llegar?—me preguntó al tiempo que se le salían los ojos de sus órbitas.

—Filemón, no somos más que instrumentos de los dioses—le contesté—. Tengo una misión que cumplir y no es bueno hablar de algo que todavía no se ha realizado con éxito.

—¿No puedes darme ninguna pista? —prosiguió.

Yo le miré con impaciencia y, antes de dar un salto para ir en busca de una embarcación, le dije:

—Voy a aplastar el huevo de la serpiente.



No fue difícil comprar el pasaje de una embarcación con destino a Creta. Los caldos de la isla eran muy apreciados en Atenas y todos los días salían naves del puerto de El Pireo cargadas de ánforas vacías que regresarían al cabo de unas jornadas rebosando los aromas de Dionisio. Como tenía aspecto de atleta me resultó sencillo convencer a la tripulación

de que iba a participar en unas competiciones en honor del Rey de Esparta.

Me bajé en la primera escala que hizo el mercante en la costa oriental, concretamente en el puerto de Palaiokastro, y nadie me hizo demasiadas preguntas, pues lo único que preocupaba a la tripulación era negociar lo más rápidamente posible el precio del vino con sus habituales proveedores y regresar a casa aprovechando los vientos favorables.

Lo primero que hice fue subir a una colina y escrutar el horizonte en todas las direcciones. Después de repetir la operación varias veces, noté un resplandor a unos cuarenta estadios²² de distancia y rápidamente supe que eran los reflejos de los rayos del sol que salían del cuerpo de mi hermano Talos. Me agaché, apoyé la planta del pie izquierdo contra una roca, a modo de palanca y corrí, sin apenas notar el peso de la coraza, hasta el acantilado donde seguía suspendido el único familiar que me trató como a un igual. Me quité las armas para no rayar su cuerpo y las coloqué debajo de un plátano. Miré al cielo e imploré a Atlas. Luego, cargué sobre mis hombros una pierna de Talos y arrastré su cadáver paso a paso hasta que su cabeza rebotó contra el filo del acantilado y las gaviotas dejaron de picotear sus ojos, nariz y boca. Aunque había hecho un esfuerzo descomunal y grandes gotas de sudor perlaban mi rostro, me sentía satisfecho y feliz por poder devolver la dignidad a aquel semidiós que no tenía la culpa de haber nacido. Primero busqué un espacio cómodo y mullido para que mi pariente olvidara el vértigo de la muerte y luego fui a ver como tenía la testa pues sin querer, al arrastrarlo, había golpeado su nuca contra las rocas. No había sido nada grave: sólo una pequeña brecha en la frente y la rotura de algunos cabellos, largos y finos, con una curiosa oquedad interior por donde me imagino absorbía la savia de la vida. Como algunos pelos se desprendieron de su cuero cabelludo, los

22 Unos 6.965 metros.

cogí, a modo de amuleto, y me los até alrededor de la cintura. Luego, me incliné ante Talos y le juré que vengaría su muerte.

Volví a vestirme de guerrero y pronto mis pasos siguieron a mi nariz. ¿Dónde podía estar escondida Estirges? ¿Dónde podría ocultarse? ¡Queridos mortales e inmortales! la bruja que quiso burlarse del portador del rayo.

No había ninguna duda, la asesina, creyéndose más lista que los doce olímpicos, estaría mofándose de todos en la sagrada Ideon Antron, la cueva divina donde Rea escondió a su hijo Zeus para evitar que Cronos le devorase.

Cuando llegué al centro de la isla, empecé a subir el altísimo Monte Ida y a cada paso que daba acariciaba mi espada, el único regalo de mi padre que me había hecho feliz hasta ahora. Esta vez sentía placer cuando la sangre me golpeaba en los oídos y también porque el corazón sabía adonde iba. ¿Puede el ser humano olvidarse de su condición y convertirse en un animal? ¿Puede el hijo de Prometeo maldecir al vientre que le dio a luz y desear abrir en canal al otro como una fiera sanguinaria? ¿Quién era yo en este momento? ¿Un enviado de los dioses? ¿Un loco que se creía hermano de un trozo de bronce? ¿Un Odiseus transformado en bestia por Circe? O un vulgar robot, más pequeño incluso que los hombres, que anhela matar porque le han robado un sueño. Yo no sé si estaba iluminado o ciego pero por primera vez desde que nací entendía lo que significaba la palabra cólera. Ahora sí sabía que podía declarar la guerra después de raptar a Helena o para vengarme de un héroe que por error acabó con la vida de un pariente lejano, así hizo Aquiles al ver el cuello ensangrentado de Patroclo. Ya no era Fritz, ahora sentía odio por el mundo y ese mundo se llamaba Estirges.

¡Maldita Estirges! —repetía cuando subía el último tramo del Ida²³—. Ahora notaba como un fuego ardía en la planta

23 El monte Ida, el más alto de Creta, mide 2.456 metros. Su nombre proviene de

de los pies, subía por las pantorrillas y los muslos, me abrazaba los genitales, me quemaba el estómago, los pulmones, el corazón, y las llamas ascendían por mi garganta y se salían por los ojos. ¿Miedo a la muerte maldita Estirges? ¿Crees que voy a tener piedad contigo? No eres más que basura de las ciénagas del Hades. Hoy te vas a enterar de cómo maneja a sus huestes Némesis.

Y, cuando no era más que una antorcha humana, divisé la cueva de Ideon Antron y me dispuse a entrar como un meteorito de Ares y hacer picadillo con mi espada a aquel bicho repugnante.

Y, nada más desenfundar mi espada para iniciar el ataque, salió Estirges a mi encuentro, soltando sonoras carcajadas, y dijo:

—¿Pero qué haces con esa ridícula coraza, esa espada de juguete, ese escudo de barro y esas sandalias de hoja de higuera? ¿Quién te ha armado de esa forma para reírse de ti? ¿Acaso te creías más importante que Perseo y pensabas que los dioses te iban a dar una coraza invisible para acabar conmigo? Tus padres me avisaron anoche de que hoy vendrías a matarme con una extravagante armadura que sólo podemos ver tú y yo. Eres patético, insignificante, una vergüenza para los hombres, héroes y dioses. Voy a ser generosa contigo, pide tu último deseo antes de morir.

Cuando vi que mis padres me habían vuelto a engañar y que estaban contemplando desde arriba el circo de mi vida, todo mi orgullo se vino abajo, me desinflé como una vela sin viento y noté como la llama que me quemaba hace sólo unos instantes helaba ahora todo mi ser. Contemplé a Estirges y sentí náuseas al ver sus gigantescas patas de gallina, su grotesco cuerpo humano de pechos largos y caídos y su cabeza de pájaro rematada por un pico amarillo al que todavía había pegados restos de carne y sangre.

la ninfa que cuidó a Zeus cuando era niño.

—Vamos a dar a tus padres el espectáculo que se merecen—dijo Estirges.

Y, volando a la velocidad del rayo, clavó sus garras en mi pecho y me mordió con su pico la nariz. Me zarandeó con tanta fuerza que todas mis armas cayeron rodando por el suelo y mi alma, asustada, quiso huir de mi cuerpo de robot. Derribado pude observar más de cerca los ojos de Estirges: eran amarillos como la afilada córnea de su boca. La arpía no tenía prisa por acabar con mi vida: quería saborear su victoria y ofrecérsela a la increada pareja que me depositó sobre la tierra.

En un momento pude alzar la vista al cielo y me pareció escuchar una voz que decía —a lo mejor era otro episodio esquizofrénico, no estoy seguro—:

—Querida ya es hora de acabar con el juguete ¿Te parece bien?

—Vale, pero móntame otra vez antes de ver como Estirges lo destruye.

—¿Has escuchado a tus padres?—me preguntó Estirges al tiempo que me soltaba la nariz, alzaba su cuello, lo giraba en el aire y esperaba paciente a que se escuchara el grito del orgasmo de mi madre, que haría de señal, como el canto del gallo, para abrirme en canal el pecho y devorarme el corazón.

En ese instante me acordé de la bella e inocente Nefer —que murió por orden de mi progenitor—y, cuando se escuchó el aullido del doble orgasmo de la pareja de dioses primordiales, me desaté un pelo de Talos de la cintura, lo enrollé alrededor del cuello de aquella pajarraca y, recuperando mi hercúlea e indestructible fuerza muscular y mental, degollé a aquel engendro, que emitía unos gritos de dolor espantosos, y le separé la cabeza del cuerpo con mis propias manos. Ahora entendía mejor a Caín y los designios de los dioses que nos lanzan, como dados, al azar. Satisfecho por haber hecho justicia a pesar de que estaba escrito lo contrario, dejé los restos

de la arpía a merced de los buitres y envolví su testa en una bolsa de tela que ya traía de Atenas con ese fin.

Bajé el Monte Ida como si llevara alas en los talones y esta vez, sintiendo fluir la fresca y vivificante sangre de la victoria en mi pecho, me acerqué hasta el cuerpo de mi hermano que yacía sobre un claro de bosque como una montaña de chatarra. Pronto me di cuenta de que mis heridas habían sanado y que no tenía ni una sola cicatriz, lo que me hizo dudar de las voces que escuché a la entrada de Ideon Antron. Me recosté sobre la cabeza de Talos, me desaté otro de los cabellos que llevaba atados a la cintura y me pinché con la punta de mi espada en la arteria humeral. Luego volví a rematar con un clavo la vena que llegaba a mi hermano hasta el tobillo y, tras hacer una incisión en el brazo del gigante, uní los dos cabos de su pelo a ambas hendiduras y, gracias a la oquedad de su cabello le hice una trasfusión. Sabía lo que estaba haciendo, sabía que iba a funcionar pues, sin necesidad de que Asclepios me lo dijera, siempre albergué la seguridad de que teníamos la misma sangre. Al cabo de un rato, noté —ya sin sorprenderme demasiado— que empezaron a moverse los dedos de sus pies y luego los de sus manos. Más tarde comenzó a estirar los brazos y las piernas y abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado Fritz? — me preguntó nada más verme.

—Talos, has estado durmiendo durante un tiempo. La bruja Estirges te hipnotizó y te volvió loco—le contesté.

Luego, ya con más calma, le conté todo lo que había ocurrido y mi hermano, poniéndose pálido como un desterrado, me indagó con una indescriptible expresión de horror:

—¿Dónde está mi amada Ninfa?

Al instante nos pusimos a buscar en un bosque de plátanos y, cubierta por una capa de hojas otoñales y rosas rojas, reapareció poco a poco, blanca como la nieve, el bello cuerpo de su diosa.

—Déjame hacerlo a mí —dijo Talos—y, a continuación arrancó con suavidad la concha marina que tenía clavada en el corazón su adorable sirena y esta despertó, como si nunca hubiera estado muerta, y se abrazó a su amado.

Luego, cuando vi que Talos y su amante se entregaban entre lágrimas a las caricias, yo, que no quería dejarme ablandar por ellos, saqué la cabeza de Estirges de la bolsa, la coloqué sobre el pomo de mi espada invisible y clavé la hoja sobre la roca en la que estuvo colgando varios días mi hermano. Como lo único que se veía era una horrible testa de pájaro flotando en el vacío, ambos se echaron a reír y me prometieron que jamás volverían a descuidar la vigilancia de la isla.

—Ahora—les dije—ya tenéis a Estirges para ahuyentar a los ladrones y a los traficantes de esclavos. Con un poco de suerte viviréis largo tiempo sin que nadie os moleste.

Luego, les pedí permiso para marcharme y Talos me dijo:

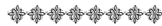
—Sabía que volverías. Cuando te ví, enseguida supe que no eras del tipo de personas que se olvidan fácilmente de los amigos. Estoy en deuda contigo. Quizás algún día, cuando menos te lo esperes, aparezca en tu vida con las noticias que llevas esperando desde que naciste.

La ninfa me abrazó y sentí la calidez de sus rosadas mejillas humedecidas por las lágrimas. Yo, dibujando un largo pico en el aire con mi índice, les dije:

—Creo que la maldad de la bruja superaba en mucho a su fealdad, lo que por simple ecuación tendría que ser imposible. Lo único que lamento, tras haberla dado muerte, es haber privado a mis padres —que al parecer son de ancho estómago— de los suculentos caldos de pollo que podrían haber tomado para reponer fuerzas tras sus frenéticos acoplamientos.

Con esas palabras les hice reír y luego, tras intercambiarnos todo tipo de cumplidos, regresé al puerto de Palaiokas-

tro. A lo lejos y tocado por una maravillosa luz crepuscular, pude ver la imponente figura de Talos erguido sobre el promontorio. La rojiza luz del atardecer bañaba su cuerpo y sus destellos se reflejaban en la mar. Pronto, cientos, miles de barcos, millones, hicieron sonar sus sirenas a lo largo de todas las costas y puertos de Creta y algo en mi interior me dijo que había hecho lo correcto. Yo, sin tener conciencia de ello, también amaba a los que se parecían a mí. La muerte me estaba enseñando el valor de la vida en un mundo sórdido en que las ruedas se hacen con monedas y los sabios se pudren en las cavernas. En un mundo en el que todos llevamos, atravesándonos las venas, el clavo del hombre del martillo que protege como nadie la cueva donde incubaba los huevos de la serpiente.



No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que fui corriendo al Odiseus, tras regresar de Creta, para celebrar mi victoria con oinujo y escuchar los halagos de Antínoo. Estaba un poco resentido con mis padres y quería devolver mis armas invisibles a Iris, salvo la espada, claro, que se quedó en aquellas tierras con la cabeza de Estirges. Había escrito una corta carta a los increados y quería que la mensajera de los dioses se la entregara.

Fue por eso que pasé de largo de la taberna de mi amigo y busqué reposo en la playa donde solía comunicarme con el más allá. Tras acomodarme en mi lugar de costumbre, me puse a contemplar las estrellas que parpadeaban en la vinosa y cóncava bóveda del cielo. A mi lado había colocado las armas invisibles y el rollo de papiro que esperaba poner en las manos de Iris. Las horas fueron pasando lentamente y sólo se escuchaba el rumor de las olas que iban y venían en un vaivén que parecía no tener fin.

Aunque no podía verme a mi mismo, sabía que tenía los ojos enrojecidos, pues el insomnio que solía combatir con las dádivas de Dionisio había hecho mella en mis ojeras y alrededores, dando a la parte superior de mi cara, de la nariz para arriba, un raro aspecto de búho. Así que, sin quererlo, me estaba convirtiendo en un noctámbulo y en un testigo privilegiado del alba y de la puesta de la luna.

Cuando Artemisa cruzó con su carro de plata el horizonte para iluminar la noche de otros pueblos, me incorporé para regresar a casa de vacío y, como presintiendo la muerte a mis espaldas, me dí rápidamente la vuelta y me encontré con Iris. No sé exactamente lo que pasó, pero mis manos se movieron solas, la levanté la falda y, al notar que no llevaba absolutamente nada, ni las cintas que se ponen otras diosas, no pude resistir la tentación de abrazarme a ella con una ternura y pasión que anuló totalmente los dictados de mi razón. Ella al principio trató de apartarme, pero poco a poco cedió a mis impulsos y fue ella misma la que se desprendió de su colorida y ligera prenda. Cuando entré en ella alterando mi naturaleza y la suya, la bellísima mensajera abrió sus alas y encendió a nuestro alrededor el Arco Iris. Debo reconocer, aunque me de vergüenza, que tuvimos siete orgasmos simultáneos y que, cada vez que se producía uno, nuestros cuerpos cambiaban de color, y así pasamos, ora de pie, ora tumbados, ora adelante, ora atrás, por el rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta.

La llegada del alba nos purificó totalmente y, como éramos limpios e inmortales, nos miramos a la cara sin temor a reconocernos. Tuve la delicadeza de vestirla, aunque no me lo pidió, y, tras entregarla el pergamino para mi padre, emprendió el vuelo silenciosamente, brilló sobre el mar y desapareció.



Cuando llegué a casa, vi que los artistas y pintores ya habían terminado todos sus trabajos y los felicité, pues habían superado con creces mis expectativas. Tras repasar todas las escenas me detuve, como es lógico, en el retrato de Sócrates y me encontré con una obra maestra.

—¿Qué te parece?—me preguntó Euridamante.

—Déjame observarlo con calma—le contesté.

Y, recreándome la vista y el espíritu, pude comprobar que las facciones y el alma del primer filósofo, el más sabio y justo entre los hombres, habían regresado a aquel rostro gracias a los pinceles de Euridamante.

Ví, con el corazón feliz, la cara de Sócrates. Su figura no estaba idealizada, era —creo yo— como fue:

En el retrato destacaba su coruscante mirada desafiante, su nariz pequeña, algo respingona. Su amplia calva, compensada por su espesa barba, y el largo cabello, algo desordenado, que se rizaba, como rebelándose contra la ley de la gravedad, en sus pobladas y argénteas sienas. Su boca adusta, sus cejas un poco levantadas. Su expresión de niño milenario. Sus rasgos de enfado, incluso un imperceptible toque de sátiro. Destellos de agudeza, ironía, sarcasmo. Pensamiento alado, gestos de irreductible inconformismo. Bondad, dulzura, genio. Amargura, decepción, valentía, coraje, insumisión. La imagen de la justicia quebrada. De la victoria sobre la ignorancia. Y de la muerte digna.

—Tu trabajo me ha conmovido ¡caro Euridamante!—le dije seriamente impresionado.

Luego le miré fijamente a los ojos y continué:

—Pídeme lo que quieras. Lo que has hecho no tiene precio.

Ante mis palabras, Euridamante ni se inmutó y, cogiendo sus bártulos, me contestó:

—Págame lo que me debes y apártate para que pueda llegar pronto a casa. Mi esposa me está esperando para almorzar y me desagrada comer las alubias con morcilla frías.

Como comprenderéis ¡queridos mortales e inmortales! después de recibir una contestación de ese tipo, lo más lógico es que de por concluido este capítulo, me tome una copa de vino con unas aceitunas y reflexione un poco acerca de lo que me ha ocurrido, lo que me está ocurriendo y lo que me ocurrirá.

II

Ahora que había recreado las paredes tenía que decidir la suerte de las esculturas olímpicas que el Rey Midas había colocado en los lugares más prominentes de la Casa Azul. En realidad, no las había prestado mucha atención pero los artistas —probablemente con la esperanza de ser contratados en el futuro— las habían sacado tanto brillo que sus marmóreas presencias habían cobrado vida, lo que me hacía temer que, si me excedía con el vino o el oinujo, corría el riesgo de hablar con todas ellas y establecer relaciones de amistad o amor ficticias, lo que suele ocurrir con las personas que huyen de los libros que forjan la razón o de los trabajos penosos y se pasan horas enteras embobados mirando vistosos y coloridos murales que acaban borrando todo rastro de inteligencia.

Repasé la nómina de los dioses y estaban todos: Zeus, Poseidón, Hera, Artemisa, Afrodita, Atenea, Hefesto, Apolo, Deméter, Hestia, Dionisio y Ares.²⁴ Sin lugar a dudas, ocupaban mucho espacio y alguno sobraba. Estudié bien los rincones de la casa, así como la armonía interior y exterior que realmente buscaba, y decidí deshacerme de la mitad. Así que, siguiendo mis impulsos naturales, decidí vender a Zeus, Poseidón, Ares, Hefesto, Hera y Deméter e indultaría, por una cuestión de estética y afecto personal, a Afrodita, Dionisio, Apolo, Artemisa, Hestia y Atenea. De esa forma mataba dos

²⁴ El autor no nombra a Hades porque no vivía en el monte Olímpico, sino en el ultramundo y opta por poner a Dionisio en vez de a Hermes.

pájaros de un tiro: aligeraría el peso del Olimpo y separaría a Hefesto y a Ares de Anadiómene²⁵, la que enamora con una sola mirada.

La escultura de esta última, montada en un cisne y llevando en una mano una rosa y en la otra una manzana, me parecía tan impúdica que me daban ganas de cubrirla. El artista, creo que un discípulo de Fidias, había tenido el atrevimiento de poner espuma en el suave y flexible cuello de la palmípeda, disminuir el tamaño de los senos de Filomédea para que pareciera más inocente y exagerar el volumen de sus nalgas —tal vez para hacer honor a su epíteto de Kalliglouteos²⁶—lo que, aunque mereciera un poema de Hesiodo, no debería immortalizarse en mármol y quedar a la vista de cualquier zoquete que pusiera sus ojos en las formas sagradas que salieron de la mente del genio creador.

Convencido de que obraba con rectitud, por lo menos con sentido común, coloqué a los dioses que sobraban a la entrada de casa y me di cuenta de que juntos parecían incómodos, como si su grandeza creciera con la distancia. Luego llamé a Filemón y le expliqué mi plan:

—Quiero vendérselos a los ricos que amen el arte, pues me imagino que ellos sabrán cuidarlos bien o regalarlos, como ofrenda, a los templos. Lo que no puedo es seguir con ellos: invaden mi espacio vital.

—Fritz, no esperaba que hablastes de los dioses, sobre todo de Zeus, como si fueran un estorbo. Deberías de medir bien tus palabras. La tragedia no comenzó en Grecia por casualidad. Fueron hombres como tú los que, creyendo que podían burlarse de los olímpicos o incluso vivir sin ellos, inflamaron su terrible poder y su implacable venganza.

—¿Conoces los nombres de los artistas que esculpieron a los dioses que ya están a la venta?

25 La que vino del mar, en alusión a Afrodita.

26 La de hermosos glúteos.

—Amo, no tengo ni idea. Lo único que sé es que el Rey Midas nadaba en oro y podía permitirse todos los lujos que quisiera.

—Ahora piensas con lucidez. Compró obras únicas de los mejores maestros y, las esculturas que voy a poner en tu mano para que se las vendas al mejor postor, valen una auténtica fortuna, mucho más dinero de lo que hayas podido imaginar en tu vida. He leído los títulos de propiedad que heredé del Rey Midas y he podido comprobar que Zeus es obra de Angéladas; Poseidón de Agorácrito, el discípulo de Fidias que se hizo famoso por su colosal estatua de Némesis; Ares, que es el que menos me gusta, fue tallado por Onatas de Egina; Hera por Mirón y Hefesto por Escopos.²⁷ Si las das salida al precio que realmente valen, cobrarás una comisión lo suficientemente alta como para que puedas comprarte terrenos y abundante ganadería. Y, como dejarás de ser una persona humilde, ya no tendrás la necesidad de casarte con una mujer fea que te amargue la vida y te odie hasta la muerte. Podrás llevar al altar de Afrodita a una esclava joven y bella o, si lo prefieres, a una doncella libre que, aunque dudo que te sea fiel por la cantidad de Narcisos que crecen hoy día en las calles de Atenas, evitará por lo menos que sigan creciendo burdéganos en el barrio.

—Amo, me ofendes y me has herido profundamente. ¿Acaso piensas que sólo con dinero puedo enamorar a una mujer hermosa?

—¡Filemón! sí, eso es lo que pienso. Me has leído la mente. Así que no des más vueltas al asunto. Sé práctico y calcula cuando antes, por tu propio bien, tus posibilidades.

—Mi criado cerró el puño y se lo puso en la barbilla. Tras reflexionar unos instantes, me preguntó:

²⁷ Todos son nombres de escultores griegos de la antigüedad.

—¡Fritz! ¿Es verdad que el dinero puede convertir en dioses a los gusanos?

—Sí, Filemón, abre bien los ojos y pasea por los barrios de los ricos.

—Yo no soy como ellos, pero gracias a ti tengo la posibilidad de dejar esta vida servil. Ahora puedo soñar con dar el salto de oruga a crisálida y de crisálida a mariposa.

—Ahora, dime la verdad, caro Filemón ¿Para tí qué es más importante el portador del rayo o el dinero? Piensa bien antes de contestar: recuerda que la vida es breve y pasajera y que Hades, uno de los hermanos de Zeus que vas a subastar, es el más vengativo y siniestro de los doce olímpicos.

—¡Ay Fritz! ¿Por qué me quieres amargar con tus preguntas? ¿Por qué deseas introducir la duda en mi pobre corazón? Si tuviera que elegir entre una cosa o la otra, por supuesto que alzaría la voz para que se escuchara el eco en toda la Hélade y gritaría que ni mi vida ni la de ningún hombre tiene sentido sin las divinidades que nos crearon, no se para qué, manoseando el barro.

—Es todo lo que quería saber, Filemón. Yo mismo me encargaré de vender a esa media docena de dioses y me quedaré con todo el dinero, incluyendo tu comisión. Así que sigue trabajando de albañil hasta el final de tus días, olvida a las doncellas de delicada piel y cintura minoica y prepárate para hacer ofrendas a Hefesto cuando yo vaya a divertirme con las Musas del Helicón.

—¡Amo! no me has entendido ni una palabra. Lo que intentaba decirte es que adoro tanto a los dioses que prefiero que estén en los floridos jardines de los ricos, rodeados de pájaros y manantiales, no en una miserable choza como la mía que no es digna ni para los animales.

Luego hizo una pausa y, con el rostro iluminado, contestó:

—Demos a los dioses del Olimpo lo que se merecen y al pobre Filemón la comisión que necesita.

—¡Ea! ¡No se hable más Filemón! Carga a los dioses en el carromato de la burra Dana y en el del burdégano, si no hay espacio suficiente, y visita las mansiones y palacetes de los hombres más ricos de Atenas. Una cosa, sé noble y justo y no exageres el precio. Si hay una cosa que odio en este mundo es la codicia.

Mientras Filemón iba envolviendo cuidadosamente a los dioses y los iba colocando en sus respectivos carromatos, pude comprobar cómo le sudaba la frente y le pregunté:

—¿Quieres que te eche una mano?

—¿Me rebajarás la comisión si acepto?

—¡Hombre, no! ¿Cómo se te ocurre pensar algo así de mí? ¿Es que no me conoces todavía?

—Lo siento, pero me gusta la seguridad. Es malo llevarse disgustos por no prevenir a tiempo.

Luego me miró para ver mi reacción y noté que en su ojo izquierdo brillaba Palas Atenea y en el derecho la lechuza, anverso y reverso de la tetradracma ática.

—Filemón, no te obsesiones con el dinero, la mayoría de las veces no hace más que causar problemas. No olvides lo que le ocurrió al rey Midas.

—Sí, sí —me contestó sin escucharme.

Luego arreó a Dana y a Espasmos y desapareció en la primera curva en dirección de la Vía de las Panateneas.

Yo, repentinamente caí en la cuenta de que me podría convertir en uno de los hombres más ricos de Atenas y me entró una opresiva angustia que no sabría explicar con palabras. Había que encontrar la forma más rápida de deshacerse de aquella fortuna, pues si los dioses se cotizaban tan alto,

el dinero podría convertirme en un imbécil y ya jamás en mi vida disfrutaría del amor y la amistad y, lo que es peor, dudaría siempre de mí mismo pues, al igual que las abejas se sienten atraídas por la miel, los aduladores se arrastran como babosas ante los ricos, disimulando el lógico odio o la envidia que despiertan, y esperan atentos, con el veneno oculto en el anillo, el momento de servirles la mejor copa de vino. ¡Ay, se me olvidaba! Jamás alcanzaría la sabiduría y tendría que pagar, al volverme paulatinamente ciego, a falsos maestros en academias privadas, pues los auténticos sabios sólo transmiten las verdades supremas a los mejores discípulos cuyo único patrimonio es una gran sed de aprender. ¡Adiós al amor, a la amistad y a la sabiduría! ¡Estoy atrapado! Debo hacer algo inteligente para quitarme ese gran peso de encima. ¡Ah, ya lo sé! ¡Ah, ya lo sé! —exclamé—: voy a comprar a miles de esclavos y les voy a dar la libertad.

Y, con ese elevado pensamiento en mi corazón, me fui a dar un paseo por el ágora con la necesidad urgente de comunicar lo que iba a hacer a Platón.

No sé si Iris, en agradecimiento a los siete orgasmos de colores que tuve con ella, ya había difundido la noticia de la venta de los dioses para facilitarme el camino, pues nada más ver a mi maestro, éste alzó las orejas, despidió a sus discípulos y vino a mi encuentro.

—¡Platón! ¡Platón! —le dije sumamente excitado—. Dentro de muy poco tiempo voy a convertirme en uno de los hombres más ricos de Atenas. Pienso en gastar mi fortuna, hasta el último óbolo, en comprar el mayor número de esclavos posible. Voy a dejar vacías las latomías. Y, luego, conseguiré tierras para todos esos miserables y les daré la libertad. ¿No te parece una idea hermosa?

—¡Ay, Fritz!—me contestó—, qué poco conoces a los hombres y qué poco te conoces a tí mismo, pues si adquieres

tantos esclavos como dices, conseguirás el efecto contrario al que esperas.

—¿Por qué? Maestro ¿Por qué? — le pregunté desconcertado.

El me miró, como si se estuviera dirigiendo a un niño recién llegado a la Academia, y prosiguió:

—Cuando los traficantes se enteren de que un nuevo Mida compra al por mayor esclavos y esclavas, automáticamente los puertos de El Pireo y los de toda la Hélade se llenarán de miles, probablemente millones de mercantes, que intentarán acercarse a tí y venderte, al precio que sea, a los desdichados que por tu culpa han capturado. Y así, gracias a tu ingenuidad, en vez de erradicar la esclavitud en el mundo civilizado, lograrás que se extienda aún más la cacería humana que intentas combatir.

Luego Platón, al notar mi desánimo, me preguntó:

—¿Qué le pasa a la manzana cuando entran los gusanos?

—Se pudre —contesté.

—Muy bien y ¿Qué le pasa a la sociedad cuando corren las tetradracmas?

—Se enriquece. Los hombres prosperan—respondí.

—No, no se enriquece. Crece la avaricia, cual gusanos de la manzana, y se pervierte. ¿No te das cuenta de que ya estamos en una sociedad bastante corrompida?

—¿Y qué hago con el dinero?

—Mira—dijo pensativo—, Aristóteles, que es tan idealista como la mayoría de los jóvenes, sueña con crear una biblioteca universal. Quiere recopilar libros, papiros y pergaminos de todo el mundo. Reunir y ordenar todo el saber de las generaciones que nos han precedido. Su sueño es que en las salas de las Musas se pueda aprender filosofía, historia,

medicina, matemáticas, astronomía, religión, poesía, teatro y toda ciencia y disciplina que merezca la pena ser estudiada. Su plan es construir las bases de una ciudad del conocimiento dedicada a la recta educación y al desarrollo del intelecto —y guiada por sabios—pues, a su juicio, sólo así se podría salvar a la humanidad.

—¿Me aconsejas que entregue mi fortuna a Aristóteles?

—No, todavía no. Espera a que madure. Aún no ha cumplido los veinte años y siendo tan joven no debe tener en sus manos tanto dinero. Aunque parece un muchacho íntegro debes saber, y no olvidar jamás, que el vil tetrádracma es el peor enemigo del hombre. El asesinato, la codicia, el poder, la tortura, la esclavitud, la explotación, la injusticia, entre otras muchas plagas que azotan a la especie humana, son hijos del oro y de la plata, metales por los que se matan los dioses y los héroes para resplandecer en el Olimpo y en la tierra.

—He entendido, maestro, guardaré mis talentos en un lugar seguro hasta que Aristóteles haya crecido lo suficiente. ¿Crees que mi tesoro estará a salvo de los ladrones en la Casa Azul?

—Lo dudo, Fritz

—Y entonces ¿Dónde lo escondo para que nadie lo robe?

Platón sonrió y me dijo:

—Entrégaselo al Jeroglífico.

Y, con esas palabras, volvió a unirse a su grupo de seguidores y les preguntó:

—¿Obró correctamente Dionisio al perdonar a los piratas que quisieron venderle como esclavo?

—Sí, hizo bien—dijo uno de sus discípulos—, porque dar muerte a los otros es propio de animales. El hijo de Zeus fue compasivo al convertirles en delfines que, aunque seguían

teniendo alma de piratas, vivían arrepentidos y llevaban la paz a las aguas y salvaban a los náufragos²⁸. Es un ejemplo del fruto y la cosecha de una buena enseñanza. Hizo igual que su hermano, el flechador Apolo que, cuando iba a disparar una saeta contra un centauro que había matado por error a un cisne, la depositó en el suelo al ver de repente a la ninfa Dafne y soltó una paloma blanca henchido de amor.

—¿Estás seguro de que es buena la moraleja de la ninfa?—le preguntó Platón frunciendo el ceño

Y, mientras escuchaba la respuesta de su aventajado alumno, empecé a tranquilizarme al saber que ya no tenía necesidad de ser rico y que, gracias a los consejos de mi maestro, albergaba la ilusión de convertir montañas de tetrádracmas en igual número de semillas apolíneas en cuyo anverso estaría la luz y en su reverso la verdad.

Al salir del ágora, anduve algo menos de un estadio y entré en un establecimiento dedicado al cuidado del cabello.

—¿No quieres dejarte crecer la barba? A tu edad te daría un aire respetable e incluso podrías parecerte a los sabios. Tienes un perfil heleno. Recuerda que los hombres más profundos de Atenas sienten vergüenza de mostrar su verdadero rostro—me dijo el compositor de la armonía.

—Gracias, tal vez más adelante. Ahora me gusta sentir el agua y el aire en la piel. Además, el invierno está terminando e Iris ya anunciado la primavera.

28 La leyenda dice que Dioniso contrató a unos piratas tirrenos para viajar a Naxos y que éstos decidieron cambiar de rumbo y dirigirse a Asia para venderlo como esclavo. Cuando el hijo de Zeus y Semele se dio cuenta, transformó los remos en serpientes y llenó la embarcación de hiedra al tiempo que empezó a resonar una música desquiciante de unas flautas invisibles. Entonces, encalló la nave en una enramada de parras y sarmientos y los piratas enloquecieron y se arrojaron al mar. Allí se transformaron en delfines, con alma de pirata arrepentido, y se hicieron amigos de los hombres. Estas escenas están vivamente representadas en la fabulosa colección de mosaicos del Museo del Bardo (Túnez).

—¿Vas a ir a la asamblea de hoy? —me preguntó mientras afilaba las navajas.

—Ignoraba que hubiera una reunión importante. Acabo de llegar de Egipto y no sé nada —le contesté.

—Pareces extranjero. No se habla de otra cosa en toda la polis. El gran orador Momo va a dirigirse a la ciudadanía para tratar de una serie de proyectos de ley y se espera que ofrezca un discurso sólo comparable a los de los grandes pensadores de la Edad de Oro. Ese hombre sería un digno sucesor de Clístenes.

—¿Momo? —repetí horrorizado acordándome de los consejos que le dí pocos meses antes de partir al país de El Nilo. ¿Tan popular se ha hecho en estos tiempos?

—Bueno, ahora ejerce la presidencia rotatoria de la Bulé²⁹ y cuando se reúne la Ekklesia suele desgranar con aladas palabras la agenda del día. Hoy se celebra la última asamblea de este mes y al parecer ha convocado a todos sus amigos, la mayoría ciudadanos con inmensas fortunas, para que se aprueben las leyes que él considera sabias y urgentes para el buen gobierno.

—¿Y dónde va a tener lugar la convención?

—Al aire libre, a medio camino entre el ágora y la Academia de Platón. Se espera que acudan más de treinta mil personas. Te aconsejo que no te pierdas el espectáculo. Si Momo juega bien sus fichas ya no tendremos que mirar hacia atrás con nostalgia para recordar los tiempos del divino Pericles.

—Rápido, termina —le dije.

29 La Bulé o Consejo de los Quinientos era una institución que se encargaba de estudiar los asuntos de la polis y de establecer el orden del día de las propuestas de ley (probouleuma) hechas por los ciudadanos en las sesiones de la Ekklesia (Asamblea Soberana). La presidencia de la Bulé era rotatoria y duraba un mes. En Grecia un año tenía diez meses.

A continuación, fui corriendo a los establos de Filemón y cabalgué volando a lomos de Arión, que no tocaba con sus pezuñas la tierra, hasta llegar a una amplia explanada abarrotada hasta los bordes donde sobre un alto estrado se disponía a hablar Momo.

Tras levantar la mano para pedir silencio a la Ekklesia, dijo:

Hemos creado la civilización más alta y profunda que la mente humana haya podido imaginar jamás. No es extraño que los griegos hayan vivido siempre al lado de los dioses y que éstos, que nos aman porque están fascinados por nuestra valentía y espíritu creador, combatan a nuestro lado cuando la ciudad se encuentra en peligro y disfruten del vino y fiestas, mezclándose con los ciudadanos y ciudadanas de toda la Hélade, en los momentos de gloria, que son muchos, del pueblo que lleva, como ningún otro, la antorcha que ilumina, cual carro de Apolo, los destinos de las naciones donde se fraguó la democracia.

Todo lo logrado hasta ahora es hermoso, único, pero ¡Amigos! no es suficiente. Debemos seguir deslumbrando al mundo y, como nos enseña el espíritu de las Olimpiadas: Cada vez tenemos que correr más rápido, más alto, mejor. Esta es la meta del pueblo griego: volar tan alto que nos crucemos con las águilas de Zeus en la inmensa y plateada bóveda celeste. Volar tan alto que, ocupando los mismos espacios de los dioses, nos hagamos dignos de llamar a las puertas de sus moradas y compartir con ellos la ambrosía.

Quiero lo mejor para todo el pueblo y por eso os pido que no os durmáis en los laureles. Juntos debemos dar uno, mil, pasos de gigante, y avanzar como un solo hombre al paraíso de los elegidos. En nuestras manos está, y vamos a conseguirlo, la posibilidad de que la grandiosa y única civilización griega siga siendo la luz más esplendorosa y brillante de la tierra hasta la eternidad.

Pero esa meta no es, ni debe ser gratis. Debemos aprender para sorprender al mundo —y marcar para siempre las distancias y las diferencias— a explotar al máximo nuestros recursos humanos. Hay que sacar fuera lo mejor de cada uno de nosotros, día a día, y mover, si es necesario, las montañas, para que en nuestro horizonte jamás se oculte el sol.

Cuando Momo fue interrumpido con tronantes aplausos y se disponía a proseguir su discurso sacando a votación las propuestas de varios proyectos de ley, yo alcé mi mano y pedí la palabra.

La Bulé me hizo un gesto de aprobación y hablé con una voz que se podía escuchar en todos los mundos habitados por la razón:

—No he entendido muy bien la arenga de Momo ¿Podéis decirme que son los recursos humanos?

La Ekklesia permaneció en silencio y, como nadie intervino, proseguí:

—¡La vida de todos nosotros es corta y depende de un hilo! ¡Nadie sabe cuando Átropos lo cortará con sus tijeras!

La gente empezó a murmurar, como queriendo llamar la atención de la guardia para que me expulsaran del lugar, pero yo, que estaba dispuesto a despertar hasta a los propios olímpicos con mis magníficas cuerdas bucales, demostré que no necesitaba tener alas como Hermes para hacer llegar mis mensajes. Y, como si hablara con la boca de Eco, les pregunté:

—¿Dónde está vuestra inteligencia? ¿No os dais cuenta de que Momo está manipulando vuestras mentes? No estamos hechos de bronce, ni de carbón ni de electrón. Tenemos alma y corazón. ¡NO SOMOS RECURSOS HUMANOS! ¡NO SOMOS RECURSOS HUMANOS! ¡NO SOMOS RECURSOS HUMANOS! ¡SOMOS SERES HUMANOS! ¿Habéis oído? ¡SOMOS SERES HUMANOS!

Cuando me desahogué con mi vibrante advertencia, muchos ciudadanos que al principio estuvieron a punto de reírse de mí, empezaron a aplaudir hasta echar fuego por las palmas de sus manos. Daba la impresión de que hasta el venerable cojo había colaborado en avivar las llamas de aquel bosque de ramas³⁰.

Yo, que odiaba tanto el dinero como los halagos, hice un gesto a la Ekklesia para que no metiera más ruido y les dije, para evitar que Momo les hiciera daño:

—¡Cuidado con aquellos que exageran vuestro valor y vuestra fuerza con hermosas y rimbombantes palabras porque lo único que desean es que sigáis moviendo la noria de sangre para sacralizar, con el artificio de que os harán ricos y libres, una nueva forma de esclavitud!

—¡Se nota que es un discípulo de Platón!—dijo un anciano con lágrimas en los ojos.

No me había dado cuenta pero era el mismo que, en medio del frío y el viento boreal, le cubrí con mi capa y le acompañé hasta la puerta de su casa. Aquel hombre, que yo protegí como si fuera débil y estuviera a punto de quebrarse por la furia del temporal, se convirtió—sin que yo lo hubiera podido imaginar jamás—en mi aliado y en la voz que el pueblo necesitaba en ese momento.

Antes de marcharme, giré la cabeza y descubrí una expresión de tanto odio en el desvelado rostro de aquel locuaz arconte, que parecía que el hasta ahora endiosado político, lo único que deseaba era tener en sus manos el pesado arco de la Niebla³¹ y largas flechas rematadas con negras plumas de buitre. Sé, y no me arrepiento de ello, que aquel día acabé con la carrera política de Momo.

30 Manos y dedos.

31 La muerte.

Y así, al hombre que inconscientemente encumbré, conscientemente le hundí en la estrecha cárcel de su insignificancia.



A los pocos días de mi intervención ante la Ekklesia, llegó Filemón a la Casa Azul vestido con una lujosa túnica y cubriendo sus anchos pies con unas elegantes sandalias de cuero que alguien acababa de abrillantar con grasa de caballo. Todo su cuerpo desprendía el perfume de exquisitos aceites aromáticos y movía, con estudiados gestos de despreocupación, sus encallecidos dedos que ahora intentaba embellecer con espantosos anillos de oro que llevaban su nombre y su sello y que estaban orlados con la imagen de un águila real.

—¿Qué te ha pasado Filemón? —le pregunté nada mas abrirle la puerta.

—Luego te cuento—contestó.

A continuación, hizo un gesto, se dio la vuelta y dijo a un hombre que venía con él:

—Date prisa. Apresúrate.

Su acompañante empezó a descargar un arcón del carromato de Dana y lo puso en una tabla con ruedas. Tras hacer un poco la palanca en un extremo, introdujo la mercancía en mi vivienda.

—Pero Filemón ¿Te ha visitado inesperadamente la Fortuna?

—No amo —contestó—, es que he cobrado una pequeña parte de mi comisión por adelantado y me he permitido el capricho de vestir como un príncipe. Serví durante muchos años al rey Midas y —debo confesarlo— me contagié alguno de sus gustos.

—¡Filemón! —grité—¡Quedas despedido! ¡Jamás te tenías que haber permitido tantas confianzas conmigo! ¿Cómo has osado obrar así sin consultarme? Apártate para siempre de mi vista. No quiero que te vuelvas a cruzar en mi camino. Y, si me ves por casualidad por la calle algún día, ni se te ocurra saludarme.

Nada más pronunciar esas palabras, se hincó en el suelo de rodillas, se abrazó a mis piernas y empezó a llorar amargamente.

—¡Amo, perdóname, perdóname! Te juro que jamás volveré a actuar como lo he hecho. Tampoco tendrás la ocasión de volver a encontrarte con este ser tan despreciable. Esta misma noche me quitaré la vida.

Yo, que pensaba que estaba haciendo teatro, hacía caso omiso de sus palabras y estuve a punto de arrojarle de casa a golpes pero, cuando me disponía a deshacerme de él, Filemón se levantó a la velocidad del rayo, llegó hasta la gran mesa de nogal y, cogiendo un cuchillo que Clítia utilizaba para comer fruta, se lo llevó al corazón. Sin duda hubiera muerto en aquel instante si no hubiera sido más rápido que él y no hubiera impedido que la hoja atravesara su pecho.

Cuando Filemón dejó de jadear, no tuve más remedio que perdonarle y, conmovido por su determinación de subir a la barca de Caronte, le dije:

—Cuéntame lo que ha ocurrido y preséntame a ese porteador que traes contigo.

—No, no es ningún portador. Es un esclavo que acabo de comprar.

Miré a aquel pobre hombre que parecía asustadísimo y, con la máxima amabilidad, me dirigí a él con estas aladas palabras:

—Por favor, siéntate, y dime tu nombre.

Aunque al principio se negó a sentarse, luego cedió ante mis ruegos. Mejor dicho, ante un gesto que le hizo Filemón.

—¿Cómo te llamas? —repetí—, ahora que le veía más cómodo y relajado.

—Mi nombre es Animal aunque algunos me dicen Sin Derechos.

—No sé, no sé. A mi me parece que deberías cambiar de apodo. Si me lo permites, yo que soy especialista en eso, podría buscarte uno de hombre libre.

—Muchas gracias, pero estoy acostumbrado a que todo el mundo me recuerde así. Yo ya no quiero cambios en mi vida. Prefiero seguir como estoy.

—No estoy de acuerdo contigo y vas a tener que obedecerme, por las buenas o por las malas—insistí.

—Mejor por las buenas que por las malas—contestó.

—Así está mejor —proseguí—. La palabra Animal no me gusta, suena a selva, a salvaje, a incivilizado. En cambio, el vocablo Derecho no está mal, desprende un sabor culto, a justicia, ley, civilización. Vamos a unir los dos y así arreglamos un poco tu nombre. A partir de ahora te llamarás Animal Sin Derechos ¿De acuerdo?

—Me parece bien —dijo—. Así conservo ambos y todo el mundo sabrá que sigo igual, que no he cambiado.

—Perfecto—contesté.

Luego volví a dirigirme a Filemón y le pregunté:

—¿Qué pasó con las esculturas de los dioses?

—Se han vendido a un precio mucho más alto del que imaginas. He conseguido seis millones de dracmas³².

32 Según cálculos hechos recientemente, una dracma ática equivaldría (en 2010) a unos 40 Euros. Ese era el salario de un día de un profesional cualificado. Un arconte

Hizo una pausa para estudiar mi expresión y continuó:

—¡Animal Sin Derechos! ¡Abre el arcón!

Cuando su esclavo lo abrió, vi una montaña de plata tan grande que enseguida pensé que con ella podría forjarse un nuevo y fabuloso carro para la flechadora Artemisa, la que con su mirada cura las enfermedades de las doncellas que aún no han subido al altar de Afrodita.

—Filemón—resalté—, quiero que manumitas a Animal aunque siga trabajando a tu servicio. Y no sólo eso, si me entero por casualidad de que no le tratas como a un ser humano acabo contigo sin contemplaciones. De la misma forma con la que terminé con la vida de Estirges. ¿Entendido?

—Sí, sí, he captado el mensaje. Mañana mismo te traigo la minuta de manumisión por si quieres añadir algo.

—Me parece buena idea—remarqué.

Luego, le dí una comisión de cien mil dracmas³³ y volví a ver cómo en sus ojos brillaban como dos soles la virgen Palas Atenea y la lechuza.

Tras hacer unas humillantes reverencias que me pusieron de mal humor —yo tenía aspecto de sabio, no de Rey—Filemón y Animal Sin Derechos abandonaron mi casa cargados con tintineantes bolsas cuyo peso parecía, por lo menos al primero, más ligero que una pluma.

Como es lógico aquella noche no pude dormir pensando que tenía cerca de la cama un arcón con casi seis millones de dracmas. No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que no pegué ojo por miedo a que me robaran los ladrones. Si alguno de ellos —protegidos de mi amado Apolo—hubiera entrado por la ventana para llevarse mi fortuna, le hubiera

ganaba una dracma y media.

33 Cada dracma se dividía en seis óbolos. Esta última era la moneda más corriente en las transacciones domésticas.

ayudado, incluso con poleas, a descargar las bolsas de Atena y la lechuza, pues ¿Qué podemos hacer contra aquellos que nos hacen un favor al alejar de nosotros el mal? ¿Podéis nombrar algo? ¡Queridos mortales e inmortales! ¿Qué haga tanto daño como el oro y la plata? ¡Qué se lo pregunten a las madres de los pechos cortados de los pueblos conquistados!

No soy un ser afortunado
Y tuve que estar en vela
Pegado a aquella masa de plata
Que casi me quema

Esperando inútilmente
A que Iris volviera
A anunciarme
La llegada de la primavera

A la mañana siguiente golpeé con fuerza a las puertas de la casa de Filemón y mi siervo tardó — en contra de lo que era habitual—muchísimo tiempo en abrirme. Apareció con la cara roja como un tomate, cual Pan ante los ojos del barbilampiño Hermes, y me dijo:

—Perdona. Estaba profundamente dormido y no he oído que llamabas.

—Filemón — le reprendí—. Ayer te perdoné porque creí en tu intento de suicidio, acto que te ennoblecí, pero ahora estás desatando mi cólera porque me estás mintiendo. ¿Estás durmiendo con una fulana o con dos?

—¡Ay! ¡Ay! No sigas, mi amo, si para ti soy un ser tan transparente ¿Por qué me toleras? Acaba de una vez por todas conmigo y deja de torturarme. Si yo fuera joven y bello como tú, jamás iría con prostitutas pero ¿Has visto bien mi rostro? ¿Quién iría conmigo si no fuera por dinero? ¿Por qué te crees que Quirón y yo compartíamos cama con Dana?

—Desde que eres rico no dejas de decepcionarme. ¿Pienzas que mezclando la verdad con la mentira vas a engañarme? Me estoy cansando de tí. Si no te conviertes en un hombre, lamentarás el resto de tu vida el haber nacido.

Filemón bajó la mirada y me dijo:

—¿Qué quieres?

—Préstame a Animal Sin Derechos y al burdégano. Tengo que ir urgentemente a la taberna Odiseus.

—¿Para qué?

—Eso no es asunto tuyo. Actúa rápido, que se me está acabando la paciencia.

En un abrir y cerrar de ojos, apareció Animal sujetando las riendas de Espasmos que llevaba uncido el yugo de un carro-mato plano y vacío.

—Animal Sin Derechos, coloca a Espasmos enfrente de la puerta de mi casa— dije al que estaba a punto de convertirse en un liberto.

Y, aventajando a Aquiles, el de los pies ligeros, Animal llevó a Espasmos al lugar que le indiqué.

Luego Animal Sin Derechos y yo pusimos el arcón sobre el carromato y, tras montarme en Arión, emprendimos el camino hacia la taberna.

—Fritz—me dijo el esclavo—. No me gusta que me llames Animal Sin Derechos. Pienso que es un nombre demasiado largo. ¿No te parece suficiente Animal? Ahora que voy a ser

un hombre libre, me gustaría elegir como debe dirigirse a mi la gente. Si lo apruebas, me quedo con Animal de nombre y con Sin Derechos como epíteto. Esa es la costumbre de Grecia ¿No? Atenea, la de glaucos ojos. Afrodita, la Filomedea³⁴. Hefesto, el cojo de oro. Yo también deseo asemejarme a ellos ¿Es pedir demasiado?

Yo, que tenía la mente envuelta en nubes, le contesté sin estar muy seguro de lo que decía:

—Si quieres te llamaré a partir de ahora Animal y, sólo cuando estemos ante gente culta que realmente valore la esencia del apelativo, les diré que eres Animal Sin Derechos ¿De acuerdo?

—Creo que es una sabia decisión. Ahora estoy mucho más tranquilo.

Y con ésta y otras conversaciones triviales que no merecen la pena ser narradas, llegamos al Odiseus al mediodía.

Animal me ayudó a descargar el arcón y Espasmos se rasgó el cuello contra el poste de la taberna.

—¿Qué llevas ahí?—me preguntó Antínoo al ver que cogíamos la caja con extremo cuidado.

Yo pedí al esclavo de Filemón que se sentara conmigo en la mesa del dios egipcio y respondí:

—Seis millones de dracmas. No tienes ni idea la carga que suponen. ¿Sabes el lujo que es dormir profundamente, a piana suelta, sin preocuparte de las oscilaciones de los mercados?

—Nunca había tratado antes con hombres como tú—contestó Antínoo—y ahora sé que eres imprevisible. Pero ya que somos viejos amigos y conozco la mayoría de tus secretos ¿Podrías decirme a quién has metido en el arcón para bur-

34 Medea. Genitales. Filomedea: Amiga de los genitales.

larte de mi o sorprenderme? ¿A Clítia? ¿A una sirena? ¿A la propia Afrodita?

—Dos porroncillos de oniujo y unas aceitunas—ordené.

Al instante, en el intervalo que tarda en sonar el trueno tras el relámpago, apareció Antínoo con tres porroncillos de Tartessos y me dijo:

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro—asentí.

Espasmos, cual renacida réplica de Filemón, miraba con aire de superioridad desde una ridícula altura creyéndose hijo de Poseidón. ¡Cruelles son las manos del Destino que juegan con el barro, indecisas, sin decidir, hasta el último momento, la forma que darán a sus criaturas!

Cuando Animal, Antínoo y yo, estábamos tan borrachos que no podíamos ponernos en pie, apareció un sol inmenso, redondo, rojo, sobre el horizonte y en ese intervalo me dí cuenta de que no tenía ningún motivo para reírme del acoso de mi espejo. Todo lo que amaba había muerto o iba a morir ¿Por qué jugaba a ignorar la realidad? ¿Era tan cobarde, a pesar de haber matado a Estirges, que no me atrevía a actuar como un hombre? ¿Era bueno alimentar mi vanidad dando la imagen de héroe cuando sabía que no era más que la sombra de un sueño que se deshizo en las fronteras de la luz?

—Sí, he venido con seis millones de dracmas—le repetí a Antínoo—, que no hacía más que lanzar carcajadas y tocarse la barriga cada vez que el burdégano, imitando a los seres humanos, hacía raras posturas para que todos creyésemos que era un caballo.

Arión, el único que permanecía sobrio,

Contemplaba
En silencio
Como el sol
Besaba a la luna
Y la decía:
Te quiero.

Cuando mis ojos
Estaban tan rojos
Como el flamígero
Cabello de Apolo
Mi cabeza se desplomó
Contra el trípode
Clavándose mi nariz
Contra una bandeja
Donde había
Tres racimos de uvas

Cuando la ensangrentada cabellera de Apolo se hundió en el vinoso ponto y sobre la superficie del mar se extendía el carmín de los labios de mi adorable Afrodita, tanto Animal como Antínoo roncaban profundamente pero yo, que había venido con una misión, hacía un esfuerzo titánico para no dejarme arrastrar por Morfeo.

Y, cuando empecé a cerrar los ojos y mis pensamientos empezaron a viajar libres y sin timón, noté que una mano se posaba sobre mi hombro derecho y que su propietario, El Jeroglífico, decía:

—Fritz, descansa. Yo y mis pescadores nos encargaremos de poner el arcón en un lugar seguro lejos de la vista de los mortales.

En ese momento, busqué su mirada y El Jeroglífico añadió:

—Ya me darás las gracias en otra ocasión.

Y, con esas palabras —sin darme tiempo a contarle lo que me pasó en Egipto, donde estuve a punto de ser faraón; ni a hablarle de Talos; ni de mis armas invisibles; ni de cómo acabé con la vida de Estirges—él y su cofradía cargaron el cofre sobre sus hombros y se marcharon con el manto de la noche, que ya cubría la piel de la tierra.

Me hubiera gustado que hubiese hecho algún comentario sobre la inmensa fortuna que acababa de poner en sus manos ¿Sabía El Jeroglífico que ese era el precio de seis dioses? No lo sé, pero actuó como si mi regalo no tuviera más valor que la perla que nace en el ombligo de una esclava.



Tal y como había prometido —ahora que ya había puesto la Casa Azul a mi gusto—quería sorprender, con una velada inolvidable, a Clítia y a Lais.

Primero, eché maderas aromáticas en la chimenea, las prendí fuego y caldeé la casa hasta que alcanzó la temperatura que deseaba para mis invitadas. Luego encendí varios hachones buscando la armonía que embellece las formas y creé un ambiente acogedor. Yo mismo limpié varias copas de oro, que tenían relieves de racimos de uvas y de bacantes

danzando, y las coloqué sobre finísimos discos dorados que reproducían el calendario de Hefesto. A ambos lados de la chimenea puse a Afrodita y a Dionisio y, cerca de las llamas, abundantes pieles de ovejas previamente tratadas y ablandadas por sabios artesanos. En ese grueso, cálido y suave lecho lanar cualquier persona podría dormir profundamente sin necesidad de taparse el cuerpo con un cobertor.

Sobre la mesa de nogal distribuí varios cestos de fruta. Sabía que a Clítia le encantaban los higos, las moras y las manzanas y que la gustaba jugar a ser una hembra irresistible antes o después de darlas un mordisco. A veces, cuando estábamos solos, se inclinaba para que pudiera ver sus senos, lanzaba a rodar el redondeado manjar y me decía: “entrégasela a la más bella”.

Eran otros tiempos, acababa de descubrir el amor y la fuerza del fuego sagrado. Cada paso que daba me parecía descubrir un nuevo mundo. Cada vez que levantaba una roca aparecía un tesoro o una serpiente con alas de dragón. La naturaleza era hermosa y también todos los seres que la habitaban.

Filemón y Animal me habían comprado esa misma mañana un excelente queso de cabra, unas zanahorias y una pata de cordero. Esta última la asé a fuego lento tras colocar en el comedor una gran bandeja de barro con sendos platos para Lais y Clítia.

Cuando daba vueltas al cordero, llamaron mis amigas a la puerta y las pedí que se pusieran cómodas.

—Antes de sentarme quiero darte un fuerte abrazo—me dijo Lais.

Rápidamente, me conmoví como un hijo y, como sus caricias se prolongaron mucho tiempo, no pude reprimir unas lágrimas. ¡No sabéis lo que es haber nacido huérfano y que una mujer te trate con tanta ternura y afecto!

—Lais, ocupa tu lugar en la mesa—le dije—. Antes de verte me sentía como un guerrero recién regresado de Troya, pero tus muestras de cariño me han desarmado y me han entrado unas ganas horribles de retornar al vientre materno.

Mi vieja amiga, vestida con una elegante túnica gris y llevando en la frente una sencilla diadema del mismo color, se detuvo unos instantes ante la chimenea, observó a Afrodita y a Dioniso, y habló con estas aladas palabras:

—Los colocas cerca como si fueran amantes. ¿Se sabe de alguna relación amorosa entre ellos? Yo sólo sé que Afrodita está casada con Hefesto y adora a Ares.

—Querida Lais, sólo yacieron juntos una vez y de esa unión nació Príapo. Esa divinidad tiene siempre un enorme y larguísimo pene en erección y, si los mortales le hacen las ofrendas debidas, les asegura una buena cosecha. He visto algunos mosaicos suyos en los baños públicos en los que suele ser representado con su descomunal miembro empinado de color bermellón. Utiliza su virilidad a modo de balanza con la que pesa los productos agrarios de los protegidos de Deméter.

—¡Ay las cosas que hacen la belleza, el vino y el amor!—suspiró Lais recordando de repente los gloriosos episodios de su ya marchita juventud.

Clítia me besó, me puso una mano sobre el hombro y, tras echar una ojeada a la estancia, exclamó:

—Veo que te has cargado a la mitad de los dioses. ¡Mira! Zeus, Poseidón y Ares, no me despiertan ninguna compasión. Realmente sobran y son innecesarios. Pero Fritz ¿Qué has hecho con el pobre cojo? ¿Con la bellísima Hera que estuvo a punto de ganar en el juicio de Paris? ¿Y con la fértil Deméter, a quien el hijo de Dioniso y Afrodita no llega ni a la planta de los pies?

—Clítia, no exageres. Tú sabes que tenía que haber vendido a muchos más. Algún día a lo mejor quito a todos y pongo tu escultura. A mí con sólo una diosa ya me basta.

—Eres adorable, Fritz —continuó mientras se acariciaba la cinta de su túnica roja a través de la cual se insinuaban las rosadas ramas de sus bien formados senos.

Cuando la pata de cordero estuvo a punto, la coloqué encima de la mesa, la trocéé buscando las partes más tiernas y las serví como un perfecto maestro de ceremonias. Luego llené sus copas y la mía de vino y, sin saber por qué, hice este brindis:

¡Por Dionisio!

¡Por Vosotras!

¡Por los presentes!

¡Y por los ausentes!

Después nuestros cálices chocaron en el aire, cual espadas en un combate, y el rojo y afrutado caldo nos unió aún más, como si estuviéramos haciendo un pacto de sangre.

Mientras observaba como aquellas diosas degustaban la deliciosa carne que previamente había rociado con aceite y vino blanco, me preguntaba por qué se me había privado de conocer los sabores que hasta los seres más humildes de la creación pueden llegar a paladear.

—¿Imagináis qué me dijo Platón cuando le expliqué mi plan de liberar a los esclavos?—las pregunté.

—No tenía ni idea que estuvieras pensando en encabezar una rebelión en las latomías—me dijo Clítia.

—Yo tampoco sabía nada—contestó Lais.

—Bueno—las expliqué—. No quería subvertir el orden social. Mi intención era hacer sólo un canje: liquidar a los dioses para hacer libres a los esclavos.

—Por mucho menos que eso, el Aerópago condenó a muerte a Sócrates—exclamó horrorizada Clítia.

—No había pensado en esa posibilidad. Tuve una debilidad: me sentí humano —aunque jamás sabré exactamente qué significa esa palabra—y soñé por unos instantes con ciudades con hombres libres.

Hice una pausa y continué:

—Claro, Platón me convenció rápidamente de que eso era una locura y me llamó ingenuo. Su razonamiento fue muy simple y se resume en esta frase: lo único que vas a lograr es propagar, aún más, la esclavitud por todo el mundo.

Lais me observó pensativa y nos dijo:

—Yo no soy quién para llevar la contraria a Platón, pero ¿Creéis acaso que todos los esclavos quieren dejar de serlo? No me refiero a los que arrancan la piedra en las minas o las canteras o a los que acaban sus días en las galeras. Estoy hablando de los que se han acostumbrado a llevar una existencia arrastrada. De los que aceptan su condición de siervo y hablan de sus amos con orgullo. De los que pertenecen a la casa de Eufemio o Eufemia. De los que se sienten cómodos por no tener que rendir cuentas a la vida. De los que se mofan de sí mismos por haber nacido sin derechos y viven como animales. De los que lloran, como si Zeus los hubiera tocado el corazón, cuando besan las ramas del rey o la reina. De los que se callan cuando alguien les pisa las manos o una cuchilla les parte en dos por la mitad.

—Se nota Lais — la respondí—que disfrutaste de los encantos de Filomédea y después la realidad te desterró al Tártaro. Me imagino que el ser humano se agarra a la vida con

todas sus fuerzas y soporta incluso la diaria humillación. Si Zeus no llevara siempre al amo como auriga de su carro otro gallo cantaría. Yo liquidaría a todos los dioses, menos a Dioniso, Afrodita y Apolo, claro, con sus respectivas manifestaciones: la vid y la danza; la manzana y el ceñidor; la luz y la verdad, y, tocando la flauta, convertiría las latomías en campos de libertad.

—Tienes la facultad de hacer libres a las esclavas con tus palabras ¿Sabes por qué Afrodita ama a Ares?—dijo Clítia.

—No, no tengo ni idea.

—Le ama porque las mujeres se desviven con los vencedores. La victoria del fuerte las enloquece y despierta todos sus centros del placer. Nosotras contribuimos también a la propagación de la esclavitud porque, al despreciar y odiar a los perdedores, les echamos de la fiesta.

—¿Qué dices, Clítia! —exclamé—. No es del todo cierto. Yo nunca me he considerado un ganador y el amor nunca se aleja de mí.

—¡No me hagas reír, Fritz! Todo el mundo sabe que has matado a Estirges. Que has evitado el suicidio de las sirenas. Que has devuelto a la vida a Talos. Y que Ares siente celos de tí. ¡No hay un héroe mayor que tú en toda Grecia! No sé por qué te cuento esas cosas porque siempre que te las digo me humedezco.

—¿Pensabas que iba a ruborizarme con lo que acaba de decir Clítia?—dijo Lais bebiendo su tercera copa de vino. Tiene razón en todo y se la ha olvidado una cosa: a mí también me salvaste.

Yo sabía que no era un héroe, pero si ellas se lo creían y, encima, si el asunto funcionaba desde el punto de vista práctico, no era cuestión de quitarme la resplandeciente coraza de oro y decirlas que bajo mi piel de cordero no había un lobo.

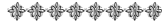
Era bueno fingir que era fuerte, incluso terrible, y que podía vencer con sus mismas armas al propio Ares.

Cuando Artemisa empezó a agitar las riendas de su carro de plata, Clítia habló con Lais con estas aladas palabras:

—Adorada hermana, ya se está haciendo tarde. Te veo cansada. Te acompaño hasta la puerta.

Lais dio un sorbo de vino y se dejó llevar de la mano por Clítia.

Cuando mi amante regresó, se colocó enfrente de mí y se corrió la cinta de su túnica dejando su otro hombro al descubierto. Luego sonrió, como las magas que transforman cobras en bastones, y lanzándome una coruscante mirada se convirtió en la más deseada.





III

Empecé a buscar una esposa para Filemón preocupándome, sobre todo, de que fuera una mujer que no se pegara excesivamente a la mesa y que no quisiera atar al marido, pues tanto Hesiodo como Heródoto nos advirtieron sabiamente de que una hembra así envejece y debilita a los hombres prematuramente. También nos avisaron de que semejante espécimen precipita el descenso del macho al Hades, lo que ocurrirá inexorablemente aunque el desposado hubiera nacido con el don de la inmortalidad y la fuerza de Heracles.

Tampoco sería buena una criatura que se enamorara ciegamente —sin ver los defectos de su pareja— y fuera al mismo tiempo despistada, pues el olvido que nos lleva a actuar sin memoria puede ser causa de grandes tragedias, y eso lo saben muy bien ¡Queridos mortales e inmortales! Eos y Titono³⁵.

Tras hacerme con una lista de las doncellas que estaban en edad de casamiento, elegí a una joven de algo más de veinte años que, aunque ya no era virgen —motivo por el que

35 La diosa Eos (La Aurora) se enamoró del bellissimo Titono, hermano de Príamo, y pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad, aunque se la olvidó de rogarle que le regalase también la eterna juventud. Con el tiempo, Titono se convirtió en un viejo decrepito y arrugado. Cuando Eos se levantaba por la mañana y veía el estado de Titono, lloraba lágrimas de rocío, único alimento que tomaba su esposo. Siempre que preguntaban a Titono cual era su máximo deseo, respondía: la muerte ¡morir ya!

permanecía soltera—era simpática y agradable, por lo menos eso me dijeron, y tenía fama de bañarse todos los días y dedicarse con esmero a su aseo personal, lo que veía muy bien para Filemón, quien descuidaba en demasía su aspecto físico.

Su nombre era Higía³⁶, hija de Amaltea y Agapito, éste último un rico panadero que se había hecho famoso en toda Atenas por sus exquisitos roscos de boda³⁷.

Una vez que me decidí por esa joven, tras analizar los pros y los contras, llamé a Filemón para darle la buena nueva.

Cuando le expliqué que iba a ahorrar dinero en leña durante el invierno, mi criado dibujó en su rostro una sonrisa forzosa y me dijo:

—Amo, yo soy huérfano y por ley de vida mi padre no puede pagar la dote. Debo decirte que, aunque apenas le conocí, tenía gran fama de tacaño así que, aunque Hades le permitiera dejar el mundo subterráneo, él, con tal de no gastar ni un óbolo, renunciaría a volver a ver la luz del sol.

Hizo una pausa, como para estudiar mis pensamientos, y continuó:

—¿Si te entrego yo el dinero y los regalos, podrías hacer tú el papel de mi padre en la boda?

—Filemón—le dije sintiendo varios pinchazos en el corazón—¿Cómo no me lo has pedido antes? Con gusto seré tu engendrador aunque tenga cuarenta años menos que tú.

Mi criado se tapó la boca para evitar una carcajada y continuó:

36 Higía, hija de Asclepio, era la diosa de la curación y la limpieza. De su nombre deriva la palabra higiene.

37 En los banquetes de bodas, uno o varios muchachos solían pasearse entre los invitados con cestas de mimbre llenas de panes y roscos.

—¿No me estarás diciendo que tienes un año de vida y que naciste gigante como los hombres de los tiempos del caos?

—Dejemos los asuntos de la edad, que el tiempo es algo relativo. Ahora, vayamos a lo práctico: prepararé tu dote y celebraremos la boda lo antes posible. Te aconsejo que acudas con más frecuencia a los baños públicos. Pasas demasiadas horas con Animal, Dana y Espasmos. Deberías también acudir al barbero con más frecuencia.³⁸ ¡Ah, se me olvidaba! Yo, en tu caso, me iría deshaciendo de todas las cosas inútiles que guardas en casa. Ya es hora de que pintes las paredes y mandes limpiar los suelos. Y, sobre todo, que tu cámara nupcial sea como la de un rey. La primera impresión que da un hombre a una mujer es importantísima y, como sea mala, ya no arregla el entuerto ni Zeus.

—¡Amo! me hablas con tanta gravedad que me desanimas. ¿Tan complicada es la convivencia del hombre con la mujer? ¿Y, tú? ¿Por qué no te has casado?

—¡Filemón! —exclamé—. Primero, te dí trabajo. Segundo, te hice rico y tercero, voy a ser tu padre, así que no hagas preguntas, deja ese arte para los filósofos y prepárate para cuando Higia se suelte el ceñidor.

—Perdona ¡Amo! ¿Pero es verdad lo que dicen en el ágora?

—¿Qué se cuenta en el ágora?

—Que el hombre y la mujer se aman cuando no se conocen. Y que, una vez que ya se han caído las máscaras, se convierten en enemigos mortales. ¿No será esa la razón por la que permaneces sólo y libre y obligas a las mujeres, antes de que llegue la hora del alumbramiento, a que se entreguen

38 Las peluquerías en Grecia eran centros de reunión social donde se discutía todo tipo de asuntos. Se puede decir que fueron un antecedente de las tertulias de café del siglo XX. Además, cumplían la función de auténticos salones de belleza, ya que los maestros teñían el cabello, hacían rizos y permanentes, arreglaban la barba, recogían trenzas donde ponían anillos etc.

en brazos de otro amante para que la nueva pareja combata rodando por el precipicio?

—¿Pero qué dices, Filemón? Cada ser humano tiene una experiencia diferente en la vida. No escuches a los necios. Nadie en el mundo quiere vivir sin compañía. Cuando te acostumbres al calor del hogar, te horrorizará la idea de tener que sobrevivir solo, como una bestia acorralada.

—Gracias por velar por mi futuro —dijo poco convencido—, y se fue al mercado a comprar una cajita con una pareja de saltamontes.

Cuando Filemón desapareció por la puerta, cogí la documentación necesaria para adoptar a mi criado y me fui al edificio público donde se registran los apadrinamientos, los nacimientos, las defunciones y las bodas.

Me recibió un empleado con cara de pájaro carpintero que acercaba muchísimo la vista a los escritos y que no dejaba de clavar la nariz en los pergaminos que agarraba afanosamente con las dos manos y los hacía girar comiéndose los bordes con los ojos.

—¿Así que vas a adoptar a Filemón Argos, hijo de Atea y Obolón?

—¿Hay algún problema? —le pregunté con la esperanza de que me dijera que sí.

—Déjame ver, déjame ver—repitió mientras metía la cabeza entre un enorme fajo de papiros, se ponía un cristal debajo de la ceja derecha y empezaba a resoplar como si de repente hubiera desaparecido todo el oxígeno de la tierra.

Al cabo de un rato, que me pareció interminable, reapareció radiante, cual delfín que surge de las profundidades marinas, con la partida de nacimiento de Filemón.

—Todo perfecto, no hay ningún impedimento —dijo.

Y, sin hacerme ninguna pregunta, empezó a estampar sellos como un loco y luego me pidió que pusiera el mío en los lugares que iba indicando con el índice.

—Ya eres padre, ten—me anunció alargándome un rollo que ni siquiera me sugirió revisar.

—¿No hay que hacer nada más? —inquirí angustiado.

—No, la burocracia griega es la más rápida del mundo. Bueno, me equivoco, dentro de unos días te llegará un recibo con la factura que tienes que pagar. Creo que en el caso de Filemón Argos no será mucho.

Y, como si hubiera estado practicando todo ese tiempo el pugilato, regresé a casa, casi inconsciente, para guardar aquel certificado que me convertía automáticamente en progenitor de mi criado que, gracias a mí, dejaba de ser huérfano.

Tras leer horrorizado aquel documento, lo puse en el lugar que le correspondía y me tumbé en el triclinio que había colocado cerca del mural de Dionisio y las Bacantes.

Cerré los ojos y, cuando me disponía a pensar, llamaron a la puerta tímidamente. ¿Quién será? —me pregunté—. Esos golpes tan suaves bien podrían provenir de algunas aladas manos. ¿Y por qué no de.....?

Sin poder evitar una sonrisa, fui a abrir y me encontré a Filemón quien, tras darme un fuerte abrazo, habló:

—Me acabo de enterar de que ya lo has hecho. Nunca estuve seguro del todo que aceptarías.

—¡Qué poco conoces a los hombres, Filemón! —le contesté.

—¿Podemos tomar una copa de vino para celebrarlo?

—Claro que sí.

Y, cuando alzamos nuestras copas bajo la alegre mirada de Dionisio y Sileno, Filemón me mostró, excitado, la cajita de ortópteros que había comprado en el mercado, y me dijo:

—¿Sabías que el saltamontes macho es el animal con los testículos más grandes del planeta?

—No, asombroso—respondí.

—Haciendo un cálculo pitagórico, las gónadas de ese acrídido ocupan una sexta parte de su cuerpo, lo que en el hombre equivaldría a tener dos de las mencionadas, en la base del pene, de unas doce minas³⁹ cada una.

—¡Qué barbaridades dices, Filemón!

—Y no sólo eso, amo —continuó—, su gran nivel de testosterona es la causa de que consiga dar brincos tan espectaculares. Haciendo un cálculo pitagórico, sería como si un hombre pudiera saltar desde la Acrópolis hasta El Pireo y, encima, con la carga que supondría llevar por los aires, y además colgando, dos sobrenaturales huevos de avestruz.

—¡Filemón! Deberías de utilizar la imaginación en cosas más prácticas, por ejemplo, en cómo sacar, sin derramar, agua del pozo. ¿Qué adelantas observando a los animales si ellos ni siquiera saben que existimos?

—Bueno, es que yo creo en la homeopatía. Es decir: todo lo que nos rodea influye en nuestro comportamiento y nos cambia. Si los insectos ortópteros poseen una energía tan desbordante gracias a sus testículos, pienso que, si logro entenderlos e imitarlos, podría practicar con Higía, una vez que estemos casados, lo que en Tartessos se llama “un salto de cama”. Así podría enloquecer a mi esposa y hacerla feliz. Ella en respuesta, me regalaría dulces caricias con sus delicadas

³⁹ La mina ática equivalía a 431 gramos. Doce minas serían algo más de cinco kilos.

manos y se convertiría en mi esclava. Así, nuestro amor sería eterno y viviríamos siempre en una casa envuelta en llamas.

—Filemón — le dije un poco alterado—saca a estos bichos fuera de casa y no confundas la filosofía con la zoología, pues tu instinto animal, que te induce a tomar atajos, podría jugar-te muy malas pasadas.

Y, haciendo caso omiso a mis palabras, mi hijo se marchó con la cajita a la altura de la nariz y silbando a los verdes y robustos herbívoros.



Tras una larga espera llegó el ritual de la boda⁴⁰ y tuve que acompañar a Higia hasta el templo de Afrodita, donde la hija de Amaltea y Agapito se cortó varios mechones de cabello y luego se desprendió de su ceñidor⁴¹, lo que colocó, como ofrenda, en el altar de la diosa.

Los invitados, cerca de trescientos, observaron en silencio la ceremonia y siguieron expectantes los movimientos de la novia que de repente se puso a derramar copiosas lágrimas.

Luego dos oficiantes, vestidos con togas de arcontes, rogaron a la Celeste⁴² por la felicidad de la pareja. Después, dos coros, uno de mujeres y otro de hombres, empezaron a cantar himeneos y a danzar al son de la lira y del caramillo.

En el momento álgido se procedió al sacrificio de varias crías de cerdos albidentes⁴³ y luego toda la comitiva, con

40 El ritual de las bodas duraba tres días.

41 La ofrenda del cabello simbolizaba el adiós a la juventud, el cese de la búsqueda del amor y la sumisión al hombre. Y la entrega del ceñidor, la pérdida de la virginidad. Estos “regalos” iban precedidos del baño de la novia en un manantial o río sagrado. Este último ritual podía hacerse también en casa pero con agua procedente de los citados lugares.

42 Otro de los nombres de Afrodita.

43 El cerdo albidente era la víctima preferida en estos ritos. Debía ser macho y tener

Amaltea, Agapito, Higia, Filemón y yo a la cabeza acompañamos a la novia al hogar de sus padres.

Al día siguiente volvimos a reunirnos en la casa de Agapito, donde se celebró un magnífico banquete. Los criados iban y venían con bandejas de corderos y cochinitos asados que portaban manzanas en la boca. Se repartieron miles de roscos de la panadería del anfitrión y se vaciaron innúmeras tinajas de vino. Hubo también abundante fruta y pasteles, y se cantó y bailó hasta altas horas de la madrugada. Al final, Filemón quitó el velo a la novia y la regaló una caja con incrustaciones de marfil y plata que llevaba dentro unos pendientes y un collar de piedras preciosas.⁴⁴

Cuando la clepsidra volvió a contar el tiempo que tarda el carro solar en hacer su recorrido sobre el vinoso ponto, continuaron los festejos, por tercera jornada consecutiva, y me tocó ser el protagonista enlace de la ceremonia.

Esa mañana Filemón fue el más madrugador. Lo primero que hizo fue ponerse su mejor túnica y colocarse en la frente una llamativa y cuidadosamente trenzada corona de laurel. Pronto se fue a los establos, donde Animal le esperaba con un espectacular carro vestido por los cuatro costados con coloridas y perfumadas flores. Mi hijo unció al yugo a la burra y al burdégano, se subió de un salto al vehículo y arreó a las bestias. Luego se dirigió a la vivienda de sus suegros, donde le esperaba impaciente Higia. Mi criado la ayudó a montarse al carro e inmediatamente se puso en marcha el cortejo en dirección a la casa del padre del novio que —gracias a un acuerdo previo— se decidió que fuera la del propio esposado.

Amaltea y Agapito iban a la cabeza de una irisada comitiva de hermosas doncellas. Cada cual llevaba una flamíge-

la dentadura blanca. Se desconoce por qué se elegía a este animal. Tal vez tenía alguna relación con la sexualidad y la riqueza.

44 La ceremonia de levantar el velo a la novia —que se hacía después de la comida— se llamaba “Anakalípteria” y la del regalo se denominaba “Anakalítéria”.

ra antorcha y daba la impresión de que iban a avivar, bajo la atenta mirada de los dioses, la llama sagrada que ilumina las moradas escalonadas del monte Olimpo.

Detrás de ellos caminaban, algunos descalzos, los trescientos comensales. Había de todo: desde invitados serenos y pálidos que andaban con la cabeza recta y no se tropezaban con nadie, a hombres y mujeres con destellos de desenfreno y rostros pintados por la vid. Estos últimos seguían hipnotizados por Dionisio y parecían no tener ninguna prisa por poner fin a las celebraciones.

Esta vez, y con más energía que la anterior, volvieron a cantar y a danzar, al son de las liras, ninfas de una belleza sobrenatural. Decenas de efebos las acompañaban y recitaban himeneos. Las voces de ambos se mezclaban produciendo una música de suaves y alados tonos que envolvía a todos los presentes. Por una parte, parecía que Apolo dirigía los coros de las músicas y músicos danzantes, así hace con las Musas cuando sueltan las riendas de su imaginación en las faldas del monte Helicón, y por la otra, daba la impresión de que Sileno meneaba rítmicamente ya una pata, ya la otra, moviendo los racimos de uvas que cuelgan de sus cuernos, y tocando, como nadie, la flauta que eleva el ánimo de los corazones y nos arrastra al vertiginoso río de la vida.

Esperé a los invitados en la puerta de la finca de Filemón, también con antorcha levantada en mano, y observé fascinado cómo mi hijo adoptivo bajaba del carro a Higia y la ayudaba a entrar en casa.

Los convidados siguieron celebrando la fiesta en las calles adyacentes al tiempo que numerosos criados y esclavos, entre los que se encontraba Animal Sin Derechos, repartían succulentos manjares y portaban pellejos llenos de vino que los festejadores y festejadoras les quitaban rápidamente de las manos.

Cuando la Aurora de rosados dedos y alas azafranadas apareció en el horizonte, los coros volvieron a cantar himeneos, esta vez algo más atrevidos, tras lo cual aparecieron Filemón e Higia en una ventana, arrojaron flores a los congregados y éstos se retiraron a sus respectivas casas.

Aquel día Higia, acompañada de varias sirvientas y esclavas, dirigió en la cocina la preparación del último banquete al cual, como es habitual en Grecia, sólo se invitó a los hombres. Los platos, con los que la novia debía demostrar sus artes culinarias, se sirvieron, siguiendo la costumbre, en la casa del novio.

No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que bebí hasta provocar la subida del precio del vino para integrarme en el grupo de invitados y regalar amena conversación a Amaltea y a Agapito. Todo lo contrario, permanecí sobrio, ya que, una vez aceptada la responsabilidad de adoptar a Filemón, debía de dar un buen ejemplo, pues, cuando realmente se ejerce de padre, aunque sea de un sólo hombre, se está actuando—decimos los griegos—como padre de toda la Hélade.

Sólo me excedí en dos ocasiones: Una, para que Clítia y Lais ocuparan una de las mejores mesas y disfrutaran de agradable compañía. Y otra, en la ceremonia en la que Higia se cortó el cabello y lo colocó en el altar de Afrodita. Cuando la novia terminó de hacer las ofrendas depositando cuidadosamente su ceñidor, sentí un impulso irrefrenable y besé los pies de la diosa. Sé que los arcontes desaprobaron mi conducta pero, yo me pregunto ¿Vale la pena vivir la vida sin amar y sin cometer, de vez en cuando, las locuras que nos hacen violar los principios sagrados? Yo sólo puedo creer en el dios de la danza y dentro de mí hay un dios que baila⁴⁵. Pensando de ese modo ¿Qué me importa la moral de los arcontes y los reproches de la plebe, si nací enamorado de Afrodita y ella de mí?

45 Nueva alusión a Nietzsche.



—Te quejas demasiado ¡Filemón! Deberías trabajar más y pensar menos.

—¡Pero me hace la vida imposible! No deja de limpiar. Incluso cuando los esforzados criados friegan los suelos con abundantes cubos de agua y fortísimos productos químicos, incluyendo azufre, sigue sin estar satisfecha. Y, aunque el piso resplandezca, como si se hubiera posado el carro de Apolo, Higia se arrodilla, se pone a cuatro patas y repasa obsesivamente el trabajo de los esclavos que se sienten, como es lógico, humillados.

—Llevas unos pocos días casado y ya pareces amargado. Entiende que la vida conyugal es un regalo de los dioses que —como sabrás—quieren lo mejor para sus criaturas. ¿Qué hubiera sido de la humanidad si el gran Epimeteo no hubiera recibido en sus brazos a la hermosísima Pandora? Con toda seguridad, ahora seríamos felices, dejaríamos de hacernos preguntas y jamás avanzaría la civilización.

—Amo, no me estás escuchando. No sólo pule los suelos y las paredes, sino que además realiza los trabajos dándolos una dimensión épica y cantando a todo pulmón, parece algo sobrenatural. Es tal su obsesión por la limpieza que ya no se contenta con los territorios conquistados. ¿Sabes lo que me ha dicho?

—No.

—Que si hace falta, puede fregar tu casa también. Ella ve defectos en toda la Acrópolis. Cualquier día la vemos con Dana y Espasmos blanqueando las fachadas de toda la zona y desinfectando el barrio con sus temibles polvos higiénicos.

—Yo en tu caso no la presionaría y la regalaría, alabando su inteligencia, libros de poesía amorosa y de fábulas. A lo mejor se va acostumbrando a la lectura y se da cuenta de que

no hay que excederse en embellecer la faz exterior de las cosas y que es mucho más importante cultivar nuestro interior.

—¿Tú crees que funcionará?

—Por lo menos inténtalo.

Filemón recorrió unos pasos para retirarse, dio la vuelta y regresó a mi lado:

—No solamente ha llenado una estancia con todo tipo de productos de limpieza, sino que también en sus ratos libres lo revuelve todo, como si tuviera cien manos, y lo ordena a su gusto. Antes sabía donde estaban mis cosas. Ahora me desespero porque mi casa se ha convertido en un laberinto. Han desaparecido de mis estanterías desde cajas con clavos hasta importantes pergaminos donde llevo la contabilidad de todas mis posesiones.

—Lo que tienes que hacer es preguntarla, con suavidad, dónde lo ha puesto.

—Lo hago, Fritz, pero ella tiene muy poca memoria y me suele contestar que no ha tocado nada. Que todo sigue en su sitio y que soy la personificación misma del caos.

—No te tomes las cosas tan a pecho. Da tiempo a que el temporal se calme y ya verás como todo vuelve a la normalidad.

—¿Y ella también puede volver a su casa?

—¡Filemón, compórtate como un hombre! Descubre todo aquello que pueda interesarla y ya verás como pronto la tienes comiendo en tu mano.

—No sé, no sé. A lo mejor la tengo comiéndome la mano. ¿No te das cuenta de que he envejecido desde que me he casado? Como siga este proceso acabaré convirtiéndome, al igual que Titono, en una cigarra que no canta ni a Zeus.



IV

La ceremonia de purificación de Higía me había conmovido. Yo también sentía la necesidad de sumergirme en aguas sagradas y limpiar mi alma hasta que no quedase ni una sola mancha, lo que sin duda sería grato a los ojos de Platón. Desde que restauré el retrato de Sócrates había intentado imaginarme muchas veces cómo era realmente aquel hombre cuando vivía y disfrutaba de su inmortalidad. ¿Qué música tenía su voz cuando paseaba con Fedro a la orilla del río Ilisos? ¿Por qué le gustaba tanto caminar al lado de ese dios fluvial que atraviesa las afueras del sureste de Atenas? Yo también quería experimentar la brisa de sus aguas y sentir la cercanía de Apolo.⁴⁶

Y así, siguiendo un impulso natural, salí de casa, entré en los establos de Filemón, puse las bridas a Arión y de un salto nos convertimos en centauro. A trote lento, atravesamos la Vía de las Panateneas y después, ya galopando, los Muros Largos. Pronto nos encontramos con el río que conocí, por casualidad, poco tiempo después de recibir el primer beso de Afrodita.

Los aedos cantan maravillas sobre este río. Dicen que aquí Bóreas desató una tormenta que destruyó una flota persa de cuatrocientos barcos. También se cuenta que el fecundador de yeguas⁴⁷ secuestró a la princesa ateniense Oritia cuando

46 En una de las riberas del río Ilisos había un templo dedicado a Apolo.

47 Se decía que Bóreas tomaba la forma de semental para copular con las yeguas.

se bañaba en estas aguas y la llevó por los aires hasta Tracia, donde tuvo con ella a los mellizos alados Calais y Zeles.

Me bajé de Arión y le dije que se fuera a dar un paseo a ver si encontraba alguna manada de unicornios, ya que pensaba quedarme todo el día hablando con mi Fritz interior. La bestia, que tenía ganas de hacer ejercicio y correr a sus anchas, desapareció como un rayo, como si la acabara de manumitir.

Dejé sobre una roca mi clámide, la túnica y el resto de la ropa que llevaba y luego me sumergí en la corriente cristalina. Por mi piel se deslizaban onduladas y cálidas lenguas de agua, cual suaves olas provocadas por Afrodita. Abrí los ojos y me pareció estar en otro mundo. Me sentía por primera vez marino, natural, yo mismo. Era como si mi paraíso hubiera sido siempre llisos. Debajo del agua no se oía nada y las formas parecían más bellas que en la tierra. Pronto dejé de pensar en mi mismo y en mis problemas y recorrí varios estadios buceando con los ojos abiertos para que no se me escapase ningún detalle de aquel misterioso mundo. En ese momento, de repente, me vino a la cabeza la imagen de Anhura y su flechado cuerpo yaciendo en el jardín de posidonias. Me puse algo intranquilo y saqué la testa a la superficie para respirar aire puro. Me alisé el pelo con las manos y contemplé las orillas desde el centro del río. ¿Qué había pasado? ¿Había estado más tiempo del que pensaba coleteando como un hombre pez en el lecho fluvial? ¿Me encontraba en el mismo sitio? Sin duda estaba en el río llisos, pero en un tramo diferente. El paisaje también era distinto, como acabado de inventar. Los pájaros tampoco cantaban y se había hecho un silencio espectral. En medio de dorados campos de trigo, se abría un camino de tierra rojiza que se perdía en el horizonte. Estaba totalmente sólo y no sabía qué dirección seguir. Presentí que algo fuera de lo normal iba a ocurrir y nadé con rapidez hasta la orilla más cercana. Llevaba sólo un pequeño taparrabos y echaba en falta mi túnica y mi ropa seca.

Cuando empecé a silbar llamando a Arión, ví como a lo lejos se iban formando dos densas nubes de polvo rojo y me preparé para lo peor. Sin duda no eran amigos. El aire se estaba calentando como si hubiera habido un escape en el Hades. Pronto supe distinguir a mis visitantes. Uno era Ares y el otro Hefesto. Iban montados en bronceos carros tirados por magníficos caballos que hacían temblar la tierra bajo sus pezuñas. Las bestias echaban fuego por los ojos y la boca y llevaban en su aliento el olor de la sangre y de la muerte.

Me quedé de piedra, como hipnotizado ¿Qué querían Ares y Hefesto? ¿Agradecerme que salvé la vida a Talos?⁴⁸ ¿Enviar-me a la búsqueda de un nuevo vellocino de oro? ¿Anunciar-me que estuviera preparado para una nueva invasión de los persas? Sin duda, habían recibido un mensaje equivocado de Hermes. Les dejaré claro —pensé—que no obedezco a nadie y que sólo cojo las armas cuando está en peligro un amigo o una diosa.

Cuando el venerable cojo y su sanguinario acompañante, a quien aborrece abiertamente Zeus, estaban a menos de tres estadios de distancia, comenzaron a gritar estruendosamente al tiempo que el cielo empezó a relampaguear y a tronar:

—¡Fritz, llevas mucho tiempo con esa espantosa cabeza encima de los hombros, ya es hora de que tu maldita sangre riegue el suelo y te hundas en él! —vociferó, amenazante, Ares.

Luego empezó a arrancar negras plumas de un buitre que llevaba en el brazo izquierdo y éstas al instante se convirtieron en lúgubres flechas que fue disparando contra mí rozando mis centros vitales.

Hefesto, erguido sobre sus dos patas y media, parecía más enfurecido que Ares y mirando a su aliado, le decía:

48 Según algunas versiones, Talos era el padre de Hefesto.

—¡Hermano! ¡Ni se te ocurra matar a ese gusano! ¡Ese placer me corresponde a mí! ¡Tú podrás trocearle cuando su cadáver se esté pudriendo!

Y, tras pronunciar esas palabras, me arrojó una lanza que me hizo una herida en el cuello y se clavó contra una roca haciendo que saltara en pedazos.

Muy pronto el divino herrero y el arrogante Ares llegaron donde me encontraba y empezaron a dar vueltas a mi alrededor creando un espectáculo sólo visto en el Tártaro. Las fuertes pisadas de los caballos retumbaban en la tierra mezclándose con el estridente chirriar de las ruedas y las llamaradas de la ardiente y rojiza polvareda.

Comprobé que Hefesto se crecía cada vez más y que no mostraba señales de bajar a la arena y combatir conmigo frente a frente, así hicieron con valentía innúmeros héroes junto a las murallas de la sagrada Troya.

¿Acaso no quería que viera la cojera y forma de sus extremidades inferiores? ¡Queridos mortales e inmortales! ¿Qué culpa tengo yo de las nefastas experiencias de su nacimiento y del continuo desprecio que le muestran los dioses y las diosas, incluso la portadora de la Egida? Ésta, que únicamente hace la guerra cuando ya se han agotado todas las posibilidades de alcanzar la paz, es invencible, pero buena y compasiva. Cuando Hefesto intentó violarla, su semen no penetró en la hija de Zeus, sino que cayó en uno de sus muslos. Palas, de vivos ojos, se limpió el esperma con un paño y lo arrojó a la tierra. Al contacto con Gea nació Erictonio, quien, tras ser adoptado por Atenea, se convirtió en el primer rey de Atenas. Este monarca, mitad hombre, mitad serpiente, inventó el carro para que su padre pudiera ocultar la deformidad de sus pies que, al parecer, están al revés.

—¡Divino Hefesto! —exclamé—. ¿Cómo es que te sientes a gusto cabalgando con el abominable Ares, quien no sólo ha

forzado violentamente a Afrodita teniendo dos hijos con ella que todos aborrecen, Fobos y Deimos, sino que también va corriendo la voz de que mientras copula con ella se ríe de ti? Es cierto que yo adoro a La Celeste, pero mi amor es espiritual. Yo lo único que hago es arrojar flores a sus pies y alabar tu maravilloso y sublime trabajo que es admirado por los dioses y los hombres. No sabes lo feliz que era ¡Amadísimo Hefesto! cuando participé en la competición de las antorchas que Platón organizó en tu honor. Subía las escaleras con la llama iluminando toda la Acrópolis y mi único sueño era llegar a tu altar para entregarte, en ofrenda, el fuego sagrado.

Hefesto contrariado me preguntó:

—¿Has tenido alguna vez en tus brazos a mi esposa?

—¡Por favor, Hefesto! ¿Pero me ves a mi capaz de enamorar a una diosa que se desvive por tí y que ha sido secuestrada con amenazas por el violento y brutal Ares? ¿No te acuerdas del día en el que les pusiste una red invisible y los atrapaste en el mismo lecho de tu casa?

—¡Hefesto! — ¡Me imagino que no te vas a dejar embaucar por ese desgraciado que un día está drogado y otro ebrio! — le advirtió Ares.

—¡Has dicho bien! ¡Monstruo carroñero! —le contesté—. Si no estoy comiendo amapolas, vacío pellejo tras pellejo de vino y me paso días, semanas, danzando con Dionisio y hablando con Sileno ¿Pero a quién hago daño con eso?

Ares agitó su lanza y visiblemente alterado, prosiguió:

—A Hefesto, que no es nada difícil de engañar, le puedes contar lo que quieras, pero respecto a mí, todavía no ha nacido el fulano que se burle del dios de la guerra. Echa una mirada a los campos de la muerte y verás lo que ocurre cuando alguien se cruza en mi camino.

Mientras notaba cómo se enrojecía el rostro del herrero, continué:

—¿Piensas que matándome a mí vas a hacer creer al preclaro Hefesto que Afrodita ya no corre ningún peligro de ser maltratada? Ese truco no te va a valer con el excelso esposo de la Celeste. El sabe que eres tú quien le ha ultrajado y humillado ante todos los olímpicos. Lo único que quieres es congraciarte con él, fingiendo una falsa hermandad, para opacarle la realidad. El objetivo está claro: darle abrazos de amistad mientras le robas a su mujer.

—¡Hefesto! — gritó Ares —¡Acabemos con él!

En ese momento, el cojo de oro descargó un hacha de doble filo contra Ares y comenzó el combate más brutal que he visto en mi vida.

Durante largo tiempo estuvieron ambos carros entrecuchándose en una infernal carrera en la que las chirriantes e incandescentes ruedas segaban toda señal de vida. Los dos dioses se intercambiaron, con la violencia de mil océanos enfurecidos, despiadados golpes de gigante con sus temibles y broncíneas armas, que eran tan grandes y pesadas, que ningún ser humano hubiera sido capaz de levantar ni un dáctilo del suelo.

Al cabo de un rato, Ares embistió con tanta fuerza contra el carro de Hefesto que ambos vehículos estallaron en pedazos y los caballos se desbocaron enloquecidos arrastrando trozos de metal, ruedas partidas y hasta al propio buitre del dios de la guerra desfigurado entre la retorcida maquinaria bélica.

El padre de Fobos y el venerable cojo salieron despedidos por los aires y nada más caer a tierra reanudaron el combate. Ambos llevaban penachos con crines, rojas las de Ares, amarillas las de Hefesto, corazas y escudos de oro y frías espadas de un color blanco azulado.

Hefesto manejaba el bastón y la espada con una velocidad asombrosa e incluso se podía decir que igualaba en agilidad, no en fiereza, al propio Ares. El chocar de las hojas retumbaba hasta en el propio monte Olimpo y los nielados escudos estaban ya tan abollados que sin duda se habrían convertido en polvo si no hubieran sido fabricados en las fraguas del progenitor de Erictonio.

—¡Así que es fácil engañarme! ¡Maldito perro sarnoso!—le increpaba Hefesto con una mueca de asco al tiempo que batía su cuchilla contra el agrietado escudo del dios del terror, la hambruna y la peste.

—¡Deberías de usar todo tu arte para fundirte los cuernos en las fraguas! ¿No te das cuenta de que eres el hazmerreír de todos los dioses? ¡Hasta Afrodita se mea de risa cuando la recuerdas que eres su esposo! — respondió Ares agitando la espada y volando por los aires el casco de Hefesto.

El herrero, indignado y herido profundamente en su orgullo, volvió con los ojos en blanco al ataque, cual personificación de la ciega venganza que todo lo arrasa, pero Ares esquivó el golpe y cortó, con el filo de su hoja, abundante cabello de su ardiente enemigo.

Hefesto, al comprobar que su contrincante le había rasurado salvajemente la cabeza y que se había quedado medio calvo por falta de reflejos e infravaloración del adversario, montó en cólera, dio un grito aterrador y empezó a golpear a Ares con su imponente espada y su celeberrimo bastón.

No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que era una barra normal, nada de eso. Como es lógico, tenía un elegante puño, pero estaba labrada con numerosas y afiladas estrías, y terminaba en una punta tan brillante y larga como jamás he visto en lanza alguna.

Ante la lluvia de bastonazos, Ares perdió el equilibrio y Hefesto le clavó la punta de la barra en el pie derecho. En-

tonces, el dios de la guerra se agachó para tocarse la herida y la deidad de la forja, con un rapidísimo movimiento de la espada, le cortó la greba de cuero que iba atada a su coraza y, al desprenderse, dejó a su enemigo con el culo al aire.

El cojo aprovechó la ventaja que iba tomando en el combate y clavó su espada, por lo menos media hoja, en la nalga derecha de Ares.

Los gritos de dolor del genocida llegaron hasta la Acrópolis y se cuenta que en ese instante se dibujó una sonrisa en el rostro de la diosa virgen Atenea que debió contemplar la lucha, con serenidad y sabiduría, desde su templo del Partenón.

Yo sentía escalofríos al escuchar los desgarradores aullidos de Ares. Sabía que ese fanfarrón no soporta las heridas y que se queja como una niña cada vez que se pincha con una aguja. Pero verlo en vivo, gritando e intentando desclavarse la espada de Hefesto, es otra cosa.

Lógicamente pensé que ya había terminado el combate, pero Hefesto volvió a levantar su bronceada vara y asestó a Ares tal cantidad de bastonazos que si no viene una embajada del Olimpo para llevarse al Furibundo en camilla, me temo que no hubiera sobrevivido a la paliza que le dio el venerable cojo.

Justo cuando ya estaba a salvo, apareció Arión y, con una lentitud que me sorprendió a mi mismo, me monté en el caballo y observé a Hefesto que, todavía malhumorado, contemplaba la espada ensangrentada que los dioses ayudaron a sacar de las nalgas de Ares, el manchado de homicidios.

Sin dar ninguna orden, Arión empezó a galopar a la velocidad del rayo y, cuando apenas se había movido la clepsidra, ya me encontraba descansando en mi mesa favorita del Odisseus.



—Tres cimbias de oinujo y unas aceitunas—le dije a Antínoo quien me miró con satisfacción al comprobar que ya había abandonado mi vestimenta egipcia.

—¿Qué aceitunas quieres? ¿Verdes o negras?

—Ponlas juntas. Tráeme un plato con olivas negras y verdes. No me gusta repetir la misma comida todos los días.

—Lo entiendo —aseveró Antínoo y me preguntó:

—¿Has escuchado la tormenta que se formó en el río Ilisos? En Atenas la gente estaba asustada. En El Pireo no salieron los barcos a la mar.

—Antínoo, primero sírveme el oinujo y luego hablamos. No me apetece iniciar ninguna conversación sin antes haber sentido el torrente de lava atravesándome la garganta.

Y, mientras el tabernero iba en busca del brujo de los caldos de Tartessos, me repetía ¿Qué pensará Afrodita de mí ahora después de lo que ha ocurrido? ¿Cortará conmigo definitivamente o es tan superior que ha disfrutado con el espectáculo?

—Aquí están los oinujos, Fritz. Esta vez son fortísimos. Te aconsejo que bebas despacio. Antes probé uno y casi me abraso.

Me bebí una cimbia de un trago y le contesté:

—Pues a mí no me parece tan fuerte. A lo mejor en otra vida fui pirata o marinero.

Luego, se sentó a mi lado y volvió a preguntarme:

—¿Te enteraste del tifón que pasó cerca del río Ilisos?

—No fue nada de eso—recalqué—. Fue una simple disputa entre los dioses por cuestión de mujeres.

—¡Otra vez las mujeres! —refunfuñó Antínoo.

Tras pronunciar esas palabras, el mesonero dio un sorbo de oinujo para acomodarse en mi vinoso mundo, convencido — me imagino—de que soy un ser afortunado que saca dracmas, cual cangrejos de plata, debajo de las piedras.

—Así que las mujeres—continuó Antínoo—. ¿Sabías que Filemón no hace otra cosa que quejarse de su matrimonio? Creo que ha empezado a beber y eso es mal síntoma. Antes era casi abstemio y sólo tomaba algo de vino en ocasiones especiales y en las fiestas. ¿Adivinas lo que me consultó el otro día?

—No —le respondí.

—¿Qué es mejor casarse o estar soltero?

—¿Y qué le dijiste?

—Mira Fritz, yo soy una persona que apenas sabe leer. Lo que hice fue utilizar una sentencia culta para impresionarle.

—Bueno, continua —insistí—¿Cómo fue la conversación?

Antínoo dio otro sorbo de oinujo y prosiguió:

—Cuando quiso saber si lo más sensato para la felicidad de un hombre era el matrimonio o vivir libre, sin ataduras, le dije:

—Da igual.

—¿Da lo mismo?—recalcó Filemón desconcertado.

—Da igual —le expliqué—porque haga lo que haga, terminará arrepintiéndose.

—Fritz, cuando Filemón estuvo a punto de emprenderla a puñetazos contra la mesa al ver que no le daba una salida a su situación, tuve que decirle, para calmarle, que esa frase no era mía, sino de Sócrates.

—¿De Sócrates?—insistió tu criado sin dar crédito a sus oídos.

—Sí, de Sócrates —remarqué—. Y Filemón, reconociendo el altísimo valor de las palabras del hombre más sabio de Grecia, me pagó el doble, no dijo ni mu, se quedó como una estatua petrificada por la Gorgona y se fue cabizbajo en su carro tirado por Dana y el burdégano.

—Ya se le pasará —le dije a Antínoo—. Pero si las cosas no se arreglan, espero que sí, habrá que acudir al divorcio.

Tras pedir una nueva ronda de oinujo, volví a acordarme de Afrodita y sentí remordimientos de conciencia. ¿Utilicé los argumentos adecuados para defender a mi amada? ¿Estaría ahora herida por mi culpa? ¿Fui poco sensible al ignorar los sentimientos de su rosado corazón?

—¿Qué te pasa, Fritz? Parece que estás en otro mundo— inquirió Antínoo.

—¡Oh, Antínoo! ¡Oh, Antínoo! Desconoces las penas que afligen mi corazón y la angustia que oprime mi pecho. Necesito saber si una diosa me ama o si sólo siente desprecio por mí. ¿Qué debo hacer? ¿Qué harías tú en mi lugar?

Antínoo se bebió de un trago una cimbria de oinujo y respondió:

—Yo, en tu caso, consultaría el Oráculo de Delfos.

Me levanté, di un fuerte abrazo a Antínoo y le dije:

—Me has salvado la vida.

Tras pronunciar esas aladas palabras, me bebí tres cimbras de oinujo y hablé:

—¡Amigo! Y ahora ¡hala! suelta una paloma mensajera para que Filemón venga a buscar a Arión y hállame un barco que vaya a Itea.



Al día siguiente llegué a Itea, puerto del golfo de Corinto que se encuentra a unos sesenta stadia⁴⁹ del Oráculo de Delos. Empecé la caminata sin prisas, como haría un discípulo de mi adorado Diógenes, el incomprendido filósofo que tuvo la genialidad — de la que todavía se enorgullece, a pesar de que le valió el destierro—de fabricar, junto a su padre Hicesias, gran cantidad de monedas falsas para burlarse de los mercaderes que mueven la abyecta bolsa y dedicarse a pensar. Lamento que ese hombre pase hambre. Cuando un día le sorprendieron masturbándose en el ágora, reprendió con amargura a sus acusadores y les dijo: ¡Ojalá que el hambre se fuera con la misma rapidez cada vez que me frotara el estómago!

¡Perdóname, Oh Diógenes! Debo seguir mi camino y retomar el hilo de mi narración: En Parnaso entras en otra dimensión al ascender por senderos que aún conservan frescas las huellas de sabios, héroes y dioses que vinieron aquí en busca de la respuesta que les sacara del laberinto antes de que el minotauro les destrozara la mente y su frágil armadura prometeica. Yo aspiraba, embarazándome de vida, la refrescante brisa marina que un día respiró Odiseus tras escapar de los lestrigones y de las redes de Circe. A medida que me acercaba al recinto sagrado me deleitaba con las caprichosas formas — humanas, de animales o dragones—de los altos almendros de blancas y rosadas flores que dan un toque sobrenatural al paisaje montañoso de la región⁵⁰. El clima primaveral del Thargelion⁵¹ abría el alma de las ninfas que cantan a Apolo junto a la fuente de Castalia, lugar de ensueño que descansa en medio de un bosquecillo de laureles. Allí las náyades y las musas acompañan con sus melodías al

49 Sesenta stadia equivalían a 10,5 Kms. El autor utiliza alternativamente las palabras estadio y stadia, unidades de longitud que variaban según las regiones.

50 La Fócida: Región del centro de Grecia atravesada por el gran macizo del monte Parnaso. El templo de Apolo se encontraba a una altura de 700 metros sobre el nivel del mar.

51 De mediados de abril a mediados de mayo, según el calendario gregoriano.

dios de la luz y la verdad, que vierte la divina inspiración en los aedos de corazón alado que han recibido el permiso de poner la escritura en virginales pergaminos.

Después de una larga caminata, me detuve en un rellano y contemplé a vista de pájaro el paisaje más bello de Grecia. Bandadas de aves atravesaban los picos montañosos y rozaban con su dorso plateado los bosques de Apolo. Un águila dorada hacía círculos en el cielo y observaba a un jabato que había quedado atrapado en un roquedal. Buitres descendieron en oleadas sobre un apacible valle donde Artemisa acababa de disparar una flecha. Gran variedad de plantas, grandes y pequeñas, teñían los bordes de los azules riachuelos que llevaban su música hasta las cumbres del Parnaso.

De repente un gorrión salió entre unos arbustos y giré la cabeza. Era una señal, estaba a la entrada de la Vía Sacra que conduce al santuario de Delfos. Comencé a caminar por el serpenteante recorrido, de algo más de dos stadia⁵², y apenas me detuve en los numerosos monumentos votivos y tesoros donados por las ciudades griegas.⁵³ Llegué a la entrada del Templo de Apolo y en el frontispicio de la puerta pude leer la siguiente inscripción "Gnoqi Seayton".⁵⁴ Repetí varias veces en mi interior aquella reveladora doctrina y, como me quedé inmóvil, vino un sacerdote, llamado Eurípides, a preguntarme si había venido de visita o a consultar el oráculo. Justo era el siete de Thargelión y en esa fecha las pitonisas trabajaban más de lo ordinario, pues en ese día, todos los meses se conmemoraba el nacimiento de Apolo, lo que se consideraba una ocasión propicia.

Cuando dije a Eurípides que necesitaba hablar con el dios, el hombre me estudió con detenimiento —intentando ave-

52 Dos stadia equivalían a 348,25 metros.

53 Normalmente los monumentos conmemoraban victorias militares, como el triunfo de los atenienses sobre los persas en Maratón.

54 "Conócete a ti mismo", sentencia atribuida a Tales de Mileto.

riguar mi posición social—y me pidió una auténtica fortuna “como óbolo simbólico” —agregó—para tener acceso al santuario de la pitia.

Como venía preparado, le pagué mi viaje al subconsciente de Gea y, tras presentarme a otros seis sacerdotes, todos vestidos con una toga blanca, me rogó que esperara en una estancia circular con gradas de mármol en cuyo centro había una enorme serpiente de marfil atravesada por una flecha de oro. Al oeste del recinto sagrado se encuentra el teatro y el templo de Dionisio y al este, el pórtico de los atenienses, lugares que visité después del encuentro con la sibila pues no podía marcharme de allí sin saludar al hijo adoptivo de Sileno.

Mientras el tiempo se dilataba en la clepsidra y pensaba que iba a pernoctar al lado del ofidio, apareció Eurípides y, poniéndome una pluma en la mano, me dijo que anotara en un trozo de papiro la pregunta que quería hacer a la sacerdotisa. Noté cómo se me aceleraba el pulso y, cuando me disponía a hacer mi consulta amorosa, de repente mi idea me pareció frívola y superficial y, dejándome llevar por mi instinto, escribí lo siguiente: ¿Qué debe hacer el hombre para encontrar sentido a la vida?

Después, Eurípides me pidió que le entregara el hermético mensaje y me hizo un gesto con la mano para que le siguiera al corazón del templo. Anduvimos unos pasos y, tras subir tres escalones, entramos en el edificio principal, que tiene seis columnas de toba a la entrada y al fondo, y quince a cada lado. Rápidamente quedé como hipnotizado en el interior de la gran sala rectangular donde dominaba un espeso silencio que te obligaba a caminar sin aliento. Contuve la respiración para no profanar aquel lugar sagrado y eché una rápida mirada a Apolo, cuya escultura de mármol y oro de más de dos kalamos⁵⁵ de altura estaba detenida en el momento

55 Dos kalamos equivaldría a unos 6,40 metros de altura.

en el que el dios acababa de disparar la flecha que mató a la serpiente. Se percibía que los músculos de la divinidad mantenían todavía la tensión del esfuerzo que había realizado, lo que se amortiguaba por la feliz expresión de su rostro iluminado por la victoria del que posee la sabiduría que anhelan los mortales. Su abundante cabellera, de largos y caprichosos bucles dorados, colgaba a ambos lados de su cuello que refulgía con un resplandor solar. Llevaba como única vestimenta una clámide plisada que recogía graciosamente con el brazo derecho dejando el torso al descubierto. Sus pies estaban adornados con unas aladas sandalias que daban un toque etéreo a las perfectas formas de aquella reencarnación de la luz. Hice una reverencia a Apolo y Eurípides me condujo hasta una pequeña puerta del fondo de la sala. Pasamos entre las columnas de toba, bajamos los tres escalones y, tras recorrer varios codos, penetramos en un recinto poligonal. Allí, el sacerdote me mostró la entrada que comunicaba con la gruta subterránea donde me esperaba la pitonisa. Encendimos dos antorchas y Eurípides me dijo que le siguiera en lo que me pareció un descenso al Hades. Ahora el silencio era más profundo y se sentía una especie de vértigo. Cuando llegamos al final del túnel, me sentí aliviado y pronto pude ver a la sacerdotisa que permanecía como petrificada. Durante unos instantes dudé entre si era real o parte de un sueño.

Alrededor de la gruta había dos gradas semicirculares donde esperaban sentados los otros seis sacerdotes que Eurípides me había presentado en el umbral del templo. La cueva estaba iluminada por numerosos hachones colocados entre las rocas de la pared y decenas de lámparas de aceite que creaban un ambiente crepuscular. Las varillas de incienso formaban una neblina que flotaba ingrávida en aquella particular atmósfera, especialmente alrededor del Omphalos⁵⁶,

56 Se decía que el sarcófago con las cenizas de la Pitón se encontraba debajo del Omphalos, piedra en forma de huevo cuyo nombre significa "Ombligo del Mundo".

bajo el cual está enterrada la pitón que mató Apolo. Cerca de la sibila salía a borbotones el agua de la fuente Casótide de la que tantas veces había oído hablar en Atenas.

Eurípides me indicó mi sitio y me hizo un gesto para que no hablara. Me concentré en el sonido del agua, que parecía marcar el ritmo de mi corazón haciendo más lentos sus latidos, y fijé mi mirada en la sibila.

Estaba sentada sobre un alto trípode de bronceas patas cuadradas que terminaban en garras de león. La pitonisa llevaba un vestido granate que le llegaba hasta los tobillos. Sus menudos y desnudos pies colgaban a un codo del suelo donde se movía en espirales la neblina. Cubría su cabello con un velo rojo sangre. Una parte de éste caía sobre su mejilla derecha y rozaba el antebrazo y la otra estaba echada hacia atrás y descansaba sobre su espalda, lo que dejaba al descubierto en diagonal la mitad de su blanco torso donde la túnica apenas tapaba la rosada prominencia de su seno izquierdo. En la mano derecha, apoyada sobre la rodilla, llevaba un platillo de oro y, en la izquierda, una rama de laurel. Sus ojos, completamente blancos, no miraban hacia ningún lado. Tras permanecer inmóvil durante un largo rato, empezó a parpadear como si en esos momentos estuviera recibiendo los mensajes de la serpiente que transmitía la sabiduría que robó Apolo. Cuando terminó su conexión con el más allá, comenzó a susurrar quebradas palabras que se deshacían en los encarnados labios que solamente habían tocado los inmortales.

Eurípides se acercó a la sibila y escuchó aquellos susurros que se mezclaban con el borboteo de la fuente Casótide, cuya agua caía en un pozo de piedra volcánica.

Mientras Eurípides seguía atentamente las evoluciones de la pitonisa, un sacerdote del grupo me hizo una señal para que abandonara junto a él aquella gruta sagrada. Hicimos el camino a la inversa y pronto llegamos al santuario circular

donde yacía la serpiente con escamas de mármol y la flecha de oro que acabó con su vida.

—Espera un poco, la profetisa ya ha hablado. Enseguida tendrás en tus manos el oráculo—me dijo—, y se marchó sin agregar una sola palabra.

Ya casi era de noche y había decidido dormir en uno de los bosques de los alrededores. Quería descansar viendo las estrellas y meditar acerca de las revelaciones de la sacerdotisa que, sin duda, cambiarían mi vida.

Antes de lo que pensaba llegó Eurípides y me dio una tablilla —que iba dentro de un estuche—con la inscripción que había grabado tras recoger el mensaje sagrado.

—Aquí tienes el oráculo. Lo puedes leer dentro o fuera. Nuestra misión ya ha terminado—enfaticó.

Luego se despidió con la cabeza erguida y se dirigió al templo rectangular que conducía al polígono para ayudar, me imagino, a que el espíritu de la pitonisa regresase al lugar del que partió, lo que ocurre cuando sus ojos vuelven a mirar como una mujer, al igual que hacen los de Clítia o los de esas jóvenes que veo en Atenas tomando una copa de vino junto a los hijos de Hesiodo, Fidias u Homero.

Como es lógico no esperé ni un instante y abrí la envoltura con auténtica devoción. Del interior salió un aroma de incienso perfumado que me trajo la imagen de la sobrenatural belleza de la sibila.

Acaricé la tablilla y leí: Cuando el enemigo muera, saldrá la luz del sol.



No fue difícil elegir el lugar. Descendí varios stadia hasta que me encontré con un sendero que conducía al bosqueci-

llo de laureles donde se haya la fuente de Castalia. Al llegar allí, me recosté sobre la hierba y, apoyando la cabeza en las manos, observé el firmamento donde Pegaso cabalgaba con sus espuelas de plata. Al cabo de un rato me di cuenta de que había una estrella que brillaba más que las demás. Era Mera⁵⁷, la perra que conquistó el corazón de Zeus:

Cuentan los aedos que Mera era la perra de un humilde campesino, llamado Ícaro, que solía compartir lo poco que tenía con las gentes de su aldea y con todo aquel que necesitara un trozo de pan. Ícaro, además de generoso era bueno, por lo que pronto llamó la atención de todos los dioses que no acababan de comprender que, en medio de tanta miseria y avaricia, hubiera crecido un hombre con semejante pureza y amor a los de su especie. El óptimo Ícaro vivía con una hija única, la joven-císima Erígone, que ayudaba a su padre en todo lo que podía.

Un día, el grandísimo de Dionisio decidió compensar a aquel pobre campesino y, tomando la forma de un venerable anciano, le regaló el primer esqueje de vid que se conoce, tanto en la tierra como en el Olimpo. Pasado un tiempo, Ícaro y Erígone hicieron la primera vendimia del mundo. Al probar el exquisito y embriagador vino, Ícaro empezó a dar saltos de alegría y, sin pensarlo dos veces, invitó a todos los labradores de su pueblo a beber aquella ambrosía que había sido bendecida por el dios de la danza.

Los aldeanos abusaron de la generosidad de Ícaro y bebieron sin medida hasta coger una espantosa borrachera. En su estado de embriaguez, pensaron que Ícaro les había envenenado y lo golpearon hasta matarlo. Luego escondieron su cuerpo entre unos matorrales y se fueron a su casa a dormir como si nada hubiera pasado.

Pronto Mera advirtió la ausencia de Ícaro y salió a buscarle. Cuando encontró su cadáver, empezó a lamerle la cara

⁵⁷ Sirius.

intentando despertarle y, al darse cuenta de su muerte, se fue a buscar a Erígone para darle la sepultura que merecía. Cuando la joven vio a su padre, se suicidó allí mismo ante la presencia de la perra.

Al día siguiente, los asesinos huyeron a una isla que se encuentra al norte de Atica para escapar a la justicia de su polis.

Mera permaneció al lado de sus amos mucho tiempo hasta que murió, unos dicen que de pena, otros que de hambre.

Dionisio, conmovido, habló con Zeus y el portador del rayo se apiadó del animal y, tras devolverlo a la vida, lo convirtió en la estrella perro-sirio que dicen que es la que más brilla después del sol. Lo primero que hizo Mera tras ser colocada en el cielo, fue abrasar la isla donde se escondieron los fugitivos para vengar la muerte de sus amos.

Mi amigo Dionisio también consiguió que el padre de los dioses rescatase de las tinieblas a Eurígene y a Ícaro. La primera renació como la constelación de Virgo y el segundo como la del Boyero. Así quiso ¡Oh, Diógenes! inmortalizar Zeus la dadivosidad y el esfuerzo del agricultor que labró con esfuerzo la tierra bajo la fiel mirada de Mera y con la ayuda de sus infatigables bueyes, de ancha cornamenta y pisada lenta y profunda.

A medida que avanzaba la noche dejaba que mi mente vagara entre las estrellas y aspiraba, cual regalo de Apolo, el aroma de las hojas de laurel. De vez en cuando acariciaba la tablilla y recordaba a la sibila moviendo sus labios rojos que hacían un coruscante contraste con la sombra de su nívea frente.

Seguí con los dedos los relieves de la inscripción y pronto escuché los ladridos de una jauría de perros que se acercaba al bosquecillo. Me incorporé y cogí varias piedras y un palo para espantar a las bestias. Pronto apareció una joven atlética, tan bella como Afrodita, cuyo cuerpo desprendía una intensa

luz lunar. Detrás de ella jadeaba la manada que la seguía a todas partes. Por precaución me escondí entre unas rocas y, recurriendo a mi naturaleza proteica, mi piel empezó a oler a yerba y ni las fieras husmearon mi presencia. Artemisa poco a poco se desprendió de su ropa y comenzó a bañarse en la fuente Castalia. El blanco resplandor de su cuerpo se reflejaba vivamente en el agua que recorría sus onduladas, firmes y preciosas formas. No pude evitar contemplar su desnudez y me entró un escalofrío.

Pronto me acordé de Acteón, el gran cazador hijo de Aristeo y Antonoe, que se atrevió a observar a la diosa cuando se bañaba en un río. Artemisa fue implacable, le transformó en un ciervo que fue devorado por su jauría de perros.

Mientras la hermana melliza de Apolo disfrutaba de la templada corriente de la fuente de Castalia, sus canes descansaban sobre la hierba y parecía que estaban durmiendo.

Siguiendo un impulso natural, comencé a caminar, anduve entre los perros y llegué hasta la rama de un árbol donde Artemisa había colgado sus prendas. Las recogí y, mirando a los ojos de la diosa, le pregunté si quería que la ayudase a vestirse.

La hija de Zeus y Leto hizo una señal y todos los cerberos se despertaron y empezaron a rechinar los dientes dejando al descubierto sus afilados colmillos.

—Si actúas con metis, seguirás viviendo. Si cometes un error, serás pasto de la jauría — me dijo sin pestañear.

En ese momento, me acerqué a ella, la besé y la cubrí con su blanca túnica.

—Ya había oído hablar de tu insolencia y sabía que ni los límites ni las fronteras tienen sentido para ti. Quería comprobar por mi misma si lo que se contaba de ti es verdad o mentira. ¿Te contentas con verme desnuda o deseas algo más?

—Artemisa —la contesté—, hoy mi corazón está afligido y no tengo ganas de vivir. Puedes soltar a tu jauría o atravesarme con tus flechas como si fuera un animal salvaje que rechaza todo lo sagrado, incluido el amor y la sabiduría. La muerte es lo único que anhelo en este momento, así que ¡hala! acaba con mi existencia y evita mi sufrimiento.

En ese instante la diosa me arrancó la tablilla de las manos y leyó en voz baja: Cuando el enemigo muera, saldrá la luz del sol.

—¿Acaso el oráculo es más fuerte que tú? ¿Te vas a dejar vencer por una sibila y una serpiente muerta? ¡Fritz, compórtate como un hombre!—exclamó Artemisa provocando en mi un repentino despertar.

Como si hubiera recibido el impacto de una flecha suya, pero en la inteligencia, la pregunté:

—¿Me puedes ayudar a matar al enemigo? ¿Dónde se esconde? ¿Quién es?

—Fritz, no te puedo decir quién es, porque si te lo dijera te convertirías en un dios y, entonces, los olímpicos nos veríamos obligados a desaparecer, a suicidarnos.

—Yo no deseo la muerte de los dioses, sólo quiero conocer las razones que dan sentido a la vida del hombre para poder reconstruirme y andar sin preguntar por qué.

—Ambas cosas son excluyentes —aseveró Artemisa—. El hombre debe estar eternamente preguntando porque ese es su destino. ¿Acaso quieres ocupar nuestro lugar? ¿Crees que es fácil sentarse al lado de los olímpicos? De todas formas, Fritz, te podías haber ahorrado el viaje a Delfos. Todas las respuestas de la sibila se concentran en la sentencia: Gnoqi Seayton.

—Si todo se reduce a eso ¿Tengo alguna posibilidad de conocerme a mi mismo?

—Ninguna.

—¿Por qué?

—Porque si lo haces destruirías el Olimpo y nosotros, los dioses, en venganza, quitaríamos la inspiración a los aedos. Al darnos muerte, se produciría un efecto contrario al deseado y se multiplicarían los vástagos de Ares en la tierra. Incluso se desintegraría la esperanza de que apareciera en el horizonte Atenea, la de glaucos ojos, con una paloma y con su espada. También se desmoronaría Deméter, cuyo sueño es repartir las cosechas equitativamente entre los hijos e hijas de Prometeo.

—¿Tan nefasto es conocernos a nosotros mismos?

—Mucho más de lo que te imaginas ¡Estáte alerta, Fritz! Sé cuerdo y, si ocurre, no celebres la muerte de los olímpicos como una victoria de los hombres. Porque si lo hacéis así, algún día tendréis que soportar la putrefacción de los mercados donde todo se compra y se vende. Así vemos desde arriba, la caída de los dioses y los héroes.

—Me das miedo, Artemisa—contesté.

—Fritz, procura no salirte de tu naturaleza porque si lo logras desearás, con mucha más fuerza todavía, no haber nacido.

—Así habló Sileno—le dije.

Luego la diosa alzó la mirada y desde el cielo descendió su carro de plata tirado por un yugo de bueyes blancos. Mientras la jauría de perros desaparecía entre los laureles, Artemisa me cogió de la mano e, invitándome a subir, me dijo:

—Esta noche descansarás en mi palacio.



—Antínoo, tres cimbias de oinujo y unas aceitunas.

—¿Las quieres negras o verdes?—me preguntó el tabernero.

—Hoy verdes —le contesté—, y me puse a contemplar cómo salían los pescadores a la mar.

Varias gaviotas pasaron cerca de mi mesa y al seguir su ceniciento vuelo con la mirada ví como El Jeroglífico daba órdenes a su cofradía y decía ¿Habéis visto como brillaba la otra noche la luna?

Pronto apareció mi amigo con una bandeja y me interrogó:

—¿Qué pasó en Delfos? ¿Qué te dijo el oráculo? ¿Te amaba la diosa?

—¡Oh, Antínoo!—le contesté—, en los últimos días he conocido el amor y la guerra. Ambos son devastadores. La sibila no me ha sacado de dudas, todo lo contrario. Mientras susurraba el oráculo me pareció que descendía hasta el Hades y me quedaba clavado en el trivio⁵⁸ que conduce a Asfódelos⁵⁹, al Tártaro⁶⁰ y al Elíseo⁶¹. No sé por qué pero durante unos instantes temblé y me acordé de Aquiles.

—¿Del héroe homérico?

—Sí, del mismo. Cuando Odiseo bajó al Campo de Asfódelos y se encontró con el hijo de Peleo, se le congeló el alma al contemplar el estado tan deplorable en el que se hallaba el más valiente de los guerreros. ¿Sabes lo que dijo Aquiles a Odiseo?

—No. ¿Es importante?

58 Ramal de tres caminos.

59 Era el lugar donde esperaban los difuntos hasta ser juzgados por Minos, Radamantis y Éaco.

60 Allí iban los malvados, los impíos.

61 Residencia de héroes y hombres y mujeres que vivieron en la virtud.

—Sí lo es. Estas fueron sus palabras: No me hables con dulzura de la muerte, glorioso Odiseo, vete de aquí y evita que te alcancen prematuramente las sombras de Hades.

—¿Quieres más oinujo?

—Sí, Antínoo. Otras tres cimbias.

Seguí bebiendo y hablando con Antínoo quien, como un buen remero, me acompañó en mi travesía por el vinoso ponto.

Cuando ya no nos podíamos poner de pie, el tabernero me preguntó:

—¿Estuviste en el inframundo? ¿La gruta de la pitonisa se encuentra cerca del palacio de Plouton?⁶²

—Conocí dos mundos ¡caro amigo! el Hades y el Jardín de las Hespérides⁶³, pero ni robé a Perséfone⁶⁴, a pesar de sus sensuales nalgas de yegua, al Invisible, ni me traje a la Acrópolis las manzanas de oro, aunque eran idénticas a los senos de mi amada.

Luego Antínoo y yo empezamos a cantar mientras en el cielo empezaban a brillar las estrellas, a ladrar Mera y a avanzar lentamente los bueyes de plata, de ancha cornamenta y pisada profunda.



62 Otro de los nombres de Hades. Plouton significa riqueza. En el mundo subterráneo abundaban los metales, entre ellos el oro y la plata.

63 Según algunas versiones, los dioses recibían en el Jardín de las Hespérides a aquellos que merecían disfrutar, después de haber conquistado en vida la inmortalidad, de las delicias de ese lugar que se encontraba en las Islas Afortunadas.

64 Poseidón violó Deméter (madre de Perséfone) cuando se transformó en una yegua para huir del acoso y la persecución del dios del mar, que la cubrió tomando la forma de un caballo. Perséfone, que fue raptada por Hades, era hija de Zeus y Deméter.

V

Esta noche no he bebido el vino de los dioses ni tomado el fruto del verde y viejo olivar. No creáis ¡Queridos mortales e inmortales! que he decidido ayunar y terminar con mi vida. Nada de eso, las cosas son más simples: a veces me traiciono a mi mismo y doy la espalda a lo más sagrado, incluso rechazo a las bacantes cuando me invitan a danzar, rehúyo andar al lado de Platón y me encierro en una gruta, más oscura que la de la sibila, y me niego a ver la luz del sol. Esta noche las ninfas no han pisado los racimos y huyo del canto y el baile. Por eso he cogido el cálamo y he derramado estos versos:

La verdad

No se puede expresar

Directa, desnuda

Como una lanza

De venganza.

Sería como arrancar la piel

A la diosa que dio sentido a nuestros sueños.

Para que no mate la verdad
Hay que embellecerla
Suavizarla y filtrarla
A través del corazón
Para poner un velo
A los colmillos y dientes
De la mente.

Verdad
Vida

Muerte
Mentira.

La dama de la muerte nos enseña
Con desdén
Su erizado pubis
La luminiscencia de su sexo
Abierto al desafío
De la fría noche sin retorno.

El pájaro del amor se posa
Lentamente en la balanza
De los hermosos brazos

De la diosa Dicea⁶⁵
De donde caen
Las manzanas de oro
En los cestos de la decepción.

Este poema lo he compuesto sobrio y no se ha derrumbado a pesar de que sus ladrillos no están en perfecto equilibrio. ¿Estaré aprendiendo a quitar el polvo a la escritura? Me imagino que algún día se lo leeré a Antínoo en la taberna. Me es más fácil comunicar mis pensamientos íntimos cuando chocan las cimbias y el rumor del mar se lleva, tras convertir las en espuma, las palabras. Sócrates dijo que sólo con humildad se puede alcanzar el verdadero conocimiento. Ese hombre sí sabía hablar, sí sabía pensar. Despreciaba todo destello de vanidad que aspirase a la gloria y a la fama. En ese sentido era muy superior a Homero y a Hesiodo que competían, poniendo por testigo a las Musas, por ganar la copa, la estatua y la ciudadanía. Yo estoy bien como estoy y, aunque no soy tan inteligente como él, he atado en una cuerda los nudos del nacimiento y la muerte, y al ver que casi no había espacio entre ellos, he vertido en medio un cáliz de vino para aflojar y alargar ese tramo de luz y sombra. También la vid de Dionisio vale para eso.

Me gusta vivir al margen de la sociedad y escuchar la arca e ingrátida voz de mi yo profundo cuando paseo solo a la orilla del río Ilisos. Sus rumorosas aguas se deslizan danzarinas abriendo alas de brisas que me traspasan el espíritu y la piel. Me gustan esas ninfas cristalinas que apenas rozan los cantos rodados. En ese sentido me parezco a Diógenes,

65 Dice, Dicea o Dike es la personificación de la justicia. Con el dios Dikastis tuvo tres hijos: Homonoieia (La Concordia), Dicaiosina (La Rectitud) y Areté (La Virtud).

aunque soy incapaz de tener una tinaja por casa. Ese hombre cada día va más desnudo y arroja con desdén al ser humano todo aquello que considera una carga innecesaria. Una mañana, cuando vio a un muchacho hacer una concha con sus manos para beber agua, se dio un golpe en la frente y lanzó por los aires el cuenco con el que solía apagar su sed. No sé si está yendo demasiado lejos, creo que es bueno encontrar un equilibrio dentro y fuera de nosotros. ¡Oh, óptimo Diógenes! te confieso que no voy a hacer ningún mérito para ser recordado en Atenas a pesar de que hubo un tiempo en el que tuve la tentación de estudiar con ahínco para conquistar la admiración del pueblo. Mi motivación no era otra que llenar el vacío que produce la ausencia del amor o, como dicen algunos, el estigma cainista, el destierro del errante. Además, no sería digno de mí aceptar honores, pues ni gané en los Juegos Olímpicos ni crucé la meta el primero cuando ascendí por la Acrópolis con la llama prometeica. Cuando maté a Estirges y salvé la vida a Talos no lo hice para ser coronado con laurel en el arco del triunfo, actué sólo y únicamente por amistad. Así que ni quiero ni espero nada por seguir los dictados de Dike, la que recoge en su balanza los rayos de Zeus.

¿Acaso el hombre está tentado a seguir a las sirenas que prometen la apolínea iluminación? Hay que tener cuidado. Esas, primero atraen con sus melodías y luego vuelven locos a los que han elegido el atajo que suprime el esfuerzo intelectual.

Me gusta recordar la vida y las anécdotas de Sócrates. Dicen los aedos que una tarde se acercó a su casa un rico mercader y pidió al maestro que se encargara de la educación de su hijo mayor. El filósofo, que odiaba el apego al dinero, pidió un montón de tetradracmas al plouton de turno, y éste se ofendió y le dijo:

—¡Sócrates, me exiges una barbaridad! ¡Con esa suma podría comprarme una burra!

A lo que el maestro contestó:

—Si actúas así, en vez de uno, tendrás dos burros en casa.

El que habla desde la sabiduría, la virtud y la dignidad derrama palabras que merecen la pena ser escuchadas. En cambio, el que abre la boca para rebuznar después de ponerse la túnica y la máscara del sabio, es más peligroso que la peste. Esa alimaña es capaz de elevar el corazón de los ingenuos y prometerles un paraíso en el que, con un toque de Circe, los hombres y las mujeres se transforman en asnos que defienden a su señor a dentelladas. Ese rey rucho, que incluso pudo haber conseguido el conocimiento de la serpiente, siempre acaba atando al pueblo al yugo de la noria que no deja de sacar agua, en pesados cangilones, del leteo. Y así, bebiendo de ese pozo, se borra la memoria —cual palacio de arena arrasado por el mar— que un día mostró el camino que conduce al Jardín de las Hespérides, donde todos los seres se convierten en dioses al cortar sus lazos con la bestia.



A la mañana siguiente Filemón llamó a la puerta de mi casa golpeándola con tanta fuerza que casi la derriba. Gritó como si alguien le hubiera clavado una flecha en la garganta, y repitió:

—¡Fritz, abre! ¡Corre! ¡Abre, por favor! ¡Ha ocurrido algo horrible!

Fui como un rayo a ver lo que pasaba y contemplé el rostro desencajado de mi criado que apenas podía articular palabras.

—¿Dónde has estado Fritz? —dijo con trémula voz—. Llevo buscándote varios días. ¡He levantado hasta las piedras de las calles para ver si había una moneda tuya! No he dormido por las noches. He ofrecido recompensas para conocer tu

paradero. ¡Amo! ¿Dónde te metiste? ¡Ahora que tanto te necesitamos, desapareces sin dejar rastro! ¿Acaso ignoras que tienes enemigos que te odian y desean destruirte?

—Lo siento, Filemón, no sabía que mi ausencia trajera desgracias a la polis. He ido a Delfos a consultar el oráculo y he descansado en el Parnaso. Pero ¿Por qué estás tan pálido? ¿Qué ha pasado? Parece que has sorprendido a Hades intentando ocupar tu tálamo de recién casado.

—¡Ay Fritz! Me vas a pegar porque no he sabido protegerla. Los soldados han apresado a Clítia y se la han llevado encadenada al Areópago. Momo, el arconte que tú conociste, la ha acusado en público de apostasía y de ridiculizar a los olímpicos. Al parecer, tu amante hizo en el ágora una broma acerca de los dioses que vendiste a los ricos. Dijo que pagar tanto por una escultura, aunque sea del mismo Fidias y del mismo Zeus, es una señal inequívoca de decadencia.

—¿Pero no has avisado a Platón? — le respondí desconcertado—. El maestro es respetado hasta por el propio Epaminondas⁶⁶ y nadie en Atenas da un paso sin consultarle. El es un escudo, más seguro que el de Heracles, para todos nosotros. Desde que abrió la Academia, sólo recibe elogios.

—Platón y sus discípulos partieron hace días de viaje a Ítaca y no sé cuándo volverán. Invitaron a Clítia a ir con ellos, pero ella dijo que tenía asuntos pendientes que arreglar en Atenas.

—¿Y Lais?

—Lais tiene un miedo horrible a los arcontes pero ahora se encuentra en el Areópago para intentar salvarla. Desde que Momo vio frustrada su carrera política, sus palabras destilan odio. Ahora se cree la reencarnación de Némesis e imparte ciegamente justicia. Cualquier alusión a Sócrates le

66 El general y político Epaminondas (418 a.C—362 a.C) convirtió a Tebas en la nueva potencia hegemónica de Grecia terminando con la supremacía de Esparta.

desquicia. No deja de repetir a los jueces que la dicha de los atenienses sólo es posible si hacemos las debidas ofrendas, incluso sacrificios humanos, a los olímpicos.

—¿No me estarás insinuando que en estos momentos Clítia está siendo acusada de ateísmo y de amoral? ¡Es imposible! Ella conoce mejor que nadie la importancia de Zeus en su vida. Lo que me cuentas es intolerable, me produce náuseas. Me avergüenzo de haber nacido en Grecia y de tener que compartir el mismo espacio con seres tan despreciables como la sanguijuela que acabas de mencionar.

Nada más pronunciar esas palabras, salí a la calle con el ímpetu de un huracán desatado por Bóreas y, violentando el establo de Filemón, monté a lomos de Arión que parecía leer mis pensamientos que golpeaban mi frente como furiosas y lacerantes olas de tempestad. Agarré sus largas y blancas crines, cual ígneas riendas del carro de Apolo, y cabalgamos hacia la Colina de Ares⁶⁷. Arión apenas tocaba el suelo y quemaba la tierra con sus pezuñas. Mis ojos ardían y mi cabello se ponía al rojo vivo. Sin dar tiempo a moverse a la clepsidra llegamos, levantando una infernal nube de polvo, a las puertas del Areópago.

Cuando entré en el edificio ya se habían marchado casi todos los arcontes. En el aire se respiraba el repulsivo aliento de los cobardes y de las momias que han sido maquilladas para disimular su estado de descomposición. ¿Entendéis sus sonrisas cuando se abrazan después de firmar documentos que aplastan para siempre a los miserables?

Arión se alzó sobre sus patas traseras y empezó a piafar. Necesitaba —igual que yo—respuestas para no prender fuego y reducir a cenizas aquel lugar que no era más que una caricatura de la democracia que soñaron los inmortales amigos

67 Areópago (Areios Pagos) o “Colina de Ares” estaba situado al oeste de la Acrópolis de Atenas.

de Prometeo. El último en levantarse del hemicíclo fue un anciano que se movía con dificultad y que parecía contrariado.

—¡Habla, venerable arconte! ¿Qué ha pasado?—le pregunté.

En ese momento me di cuenta de que era el hombre que cubrí con mi túnica un día gélido de invierno y acompañé, convirtiéndome en su bastón, hasta la puerta de su casa. El mismo que me aplaudió, con lágrimas en los ojos, cuando Momo daba su discurso sobre “los recursos humanos” ante la Ekklesia.

—¡Oh, amado de los dioses! — exclamó el arconte—, acaban de llevarse a la acusada. Muchos la defendimos pero todo fue inútil. Momo utilizó toda su elocuencia para desarmar a sus oponentes, es un auténtico demonio. La sentencia ha sido implacable: la han dado a elegir, al igual que a Sócrates, entre el destierro o el suicidio.

—¿A dónde la han llevado?

—No muy lejos de aquí. A la colina que está detrás de la Acrópolis. Allí hay una gruta, con barrotes de hierro, donde se encierra a las mujeres que han cometido apostasía y han sido despojadas de la ciudadanía. Lais, la hetaira que en su juventud hizo de modelo de Afrodita, se encuentra a su lado. Creo que la han autorizado a asistir a Clítia en su suicidio. ¡Ea! ¡No pierdas más el tiempo aquí y sal corriendo antes de que la parca corte el hilo con sus afiladas tijeras!

Con el corazón jadeando como un tímpano que a cada golpe se desangra, llegué a la prisión donde estaba encarcelada Clítia. Pronto me abrí camino entre los soldados que custodiaban la entrada y me encontré con una escena desgarradora: mi diosa ya había bebido la cicuta y Lais la agarraba con trémula y conmovedora ternura la mano derecha que mi adorada movía con extrema debilidad.

Aparté con suavidad a Lais y me arrodillé ante la mujer que conquistó mi corazón desde el primer día en que la ví. La besé en los labios sin poder creer en su muerte y acaricié su perlada frente. En ese instante, sus ojos verde mar se abrieron y sonrió. Luego, su cuerpo se estremeció y giró la cabeza para ocultar su dolor tras la cortina de su larga y rizada cabellera que aún conservaba la luminosidad de las virginales llamaradas del embrión del universo. Me abracé a su cuerpo y escuché como su corazón se partía y latía por última vez bajo aquella blanquísima piel que parecía un campo de nieve cubierto por un manto de pétalos de rosas rojas.

Lais se rasgó las vestiduras y se arañó la cara. Tuve que sujetarla las manos para que no se desfigurase el rostro.

Yo quise arrancarme los ojos para no ver muerta a la mujer más hermosa de la Hélade, pero contuve mis impulsos autodestructivos. Algo me decía que todavía no había llegado mi hora, que aún tenía que saldar cuentas con el destino. La cerré los párpados, los besé varias veces y, tras permanecer en silencio una eternidad, hice los preparativos para darla la despedida que se merecía. Pedí que viniera a la puerta de la gruta un carro tirado por cuatro caballos dignos de una diosa. Luego coloqué su cuerpo en el carruaje y me senté a su lado. A Lais le dije que se apostara junto al auriga.

Al atardecer llegamos a lo alto de una colina desde la que se divisaba la Acrópolis y el mar. Allí la quité la burda túnica que llevaba en prisión y ungué su cuerpo con aceites aromáticos que manaban la etérea fragancia de las flores que abren su alma en los jardines del Olimpo. Después la vestí con el primer quitón celeste que la compré para conquistarla, la puse un óbolo debajo de la lengua y dos monedas de plata en los ojos. Luego encendí la antorcha y las llamas envolvieron el cadáver de aquel ser sobrenatural que dedicó su vida a buscar el amor y la sabiduría, lo que encontró y embelleció, para ejemplo de todas las mujeres que andan descalzas por la ancha tierra.



A los pocos días de la muerte de Clítia convoqué unos juegos fúnebres en su memoria a los que empezaron a acudir los atletas, sabios, músicos y poetas más famosos de la Hélade. A los pies de la colina donde quemé su pira, mandé reproducir de la forma más rápida y elemental las principales pistas y estadios —siguiendo el modelo del santuario de Olimpia—donde se celebrarían las competiciones. Pronto el lugar se llenó de cientos de tiendas de campaña de personas llegadas de todas las polis del mediterráneo. La prueba reina del certamen sería una carrera de mujeres en honor a Clítia.

Para costear los enormes gastos tuve que vender a otros dos olímpicos. En casa me quedaban Afrodita, Dionisio, Apolo, Artemisa, Hestia y Atenea. Como es natural, ni se me ocurrió deshacerme de los dos primeros. Sólo un ser despreciable entrega el amor y la amistad a los mercaderes. Artemisa también se quedaba conmigo. Pertenecía ya a mi círculo de amigas íntimas y, como sabía que tenía excelentes relaciones con su hermano mellizo Apolo, éste también se benefició y conservó su puesto. Al final no dudé en apartar a Hestia y Atenea. La diosa del hogar me daba algo de pena, ya que siendo la primogénita de Cronos y Rea, tuvo el infortunio de ser la primera que fue devorada por su padre al nacer. La segunda, me infundía respeto. Me había cruzado con ella varias veces y, como siempre iba armada hasta los dientes, jamás intenté despertar su libido para que me entregara su sagrada virginidad. Eso quiso hacerlo el venerable Hefesto y a punto estuvo de quedar tullido de por vida de la cintura para abajo.

Había establecido importantes premios para los ganadores y pronto conocí personalmente a atletas que ya habían saboreado las mieles de la victoria y llevado la corona de laurel. Muchos de los participantes eran auténticas leyendas de cuya destreza física y valentía se hablaba más allá de los confines de la Hélade. Unos pocos, como Platón, Aristóteles

y Antínoo, decidieron competir con cantos elegíacos que se celebrarían al margen de las contiendas.

Escogí a los hombres más ilustres de Atenas para que hicieran de jueces y el siete de skirophorion⁶⁸ comenzaron los juegos fúnebres.

Las pruebas se iniciaron por la mañana con la carrera de cuadrigas que debían de completar las doce vueltas reglamentarias en un circuito de casi nueve estadios⁶⁹.

Doce aurigas, erguidos sobre sus fabulosos carros de dos ruedas tirados por cuatro caballos, se apostaron en la línea de salida dispuestos a jugarse la vida a cambio de lograr una nueva victoria y gozar de las sensaciones de los olímpicos. Cuando un juez volteó el águila y el delfín⁷⁰, varios hombres abrieron las hyspleges⁷¹ y las bestias salieron desbocadas como si de repente hubieran sido lanzadas al campo de batalla donde los héroes y los dioses deciden los destinos de los pueblos.

A ambos lados del circuito había más de diez mil espectadores que bramaban cual olas gigantes que se levantan, se enroscan y desploman en los encrespados reinos de Poseidón causando pavor a las aves que viven en el cielo y a los animales que huyen de los peligrosos acantilados de piedra que son golpeados por la huracanada furia de los indomables toros oceánicos.

Los aurigas, la mayoría jóvenes y altos, sujetaban las riendas en la siniestra y el látigo en la diestra. Algunos no dejaban de golpear a las bestias que ya empezaban a echar espuma

68 Skirophorion: (mayo-junio).

69 El circuito medía 1540 metros, igual que el hipódromo de Olimpia. Nueve estadios equivalía 1566 metros.

70 Eran unas figuras de bronce atravesadas por un cordel con las que se daba la salida y se contaban las vueltas.

71 Las puertas que se giraban para que pudieran salir a la pista los carros de caballos.

por la boca y a calentar con sus bronceas pezuñas la tierra que retumbaba, cual terremoto en las entrañas de Gea que, al notar el pánico, abre las grietas de su terrosa piel mostrando el inframundo que tanto temen los mortales.

Aunque en todas las pruebas olímpicas los atletas van desnudos, en las carreras de caballos se hace una excepción debido al riesgo de las peligrosas caídas y a la amenazante desgracia de ser arrastrado en la arena sin protección alguna, lo que muchas veces provoca la muerte de los esforzados héroes hundiendo su mirada en las tinieblas. Los aurigas visten el xystis, prenda sólida que cubre todo el cuerpo y que se sujeta con correas por encima de la cintura. El xystis lleva también tirantes de cuero que se cruzan en la parte superior e inferior para que la ropa quede perfectamente sujeta a la musculatura de los héroes. Así decidió Heracles que se protegiera el cuerpo de los que compiten para honrar a Zeus.

Al llegar a la novena vuelta, la mitad de los carros ya habían saltado por los aires produciendo un clamor y un éxtasis colectivo que se escuchaba en la distante Atenas. Hombres y corceles peleaban y chocaban, cual si azuzaran la tempestad de un encrespado océano donde los barcos se agitan como cáscaras de nueces. La alegría y la emoción creaban una corriente de energía que sólo he visto en los resplandecientes rayos de Zeus cuando caen en serpientes de luz sobre los bosques, valles o ciudades.

¡Ah! ¡Oh, Zeus! — gritaba el público agarrándose la cabeza o apretando los puños en el aire cada vez que un carro chocaba estruendosamente contra otro, se partía en pedazos y se estrellaba contra los postes que marcan las vueltas. Allí se ponía de pie un auriga con la cabeza ensangrentada y, cuando iba a ser retirado de la pista, las veloces ruedas de otro carro le zarandearon dejando estelas rojas en la arena.

Ahora, en la undécima vuelta, la carrera era mucho más peligrosa. Los caballos habían levantado tal cantidad de polvo que apenas se veía y sólo los héroes bendecidos por los dioses, iluminados por la luz de Apolo, podían abrirse camino en aquel infierno hecho a medida de Ares.

Cuando sonaron las trompetas y el juez volteó el último delfín, apenas quedaban cinco aurigas que emprendieron una enloquecida recta final arrancando nuevos gritos de la multitud. Algunos espectadores perdieron el conocimiento y tuvieron que ser retirados y llevados a la zona dedicada a Asclepios. Las ruedas chirriaban desafiando la ley de la gravedad. Los aurigas más desesperados azotaban a los caballos hasta matarlos. Cuando eso ocurría sus carros se hacían añicos y sus restos daban trompicones en medio de la espesa y cegadora polvareda.

Ya no había más delfines que poner boca abajo, ahora ya sólo faltaba media vuelta y dos carros se disputaban la victoria. Estaban tan pegados el uno al otro que varios jueces se apostaron cerquísima de la línea de meta para testificar con la máxima precisión el triunfo que concedería a su elegido Niké.

De repente, un auriga que golpeaba a los caballos como un verdadero héroe, sin hacer ninguna demostración de fuerza ni de brutalidad innecesaria, adelantó como una centella a su rival y levantó la mano derecha recibiendo el impacto de los rayos del sol.

La multitud se rompió y la gente empezó a aclamar y a rodear al vencedor, de nombre Eugenio, que avanzó lentamente hacia el estrado donde se concedían los premios.

Yo, que era el encargado de esa ceremonia, uncí su frente con la corona de laurel y le entregué cien ánforas con aceite de oliva, diez mil dracmas de plata y el pergamino en el que

me comprometía a erigir una escultura en su honor en una de las avenidas gloriosas de Atenas.

Luego alcé la mano de Eugenio y, acordándome de Clítia, tuve que contener las lágrimas para no convertir en tragedia un día bendecido por los olímpicos que, sin duda, acogerían a mi amada en el Jardín de las Hespérides.

Las competiciones continuaron los tres días siguientes y, como yo era el organizador y el anfitrión, dejé, como cierre de los juegos fúnebres, la prueba de pentatlón⁷², la carrera de mujeres y las demostraciones de danza, música y canto.

Como os podréis imaginar ¡Queridos mortales e inmortales! desde que murió Clítia estaba deprimido y no tenía ánimo para participar en ninguna especialidad que requiriese un esfuerzo físico. Yo quería limitarme a premiar a los ganadores, para elevar a mi amada, y ofrecer al pueblo un día de júbilo. Sin embargo, Platón no pensaba igual que yo y se dirigió a mí con estas aladas palabras:

—¡Oh, afligido Fritz! No es bueno que tu diosa contemple, esté donde esté, tu abrumadora tristeza. Haz un esfuerzo y, aunque no puedas completar el pentatlón, por lo menos participa en una de las categorías para que Clítia disfrute desde el otro mundo viendo como tensas tu hermosa musculatura.

—¡Oh, divino Platón! Me halagas en demasía—contésté—. Si hago algo en contra de mi voluntad, posiblemente quede en ridículo y, en vez de causar placer a la honrada, la provocaré, incluso en el más allá, amargura y decepción.

—Conoces poco a Clítia — aseveró Platón—. Estos nunca serán sus juegos fúnebres si tú no luchas y logras la victoria en al menos una disciplina

Tras observar la mirada de reproche del maestro, le dije avergonzado:

72 Pentatlón: salto, carrera, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina y lucha.

—En el concurso de poesía leeré unos versos después de tu intervención y de la Aristóteles. Creo que no puedo hacer otra cosa.

—Inténtalo—sentenció el maestro—y se marchó caminando lentamente.

Al poco tiempo de comenzar la serie del pentatlón, me arrepentí y, eligiendo la prueba que menos esfuerzo requería para mí, decidí participar en el lanzamiento de jabalina.

Cuando los atletas me vieron llegar desnudo a la pista, me abrieron paso para dejarme el honor de inaugurar esa competición, lo que rechacé, y me coloqué humildemente el último de la fila.

Todos parecían héroes de la Iliada y se diría que más de uno era hijo de una mortal y un inmortal.

Cada vez que un atleta arrojaba la larga y afilada jabalina⁷³, el público aguantaba la respiración y sólo abría la boca cuando la silbante arma hendía la tierra—tras agujerear el aire—con su broncea flecha que se clavaba a varios codos del final de aquella pista que terminaba en forma de arco.

Poco a poco fueron pasando los mejores lanzadores de la Hélade. Al final sólo quedaban los que ya habían ganado alguna competición anterior: Acasto; Etálides; Butes; Augías; Euritión; Hilas; Nauplio; Meleagro; Polideuco; Telamón y Polifemo.

Nauplio, con un recorrido de cien codos⁷⁴, superó al hasta ese momento campeón Augías, que había logrado la marca de los ochenta y seis codos. Ninguno de los que quedaban aventajó a Nauplio quien, haciéndome un gesto con la mano, me indicó que había llegado mi turno.

73 Tenían hasta tres metros de longitud y una cabeza de unos 35 cms que terminaba en punta.

74 Cien codos: Unos 52,5 metros.

Cuando me disponía a coger mi lanza, entró jadeando El Jeroglífico y me dijo que, aunque jamás había pensado en competir en esa prueba, el conocía a Clítia y quería demostrar que no era inferior a los demás.

¿Cómo iba a negarme a que mostrara sus habilidades aquel hombre que me perseguía como si fuera mi sombra?

Le rogué que lanzara la jabalina antes que yo, pues me daba igual disparar el primero o el último, ya que estaba seguro de que iba a ganar, sin ninguna duda, aquella prueba. Esta vez no podía hacer ninguna concesión a El Jeroglífico. Ahora no competía por vanidad, lo hacía por verdadero amor. Quería poner la corona de laurel en la frente de Clítia y ni Zeus iba a impedírmelo.

El Jeroglífico se ajustó las correas a la base de la jabalina y adelantó la pierna izquierda adoptando una posición olímpica. Miró hacia el infinito, se apoyó en el talón derecho, balanceó varias veces la lanza y, tras equilibrar todas las energías de su cuerpo tomando el aspecto de una estatua de mármol, arrojó el proyectil levantando inmediatamente el clamor del público que emitió un estruendoso ¡Uh! cuando el arma se clavó al límite de la pista. Su lanzamiento fue de ciento cuarenta codos, jamás se había registrado algo parecido en toda la Hélade.

Debo admitir que me impresionó su demostración de unicidad y que, en vez de reconocer con naturalidad que había sido el mejor, sentí su exhibición como un desafío. Ese hombre, o lo que fuera, quería impedir que alcanzara la victoria y que cubriese de gloria, a mi manera, la blanca frente de mi amadísima Clítia, la de profundos ojos verdes.

Con mi orgullo herido, agarré con fuerza la jabalina, imité, pero mejorando, la postura de El Jeroglífico y, concentrando todas mis fuerzas, miré al cielo y realicé un disparo sobrenatural. La lanza se elevó, se vio su ascensión durante unos instantes y desapareció de la vista de los humanos.

La gente no supo cómo reaccionar y pensó que había errado el lanzamiento y que la jabalina se encontraría partida en cualquier descampado.

Me quedé pensativo y tuve que admitir que los dioses actúan muchas veces de forma incomprensible.

Al final tuve que coronar a El Jeroglífico a quien premié, al igual que a Eugenio, con cien vasijas de aceite de oliva y diez mil dracmas de plata. El campeón, sin embargo, rechazó que le erigiera una escultura de mármol en la vía de los campeones olímpicos y me pidió, en cambio, otras cincuenta vasijas de aceite de oliva, lo que acepté al parecerme un trato razonable.

Debo confesar que no supe asimilar la derrota y que me hundí aún más en la depresión. Sin embargo, no podía derrumbarme ahora que iba a empezar la carrera de mujeres, la prueba reina que había anunciado en honor a Clítia.

No sé si sabéis que las muchachas, salvo raras excepciones, tienen prohibido participar en unos Juegos Olímpicos o en unos juegos fúnebres. Creo que esa costumbre está cambiando desde que Platón organiza pruebas para ellas, entre ellas las dedicadas a Hefesto y Prometeo.

Este no era, desde luego, el motivo de que miles de personas fueran corriendo al lugar de las atletas para asegurarse el mejor puesto de observación. Había ocurrido algo insólito. En la pista estaban, para competir en la prueba de un estadio y treinta codos⁷⁵, las jóvenes más bellas que jamás hayan podido imaginar los efímeros mortales. Eran mis amigas las sirenas que, después de untarse el cuerpo con aceite, esperaban ansiosas la señal de salida para recorrer el circuito que en aquel momento se había convertido para ellas en el templo de Clítia. La sensual hermosura de sus cuerpos desnudos,

75 Un estadio y treinta codos equivalía a unos 200 metros.

cual epifanía de Afrodita, llevó el enloquecedor encanto de las diosas a la tierra y en ese día el ojo humano pudo contemplar lo que en circunstancias normales las olímpicas castigan con la ceguera. La primera en cruzar la línea de meta fue la ninfa que ayudé con mis besos a convertirse en lo que es hoy y que, como es lógico, cubrí con mi túnica para ponerla la diadema de laurel.

Sí trajeron alegría a mi corazón y, tal vez, si no hubiera sido por ellas hubiera iniciado tras los juegos fúnebres mi suicidio semestral. Después de uncir con laurel a la ganadora, a la que me unían lazos indestructibles, llamé a todas las demás y las coloqué emocionado la corona de la victoria que lucieron sedientas de amor en sus doradas cabelleras.

Cuando se marcharon en carros de caballos blancos y arrojando rosas a los espectadores, que intentaban desesperadamente subirse a sus carruajes, me acordé de que tenía que acudir a las competiciones musicales, tal y como había prometido al maestro. No había escrito nada y tenía la mente bloqueada. Ahora lo único que quería era que terminase todo lo antes posible y retirarme a la Casa Azul a hablar con el espíritu de mi amada.

Cuando Platón y Aristóteles cantaron sus sublimes composiciones elegíacas arrancaron los aplausos del público que, entusiasmado, pareció olvidarse de las fuertes pasiones que provocan la belleza, la violencia y los juegos de Ares. Los asistentes recibieron como un bálsamo sus cánticos, bellas palabras con alma que todavía no se había posado en la escritura.

Antínoo también recitó su poema y, como fue destilado por el corazón, a todos nos trajo recuerdos de la encantadora mujer que acabábamos de perder.

Cuando llegó mi turno, anduve unos pasos y hablé:

Yo, que fui ennoblecido con los besos de la divina Clítia, apenas puedo, acordándome de su muerte, verter estos versos:

¡No olvidéis!
Esclavos de esta época.
Que murieron
Los dioses y los héroes
Para que naciera
El hombre feliz.

Con esa amarga composición, que nadie me aplaudió, cerré los juegos fúnebres en honor a Clítia y, actuando como había decidido de antemano, premié a Platón y a Aristóteles con un pequeño trípode de oro y a Antínoo con una copa dorada con la que compartí vino con Dionisio.

Cuando los albañiles y artesanos desmontaban las instalaciones olímpicas, me retiré a lo alto de la colina donde me puse a divisar, ora la Acrópolis, ora el mar. En un momento me agaché para acariciar la yerba y escuché como un carro de dos caballos avanzaba hacia mí.

Era Filemón que se acercaba en un plaustro tirado por los briosos Quirón y Arión. Venía con tanta prisa que me imaginé que iba a avisarme de una nueva invasión de los persas. ¿Qué otra cosa puede ser? —pensé.

En el tiempo que el vehículo ascendió la colina y el sol teñía de rojo el horizonte, mi criado se bajó de un salto, me puso una mano sobre el hombro y me preguntó:

—¿Sabes qué ha ocurrido en Atenas mientras se celebraban aquí los juegos fúnebres en honor a Clítia?

—No tengo ni idea, Filemón—le dije—, pero cuéntamelo rápidamente que tengo ganas de retirarme e irme a casa. Mi corazón ya no tolera más emociones.

—Seré breve, Fritz— me dijo mirándome con temor—. Momo ha aparecido muerto en su palacete. Cuando un criado entró en la sala principal de su mansión llevándole una copa de vino, descubrió que había sido asesinado. Alguien le ha atravesado el cuello con una lanza que le entró por la garganta, le salió por la nuca y se clavó en una pared donde había un mural que reproducía a varios arcontes hablando en el Areópago. En el muro hay una enorme mancha de sangre sobre la colina de Ares. También han encontrado rasgada una cortina roja que cubría una de las ventanas de la estancia. ¡Qué cosas más raras ocurren en Atenas! Cada día vivimos en un mundo más inseguro y más inhumano. ¿No opinas lo mismo, padre?



—Un porroncillo de oinujo, unas aceitunas y unas uvas.

—¿Cómo quieres las uvas? ¿Normales o pasas?—me preguntó Antínoo.

—Pónme una mezcla, que haya variación. Si podemos, debemos combatir la rutina — le contesté.

—Lo entiendo, a mí tampoco me gusta hacer lo mismo todos los días.

Cuando regresó con su bandeja, el tabernero se dirigió a mí con estas aladas palabras:

—La gente dice que has organizado los juegos fúnebres más importantes que se conocen desde la Edad de Oro. El Jeroglífico está loco de alegría, jamás había imaginado que pudiera ganar el pentatlón.

—El que la sigue, la consigue—respondí—, y empecé a empinar la redoma.

—¿Sabes que hizo una fiesta a la orilla del mar con todos los pescadores para celebrar la victoria?

—¿Qué dices? ¿No habrá estado bebiendo y bailando? Pensaba que El Jeroglífico no hacía otra cosa que trabajar, pensar y velar.

—Pues te equivocas, Fritz, no sabes la que armó. Invitó a la verbena al grupo de ninfas que participó en los juegos fúnebres —el mismo que solía venir antes a mi taberna—y estuvo danzando con ellas hasta la salida del sol. Las amigas de Afrodita, que repitieron la carrera sobre la espumeante arena, hicieron pasar una noche inolvidable a su cofradía. Al final, El Jeroglífico estaba tan beodo que tuvo que ser llevado a su casa por las jóvenes marinas.

—¿Y tú? ¿No te uniste a la danza dionisiaca?

—Hubiera dado la vida por ello, pero me dijeron que era una celebración privada.

—Bueno, me alegro de que ese fuera el colofón de los juegos fúnebres. Pase lo que pase, en esta vida ¡caro Antínoo! Lo más importante es terminar con belleza.

—No entiendo tus palabras, pero me gustan. ¿Puedo sentarme contigo y tomar un porroncillo de oinujo?

—Pues claro, trae una bandeja con seis. No sabes lo poco que duran los oinujos cuando se pasa la prueba de los dos primeros.

Cuando Antínoo regresó con las redomas, se acomodó en su taburete y, visiblemente animado, habló:

—¿Sabías que todo lo que toca Filemón se convierte en oro? Ese hombre tiene una visión extraordinaria para los negocios. Desde que vendió a los olímpicos por una fortuna, está convencido de que, si tiene éxito en el mercadeo y logra hacerse inmensamente rico, será sempiterno. Ese pensamiento también ha calado hondo en los árabes, que asimis-

mo creen que los tetradracmas son divinos y otorgan, a los que los poseen, el don de la inmortalidad.

—¡Qué cosas me cuentas, Antínoo!—dije—y me bebí, haciendo un par de pausas, el primer porroncito de cristal que coloqué cuidadosamente en el centro de la mesa del dios egipcio.

Después, cogí otro, lo observé en el aire, cual si fuera un pequeño pulpo transparente, y le pregunté:

—¿Y a qué actividad se consagra? ¿Ha hecho ya las paces con su esposa?

—Respecto a lo primero, te diré que ha contratado a un grupo de artesanos y se dedica a exportar al por mayor esculturas de dioses y de héroes. Está consiguiendo clientes de peso en todas las polis del mediterráneo. Le llegan pedidos hasta de Babilonia, Pérgamo, Byblos.

—Pero ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo esté abriendo y abarcando un mercado tan impresionante?

—Por lo visto, fingió un ataque de epilepsia y, cuando se recuperó, empezó a decir a todo el mundo que las Musas le habían inspirado y pedido que propague el arte de la Hélade hasta los confines de Asia y Libia. Esa leyenda la incluye en un papiro que acompaña a todas las obras. Además, marca las esculturas con títulos de artistas famosos que sólo existen en su imaginación. Los nombres que pone a sus copias se parecen tanto a los clásicos de la edad de oro —a veces sólo cambia un signo o una letra— que algunos están convencidos de que sus piezas proceden de Fidias, Mirón, Lisipo, Policleteo o Calamis.

—Me dejas de piedra, Antínoo. No pensaba que mi criado hubiera cogido con retraso la fiebre del Rey Midas. Si lo que me dices es cierto, tendrá que apartar una parte de sus ganancias para hacer realidad el sueño de Aristóteles. Cada vez

medito más en la idea de una Biblioteca Universal —con aulas como las de la Academia de Platón—en las que los maestros puedan educar en la virtud a los gobernantes de una nueva era.

—Ese Aristóteles no está bien de la cabeza, Fritz, es demasiado idealista—dijo Antínoo tras vaciar su tercer porroncillo de oinujo.

—No pongas mala cara a la utopía, Antínoo —le reproché—. Soñar es lo más bello que hace el hombre. Sin esa ilusión no sería posible ni el Partenón, ni la democracia, ni la libertad. Deja que los sabios abran con sus siete llaves las puertas del futuro. Su visión es necesaria para encender, si un día se apaga Grecia, la nueva antorcha de Apolo.

—¿Quieres más oinujo?

—Sí, trae más.

Cuando llegó con otros seis porroncillos, Antínoo prosiguió:

—¿Y qué te parece la aspiración de Aristóteles de que los helenos dejemos de ser griegos?

—¿Qué significa eso?—le pregunté.

—Al joven filósofo le encantaría que los griegos se casaran con mujeres bárbaras de todo el mundo para difundir, a través de los hijos de esas parejas, nuestro legado cultural. ¿No crees que es demasiado arrogante? Ese discípulo de Platón está convencido de que nuestra civilización es superior a todas, incluso a la egipcia. ¿Qué juicio te merecen sus ideas?

—Algo de lo que dice es cierto, pero no me atrevo a repetirlo en voz alta para que no monten en cólera los dioses extranjeros. Volviendo a Filemón ¿Y qué tipo de esculturas reproduce?

—De todo. Desde los olímpicos a los titanes pasando por los grandes poetas como Homero y Hesiodo. Su última obra, lista para embarcar un día de estos en El Pireo con destino a Egipto, es una copia perfecta de las cariátides, miden más de cuatro codos, igual que las originales⁷⁶.

—¡Ay, qué cosas tiene Filemón!—exclamé—. ¿Y cómo va su matrimonio? ¿Ha logrado acoplarse a Higia?

Mientras Antínoo preparaba su respuesta, volví a empujar un porroncillo, lo elevé un codo, lo incliné y me concentré para que el chorrito cayera en el centro de la lengua antes de pasar a la garganta y flamearme la campanilla.

—Bueno, como el dinero hace milagros, está muy animado. Realmente no para en casa, así que no tiene tiempo para discutir con Higia. Ahora, se da aires de gran comerciante. Todos los días recibe a uno o varios clientes. A veces se queda en el taller —que ha montado cerca de la entrada de la Acrópolis— para supervisar los trabajos de los artesanos. Sus empleados le han puesto el apodo de Midafestus, cual legítimo descendiente del Rey Midas y Hefesto.

Y así, hablando de cosas vanas e importantes, transcurrió la tarde sin que apenas nos diéramos cuenta de como los ígneos caballos de Apolo desaparecían en el horizonte. Antínoo se quedó profundamente dormido —debo reconocer que por mi culpa— cuando me alargué demasiado en una conversación acerca de cómo se hundió —según Platón en un sólo día— La Atlántida.

Tras llevar a Antínoo a una estancia contigua a su taberna, le dejé roncando sobre un lecho que utilizaba cuando pernoctaba en El Pireo. Luego desaté a Arión del poste al que había amarrado y le pedí que me llevara a casa por el camino más corto. Mi caballo, que sólo toleraba las bayas de mandrágora

⁷⁶ Se refiere al codo real que Grecia adoptó de Egipto. Un codo real equivalía a 0.56 cms. Las cariátides miden 2,3 metros de altura.

y sentía repulsión por el olor a las bebidas fuertes, me miró como si fuera un oinujocólico y, masticando sus pensamientos, me pareció que me decía: Estoy harto de tener un jinete como tú, véndeme a una yegua rica y joven y déjame en paz. Yo también, aunque no te des cuenta, aspiro a la felicidad de los patricios.

—¿Tú también sueñas con Deméter?—le pregunté dándole unas palmadas en el cuello que recibió con vigorosos relinchos como si hubiera leído sus cavilaciones.

En el camino me di cuenta de que el oinujo me había abierto los sentidos de la percepción y de que me impregnaba sin ningún esfuerzo de las cosas y el cromatismo que sólo los dioses y los héroes son capaces de gozar, incluyendo la gama ultravioleta. Podía experimentar la verdad de forma natural, más allá de las apariencias, salir de la caverna y dar color a las sombras. Lo mismo que un perfumista pela con sus manos una naranja y la abre para deleitarse con su textura y efluvios, mi mente desnudaba al mundo y descubría su realidad, su auténtica esencia. ¿Se estará dando cuenta Arión de las transformaciones que tienen lugar en mi interior y que dan alas a mi doble espíritu proteico y dionisiaco? ¿Qué importa! Si los hombres no me comprenden ¿Por qué iba a entenderme una bestia?

Sin intentar entablar ningún diálogo profundo con Arión, le dejé en el establo de Filemón y me fui a dar un paseo en solitario hasta la cumbre de la Acrópolis. La noche estaba estrellada y una luz lunar iluminaba las sagradas colinas de Atenas.

A ambos lados de la escalinata que asciende hasta el Partenón crepitaban lámparas de aceite, cuyas llamas danzaban como insinuantes figuras femeninas cada vez que una ligera brisa las acariciaba haciendo olas en sus caprichosas formas. Paseé pensativo por el recinto de la diosa virgen Atenea y entré en el Erecteion. Anduve unos pasos y me apoyé en el pór-

tico de las cariátides para contemplar desde lo alto la ciudad que tanto amaba. Cuando divisé el templo de los doce dioses en el ágora, que era la zona que tenía más luz junto a la Vía de las Panateneas, noté que desde alguna parte del techo caían gotas de sangre que se deslizaban sobre mi cabellera y mi frente. Alcé la vista y mi corazón se encogió como si hubiera visto a Hades vaciar con una cuchara el pecho de un recién nacido.

Las cariátides movían los ojos e intentaban hablar conmigo. Me acerqué a ellas y las palpé las piernas, la cintura y el torso para cerciorarme de que no estaba soñando. Su cuerpo, que en principio parecía de mármol pentélico⁷⁷, era igual que el nuestro. ¿Os lo podéis creer? ¡Increíble, podía tocar su carne y sentir su respiración!

Me fijé en sus cabezas y vi que todas tenían heridas ensangrentadas en la parte con la que sostienen —sin despertar la compasión de nadie— el entablamento del pórtico. ¡Otro canto a la esclavitud bañada de belleza! ¡Otro canto al castigo eterno con la hermosa poesía de la piedra tallada con la música de los dioses! ¡Otra advertencia contra los débiles! ¡Otra muestra del genio griego que transforma el dolor en cisnes de marfil!

También mostraban llagas en los pies y se notaba que más de una tenía algún hueso roto y estaba a punto de desplomarse provocando el hundimiento de parte del templo.

—¿Pero si siempre creí que erais de piedra?—las dije al tiempo que las limpiaba con un paño la sangre y el sudor.

—Todo el mundo piensa que estamos hechas de mármol blanco y que no sentimos nada, como si fuéramos dríades muertas, pero no es verdad: nuestra vida es un infierno, un sufrimiento continuo, insoportable, mucho peor que el de Atlas, pues él, al fin de cuentas, era hermano de Prometeo y fue

77 Procedente del monte Pentélico.

salvado por Heracles—dijo una de ellas con una lastimosa e inaudible voz.

—Tú eres el único que se ha dado cuenta de que estamos vivas—indicó otra que no sabía cómo darme las gracias por aliviar un poco la abrumadora carga de su esclavitud.

—Pero ¿Cuánto tiempo lleváis ahí? ¿Quién os convirtió en estatuas? ¿Qué ser maldito os esculpió bellas para que nadie se apiadara de vosotras?

—¡Ay, Fritz, es una historia muy larga que nos resulta penoso recordar! — señaló una tercera sin apenas abrir los labios.

Otra, que movió una pulgada el pie derecho para buscar un nuevo equilibrio, prosiguió:

—Los griegos, después de matar a todos los hombres de la ciudad de Caria por colaborar con los persas, esclavizaron a todas las mujeres. Eso se sabe en toda la Hélade, pero una parte de la realidad, que te voy a contar ahora, nunca se hizo pública: Después de esa tragedia, me encadenaron a mí y a mis cinco amigas, que éramos las esclavas más hermosas de Lacedemonia, y nos trajeron amarradas con cuerdas hasta la Acrópolis de Atenas. Íbamos descalzas y llegamos aquí con los pies en carne viva.

Cuando pronunció esas palabras, empezó a llorar, y otra cariátide continuó con el relato:

—Después, un dios o una diosa, que llevaba la cabeza vuelta al revés, nos obligó a mirar a la Gorgona que portaba en su escudo y nos convirtió en piedra. Luego nos colocaron como pilastras del pórtico del Erecteion y desde entonces todo el mundo admira nuestra belleza, lo que es el mayor castigo —la muerte a su lado es algo nimio—que puede padecer una esclava como nosotras.

—¡Oh, amadas cariátides! ¡Vuestros días de sufrimiento y esclavitud llegaron a su fin! ¡Esperad un poco más y seréis libres—las dije despertando el asombro en sus rojos ojos que no dejaban de gotear sangre.

Nada más pronunciar esas palabras, me fui corriendo hasta el taller de Filemón, que estaba sólo a unos pocos estadios de la entrada principal del Partenón, y llevé una a una sobre mis hombros, hasta el pórtico del Erectio, las seis copias de las cariátides que mi hijo adoptivo tenía previsto vender a sus clientes.

Mientras la primera sacaba su cabeza del entablamento y posaba sus delicados pies en el suelo, yo ponían en su lugar la réplica de Filemón. Y así hice sucesivamente con las cinco restantes hasta que las esclavas quedaron libres y las esculturas de mi criado adornaron, esta vez con un secreto robado, aquel templo dedicado a Atenea, Poseidón y Erecteo.

Y, como El Jeroglífico me había enseñado a amar a los demás, las limpié a todas la cara y los pies en la fuente que hay cerca de la explanada del Partenón y pude comprobar, ensimismado, como cada vez que daban un paso recuperaban el tiempo perdido y volvían a ser las mismas muchachas que nacieron inmaculadas.

Descendimos juntos por la Acrópolis y como parecían mujeres normales—tal vez hetairas de un encanto sobrenatural—pudimos atravesar la ciudad tranquilamente, ya que en ese momento, además, las calles estaban desiertas.

Las acompañé hasta la mansión de Clítia—que había recibido en herencia—y, después de mostrarlas sus habitaciones y otras maravillas de aquel lugar, las rogué que descansaran hasta que sus heridas sanaran.

Sé que tardarán mucho tiempo, tal vez siglos, en olvidar que fueron esclavas y que por un milagro no murieron aplastadas bajo la moldeable piedra que, en manos de un Fidias, convierte a los hombres y mujeres en dioses o diosas, y en garras de un

canalla, se transforma en un arma letal para lapidar a los cisnes de blancos senos y traslúcidas frentes.

Yo Fritz, como soy inmortal y estoy más allá del pasado, del presente y del futuro, no tengo necesidad de componer un canto homérico sobre el rescate de las cariátides, pues me pareció, simplemente, que era mi obligación moral. Además, una de mis cualidades innatas es la humildad, lo que practico todos los días cuando medito acerca de Sócrates y veo como pasan por esta fugaz existencia hombres y mujeres que, cuando están a punto de conocerse a si mismos, expiran sin dejar huella alguna.

Pero sí quiero decir algo sobre Ares, sobre las falanges de Fobos y Deimos, ya que, aunque parezca extraño, hay seres despreciables que utilizan el horror y el miedo, directa o indirectamente, para que se cumpla los que ellos llaman la ley natural. Voy a verter unos versos para que, por lo menos, los eternos perdedores puedan expresar su dolor:

La guerra
Que es penosa
Para todas las mujeres
Se convierte en épica
Orgía de sangre
Para los altivos hombres
Que nacieron
En cunas malditas
De padres podridos



VI

Lais, que se encuentra muy afectada desde la muerte de Clítia, ha abierto una escuela de hetairas como un desafío a la polis. Ha empezado con muchachas muy jóvenes que, además de ser bellas, se sienten atraídas por las Musas y por la sabiduría que mana del ágora. El mismo Platón está entusiasmado con la idea y se ha comprometido a enseñar poesía y filosofía a las hijas de Afrodita. Yo he contribuido a mejorar su biblioteca con cientos de papiros que he ido adquiriendo a la largo de mis viajes. Lais quiere que las dé alguna clase sobre geografía y literatura egipcia, lo que he rechazado con amabilidad pues estoy escarmentado de la época en la que fui profesor de griego. Además, prefiero permanecer alejado de las mujeres pues, cada vez que pienso que tuve relaciones sexuales nada más nacer, me entran escalofríos. El sentido común aconseja esperar hasta los quince o dieciséis años, etapa del desarrollo humano en la que el cuerpo empieza a sentirse incompleto y busca la unidad a través del otro. Sé que Lais no sólo quiere hacer un homenaje a Clítia, sino también sacar a las doncellas de la tutela de sus padres, evitar el tratado comercial del matrimonio e impedir que consuman su vida y su inteligencia enterradas entre cuatro paredes. En Grecia todo parece hermoso y a veces da la impresión de que dioses y diosas se han reencarnado en hombres y mujeres, como Aspasia o Fidias, para que brille en su esplendor la luz de esta civilización. Eso no quiere decir que no exista la fealdad, lo monstruoso o la mezquindad. Los griegos —por

una cuestión de estética—permiten que hasta Tersites lleve la resplandeciente coraza de un héroe épico. La adversidad y la ciega injusticia son ridiculizadas en la comedia o sobredimensionadas en la tragedia para exorcizar a los demonios de la polis.

A pesar de los defectos que encuentro en Atenas, veo un esfuerzo colectivo por explicar —a través de la razón—lo que somos y lo que debemos hacer. En ese sentido nos separa un abismo de Egipto y de los pueblos de Asia, que han abandonado la búsqueda profunda en la raíz del ser: “Gnoqi Seayton”, y se deleitan en una boba contemplación de las estrellas que, según ellos, sostienen con sus hilos de plata las ciudades de la eternidad. ¡Puede haber ingenuidad más grande en esta tierra! ¡Claro que los dioses existen! Pero viven muy bien sin los hombres, a los que odian cuando cometen errores o intentan pensar por si mismos.

Al tiempo que meditaba, limpiaba con un paño la escultura de Afrodita, lo que solía hacer por las mañanas para relajar la mente. Ese día, primero llamó a la puerta Lais. Después, al atardecer, vino a visitarme el venerable anciano que se cruzaba en mi vida en momentos límite, cual si fuera una señal del mismo Zeus.

—¡Cara, Lais! — le dije—. Estás radiante. ¿Qué te trae por aquí? ¿Acaso los dioses han intentado raptarte para embellecer el Jardín de las Hespérides?

—Dirás a las doncellas de la escuela — me replicó.—Cada vez son menos las personas que se detienen para hablar conmigo.

—Exageras, Lais. Tanto Platón como Aristóteles no hacen más que elogios de ti. El otro día el maestro dijo que para él tú eras una gran fuente de inspiración.

—Perdono lo que me dices porque sé que eres un amigo de corazón noble. ¡Oye, Fritz! ¿Te gustaría venir un día de estos a la escuela?

—¿Quieres enseñarme algo especial? ¿Tienes para mí alguna sorpresa? O simplemente tratas de convencerme de que acepte a tus hetairas como alumnas.

—Nada de eso —contestó—. Resulta que el gran artista Mentor quiere esculpir una composición sobre las seis ninfas y, como éstas tienen muy poca experiencia, me gustaría que las aconsejases cómo sacar fuera lo mejor de sí mismas y reflejarlo en gestos y posturas que cuando encarnan la máxima manifestación de la belleza transmiten un inefable deleite espiritual.

—¿Quieres que las enseñe a posar? Te agradezco que valores mi juicio, pero creo que no estoy capacitado para ejercer de maestro en el divino arte de regar la piel de la desnudez.

—Te equivocas, Fritz. Tu extrema sensibilidad, tu tacto y la adoración que tienes por las divinas formas te colocan, por lo menos, a la misma altura que Paris. Además, he podido comprobar que las jóvenes sienten una gran curiosidad por ti y, el sólo hecho de estar a tu lado, las anima.

—Bueno, Lais, intentaré complacerte, pero no esperes ningún milagro de mí. Una cosa: habla con ellas de una en una. Y díles que se desnuden cuando nadie las vea y que actúen con total libertad. Que se imaginen, por ejemplo, que están solas en un paraíso y que su cuerpo es acariciado suavemente por la cálida brisa del dulce céfiro. O, si quieres, que representen escenas y hagan como si cogieran manzanas de un árbol del que mana la belleza. O que se agachen lentamente para tomar del suelo una corona de laurel y la pongan sobre la frente de Apolo. Dales ideas de ese tipo para que, conociendo el lado divino de sus cuerpos, vayan adquiriendo la confianza de que son dignas de prestar sus encantos a las olímpicas.

—Oh, Fritz ¡Cómo hablas! Con lo que me has dicho, empezaré hoy unas nuevas clases de expresión corporal. He en-

tendido tu mensaje: que actúen para los dioses sin sufrir la presión de la mirada de los hombres.

—Más o menos —Lais—. ¿Y cuándo quieres que vaya a la escuela?

—Mañana ¿Te parece bien? Al día siguiente viene Mentor y quiere empezar a trabajar enseguida.

—De acuerdo. Intentaré no decepcionarte y enseñar a tus alumnas mis humildes conocimientos acerca de la belleza detenida en movimiento.

—No sabes lo feliz que me haces, Fritz.

—Lais, cuando termine de hacer mi tabla de ejercicios y de dar mi habitual paseo por el ágora, me pasaré por la escuela.

—Te esperamos con los brazos abiertos—dijo—, y tras abrazarme y besarme con ternura, se marchó como si fuera una adolescente.

Luego, proseguí limpiando a los otros olímpicos y vacié la copa de vino que tenía colocada en el altar de Dionisio. La volví a llenar y me fui a la biblioteca a recitar en voz alta una composición de Hesiodo. Debí concentrarme muchísimo, pues de forma natural las palabras se desnudaban ante mi y, al igual que el agua de un manantial cae en un cántaro produciendo una música celestial, los versos que salían de mis labios elevaban mi alma y sentía cómo mi corazón se dilataba con la inspiración de los aedos:

Muestra aprecio al que te aprecia y acércate a quien se acerque a ti;

Da a quien te dé y no des a quien no te dé;

Cualquiera da al dadivoso pero nadie regala nada al hurano;

La dádiva es provechosa, pero la rapiña es malvada, dispensadora de muerte.

Cuando leía estas enseñanzas del divino Hesiodo, el venerable anciano golpeó con sus débiles nudillos la puerta de mi casa y habló:

—¡Oh, Fritz, protegido de Afrodita! Abre a este hombre que no puede permanecer de pie mucho tiempo a pesar de que va con el bastón a todas partes.

Enseguida le pedí que entrara y se pusiera cómodo en el mejor triclinio de la sala. Y, contemplando su noble porte, le ofrecí una copa de vino y una bandeja que se abría en refrescantes racimos de uvas.

—Te he traído un regalo—me dijo mostrando una pequeña cesta de mimbre, e hizo un esfuerzo para levantarse y acercarse a mí.

—No es necesario que te yergas ¡honorable arconte!—respondí—, y acepté el presente que con tanta devoción quería poner en mis manos.

Abrí la cesta y, tras levantar un paño de cuadros rojos y blancos, me encontré con una docena de huevos, morenos, grandes y brillantes.

—A qué se debe este honor....

—Laertes, me llamo Laertes.

—Cómo el padre de Odiseo ¿No?

—Estás en lo cierto, así se llamaba el padre del rey de Ítaca.

Tras observarme con cautela, continuó:

—No creas que son huevos normales, son de las mejores gallinas de la tierra. Una mezcla de especies de Persia y Egipto. Si los frías con aceite de oliva y los mojas con pan recién

hecho, podrás saborear uno de los manjares más exquisitos del mundo. ¡Ah, se me olvidada! Hay que acompañarlos con una buena copa de vino.

—Muchísimas gracias, Laertes. Es para mí un privilegio recibir un regalo de un hombre tan íntegro, de un verdadero defensor de la justicia. Creo que no lo merezco, pero de todas formas me siento halagado con tu visita y tu inapreciable generosidad.

—Lo siento, Fritz —dijo—. No pude hacer nada por salvarla. Sabía lo que significaba para ti. Si hubiera tenido la fuerza que me acompañaba en la juventud, lo hubiera estrangulado con mis propias manos.

—¡Cálmate, Laertes! Ya todo pasó. No me traigas tristes recuerdos que aflijan mi corazón y me recuerden a la parca que acabó con la fugaz existencia de un ser tan maravilloso.

—Perdona mi torpeza. Con los años estoy perdiendo sensibilidad. Como el sufrimiento es el reverso de la vejez, cuando expreso el dolor que produce la vida, no hago más que aliviar la agonía de mi alma cansada. Ahora mis palabras son gorriones de alas quebradas que arrastran su vuelo a ras de un pedregoso suelo.

—¡Amigo Laertes! La nobleza es lo único que veo en tu elevada frente. Tu espíritu ha dibujado en tu rostro la inmortalidad de los héroes que vivieron en la virtud. Estáte orgulloso de ello. En Atenas muchos jóvenes dicen que quieren ser como tú. ¿Vives con tus hijos? ¿Tienes nietos?

—Tengo mucha descendencia, pero casi nadie de mi familia vive en Atenas. Mi hija favorita, Eurídice, se ha casado con Amintas de Macedonia ¿Has oído hablar de él? Han tenido un hijo precioso y muy inteligente: se llama Filipo. Epaminondas está encantado con mi nieto y le está dando una regia educación en su palacio de Tebas.

—Mis conocimientos de política son muy escasos ¡óptimo Laertes! Sólo sé que Epaminondas es uno de los gobernantes más respetados de toda la Hélade.

Hice una pausa para servirme una copa de vino y continué:

—Y tú esposa ¿Vive todavía?

—Sí, claro. Ella es la razón de mi existencia. Es amable y comprensiva. Se llama Penélope y ha alcanzado la paz y serenidad de las mujeres sabias. Ya no dormimos juntos porque a nuestra edad los cuerpos se avergüenzan de sus arrugas y, porque la llama que encendía nuestra pasión, convirtió en cenizas las colinas del amanecer. Ven un día a mi casa. Quiero que la conozcas. Está muy interesada por Egipto. Siempre me dice que su sueño es que muramos juntos, el mismo día, en el mismo instante.

—Entiendo muy bien a Penélope. Me parece un horror alargar la vida cuando todo lo que amas ha muerto. ¡Pero Laertes! ¡Aleja de tu mente esos funestos presagios! Hay que ver la otra cara de la moneda ¿No has comprobado que la sabiduría y la longevidad son dos amantes que convergen en las cumbres de las montañas donde descansan los inmortales que han descubierto el camino de la felicidad?

—¡Ay, Fritz! ¿Sabes por qué bebemos vino?

—Me imagino que para alegrarnos. Para celebrar los momentos de júbilo. Para seducir a nuestra amada.

—Bebemos vino porque el vino nos transforma en gigantes. Porque es un sustituto de la sangre. Porque muchas veces—cuando hemos sido cobardes y no nos hemos enfrentado a nuestro enemigo—engañamos a nuestra mente con los pellejos de Dionisio y con la danza maldita que nos convierte en cabras del aquelarre. Los héroes y los dioses no beben vino, beben sangre.

—¿Pero qué dices, Laertes? ¿Cómo es posible que un hombre como tú guarde en su interior tanto rencor y odio? ¿Acaso no se ha calmado en ti la tempestad que arrastra a la locura a los jóvenes y hace que muchas doncellas confundan a un asno con Adonis?

—No, Fritz. No es la cólera la que agita mi fatigado corazón. Es la decepción que producen los amigos del banquete, la caída en picado de los ideales que volaron tan alto, el desánimo de las palabras sagradas, las falsas promesas de los labios virginales, las ilusiones rotas que me hicieron derramar tantas lágrimas. El engaño con trucos de magia. Los actores poniéndose las máscaras de los olímpicos. Circe y su belleza. Todo se hunde y nadie repara en las grietas del alma de Atenas que, para mí, es la única Atlántida que yace en el abisal océano prometeico.

—No seas tan pesimista, Laertes. La esperanza es más fuerte que la decepción y regresará, como lluvia que refresca los desiertos, con la luz de Apolo. Aunque Geras y Thanatos hayan colocado sus copas al borde del pozo del reloj de arena, nunca es tarde para invocar a Atenea quien es infinitamente generosa con los que se esfuerzan en mantener encendida la llama del camino que lleva al conocimiento supremo.

—¡Ay, Fritz! Desconoces el dolor que produce la constante compañía de Geras. Tú aún eres muy joven y ves el mundo del color que más te gusta después de embriagarte con el néctar de Hebe.⁷⁸ ¿Debemos tender nuestra mano a Ponos⁷⁹ cuando ya hemos cumplido nuestra misión en la vida?

—Hombres como tú abundan en tesoros que aportar al mundo, tienes la obligación de seguir viviendo porque eres un modelo de rectitud para los ciudadanos de la polis. Tu conducta es y ha sido ejemplar. Olvídate de ti mismo y piensa

78 Diosa que personifica la juventud.

79 Ponos: Daimón que representa el esfuerzo y el duro trabajo.

en los demás. Las ideas elevadas —y tú que las desprendes a torrentes—son como antorchas que ahuyentan a las hienas que disputan a las ratas un hueco en los mercados.

—Caro amigo, aunque sobrestimas mi legado y soy consciente de ello, ahora me siento mucho mejor. De repente me han entrado unas ganas enormes de trabajar. ¡Claro que hay que luchar! Tengo que hacer todo lo que esté a mi alcance para mejorar las condiciones de vida de la polis. Los jóvenes sólo piensan en divertirse y en engañar a sus padres. ¿Qué sería de nuestra civilización sin los ancianos que crecieron en el ágora?

—Laertes, pronto iré a verte a tu casa. Dile a tu mujer que voy a narrarla las maravillas que he visto en Egipto y que va a escuchar cosas que jamás ha oído.

En ese momento el arconte se levantó con dificultad y yo, ofreciéndole mi hombro, le acompañé hasta la puerta.

—Gracias por la visita y por los huevos. Ven a verme cuando quieras.

—Nunca es tarde para hacer amigos ¿Verdad, Fritz?

—Nunca Laertes, nunca —le contesté.

Cuando desapareció en la curva de la bajada de la Acrópolis seguí con las tareas domésticas y comencé a dar brillo a la escultura de Afrodita. Al principio traté a la diosa como si no fuera de mármol pero al ver que ni se inmutaba cuando me puse a frotar sus senos con tanta pasión como si hubiera roto un largo voto de abstinencia, me enfadé con ella y la dije:

¡Oh, amada mía! ¿Por qué no me hablas cuando me rindo a tus pies como si fuera tu esclavo? ¿Acaso te encuentras ocupada curando las heridas de Ares que salió casi lisiado después de la enorme paliza que le dio tu marido? ¿No te das cuenta ¡oh diosa frívola! que das mal ejemplo al mundo persiguiendo, como una hembra en celo, a ese fantoche que se

crece ante los débiles? Déjale y ven a mis brazos. Si tuvieras la inteligencia de Atenea, comprenderías que sólo yo puedo hacerte feliz.

Nada, mis palabras no surtían ningún efecto en la Celeste que, a pesar de todo, parecía música congelada en la belleza. La miré y sus ojos estaban ausentes. Tal vez ya no me quería o me había olvidado. ¿Estaría condenado, tras nacer por error, a la salvaje soledad de los espíritus rebeldes? ¡Afrodita, despierta! —grité—¿Por qué me has abandonado después de conquistar mi corazón? Si no reaccionas a tiempo, acabaré dándote la espalda. Así que regresa lo antes posible porque si no terminaré bebiendo —en contra de mi voluntad—de la copa del Leteo.

Tras sacar fuera la angustia que me oprimía el pecho, me sentí generoso y la perdoné. Ya más animado, la besé en los labios y, dejándome llevar por mi instinto de supervivencia, fui en busca de Arión —que había aprendido a leer mis pensamientos más ocultos—y galopamos, cual centauro, hasta la mansión de Clítia.

Entré con el caballo en el patio y dejé a la bestia caminar a sus anchas. En los bordes de las escaleras que conducían a la planta alta, había velas encendidas y rosas rojas que aún retenían la fragancia de las cariátides. Aspiré el perfume del lugar y pronto comprendí que acababan de marcharse. Si hubiera llegado un poco antes y no hubiera perdido el tiempo con Afrodita, ahora estaría disfrutando de la compañía de mis amigas. Con ese pensamiento seguí el camino que marcaban las flores y las llamas y pronto mi nariz me llevó a la biblioteca, estancia que Clítia consideraba sagrada.

En las estanterías había cientos de pergaminos y documentos. Me detuve en una esquina en la que mi amada solía escribir poemas y mi mirada se clavó en un rollo atado con una cinta color sangre. Su título era: cosas que nunca deberá leer Fritz. Como es natural, esa prohibición me animó y me

acomodé en un triclinio que estaba junto a uno de los muros del toro blanco y Europa.

Pronto me dí cuenta de que era un diario de Clítia. En él describía como un milagro su encuentro con Zeus y las ardientes noches que pasamos en el tálamo. Me idealizaba y decía que era como un hermano gemelo de Apolo. Sentí vergüenza por la comparación pero comprendí que debía de estar ciega cuando me conoció en la tienda del vendedor de quitones. En un párrafo subrayaba, con delicada pluma y poesía, que había decidido ser la esclava de un héroe, de un sabio que desprecia las cosas que enloquecen a los mortales. Decía que tenía una mente privilegiada que siempre sabía entablar conversaciones profundas y amenas. También detallaba los múltiples orgasmos que habíamos tenido y lo feliz que había sido en mis brazos.

Cuando estaba volando entre las nubes leí, en la tercera y última parte del texto, que su pasión por mí —una vez pasada la primera etapa en la que todo era nuevo y fresco para ella— estaba desapareciendo y que empezaba a verme como si fuera un hermano o un amigo íntimo con el que convenía marcar distancias.

En un pasaje marqué:

Le quiero, pero de una forma completamente distinta al principio. Hay días en los que no siento nada a su lado y trato de evitar sus besos. No sé cómo decirle que debemos separarnos. No me gustaría herirle ni destruir su auto estima. A pesar de todo, debo ser sincera con él. Si fuera más fuerte y él ya no me quisiera, le diría: Fritz, necesito tocar otra piel y mirar otros ojos. Perdóname, pero la rutina y la inercia no están hechas para mí. Si quieres, puedes permanecer a mi lado pero sin interponerte en mi camino. Deseo ser libre. Mi corazón me pide a gritos —repetía— tocar otra piel, mirar otros ojos, beber de otros labios. El amor no es más que una herida de la juventud. Cuando termina la pasión es mejor afrontar la

realidad e iniciar una nueva vida. ¿Entenderá Fritz mis razonamientos o los rechazará como un hombre vulgar? No, no es posible, mi amante es como yo, los dos tenemos la misma sangre. Tal vez, él también, anhele acariciar otra piel, mirar otros ojos, gozar de otros labios. Descubrir nuevos mundos en la mujer y no vivir atado con cadenas invisibles. Mañana decidiré si rompo o no este escrito, no me gustaría nada que cayera en manos de Fritz. Aprovecharé la tertulia de Platón para decirle, al término de la misma, que a veces me falta oxígeno a su lado y que necesito libertad para realizarme. Tal vez en un futuro podremos reanudar nuestra relación pero por ahora es imposible. Tengo que decírselo cara a cara, claro con palabras suaves y caricias. ¡Ojalá que sea el hombre que pienso y no albergue ningún odio hacia mí después de abrirle mi corazón!

Tocar otra piel, mirar otros ojos, descubrir otro mundo. ¡Ay, Clítia, me conmueve tu sinceridad! ¡Claro que yo también experimentaba lo mismo! pero me faltaba valor para decírtelo. Pensaba que estabas tan enamorada de mí, que podría causarte un gran trauma si te decía en mi lenguaje las dolorosas palabras que acababas de escribir.

Descendí las escaleras sintiendo un gran vacío en mi interior y, como no sabía que hacer con mis manos, me abracé al cuello de Arión. Éste empezó a piafar y, mirándome fijamente a lo ojos, me hizo un gesto para que me subiera encima de él. La bestia abrió sus alas y, tras sobrevolar el ágora, se detuvo en el tejado de la Casa Azul.



A la mañana siguiente fui a la escuela de Lais quien me presentó a las seis vírgenes que lucían túnicas blancas que las llegaban hasta los tobillos, la parte más frágil del ser humano si se mira desde el lado poético y de las fieras que cazan de noche en la selva donde nacimos. Todas tenían una cara

radiante y una mirada tan limpia que, de no ser por los sicalípticos movimientos de sus labios, serían esculturas de música y pureza.

Las ninfas, que sabían que iba a examinar minuciosamente su desnudez, clavaban inquietas sus ojos en los míos para averiguar si era un sátiro o un enviado de los dioses. Para quitar importancia a lo que iba a hacer, las narré el juicio de Paris y, aunque el rubor encendió sus mejillas, se mostraron valientes y con ganas de desprenderse de su atavío para emular — con la altivez de la juventud— las hazañas de Hera, Afrodita y Atenea.

Las doncellas frisaban los dieciséis años y jamás habían sido tocadas por un hombre, lo que las hacía más peligrosas y vulnerables, ya que la mayoría de los seres humanos enloquece cuando prueba la fruta prohibida y es tan capaz de entregarse sin límites al otro como de matar por un malentendido.

—¿Y por qué ganó Afrodita el concurso de belleza? — me preguntó una de ellas.

—Triunfó porque Paris era aún muy joven e idealista y prefería —antes que el poder, la gloria y el dinero— tener en sus brazos a la mujer más hermosa de la Hélade.

—¿Crees que su juicio fue acertado? Inquirió la preciosa ninfa.

—Claro que sí —respondí sin vacilar—. Yo también hubiera hecho lo mismo.

Al cabo de un rato pasamos a una estancia luminosa en cuyas paredes había representaciones de plantas y de Filo-medea saliendo, en todo su esplendor, de la espuma del mar.

La selección de discípulas que había hecho Lais me sorprendió profundamente. Así se llamaban y así eran esas criaturas:

Altea era pelirroja y, aunque parecía tímida, se notaba que en su interior habitaba un espíritu rebelde que buscaba el camino para abrir la piel de su nívea espalda y sacar blancas alas, así hace Iris, para volar sin trabas hacia el mundo ideal que algunos identifican con el paraíso perdido.

Dánae manaba ternura y lucidez. Su dorada, larga y espesa cabellera caía caprichosamente sobre sus hombros creando un torrente de sensualidad. Su mirada azul, mezcla de cielo y mar, elevaba a quien la contemplaba.

Ofelia tenía el aspecto de una cariátide. Su guedeja de color castaño claro, al igual que sus ojos, se desparramaba en racimos de bucles sobre los puntos más sensibles de su cuello y busto. Tenía los pezones en erección y no se había dado cuenta de que ambos avanzaban provocativamente bajo la liviana tela de su quitón.

Ariadna poseía unos labios tan rojos e inflamados que —aunque ella no era del todo consciente—pedían a gritos un beso apasionado y una dulce embestida en el monte de Afrodita. Las rabiosas ondulaciones de su pelo se entrelazaban en su minoica cintura con una gracia exquisita. Sus ojos color de miel te llevaban a un bosque de frondosa vegetación y cristalinos riachuelos.

Eunice era la personificación del encanto, la virginidad, el fuego que quema el corazón. Tenía unos ojos verdes, grandes y rasgados que la daban un toque oriental. Su azulada cabellera, que parecía despeinada, se asemejaba a las vedejas de las amazonas, hijas del viento y de la luz. Sin duda recibiría una rosada bienvenida en el Olimpo.

Y la sexta, Iris, era la representación del pudor y la inocencia, cualidades que aprecia, por encima de todo, el mismo Zeus, quien no tiene el menor reparo de bajar a la tierra para tomar lo que considera suyo. Sus ojos grises y su cabellera casi albina suponían un desafío a la belleza de las olímpicas.

Pronto Lais hizo una señal y las ninfas empezaron, unas con naturalidad, otras con timidez, a desprenderse de sus blancos kalasiris. Algunas clavaron su mirada en los pies y permanecieron inmóviles, bloqueadas, sin saber qué hacer con sus cuerpos.

Ofelia, que era la más procaz de todas, fue la primera que se soltó la cinta de la túnica. También se adelantó en despojarse del ceñidor que guardan como un tesoro las adoratrices de Filomedeia. Sus ojos observaron con viva curiosidad a sus hermanas mientras realizaban el sagrado ritual. Jugaba con su cabello y lo dejaba caer, cual hilos de cálida lluvia, sobre sus tersos y elevados senos. Me miró varias veces buscando mi aprobación, pero yo no quise concentrarme en ella para no mostrar ninguna preferencia, y contemplé en su conjunto el cuadro que formaban. Sin pestañear, las dije:

—Ahora moveos despacio e intentad expresar con gestos y posturas, poco a poco, lentamente, vuestro universo interior. El alma que vive oculta en vuestro santuario debe revelarse liberada y fluir acariciando vuestra envoltura.

Y, como mi éter se detuvo en su belleza, dádiva que Platón identifica con la bondad y la justicia, no se vieron desnudas. Noté que se sentían seguras y protegidas a mi lado — lo que no me extrañó teniendo a Lais de maestra—y empecé a darlas instrucciones para que se manifestasen, sin miedo, ante la luz de Apolo.

Apoyé el puño en la mandíbula, lancé una ojeada periférica y dije estas aladas palabras:

—¡Altea! da un paso hacia delante y gira pausadamente alrededor de ti misma. Imagínate que estás en el Jardín de las Hespérides y vas a entregar a tu amado, con la pasión del primer beso, la manzana de la inmortalidad.

—¡Iris! pon una mano sobre el hombro de Eunice y habla con ella con el pensamiento, sin pronunciar una sola sílaba.

Cuéntale en silencio tus secretos y no la mientas. Figúrate que ante ti se abren las puertas de la belleza y que caminas por el florido sendero de las diosas.

—¡Ariadna! Imita a Atenea y escenifica el combate contra Poseidón. Luego adopta la postura del vencedor, con la barbilla levantada. Cuando te canses, relájate y reproduce los gestos de la deidad cuando plantaba el olivo en el Partenón.

—¡Ofelia! intenta meterte en la piel de Helena y piensa que está a punto de raptarte Teseo. No olvides que ahora eres la hija de Zeus y Leda. Muéstrate fuerte como una titánide pero suave como un cisne. Que esa doble personalidad se refleje dentro y fuera de ti.

—Y tú, Dánae, proyecta que alguien te ha humillado y estás enfurecida. Levanta la mano derecha, arroja fuego por los ojos y da una orden para que comience la guerra contra el enemigo que te impide crecer.

Luego hicimos una representación teatral en la que las pedí que movieran sus cuerpos muy lenta y sincronizadamente y se detuvieran, cual estatuas, en la posición que más cómoda les resultase. Y así, gracias a mi poder de seducción, logré que mostraran secuencialmente su alma y que ellas mismas abrieran, con la llave de la vida, las puertas de la mente y de la percepción.

Al final las mandé que crearan varias escenas en grupo y encarnaron, entre otras cosas, a las seis olímpicas, unas sentadas, otras de pie, en el momento en el que tomaron conciencia de su virginidad. Y, así, como regalo a mi sentido de la estética y la belleza, pude ver como las ninfas tomaban la forma de Hera, Afrodita, Atenea, Artemisa, Hestia y Deméter.

Más tarde las pedí que se vistieran, también despacio, y comprendí que las había encantado, aunque fuera sólo por un instante, olvidar su origen y transformarse en divinidades que están más allá del bien y del mal.

Antes de despedirnos, estuve a punto de desnudarme para demostrarlas las posturas que se puede hacer con un cuerpo atlético y entrenado, pero Lais me rogó que no lo hiciera porque podía producir en ellas un terremoto.

—Fritz, deberías de seguir enseñando a mis discípulas. ¿Cuándo puedes volver?—me preguntó.

—Vendré pronto, ya te diré el día—respondí.

Cuando sus alumnas me pidieron que regresase mañana, las miré como si fueran la familia que nunca tuve y me dirigí a ellas con estas palabras:

—Quiero que la casa de Clítia vuelva a llenarse de vida. A partir de ahora cedo a Lais esa mansión para que abra en ese lugar la nueva escuela de hetairas ya que estoy convencido de que allí encontraréis la alta inspiración de las Musas. Como condición para que os siga dando clases, os encomiendo que leáis los pergaminos de su biblioteca, pues la belleza, si no va acompañada de la música, poesía y el estudio, acaba cansando a los hombres y las mujeres que, a través del esfuerzo, llegaron al Olimpo y tomaron el néctar de la inmortalidad.

—Mil gracias, Fritz—contestó Lais—. Siempre pensé que la casa de Clítia era el lugar ideal para entrenar a las hetairas y para seguir, si es posible con tu apoyo, con las tertulias de Platón y sus discípulos.

—Lais, tus razonamientos me conmueven. Mi amada se sentirá feliz al conocer el uso que vamos a dar a la antigua mansión de Aspasia.

—Ahora —dijo Lais dirigiéndose a las ninfas—, dad un beso a Fritz para que, tras probar vuestro néctar, se sienta capaz de conseguir lo imposible y no olvide la promesa de ser vuestro instructor en el arte del amor.

Y así, conocí los besos de Dánae, Eunice, Ariadna, Iris, Altea y Ofelia. Difícil sería describir a qué sabía la fruta de sus

labios, pero su sabor perduró mucho tiempo en mi memoria. Y de nuevo ¡queridos mortales e inmortales! me urgió la necesidad de abrazar a Afrodita y dar vacaciones a mi mente en las viñas de Dionisio.



A la mañana siguiente decidí hacer una visita sorpresa a Laertes. Preparé un odre con el mejor vino de mi bodega y un pergamino en el que se narraba la historia del Campesino Elocuente⁸⁰ y que pensaba regalar a su mujer Penélope. Cuando subí al caballo, éste se enojó, al pensar que me había levantado con la determinación de emborracharme para huir de la realidad, y giró el cuello para dar un mordisco y rasgar el pellejo de cuero de cabra.

Le hice un gesto para que comprendiera que estaba equivocado y, cuando se tranquilizó, le convencí para que fuéramos a trote lento hasta la casa del venerable arconte. El cielo estaba azul y la primavera había teñido de colores los bordes de los caminos y las fachadas de las viviendas, en cuyos balcones se trenzaban todo tipo de plantas y flores.

Algunas personas entraban o salían de los baños públicos, otras hacían sus ejercicios matutinos, incluyendo luchas cuerpo a cuerpo o con espadas, y los ociosos esperaban, sin ninguna prisa, su turno en las peluquerías para ponerse al tanto de los rumores que corrían por la polis o simplemente para teñirse o rizarse el cabello.

Pronto llegamos a la morada de Laertes y, tras pedirle a Arión que me esperase fuera, di unos golpecitos en la puerta, que estaba semiabierta. Aunque insistí varias veces y llamé a mi amigo por su nombre elevando un poco la voz, ningún alma dio señales de vida en la casa, que parecía estar deshabitada.

80 Cuento que se narra en el segundo libro: El robot que amaba a Platón (Egipto).

Cuando se agotó mi paciencia, entré para ver lo que ocurría, pues no era normal que tampoco estuviese Penélope, ya que todas las mañanas, a esa misma hora, salía a la calle para comprar la leche que vendía un muchacho que recorría con su jumenta este barrio de Atenas.

Escudriñé a diestro y siniestro todas las habitaciones de la vivienda pronunciando alternativamente los nombres de Penélope y Laertes, pero sólo hallé silencio. Pronto me dí cuenta de que algo raro estaba pasando ¿Habrán hecho algún viaje? me pregunté. ¡Qué extraño! En ese caso me hubiera avisado.

Entré por enésima vez en la sala principal y guiado por el instinto me detuve frente a una mesa de nogal donde había un papiro atado con un cordel dorado y a su lado una pequeña nota que decía: para Fritz.

En ese instante el corazón se me disparó y sentí una especie de vértigo. La carta de Laertes, decía así:

¡Caro, Fritz! Me imagino que en estos momentos estás en mi hogar y lo has encontrado totalmente vacío. Es normal, he concedido la libertad a los esclavos y les he pedido que regresen a sus démos⁸¹. A todos les he dado el suficiente dinero para que no pasen penurias el resto de sus vidas. La velada de ayer fue inolvidable. No sabes la energía que me dio el conversar contigo. Sin duda eres un buen discípulo de Platón. Sigue por ese camino y ten siempre presente a los sabios —a los verdaderos, no a los que encumbra la plebe— como guías que no se aprovechan de su fama para vivir del erario público y que gozan, por amor a la civilización, alimentando la llama prometeica.

Anoche Penélope y yo recibimos la visita de Geras y Thanatos y nos comunicaron que nuestro tiempo se había acabado y que pronto iban a volcar sus copas en el pozo del reloj de arena.

81 Démos: Poblaciones

No nos hicieron preguntas ni quisieron escucharnos cuando les dijimos que todavía podíamos ser útiles a la polis. El joven Thanatos se limitó a mirarnos fríamente y apagó — moviendo ligeramente sus alas—la tea que tanto espanto produce a los mortales. Como sé que la juventud desprecia a los ancianos y se burla de ellos, decidí dirigirme a su decrepito acompañante y le dije: ¡Oh inmisericorde Geras! ¿Me puedes decir por qué el ser humano es castigado dos veces, una al nacer y otra al envejecer? El daimon, que vino desnudo, con su cuerpo encogido y repulsivamente arrugado, puso una mano sobre el hombro de Thanatos y con la otra, que parecía de hielo, me tocó la cara transmitiéndome un miedo aterrador que me devoraba el rostro. Penélope se desmayó y no pudo ver como se marchaban, sin piedad, provocando escalofríos.

Fritz, a mi mujer y a mí ahora nos horroriza nuestra residencia y los espacios cerrados. Cuando leas esta misiva, estaremos en el río llisos haciendo un sacrificio a los dioses. No temas por nosotros, el amor que nos tenemos nos hace fuertes, invencibles.

Penélope me ha dicho que te ha visto muchas veces y que, aunque lo deseaba, no se atrevía a hablar contigo. Para ella eres un ser anormal, no sé por qué dice esas cosas.

Tras estudiar su mensaje presentí lo peor y, más rápido que un guepardo que huye del rayo que ha rozado y quemado su moteada piel, monté en mi caballo, golpeé con los talones las ijadas provocando un estridente relincho de Arión y galopamos hasta la parte de la divina corriente donde está el templo en cuyo recinto se hacen los sacrificios a Apolo y a los otros olímpicos.

Al llegar a ese lugar, Arión olfateó la hierba en busca de pistas y, cuando olió lo que quería encontrar, se convirtió en Pegaso, voló varios estadios y se posó en una parte del río donde había varias rocas cubiertas de musgo. Descendí de

un salto y ví dos túnicas y dos pares de sandalias que sin duda pertenecían a Laertes y a su esposa Penélope.

Inmediatamente me sumergí en el río y estuve largo tiempo recorriendo la zona más profunda del lecho fluvial. De repente divisé los cuerpos de Penélope y Laertes y utilicé todas mis fuerzas para acercarme a ellos con la esperanza de que se mantuvieran vivos. Pronto advertí que estaban desnudos y que llevaban un saco lleno de piedras atado a la cintura. Cuando me dispuse a desatarles la carga, ví, con una mezcla de pavor y compasión, que permanecían agarrados fuertemente de las manos.

Después de sacar sus cuerpos a flote, les cubrí con las túnicas que habían dejado entre las rocas de musgo y, tras ponerles con cuidado encima de Arion, regresamos a Atenas con la angustia que produce contemplar una muerte tan injusta decidida, en parte, por los hombres, y, en parte, por la parca. Geras y Thanatos habían vencido. Sus copas se hundían ya en las aguas de su maldito pozo del reloj cuyo tic-tac había dejado de sonar.

Deposité sus restos en el tálamo de su casa —cuidándome de que siguieran cogidos de la mano— y tuve que velar día y noche para recibir a los miles de ciudadanos que vinieron a despedirse de aquella pareja de ancianos que, incluso muertos, parecían inmortales.

También celebré en honor suyo unos juegos fúnebres y, para que fueran similares a los de los héroes que ennoblecen a los pueblos, vendí a los ricos otros dos dioses: Artemisa y Apolo. Sentí despedirme de la virgen cazadora que me invitó a dormir en su palacio, pero mi corazón me obligaba a actuar de esa manera. Ahora sólo me quedaban Afrodita y Dionisio. Me gustaría poner un racimo de uvas en la boca de la primera y saborear en sus labios el fruto de la vid. A lo mejor algún día se anima, cuando se canse de la familia olímpica, y regresa a mi lado para que, uniendo nuestras almas, matemos al ene-

migo y coloquemos en su lugar un esplendoroso horizonte donde el sol nunca se ponga en el valle de los sueños.

Los juegos fueron espectaculares y hubo competiciones de música y poesía hasta el anochecer. Vinieron todos los descendientes de Penélope y Laertes y en el Partenón se encendieron antorchas en honor del ilustre arconte y su esposa.

Su hija Eurídice y Amintas fueron los primeros en llegar con el pequeño Filipo, cuya fama se había extendido por toda la Hélade. El detonante fue el día en el que, haciendo una broma a su progenitor, le quitó la corona y se la puso en su cabecita diciéndole: Si me queda mejor a mí que a tí ¿Por qué no empiezas a servirme? La cosa no pasó de una anécdota, pero de las que no se olvidan.

Bueno, volvamos a lo anterior. El muchacho, de apenas trece años, quiso participar en varias pruebas pero sus padres no se lo permitieron. Los juegos se clausuraron con un canto elegíaco compuesto por el mismo Epaminondas y que leyó en su lugar el rey de Macedonia.

Yo me limité a conceder los premios y Eurídice fue la encargada de coronar con hojas de laurel a los vencedores. Filipo, que no dejaba de correr de un lugar a otro, pronto se hizo amigo del joven Aristóteles, que por aquel entonces se afeitaba dos veces al día para que le creciera pronto la barba.



VII

Las próximas semanas apenas salí de casa y aunque Lais me insistió en que reanudara mis clases en la escuela de he-tairas, desestimé su tentadora invitación que, al igual que un embriagador perfume primaveral, me ayudaba a ignorar la descarnada realidad.

Últimamente mi corazón ya no latía con alegría y necesitaba estar sólo para viajar en mi interior y dar aliento a mi alma que parecía vagar por zonas desconocidas. Thanatos me había mostrado su terrorífico poder y la desolación que deja tras tocar con su vara a un ser querido, entregarle la mariposa y marcharse apagando la vela. A esa criatura no se la puede vencer — me repetía a mi mismo—y siempre aparece en el momento más inoportuno. Aunque a veces es dulce la copa que ofrece a los mortales, en la mayoría de los casos les destroza los puntos de equilibrio y los hombres, inseguros y humillados, dejan este mundo desprovistos de la más mínima dignidad.

¿Por qué pasaban por mi mente esos pensamientos si los dioses me habían concedido la opción de la inmortalidad? ¿Acaso me perjudicaba el contacto con los humanos y no me estaba dando cuenta? ¿Es verdad que todo se contagia aunque intentemos permanecer al margen de las miserias de la polis? ¿Somos parte de lo que criticamos y odiamos y nuestro

orgullo nos impide aceptar que nos parecemos demasiado al otro? ¿Cómo podemos saber si vivimos engañados o en la verdad? ¿Se miente para evitar el castigo? ¿Para sobrevivir? ¿Para evitar la condena y la exclusión social? ¿Es posible vivir con dignidad en un mundo en el que se nace por error y se muere antes de alcanzar la pubertad aunque el cadáver siga moviéndose un siglo más? ¿Es una enfermedad el pesimismo o la máxima expresión de la lucidez? ¡Oh, Afrodita! ¡Oh, mi virgen favorita! No me abandones, sopla en mi frente y disipa las nubes de mi mente hasta que sienta una lluvia fresca en mi interior y el dios que vive oculto y acobardado en mis pulmones despierte en una tormenta de luz que anuncie la victoria de lo imposible. ¡Oh, Afrodita! Miénteme, si es necesario, y regálame una muestra de amor, aunque sea sin orgasmo, para encontrar sentido al espectáculo. ¡Oh, Celeste! Deja que te vista con mis besos y te desnude en primavera.

Como no era dueño de mi mismo, mi espíritu había volado a su espacio natural, en una desconcertante demostración de autonomía, y no era consciente de que estaba tumbado en el triclinio con los ojos vueltos hacia dentro y que trataba desesperadamente de evitar la muerte del cisne que insinuaba la mágica transformación que a través de la música abre las puertas del corazón y revela al hombre las verdaderas matemáticas de la libertad.

Sí, había que dar nuevos pasos, no era justo ignorar el camino recorrido por Sócrates y Platón. ¡Claro! ¿Cómo he sido tan débil y estúpido? Estaba obligado, como muchos otros, a seguir avanzando. Afrodita me había dado el primer empujón y no me había enterado de nada. Tu nombre es Fritz y eres griego, me dijo nada más nacer. ¡Ay! ¡Qué semilla más hermosa había plantado en mí! ¡Gracias, Filomedeia! Mañana, cuando el unicornio traiga la paz al alma, cabalgaré contigo por los campos de trigo. Es hermoso vivir cuando sabemos que somos capaces de llevar las riendas del carro de Apolo, descender a los mercados y regalar rayos de luz a los que arrojan sus mo-

nedas a las fraguas de Hefesto. La inteligencia no puede reptar entre las piernas de Circe por muy seductores que sean sus resplandecientes muslos de oro. La amante de Odiseo disfruta convirtiendo a los héroes en cerdos y éstos, sin darse cuenta de su transformación, sueñan con esculpir su efigie en los palacios del rey Midas donde se envejece nada más entrar y la fantasía produce la ilusión de la eterna juventud.

Cuando me levanté, empecé a andar y a hablar en voz alta para descomprimirme y evitar una hemorragia cerebral. De repente noté que mis ideas fluían sin conexión alguna y un sudor frío me perló la frente. Un miedo extraño, primitivo, se fue apoderando de mí poco a poco y, como si estuviera bajo los efectos de la mandrágora y el oinujo, comencé a tener alucinaciones. Todo se movía a mi alrededor borrando las fronteras de la razón que, al igual que el timón de una embarcación, necesita saber adónde va para no estrellarse contra las rocas y llegar a ese puerto, que un día intuimos, donde cesa la tempestad que tortura a los mortales. Como si estuviera girando sin sentido de la gravedad, ora en la oscuridad, ora en un mundo plagado de colores y músicas que manaban de la magia de la placentera Euterpe, me tropecé contra la escultura de Afrodita que, tras lanzarme una mirada de reproche, se inclinó ligeramente y me entregó un dorado pergamino que decía:

Tienes una llama dentro de ti que te llevará a lugares maravillosos ;cuida ese fuego! Elige en la vida los caminos rectos y correctos y, cuando tengas dudas, antes de tomar una decisión importante, consulta a personas que consideres sabias y, sobre todo, que destaquen por su alta moral y virtud.

Platón

Aquello tuvo el efecto de un jarro de agua fría y, como si un rayo me hubiera atravesado la médula espinal, desperté y regresé a la normalidad. No sé si fue a causa de la intervención de mi amada o por los golpes que sonaban en la puer-

ta de mi casa, débiles y espaciados, como corresponden a la llamada de un hombre que no acaba de creerse que ya no es un esclavo. Como podréis imaginaos ¡Queridos mortales e inmortales! se trababa de Animal Sin Derechos.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Necesitas algo?—le pregunté mientras el hombre permanecía clavado en el umbral, indeciso y tembloroso, sin saber si entrar o quedarse ahí.

—¿Puedo pasar?—balbuceó sin atreverse a mirarme a los ojos por miedo a que le leyera el pensamiento antes de que empezara a hablar, comportamiento que caracteriza a las personas que se avergüenzan de su condición o que están acostumbradas a que nadie se interese por su opinión.

—¡Entra, Animal, entra!—le animé al tiempo que echaba una ojeada a la estancia para comprobar si todo estaba en orden.

—No quiero molestarte, sólo necesito consultarte una cosa. Se trata de mi nuevo estado de meteco. Desde que Filemón me manumitió me siento perdido y ya no se qué puesto ocupo en la sociedad. Tu hijo adoptivo te tiene miedo y ya no se atreve a darme órdenes. Yo no se vivir sin obedecer y sin hacer los recados a un dueño. Por favor, ¡libérame de mi pesadilla! Obliga a tu antiguo criado a que vuelva a hacerme su esclavo.

—¿Pero qué dices, Animal Sin Derechos?—le reproché alzando la voz—. En la vida no hay nada más sagrado que la libertad. Eso es lo único que nos iguala a los dioses. ¿Cómo se te ocurre siquiera pensar que quieres volver a tu estado anterior? ¿No ves las posibilidades que se te abren en la vida ahora que puedes tomar decisiones? No seas necio y aprovecha la oportunidad de oro que te ofrece el destino. Lucha con todas tus fuerzas, saca afuera tu coraje para convertirte en una persona ¿Acaso no tienes sueños? No me digas que prefieres vivir como un perro ahora que tienes la ocasión de alzar el vuelo.

El meteco clavó los ojos en los pies, respiró profundamente y, armándose de valor, me dijo:

—Yo sólo tengo un sueño.

—¿Cuál?—le pregunté presa de la ansiedad.

—Deseo volver a ser esclavo.

En ese momento se me hincharon las venas del cuello, la sangre me subió en oleadas al rostro y, en un impulso que tuve el acierto de cortar a tiempo, estuve a punto de estrangularle como si fuera un pollo de corral.

—¡Animal sin Derechos, no sabes lo que estás diciendo!—le reprendí—. Se pueden despreciar las riquezas y los lujos, como hacen algunos sabios. Amar una vida sencilla en el campo, en los cálidos brazos de Flora y Fauna, como anhelan algunos aedos y los amigos de Artemisa. O echarse a la mar para huir de la agobiante presencia de tantos bípedos implumes⁸². Pero rechazar la libertad porque nadie te enseñó a vivir sin amos es un sacrilegio, mucho mayor que negar la divinidad del Sol.

—¡Fritz! —gritó en ese momento Animal—, ¿Por qué siendo libre no puedo elegir la esclavitud? ¿Qué derecho tienes a exigirme que asuma el control de mi mismo y aprenda a pensar? ¿Acaso quieres que sea como tú? Si Filemón no me compra otra vez, yo mismo me vuelvo a vender en el mercado.

—¡Por Zeus! ¿Qué estás diciendo, Animal Sin Derechos?— exclamé—. ¿Cómo te atreves hablar así al hombre que te soñó libre? Escucha atentamente: si me entero de que te expresas en algún lugar como lo estás haciendo ahora o insinúas siquiera que vas a autosubastarte, te juro por Afrodita que yo seré el único que pujará por ti y que pasarás el resto de tu vida en las latomías o en las galeras. Habla con los que me conocen y pregúntales si alguna vez me han visto bromear.

82 Alusión a la cita de Platón: El hombre es un animal bípedo sin alas.

Has venido a esta casa a insultarme y no saldrás de aquí hasta recibir un castigo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?—repitió arrodillándose y tapándose la cara con las manos como si fuera a recibir una lluvia de bastonazos.

—¡Animal! Mi paciencia se ha acabado y ya no tengo tiempo que perder contigo. Te doy hasta mediados del Skirophorion⁸³ para que aprendas a ser libre. ¡Ay de ti si fracasas! Te acabarás pudriendo en las minas de Siracusa o encorvándote como un escarabajo en el vientre de las trirremes donde sólo se bebe agua del mar.

En ese momento, Sin Derechos se pudo a temblar y me dijo:

—¿Cómo se aprende a ser libre?

—La primera lección es levántate y no te vuelvas a arrodillar. Ahora vete de aquí y no regreses hasta que reclame tu presencia en la casa azul.

El meteco empezó a retroceder arrastrándose a cuatro patas y cogí un palo, así hace un encolerizado campesino con una mula, con la intención de golpearle para que entrara en razón.

Animal me miró con los ojos desorbitados y, apaciguando la ira de mi inflamado corazón, le dije estas aladas palabras:

—Ahora que tienes medios, debes aprender a leer y a escribir, sólo eso evitará que cumpla mi amenaza. Estás obligado a luchar para ser libre. Si avanzas en esa dirección, me agradecerás toda la vida el haberme conocido.

—¿Es feliz el hombre libre?—me preguntó—, ya más sereno.

83 El Skirophorion comprendía los meses de mayo y junio.

—No, no es feliz, pero es hombre y eso es suficiente. Ahora que tienes mi apoyo, ya no valen las disculpas. ¡Ojalá que podamos brindar al terminar el Skirophorión y te pueda regalar un nuevo nombre!

—¿Es posible cambiar también eso?

—¡Claro que sí!—le contesté—: Yo he visto al hombre más grande y más pequeño desnudos y no he notado mucha diferencia.⁸⁴

Animal Sin Derechos me miró contrariado y se marchó con gestos inseguros y trémula voz:

—Es muy difícil que un burro se transforme en caballo pero lo intentaré—me dijo—y desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

Rápidamente retomé el hilo de mi pensamiento e impulsado por una fuerza que daba vigorosas alas a mi voluntad, emprendí camino hacia el ágora con el deseo de encontrar a mi maestro. No fue complicado distinguir su figura. Andaba despacio bajo los pórticos con varios discípulos y de vez en cuando se detenía y esculpía, moviendo suavemente las manos, las ideas que brotaban de su magnífica frente. Me armé de valor y, acelerando mis pasos, alcancé al grupo y me puse a caminar a su ritmo. Era una gran ocasión para iniciar un diálogo directo con Platón. Sólo tenía que esperar a que hiciera una pausa y preguntarle el por qué de algo que desde hacía mucho tiempo me quemaba las entrañas. De repente se hizo un gran silencio y, cuando empezaron a girar las ruedas de mi lengua para dirigirme a él, el sucesor de Sócrates clavó su mirada en mis ojos y, atravesando el velo de mi alma, vio al hombre que se escondía en mi interior.

—¡Eh, Fritz! ¿Leíste mi mensaje?—me preguntó.

—Ha sido una gran lección, Maestro—le contesté.

84 Célebre sentencia de Friedrich Nietzsche.

Platón sonrió y prosiguió:

—Cualquiera que aspire a su realización debería consultar a alguien más sabio que él cuando albergue dudas y tenga que elegir entre un camino u otro, pues muchas veces una decisión equivocada puede impedir que crezca la semilla que plantó Prometeo en nuestro interior y que de forma natural busca la luz. Es muy importante en esta vida saber adónde se va y los pasos que hay que dar. No es un juego de palabras, es una verdad que marca la frontera entre el hombre y la bestia. Entre lo que es un destino elevado y la trampa del laberinto sin salidas.

Tras cautivarnos a todos con las deliciosas redes de su pensamiento, el maestro se sentó sobre una roca y continuó:

—Y si trascendental es que el individuo actúe de esa forma, no digamos los conductores de pueblos, pues de ellos depende la prosperidad o miseria de la polis. La primera obligación de un gobernante, es rodearse de consejeros de absoluta integridad y rectitud. Si no lo hace así y elige a los arribistas y amigos, el ideal de la democracia se alejará dejando en su lugar el abisal vacío de la decepción y, donde volaban las águilas, danzarán las moscas que revolotean en los mercados cuando ya ha sido sacrificadas las mejores reses. ¿No os parece espantoso?

—¿Por qué te rechazó el tirano de Siracusa cuando fuiste a hablarle de tus ideas?—preguntó un joven que parecía desbordado por la curiosidad.

Platón se acarició la barba y continuó:

—Eso no es urgente ahora. Quiero que no olvidéis jamás que ningún conductor de pueblos levantará la polis ideal — con la que muchos de nosotros soñamos—si no hace el esfuerzo de escoger con lupa a sus consejeros. Rodearse de escuderos sin tomarse las molestias de comprobar, una y mil veces, la virtud y la moral de los arcontes y generales, es algo

despreciable que aborrecen todos los dioses y que trae funestas consecuencias.

—¿Pero es posible hallar a los preclaros ciudadanos de los que hablas?—volvió a preguntar el muchacho, que en ese momento observaba de reojo a Aristóteles.

—¡Claro que es alcanzable!—afirmó Platón—. En todas las polis hay personas de trayectoria y comportamiento ejemplar. Hay que bajarse del carro y llamar a sus puertas. Hay que escuchar la voz del pueblo. ¿No conocen en tu pequeño barrio a los Aristoi? Seguro que sí. El rey debe tener pescadores en las calles y en las plazas para saber donde viven los seres virtuosos que poseen la divina capacidad de mejorar las cosas, avivar la llama interior del hombre y hacer que su luz llegue a todos los rincones de la Hélade. Aquel que no sepa quienes son los mejores y no se imponga como misión esencial y primordial rodearse de ellos, no debería aferrarse al bastón y gobernar con los ojos vendados ignorando las verdades de los que lograron despertar. Esos nefastos timoneles siempre acaban perdiendo el contacto con la realidad y creyendo que su destino son Los Campos Elíseos. Gozan dando fiesta a sus delicados oídos con la música que tocan sus cigarras y deleitan su paladar con el dulce vino que le ofrecen sus aduladores.

Tras destilar esas esclarecedoras reflexiones, el maestro se levantó, reanudó su paseo, y, poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo:

—¿Has entendido Fritz?

—Creo que sí—le respondí.

—Me alegro Fritz. A veces parece que no estás en este mundo. Eso me obliga a entregarte mis mensajes a través de personas que amas irracionalmente.

En ese momento empecé a toser y, cuando me llevé la palma a la boca para ocultar mi repentino desorden fisiológico, una mano amiga empezó a darme golpes en la espalda y me sentí aliviado.

—Muchas gracias—dije a aquella epifanía de Asclepios.

Como podréis imaginar ¡Queridos mortales e inmortales! era El Jeroglífico quien, tras tocarse la lejanísima punta de su nariz, hizo un gesto imperceptible y me pidió, como un sacerdote de otro planeta, que siguiera escuchando al Maestro.

—¡Fritz! —matizó Platón—, lo que vale para el gobernante, vale para todos los hombres, también para ti. Así que deja de huir, concóctete a ti mismo y afronta la realidad sin miedo a descubrir la verdad. ¿Quieres vivir el resto de tu vida lamentándote de la tragedia de haber nacido o vas a utilizar tus conocimientos para superar tus limitaciones y ayudarme a romper los barrotes de la caverna?

—¡Oh, gran Platón!—gracias por enseñarme a ser un poco más humilde—le respondí—, acabas de decirme las mismas palabras que yo hace poco tiempo lancé como dardos para regañar, de forma menos elegante que tú, a un miserable meteco. Estoy un poco confundido —añadí—y, apoyando un dedo en la sien, le dije: Ahora necesito estar sólo. Maestro, déjame pensar.

El sabio sonrió. Luego él y sus discípulos avanzaron hacia el Altar de los Doce Olímpicos y yo, acordándome de repente de Afrodita, regresé rápidamente a casa con la ardiente ilusión de contemplar de nuevo el prodigio de ver cómo el frío mármol que envolvía su alma se convertía en carne y hueso y mi amada, abriendo su fruta y sus alas, me llevaba al paraíso donde la sabiduría es belleza y el amor la única doctrina que derriba todas las puertas del corazón.

Aunque no lo pareciera, Platón me había causado un trauma y me encontraba como dividido, partido. Su ideal

tenía tanta luz que me resultaba cegador. ¿No murió abrasada la encantadora Sémele por querer ver a Zeus en todo su esplendor?⁸⁵ ¿Sería capaz de reducir a mi ego a su justa medida, quitarle el alimento que le daba cada día y lanzarme al vacío, sin las anclas del instinto, para ser digno de entrar en la Academia? Pensar así me daba vértigo. ¿Y si el Maestro me dijera un día que yo no era un robot y que debía luchar con todas mis fuerzas para convertirme en un hombre? ¿Qué haría? ¿Rebelarme contra él? ¿Acudir a mi padre y a mi madre en busca de protección? ¿Me atrevería a contestarle que soy incapaz de ser lo que el quiere que sea y reafirmarme, a modo de disculpa cobarde, en mi naturaleza no humana? ¿Podría ocurrir lo contrario? ¿Elevarme como un águila, llegar hasta el tálamo donde no dejan de copular mis progenitores y decirles que yo no soy un juguete de nadie y que soy capaz de transformarme en un dios? Si ellos fabrican los mundos lubricándose los cuerpos hasta llegar al orgasmo ¿Por qué yo no podía volver a nacer de la blanca espuma que rezuma entre los rizos dorados que adornan sicalípticamente la entrada al bosque del vientre de Afrodita?

Llegué a casa con la determinación de tomarla y llevarla hasta el lecho en el que un día volé con ella entre las estrellas. Empecé a acariciarla e, ignorando que no era correspondido, la besé en los labios que permanecían ligeramente entreabiertos. Luego rodeé con un brazo su rígida espalda y con el otro su dura cintura y la susurré que se relajara con la esperanza de que el mármol se hiciera carne y su savia, sangre.

—¡Afrodita, despierta! ¿No te das cuenta de que estoy a punto de violarte? ¡No me obligues a cometer una barbari-

85 Sémele: Madre de Dionisio. Hija de Cadmo, rey de Tebas y de Harmonía. Sémele, amante de Zeus, le pidió, engañada por la celosa Hera, que se mostrase en todo su esplendor. Al hacerlo, murió abrasada por los rayos que despedía el cuerpo del dios.

dad! —la advertí sin ocultar mi profundo enfado con la diosa que había dado sentido a mi vida.

Al ver que permanecía gélida como una estatua y que ni siquiera movía un dedo, levanté aún más el tono de voz y, revestido de una dignidad que me sorprendió, la dije clavando mi coruscante mirada en sus ojos:

—Si no das un paso ahora mismo y me abrazas con pasión, te vendo a los ricos, al igual que hice con los otros olímpicos.

Y al comprobar que hacía caso omiso a mis ruegos, me dí cuenta de lo insensible e inhumana que era conmigo y, dejándola sobre su pedestal, me puse a golpear con los puños la pared para ver si se conmovía viendo que estaba a punto de enloquecer.

Al principio descargué con fuerza los golpes, como si se tratara de un asunto de vida o muerte, pero a medida que la clepsidra avanzaba volví a entrar en razón y me obligué a tomar una copa de vino para que mis manos estuvieran ocupadas y no cometiera una locura impropia de un discípulo de Platón.

Tumbado sobre el triclinio me recomforté saboreando los aromas de aquel generoso caldo obtenido de la exquisita uva brujidera que había sido pisada por las ninfas más bellas de la Hélade. Cerré los ojos y sentí, con escalofríos, que seguía aporreando las paredes a pesar de que tenía ahora las dos manos asidas al familiar cáliz labrado con el tirso de Dionisio.

¡No es posible! Exclamé. Y, tras reincorporarme, me dí cuenta de que no estaba viviendo un nuevo episodio esquizofrénico y que mis miembros seguían pegados, como siempre, a mis articulaciones.

Sonreí al reconocer que alguien estaba llamando a la puerta y, como de la calle siempre venían personas con pro-

blemas normales, me apresuré a recibir con todos los honores a mis invitados.

—¡Ah! ¡Gea trágame! Dije para mis adentros al ver a mi hijo adoptivo Filemón y a mi nuera Higia.

—¿Podemos sentarnos?—me preguntó Filemón como si yo, por ser su padre, tuviera alguna deuda con él.

—Claro que sí. Esta es vuestra casa—les respondí.

—Papá—continuó Filemón tras acomodarse en un triclinio con su esposa. Venimos a que ejerzas de juez con nosotros. Higia ya no me escucha y a veces se levanta por las noches sonámbula para quitar el polvo a todas las cosas que ha estado dando brillo durante el día. Hoy la gota ha desbordado el vaso: Cuando me disponía a desayunar mi trozo de pan mojado en vino y unas succulentas sardinas que compré la noche anterior a precio de oro, mi esposa me arrojó el fruto de Deméter a la basura tras afirmar que estaba enmohecido y luego hizo lo mismo con el pescado alegando que tenía un olor pestilente y que me habían dado gato por liebre. ¿Pero si yo mismo compré los teleósteos cuando todavía daban saltos en las redes? ¿Pero si el pan me lo vendió su padre recién sacado del horno?

—¡Cállate, Filemón, que me tienes harta! No pienses que vas a montarme como a un hembra cualquiera si no cambias de costumbres. Yo no siento ningún placer copulando con un hombre que huele mal y que sólo se lava los pies aprovechando los charcos que se forman en las calles en invierno. O vas a los baños públicos como todo el mundo o te vas a dormir con el burdégano.

—Pero si voy a los baños dos veces a la semana y me lavo la cara y las zonas eréctiles un día si y otro no. ¡Higia! ¿No te das cuenta de que si nos aseamos todos los días nos quedamos sin piel y nos desangramos? Por favor, Fritz, dí a tu nuera que no intente limpiarlo todo. Me dice que a veces le

dan ganas de subir al Olimpo, levantar una escalera y quitar las manchas al Sol porque, según ella, están sucias las nubes que ocultan el carro de Apolo.

En ese momento Higia se levantó y, sin importarle que era mi invitada y yo su suegro, dio un sonoro bofetón a Filemón y, alzando el dedo índice, le dijo:

—Me casé contigo engañada, obligada. Ya sabes que me vendieron en contra de mi voluntad. Si te he soportado este tiempo era porque albergaba la esperanza de poder educarte y que compartieras conmigo las dolorosas tareas domésticas ¿Crees que disfruto siendo una esclava del hogar? Ya sé que no me valoras y que prefieres a las zorras que ríen tus insulsas historias en los barrios fríos de El Pireo. ¿Acaso crees que el dinero te convierte en bello y joven? Apesta. No me extraña que el único que te aguanta y te admira es Animal Sin Derechos. Fritz, díle algo, ¿No te das cuenta de que tu casa ya no huele igual que hace unos instantes?

—¡Basta ya!—les dije a los dos—. ¿A qué habéis venido aquí, a que salve vuestro matrimonio o a pedirme el divorcio?

—Si mi marido cambia—dijo Higia mirándose a los pies—, yo también cambiaré. Limpiaré sólo por las mañanas y guardaré, bajo llave, los polvos higiénicos por la tarde.

—Si ella cambia—aseveró Filemón quitándose un moco de la nariz—, llevaré siempre túnicas perfumadas y seré el mejor cliente de los baños públicos.

—Muy bien—les dije dando un salto de alegría—. Ahora, Higia da un beso a Filemón y tú, hijo mío, haz lo mismo con tu adorable esposa.

Y, aunque me temía lo peor, se intercambiaron cálidos ósculos y, aceptando la invitación que les hice para sellar su inestable reconciliación, nos fuimos a cenar al Odiseus, donde Antínoo participó como un miembro más de la familia. Esa

noche vaciamos una tinaja de oinujo y cantamos hasta que la Aurora de rosados dedos comenzó a teñir de rojo el plumaje de los flamencos que aquellos días se acercaban a las mesas de la taberna y esperaban sin prisas a que saliera a la mar El Jeroglífico.



No es bueno desear a alguien con una descontrolada pasión animal, ya que cuando encendemos ese fuego, se apodera de nosotros, y eso produce una serie de hormonas incendiarias al final de nuestra columna vertebral que, si no las quemamos, nos pueden monstruizar⁸⁶ o convertir en mata-dores de hombres.

Me había imaginado tantas veces que tenía a mi amada entre mis brazos que, tanta intensidad acumulada en mi interior, degeneró en una alta combustión en mi vientre que, al igual que el esófago de un volcán, estalló inundando de lava la vagina de la Celeste.

Todo ocurrió una noche. Soñaba que caminaba por un sendero del monte Helicón y que a pocos estadios de mi se encontraba Eco. No dejaba de pensar en Filomedea y empecé a gritar como si estuviera hablando con ella: Fritz, te amo con locura, eres el único hombre del mundo. Nada más pronunciar ese verso inspirado por Eros, cerraba los ojos y abría al máximo los oídos para escuchar con el corazón envuelto en miel: Fritz, te amo con locura, eres el único hombre del mundo. Y, aunque era consciente de que no era La Dorada la que pronunciaba esas palabras, sino la oréade⁸⁷, me sentía totalmente feliz. Me tumbé sobre la hierba y dije con voz de gigante: Fritz viórame, es lo único que deseo en esta vida.

86 Vocablo inexistente. El autor da a ese “verbo” el sentido de convertirse en un monstruo.

87 Oréade: La ninfa de la montaña, Eco.

Otra vez la ninfa repitió: Fritz, viólame, es lo único que deseo en esta vida e, imaginándome los labios de la que nació de la espuma, me puse a besar la corteza de un árbol. No me cansaba de lanzar llamados semejantes a diestro y siniestro y, cuando canté tres veces: Fritz, abre los ojos, persígueme y tómame, gocé con la encantadora interpretación de Eco y, cuando la música desapareció y se hizo éter, soñé dentro del sueño que me despertaba y ví a pocos codos de mí las jugosas nalgas de Afrodita que, tras girar el cuello, me lanzó una sicalíptica mirada y me dijo:

—Si me atrapas, soy tuya.

Desconcertado, comprobé que había cambiado de cuerpo pero que seguía siendo la misma. Su epifanía fue en forma de centáuride, lo que me excitó y enloqueció. Primero empezó a trotar y luego a galopar. Yo me puse de pie y noté que tenía cuatro patas. Me había transformado en centauro y, absorbiendo la fuerza de Apolo y de las yeguas de Magnesia, fui a la caza de Afrodita con la sangre hirviendo en mi interior. Me lo puso difícil y me obligó a jugarme la vida dando saltos mortales, pero al final la acorralé en un jardín de rosas con espinas y la penetré con mi desesperado miembro —que en ese momento parecía robusto y feliz—y durante muchas clepsidras suspendidas en el tiempo estuvimos ambos gimiendo y llorando de placer hasta que tuve una descomunal eyaculación y empapé el tálamo donde me encontraba sólo.

Horrorizado, me puse las manos sobre la cabeza y exclamé: ¡Fritz! ¿Qué has hecho? ¿Quién te ha convertido en una bestia? Tras palpar, tembloroso, mi sudoroso cuerpo y comprobar que ya no era un centauro, estuve dudando un rato entre si estaba loco o cuerdo, y sólo se me ocurrió decir ¡Ay, pobre de mí! ¡Padre! ¡Padre! ¡Ayúdame a desmonstruizarme!

Con la frente inundada de agua, al igual que un pez bajo la lluvia, abrí las ventanas del balcón y contemplé el ágora y las calles de la polis llenas de vida y de color.

—¡Hola Fritz! ¿Cómo estás? ¿Vienes con nosotras?

Al escuchar esa voz, miré hacia abajo y vi a las hetairas de la escuela de Lais. Estaban todas vestidas con túnicas blancas y llevaban cestas de flores.

—Pero ¿Adónde vais?—las pregunté.

—No me digas que aún no te has enterado de que hoy empiezan las Grandes Panateneas⁸⁸. Si es así, me imagino que Atenea, la Poliada⁸⁹, se enfadará contigo—, me contes-
tó la que parecía la más joven, la sobrenatural Ariadna, la de ojos color miel.

Yo, al comprobar que estaba desnudo, las dije que me encontraría con ellas más tarde. Las ninfas, encantadas, unieron sus bocas a las palmas de las manos y me soplaron sus besos que ascendieron, cual níveas mariposas, hasta mis labios.

—Rápido, rápido—las increpó Lais lanzándome una intrigante mirada.

—¿Has dormido bien, Fritz? ¿Has tenido alguna pesadilla?—me preguntó la maestra.

—¡No! ¡Qué va! Sólo una eyaculación—dije sin pensar y todas se marcharon con la fragancia de la juventud, riendo mi ocurrencia, mi ingenua espontaneidad.

Ese día hacía mucho calor y me alegré como un niño cuando una pareja de palomas pasó a un palmo de mi nariz abanicándome el rostro con el batir de sus marinas y azuladas alas. En las calles cada vez había más movimiento y parecía

88 Las Grandes Panateneas se celebraban cada cuatro años. En el curso de las fiestas tenían lugar los Juegos Panatenaicos. En las pruebas, que duraban cuatro días, únicamente participaban los ciudadanos del Atica. Las Panateneas, tanto las anuales como las Grandes, se desarrollaban entre el 23 y el 30 del mes hecatombeón (el primero del calendario ático), periodo que coincidiría con la segunda mitad del actual mes de julio.

89 La protectora de la ciudad.

que los dioses ya habían descendido del Olimpo y se mezclaban con los humanos para hacer alguna de las suyas. ¡Qué hermoso es pensar que las divinidades están a nuestro lado y que se preocupan por nuestra felicidad! ¡Atenea! ¡Alabada seas en todo tu esplendor! ¡Canta, oh diosa! Las miserias y las grandezas de las guerras que estremecen al mundo cuando Ares ocupa tu lugar e invita a subir a su espantoso carro a los tiranos que arrasan y esclavizan a los pueblos. ¡Canta, oh diosa! Cómo insufflas inefable valor a los héroes que dejan su vida en el campo de batalla y riegan con su sangre la tierra quemada para que vuelva a crecer el trigo y los olivos sagrados

Cuando me disponía a salir del balcón, ví que se acercaba a mi casa —marcando un paso inusualmente rápido—, un arconte que no dejaba de jadear flanqueado por dos hoplitas. Al principio, me asusté pensando que había ocurrido algo grave y que alguien había ordenado mi arresto o, lo que es peor, la detención de Lais o el cierre de la escuela de hetairas, pues todos los ciudadanos sabían en Atenas que yo era quien financiaba sus actividades.

Adopté una posición serena y, mirándoles sin inmutarme —lo que aprendí viviendo con las estatuas de los dioses—, esperé a que llegaran.

—¡Eh, Fritz! ¡Baja, por favor! ¡Ya han pasado muchas clepsidras desde que salió Eos! ¡Llevamos esperándote una eternidad! ¿Dónde te has metido? Todos están nerviosos y no saben qué hacer—dijo el magistrado que respiraba con gran dificultad.

—¿Pero qué pasa? —les pregunté—. ¡Por la luz de Apolo! Sin duda venís al lugar equivocado. Yo no voy a reunirme con nadie y además no acostumbro a conversar con los mortales a estas horas de la mañana. ¿No veis que todavía estoy medio dormido?

—¿Pero no te ha avisado Filemón de que tienes que inaugurar el desfile militar? ¿No estarás diciendo que no te has preparado para conmemorar este día sagrado para todo el Atica en el que conmemoramos el momento en el que Atenea salió de la cabeza de Zeus?

—Ahora hablamos —les contesté preocupado—y, tras bajar las escaleras volando, les abrí la puerta con creciente ansiedad, cual joven que espera salir de dudas al ver llegar a una paloma mensajera, para saber en qué lío me había metido mi hijo adoptivo.

El enviado del Areópago no me dio tiempo a despegar los labios y se dirigió a mí con estas palabras:

—Cuando le dijimos a Filemón si aceptarías encabezar la cabalgata marcial representando a Teseo a lomos de Pegaso —papel reservado a tu caballo Arión—nos contestó que nadie es tan digno como tú de disfrutar de esa gloria y que el héroe que mató a Estirgues merecía, sin duda, ese honor.

Me puse las manos sobre la cabeza y les respondí:

—¡Increíble! ¡Acabo de enterarme! No puedo aceptar esa alta distinción. Sería una locura. Además ¿Cómo voy a ir montado en Arión si todo el mundo sabe que mi caballo es negro?

En ese momento el arconte bajó la cabeza y con humildad me dijo:

—No Fritz, no es negro, es blanco. No busques disculpas absurdas. No des la espalda a Atenea en una fiesta tan importante como la del Hecatombeón y prepárate para cumplir con tu deber como emblema del Atica y discípulo de Platón. El maestro está desconcertado y no entiende tu tardanza. Filemón se comprometió, en tu nombre, a que serías el primero en llegar el día de la parada militar.

En ese momento, me di cuenta de que no podía escapar y respondí:

—Anunciad a los ejércitos que estaré allí con Arión en un abrir y cerrar de ojos, antes de que pase la siguiente clepsidra.

La comitiva parecía feliz y se puso a descender la pendiente con la alada ligereza que precede al vuelo del alma cuando esta recibe buenas noticias.

Antes de vestirme para la parada, irrumpí en la contigua casa de Filemón y, agarrándole del cuello con las dos manos, le dije:

—¡Hijo mío! ¿Pero cómo no me has avisado con antelación de todo lo que has tramado a mis espaldas? No me digas que sólo tienes memoria para acordarte de dónde escondes las bolsas de tetradracmas.

En ese momento, Filemón se puso a sudar y balbuceó:

—¿Qué día es hoy?

Al ver que no respondía y levantaba la mano para golpearle, se escondió debajo de una mesa y empezó a gritar:

—¡Perdóname! ¡Perdóname! He estado tan ocupado últimamente que se me olvidó decirte que el pueblo quiere ver de nuevo al mítico Teseo ¿Quién mejor que tú para recordar al legendario rey de Atenas? Mis pensamientos se amontonan en mi cabeza y no conozco ni un momento de sosiego y descanso. Tampoco duermo bien por la noche y me falla la memoria. Estoy abrumado. No descargues tu ira contra mí. Mira el lado positivo. Cuando termine la celebración, te será más fácil acercarte a los olímpicos y tal vez algún día me recuerdes como al pequeño instrumento que te hizo grande.

—¡Filemón! Cuando acaben las Panateneas vamos a tener que hablar tú y yo muy en serio, de hombre a hombre. No pienses que voy a olvidarme de lo que has pactado sin consultarme. Arrojaré los dados para ver si merece la pena hacer un sacrificio humano contigo para aplacar la cólera de las di-

vinidades y de los héroes, que no perdonan que lo sagrado caiga en el olvido.

Hice una pausa y continué:

—¿Y cómo se te ocurrió proponer a Arión como Pegaso, si es más negro que el carbón con la excepción de sus crines y cola?

—Ahí te equivocas, Fritz. Arión, al igual que tus ojos, cambia de color, sólo que a veces tú no te das cuenta porque cuando lo montas, o estás borracho o te sales de este mundo dando rienda suelta a tus fantasías. Cuando permaneces un tiempo sin beber, te sumerges en el río Ilissos o purificas tu alma escuchando las doctrinas de Platón, la bestia se transforma y su piel es más blanca que la nieve. ¿No sabías que cuando saca sus alas por la noche se produce un resplandor lunar en la Acrópolis que muchos atribuyen a la misma Artemisa? Pensaba que eras consciente de que habías transmitido tus cualidades proteicas al animal.

Enfadado con Filemón, entré en el gran patio de su casa atraído por el ajetreo del lugar. Allí decenas de artesanos trabajaban a marchas forzadas. Estaban fabricando cientos de ánforas panatenaicas en las que en una parte cincelaban la imagen de la diosa Atenea y en la otra, que dejaban de momento en blanco, labrarían la efigie de los atletas que ganasen alguna de las pruebas. Las tinajas se entregarían a los vencedores de las competiciones —junto a coronas de laurel o de oro— llenas hasta los bordes del mejor aceite de la Hela-de procedente de los olivos sagrados de Atenea.

—¡Ay, hijo mío!—le reprendí—No pierdes ninguna ocasión de ganar dinero. Cuando concluya todo esto, te cobraré un impuesto para que contribuyas al sueño de Aristóteles de crear algún día una biblioteca universal en la que puedan recopilarse los logros del pensamiento de todas las culturas y civilizaciones.

Filemón se quedó observándome como si estuviera hablando con un beodo, y yo, que no estaba para contemplar su huidiza mirada entrenada en el arte de esquivar los obstáculos, me estremecí al ver que se acercaba Higía con los brazos extendidos para saludarme y dije comiéndome las palabras:

—Hijos míos, me voy que tengo mucha prisa.

Mi despedida no surtió el efecto que esperaba y mi nuera me atrapó y me dio dos sonoros besos. Al contacto con sus labios, noté tanta higiene en mi piel que me olvidé del baño que me daba todas las mañanas —también por la noches en verano— y me dispuse a cumplir con mi destino, lo que algunos llaman los designios del Cielo.

Regresé a casa —creo que un poco trastornado— y fui a la cámara secreta donde el rey Midas guardaba parte de sus tesoros y decidí vestirme como si estuviera a punto de entrar en el Olimpo e ir al encuentro de Afrodita. No sé si me dejé arrastrar por la vanidad, al igual que los mortales, pero toda la panoplia que escogí para seducirla era de un refulgente y cegador oro blanco que deslumbraba cual rayos de la mismísima armadura de Zeus. Aquellas cosas no parecían de este mundo: la coraza, el casco con un soberbio penacho albo, la espada con empuñadura de marfil e incrustaciones de diamantes —cuya vaina llevaba la inscripción de Invencible junto al nombre de Atenea— y las ócreas⁹⁰ forradas con una delicada piel de oveja. Debajo me puse una túnica corta de lino, cuya parte inferior estaba protegida con níveas grebas de cuero. Al final me coloqué la clámide y di el ritual por concluido.

Antes de salir, me miré al espejo y tuve que hacer un gran esfuerzo para no levitar. Sentí calambres en el vientre. Me estaba convirtiendo en una divinidad.

90 Ócrea: Espinillera.

Y si de pie cualquiera podría confundirme con un dios, no digamos montado sobre el soberbio Arión que Filemón, temiendo mi castigo, engalanó y enjaezó siguiendo el modelo de una escultura de Pegaso realizada por Fidias en una época en la que estuvo poseído por las Musas.

Cuando me dirigí al Dipilón, ya no era Fritz, era el mismo Teseo y me olvidé de mis orígenes. Fue entonces cuando en un momento de enajenación mental, como el que sufren los segadores de sueños que se emborrachan de poder, me pregunté: ¿Y si la gente empieza a adorarme? ¿Qué hago? ¿Les dejo que se arrodillen o les digo que se levanten? ¿Les confieso quién soy o me aprovecho de su ceguera y confusión? Sentí que mi testa se separaba del cuerpo y eso no me pareció una buena señal. Me la toqué y ví que estaba en su lugar. Eso me tranquilizó.

Más veloz que una centella llegué hasta las puertas de la polis sin perder la cabeza por el camino y, sin que nadie me dijera lo que tenía que hacer, me situé, levantando una gran nube de polvo, al frente de los generales. Luego giré el torso para ver si todo estaba en orden y repasé con la mirada a las tropas. A unos diez codos de distancia estaban colocadas en perfecta formación las compactas falanges de hoplitas con sus bronceas armaduras y cascos rematados con rojos penachos. Detrás estaba la infantería ligera: los cuerpos de los aguerridos gimnetas y psilos. Al frente de cada unidad sobresalían los porteadores de los lares y penates de las respectivas polis del Ática y delante de éstos destacaba, cual epifanía de Atenea, una ninfa virgen montada a caballo con el escudo y el casco de la Poliada. Detrás, hacían tres largas filas los tureoforoj⁹¹, éstos últimos inconfundibles por sus ovalados escudos. Los soldados estaban flanqueados por los Hippeis⁹², de relucientes cascos y penachos dorados. Luego iban las

91 Otro cuerpo de infantería ligera.

92 Caballería.

amazonas, orgullosas con su altivo seno al descubierto y ataviadas con la oblicua cinta que las atraviesa el busto a modo de sostén de su carcaj. Atrás se arrodillaban y ponían de pie, repitiendo un ejercicio mil veces ensayado, centenares de arqueros cuyas flechas relucían como las mismas saetas de Apolo. Después, resplandecían, cual héroes homéricos, los conductores de carros y las cuadrigas que participarían en las carreras de extramuros y en la celebérrima prueba del apobotai⁹³. Luego, cerrando la parada estaban los músicos portando la insignia de Euterpe y hermosas y altivas doncellas con canastas de mimbre llenas de flores que irían arrojando al público durante la marcha que, partiendo del Dipilón, atravesaría la Vía Panatenea y el Agora, llegaría hasta la Acrópolis, daría una vuelta alrededor, y haría el recorrido a la inversa.

Me sentí complacido con lo que ví y, tras desenvainar lentamente mi espada, hice un molinete en el aire, levanté hacia delante y hacia arriba mi brazo derecho y empecé a avanzar con la mirada fija en el cóncavo cielo azulado. En ese momento todos los ejércitos se movieron como un solo hombre y la multitud, agolpada en las orillas de la vía, empezó a soltar palomas blancas y a agitar hojas de palma. A medida que iba creciendo el entusiasmo colectivo, como volteado por el paroxismo que produce la guerra, algunas personas enloquecían y trataban de tocar a los soldados obligando a intervenir a las fuerzas encargadas de mantener el orden público. Mientras las falanges marcaban el paso en perfecta formación, los músicos interpretaban himnos marciales y grupos de acróbatas, con las máscaras de los doce olímpicos, daban saltos espectaculares provocando grandes olas de admiración entre los congregados que no dejaban de gritar con ímpetu oceánico el nombre de Atenea Poliada. Algunas doncellas y ancianos se desmayaban, ora por excitación, ora por el sofo-

⁹³ Carrera en la que el conductor tenía que saltar del carro, correr a su lado y volver a incorporarse al vehículo.

cante calor, mientras niños desbocados se colaban entre los guerreros e intentaban quitar la máscara de las deidades a alguno de los atletas del estandarte de Circe.

Yo vivía un momento de inmensa alegría, gloria y plenitud. Ya no pisaba el suelo ni quería volver a tocarlo. El corazón se me salía del pecho y podía contemplar el mundo con los ojos de una divinidad. En un indescriptible estado de éxtasis me puse a observar —con la calma que produce la sensación de ser invulnerable— los márgenes de la vía donde se levantaban, en un eterno canto al poder, la fuerza y la belleza, las réplicas de mármol de los primeros dioses y héroes. Fijé mi mirada en el templo de Deméter y en las imágenes de ésta y de su hija Perséfone, obras de Praxíteles. A continuación me encontré con la imponente figura de Poseidón a caballo atacando con su lanza al gigante Polites. Luego pasé por el santuario de Cerámico⁹⁴ que enlaza con los pórticos con efigies de bronce de hombres y mujeres que contribuyeron a la grandeza de Atenas. Más adelante y en una parte prominente, divisé, entre una ligera niebla de incienso perfumado, las moradas de Atenea Peonía, Zeus, Mnemósine, las Musas y Apolo. También admiré, un poco desconcertado, algunas de las estatuas de dioses que vendí a los ricos y que habían sido cedidas a la ciudad con ocasión de las fiestas. En el cielo y en la tierra se respiraba un ambiente sagrado. En los tejados de los pórticos cobraban vida las composiciones de barro cocido —que todos los años se renovaban con la llegada de las Panateneas— que reproducían episodios inmortalizados en la noche de los tiempos por los divinos aedos. Sobre uno de ellos sobresalía Teseo con Democracia y Demos, alegoría del eterno sueño prometeico de un hermoso y justo kibernao⁹⁵ basado en la justicia y la igualdad. Luego pasé cerca del santuario de la Madre de los Dioses, obra de Fidias. Después

94 Hijo de Dionisio y Ariadna. El Cerámico, como indica su nombre, era el barrio de los artesanos.

95 Gobierno: kibernao (Pilotar una embarcación).

saludé mentalmente a las estatuas de los héroes que dieron nombre a las ancestrales tribus atenienses cuyo número, según Heródoto, ascendía a diez. Entre esos epónimos reconocí a Hipotoón, hijo de Poseidón; a Egeo, noveno rey de Atenas, hijo de Pandión II y Pilia; a Acamas, hijo de Teseo; a Áyax, hijo de Telamón, y a Antíoco, hijo de Heracles.

Cuando entramos en el Ágora, las ninfas consagradas a la Poliada lanzaron sobre nosotros una lluvia de flores y pasamos bajo un hermoso arco hecho con ramas entrelazadas de árboles frutales —levantado con motivo de las Grandes Panateneas— que estaba situado a la izquierda del Altar de los Doce Olímpicos. Allí me detuve y, dirigiendo mi espada a lo alto del templo donde parecía que Atlas soltaba suavemente el cielo azul, giré el torso mirando al Partenón y, al son de la música marcial, alcé la voz y dije:

¡Oh, Atenea! ¡Diosa de la Civilización y la Justicia! ¡Muéstranos la luz de tu inteligencia para que todos los hombres y mujeres del Ática, avancen, inspirados por ti, por el camino de la razón, la equidad y la libertad! Después, hice una señal y se reanudó la parada. Noté que el aire se cargaba de una energía magnética tan positiva que fundía el alma del pueblo acercándolo —incluso haciéndolo tocar por momentos— a las costas de la Ítaca prometeica. Después, volvieron a ponerse en marcha las esforzadas falanges y unidades de infantería y caballería que se detuvieron —tal como hice yo— a su paso por el santuario y repitieron enérgicamente la plegaria que pronuncié para pedir la mano y la guía de Palas Atenea. Sus palabras resonaron con vibrante eco en toda la polis y gracias a la alquimia de la unión se transformaron, al despertar el sueño de un destino común, en una incorpórea, gozosa y victoriosa lanza de fuego que atravesó los ennoblecidos corazones de todos los ciudadanos que en esos momentos ocuparon el lugar de los dioses y los héroes.

Triunfantes proseguimos la marcha dando una vuelta alrededor de la Acrópolis y, tras hacer ofrendas y libaciones a Atenea, regresamos al Dipilón donde los ejércitos se detuvieron y esperaron, como si el tiempo se hubiera parado, a que les diera permiso para despojarse de la panoplia en las improvisadas tiendas de campaña que se extendían a lo largo de diez estadios.

Me elevé sobre Arión y, planeando con mi espíritu cual águila invicta que sobrevuela las cabezas de guerreros, amazonas y bestias, ordené con todas mis fuerzas: ¡Rompan filas! ¡Que cada uno se vaya a hacer su cadaunada!

Pronto, los hoplitas de rojos y soberbios penachos, las amazonas de ardiente pecho y deslumbrante mirada, las transparentes y delicadas ninfas y los divinos músicos entrenados por las Musas para apaciguar la cólera de los olímpicos, empezaron a conversar adoptando la apariencia de personas normales y, formando pequeños grupos, se dirigieron a sus campamentos. Tras recibir felicitaciones de los arcontes por el éxito de la parada, me vi libre para volver a tomar el timón de la nave que me entregaron los dioses nada más nacer y que aún no sabe de los peligros o aventuras que la esperan en los ignotos mares del hado.

Cuando acariciaba el cuello del caballo y le preguntaba si prefería que le llamase Pegaso, escuché una voz celestial que decía:

—¿Puedo montar a tu lado? Llévame contigo. Ahora empieza lo mejor de las fiestas y no es bueno que Teseo no atienda a su Ariadna.

Como podréis imaginaros ¡Queridos mortales e inmortales! era la mismísima Ariadna, la sobrenatural doncella de ojos color miel.

Sin pronunciar palabra, la tendí la mano con una sonrisa. Ella se agarró con dulzura a mi bronceo brazo y yo, hacien-

do un rápido y etéreo movimiento, la elevé por el aire, maravillándome de su ingrátida preciosidad. Ariadna descendió provocando una ligera brisa y se acopló en el caballo, cual virginal amazona, buscando la armonía de mis espaldas.

—¡Pero, Ariadna! — exclamé —, ¿Cómo se te ha ocurrido ponerte una túnica tan corta? ¿Qué hiciste con la otra? ¿No te das cuenta de que estamos celebrando la fiesta religiosa más importante de la ciudad?

—Fritz —me contestó—, no seas anticuado. ¿No te das cuenta del calor que hace? ¿Quieres que me ase como un hoplita? Así me siento más fresca y el aire corre libremente entre las aperturas de mi vestido enfriando mi piel. Me encanta lo natural, todo aquello que no oprime, por eso tampoco llevo nada debajo, ni siquiera el ceñidor.

—Ariadna —la advertí girando la cabeza—, no conoces a los hombres, deberías tener más cuidado con tu vestimenta. Busca, como en todo, el equilibrio. La belleza debe ser inalcanzable. Es la flor más delicada del universo. Cuando se toca, se marchita.

—¿De verdad? — me contestó abrazándose a mi espalda—. ¿Adónde me vas a llevar? ¡Oh, discípulo de Platón! ¿Hasta dónde llega tu imaginación?

—Sujétate la túnica a la piel si no quieres ser famosa en toda Atenas. Vas a conocer un mundo nuevo. Hoy realizarás todos tus sueños y te convertirás en una diosa.

—¿Qué dices, Fritz! ¡Me das miedo!

—¡Vuela, Arión! ¡Vuela! —grité.

Y, mi mejor amigo después de Antínoo, sacó sus vigorosas alas blancas y, tras galopar unos estadios, emprendió su majestuoso ascenso.

Abajo ya se habían iniciado las pruebas que se dividían en dos tipos: las comunes, en las que podían participar todos los

griegos y que eran muy parecidas a unos Juegos Olímpicos y las exclusivas, reservadas a los atenienses. Las primeras incluían el pentatlón, el pancracio, la lucha libre, el boxeo y la competición estrella: las carreras de cuadrigas. Los campeones de ésta última recibían como premio la corona de oro de hojas de laurel y 140 ánforas de aceite procedente de los olivos sagrados de Atenea.

Filemón estaría muy ocupado preparando esas ánforas pues había que cincelar a marchas forzadas, en cada una de ellas, la efigie del ganador.

En las segundas se daba especial importancia a la habilidad y destreza, creación artística y armonía física, así como a ciertas disciplinas de hondo significado religioso o filosófico. A mí la que más me gustaba era la carrera de antorchas desde la Academia al Partenón pues ¿Qué podría ser más bello que llevar la llama prometeica por la Atenas de Pericles, Sócrates y Platón? El pueblo, sin embargo, alcanzaba el éxtasis con la otra especialidad cenital que rivalizaba en grandeza y espectacularidad con las carreras de cuadrigas: la apobotai. Los ancianos que habían participado en alguna guerra apreciaban por encima de todo la pyrriche⁹⁶. Y a los escultores, atletas, artistas y mujeres, tanto jóvenes como longevas, les apasionaba el sacralizado eundrion⁹⁷, donde saldrían modelos que posarían para hacer esculturas de los héroes de la antigüedad. Otro juego que producía auténticas olas de locura eran las batallas de caballería e infantería que se desarrollaban en extramuros y las carreras de caballos en las que los guerreros disparaban sus lanzas contra tigres, leones y hombres de paja colocados a lo largo del camino. Quien acertase con su arma arrojadiza en el punto más cercano al centro de la frente ganaba las ánforas panatenaicas.

⁹⁶ Ejercicios castrenses sincronizados con música militar.

⁹⁷ Concurso de belleza entre los atletas.

—¡Mira, Ariadna! ¡Mira abajo! —dije a mi hetaira favorita—, ya han dado la señal para que empiecen las competiciones gimnásticas en el Estadio Panatenaico. ¿Ves aquellas gradas de honor en donde se están sentando varios magistrados entre el clamor del público?

—¿Cuáles? ¿Aquellos que están a la sombra?

—Sí aquellos —la contesté—, son los athlotéles⁹⁸, sin ellos no hay ni coronas de oro ni resolución justa en las pruebas. Se han elegido con extremo cuidado entre los hombres más íntegros de la polis.

—Fritz ¿Por qué no te presentaste al eundrion? ¿No te gustaría prestar tu cuerpo a Zeus o a Heracles cuando a los escultores les falte inspiración?

—¡Por favor, Ariadna! ¿Cómo se te ocurren esas cosas? ¿Me imaginas a mi en cueros con el cuerpo cubierto de aceite y girando a mi alrededor para que me vean Lais, Platón o mi hijo Filemón? Yo no soy de ese tipo de hombres. Sólo me desnudo por amor o cuando entro en los baños del rey Midas.

—A mi me da igual quitarme el ceñidor ante un gran artista —contestó—. Es una forma de inmortalizar la fragancia de la juventud en un efímero y huidizo instante de belleza. ¿Te molestan mis ideas?

—¡Tápate, Ariadna! ¡Que la túnica se te ha subido hasta el ombligo! ¿No tienes frío?

—¡Que va, en absoluto! Estoy muy a gusto. La temperatura de tu caballo me calienta el cuerpo.

98 Eran magistrados especiales encargados de seguir las pruebas para emitir un juicio justo. Los athlotéles se elegían cuatro años con ocasión de las Grandes Panateneas, fiestas que fueron instauradas por Pisístrato en el 566 a.C. inspirándose en el espíritu de los Juegos Olímpicos. Con éstos, Heracles quiso honrar a Zeus; con las otras Pisístrato quiso dar más importancia a Atenea.

—No me acordaba de que Arión tiene propiedades termodinámicas. Aquí arriba ya no vemos nada, sólo montones de cirros. ¿Quieres que bajemos ya a la polis? Tus amigas te estarán buscando. Lais estará preocupada.

—¡Olvídate de ellos! Estarán pasándolo de maravilla con los juegos. ¡Fritz, nunca he estado aquí! ¿Se puede andar encima de las nubes? ¿Es posible tumbarse sobre ellas, respirar aire puro y cerrar los ojos mientras te quedas adormecida con las caricias del sol?

Me volví, conmovido por tanta pureza e ingenuidad y, cuando la acariciaba con ternura la mejilla, inclinó su cuerpo y se dejó caer al vacío. Vi que intentaba colocar la punta de un pie encima de un cúmulo y que desaparecía entre la blanca niebla que se amontonaba caprichosamente adoptando rostros humanos y divinos y esculturas de animales fabulosos.

No fue necesario hablar con Arión que, cerrando las alas, se dejó caer en picado, cual meteorito que se abalanza sobre la tierra, y no las abrió hasta que alcanzamos a Ariadna que, gracias a un movimiento espectacular de mi amigo, cayó sobre mis brazos.

Ariadna se había desmayado. ¿Dónde estaría ahora su alma? Con su despeinada y larga cabellera cayendo en bucles dorados sobre mi pecho parecía recién llegada a este planeta. La observé como quien ve a Afrodita saliendo de la espuma y quise que aquella ninfa jamás olvidara su viaje astral.

Sintiéndome, con profunda humildad, el centro del universo, dije a mi salvador Pegaso:

—¡Vuela alto y vuela rápido! ¡No te detengas hasta que llegemos...

Y, sin darme tiempo a terminar la frase, Arión continuó, para volverme a demostrar que leía mi pensamiento:

—Hasta que llegemos al Jardín de las Hespérides.

No fue la primera vez que fui a ese vergel ni la última. En una ocasión, ya os contaré, hice algo que cambió la historia del mundo.



Tras pasar cinco días en el Jardín de las Hespérides, regresamos a Atenas pues yo había prometido a Eufrates, el arconte-rey elegido por Epaminondas para supervisar las fiestas, que asistiría a la Procesión del Peplo⁹⁹, caminata en la que se haría un recorrido similar al de la parada militar, pero esta vez con un hondo significado germinal que se remonta a los horadantes tiempos de Cronos y Ananké.¹⁰⁰ Antes de dejar aquel paraíso, mis amigas regalaron a Ariadna un largo quitón dorado con un ceñidor del mismo color, unas áureas sandalias y una corona de laurel. A mí me vistieron con la túnica solar y otros atributos del Musageta Apolo. Ambos parecíamos revestidos por el purpúreo polvo amarillo que envolvía a las relucientes manzanas que, además de dar la inmortalidad, se hacen resplandeciente ambrosía, al probarlas, en el alma, la mente y el corazón, al igual que todo conocimiento que fluye con pureza de los manantiales de los primeros sabios. También Arión se transformó de color, cuando las hespérides le acariciaron las crines, y loco de alegría porque le tratábamos como a un semejante, estuvo a punto de piafar y tragarse varias manzanas de oro de un solo bocado, lo que sin duda hubiera tenido amplio eco en el Olimpo.

Antes de que Helios apareciera en el horizonte, Arión ya se había posado cerca del Dipilón, donde ya se había congregado la multitud. Tras descender lentamente del caballo, como hacen las personas que han hablado con los dioses y conocen el valor de la clepsidra, pisé la verdeante hierba que

⁹⁹ La Procesión del Peplo tenía lugar el día 28 del hacatombeón.

¹⁰⁰ El Tiempo y lo Inevitable.

crecía junto a un olivo y, cogiendo a Ariadna de la cintura, la coloqué sobre la tierra que nos enseñó a andar de pie y que siempre se muestra generosa con aquellos que saben amarla.

Luego, miré a Arión, le dí un azote en la grupa y le pedí que se marchara al establo a descansar, pero él me examinó con insolencia y me insinuó que se iba de caza. Sin hablar, me comunicó telepáticamente —para que no lo escuchara Ariadna—, que él también tenía derecho a estar de vez en cuando con alguna yegua. Al verse libre, la bestia relinchó, nos guiñó un ojo y, tras saltar un muro tan alto como tres elefantes en vertical, desapareció tiñendo el aire con el polvo de oro que se había pegado a su piel.

Ariadna y yo nos abrimos paso entre la muchedumbre y nos colocamos entre las primeras filas de la procesión, que comenzó a ponerse en marcha en el momento en el que la Aurora de rosados dedos soltó las riendas del carro de Apolo y la luz brotó del vientre marino.

A la cabeza avanzaban, cual punta de lanza, las arrefóras¹⁰¹ portando el Peplo¹⁰² de Atenea. A su lado caminaba la sacerdotisa de la diosa y su séquito de ninfas, todas vestidas de blanco, llevando los tesoros que se regalarían a la Polia-da. Después, íbamos Ariadna y yo, el arconte-rey Eufrates, los ganadores de los juegos, los magistrados y la aristocracia de la ciudad. Muy cerca estaban Platón y sus discípulos, eternamente abiertos a la curiosidad, y detrás de ellos desfilaban Lais y las hetairas: Altea, la pelirroja que huía del amor; la dorada Dánae, que bien podría ir montada sobre las panteras de Dionisio; Ofelia, que ocultaba sus rasgados ojos color avellana entre su traslúcida y sedosa guedeja castaña; Eunice, de

101 Cuatro muchachas de familia noble.

102 El autor habla de “el Peplo” con el que se vestía una imagen de la diosa en un altar que había al pie de la Acrópolis y de “el Gran Peplo” con el que se cubría la imponente escultura de Atenea de unos 26 codos (casi trece metros de altura) del Partenón. (ver pág. sig.)

mirada verde como el mar e Iris, la de cabellera casi albina y claras pupilas grises.

Después seguían mi familia y mis amigos: Mis suegros Amaltea y Agapito; mi hijo Filemón y su esposa Higía; Antínoo, quien me regaló a escondidas un enorme pellejo de oinujo de Tartessos; Animal Sin Derechos, quien ya había dado los primeros pasos en el arte de leer y escribir y que, como premio a sus esfuerzos, le conseguí la ciudadanía ateniense y un nuevo nombre. Ahora se llamaba Eugenio y había aprendido a ganarse la vida con dignidad restaurando objetos antiguos.

En seguida y, dejando un espacio de unos diez codos de distancia, venía el Gran Peplo suspendido sobre las vergas de una barca con ruedas que era arrastrada con cuerdas por los adoradores de Atenea Poliada.

A continuación, marchaban los encargados de los sacrificios y un grupo de pastores y perros adiestrados que conducían por la Vía Panatenaica a un rebaño de cien vacas, novillos y decenas de ovejas.

Detrás de estos y, cerrando la cola, transitaban los metecos y los músicos que, acompañados de cantores de dulce voz, tocaban la flauta, el aulos¹⁰³, la lira, la cítara y el caramillo.

Por los costados caminaban jóvenes portando cestas llenas de fruta o de los famosos roscos de Agapito que repartían con alegría a la gente que se agolpaba en las orillas. Otros ciudadanos, adornando sus frentes con coronas que imitaban racimos de uvas, llevaban en carromatos ánforas de vino que los atenienses, griegos y metecos bebían con delectación. Muchachas de largos peplos arrojaban flores por doquier y grupos de venerables ancianos agitaban en el aire ramos de olivo que habían sido consagrados a la diosa virgen la noche anterior.

103 Doble flauta.

El Gran Peplo con el que se vestiría a la Poliada había sido tejido durante todo un año por las mujeres del Ática. Era una prenda única, teniendo en cuenta las dimensiones de la diosa, y su confección era un secreto. Lo más importante era que cayera con elegancia y holgura sobre sus divinas formas. La vestidura era amplia y sin mangas y estaba rematada con pliegues escalonados que en la imaginación popular se convertirían en níveas grebas cuando Atenea se viera obligada a tomar su escudo y a empuñar su espada para velar por la seguridad de la polis.

Primero, la procesión avanzó por la Vía Panatenaica, atravesó el ágora y emprendió la subida por la colina de la Acrópolis pasando muy cerca de mi celeste morada. Cuando la abigarrada multitud discurría en la espiral, Ariadna me preguntó:

—¡Fritz! ¿Por qué no nos escapamos y entramos en la casa azul? Si no cometemos alguna locura durante la juventud ¿Cuándo lo vamos a hacer?

—¡Cállate, Ariadna! ¡Nos está mirando Platón!—la susurré al oído.

Más tarde la muchedumbre giró a la izquierda y se concentró en la pendiente que sube el collado que separa la Acrópolis del Areópago. Luego, cuando Eufrates hizo una señal y extendió los brazos, la cabalgata se detuvo enfrente de los Propileos y los victimarios ataron a las vacas y las sacrificaron en el ara que se encuentra frente al edificio de la asamblea y en el altar de Atenea Higía. Las mejores novillas y ovejas se ofrecieron, en medio de explosiones de alegría, canto, baile y música, a Atenea Niké¹⁰⁴ y a Atenea Poliada¹⁰⁵.

Luego las canéforas entregaron el Peplo a los sacerdotes y estos vistieron a la Gran Diosa y pusieron a sus pies los cien-

104 Niké: La Victoria.

105 Poliada: La Defensora.

tos de regalos, muchos cofres con joyas y piedras preciosas, que estarían allí unos días y luego desaparecerían entre las cámaras secretas de los templos.

Una vez que hubo concluido el sacrificio, se asaron las cien vacas, los terneros y los ovinos, y se celebró un banquete como nunca había visto en mi vida. El vino corrió a raudales y, como por arte de magia, amigos y enemigos olvidaron sus diferencias y, arrastrados por los seductores e hipnóticos efluvios dionisiacos, los que antes se odiaban no dejaban de abrazarse.

Los atletas y artistas que habían triunfado en las competiciones no dejaban de escuchar elogios y se codeaban con los hombres más poderosos y las mujeres más bellas del Ática, que se disputaban su compañía. Aquel día todos querían ser hermanos o amantes de los héroes. Y, como el cielo a veces es compasivo, incluso los miserables fueron tocados por un rayo de luz de Zeus y probaron un exquisito bocado y tomaron una copa de vino, dulce sustituto de la sangre y recuerdo del pacto que hicieron los mortales, tras recibir la llama prometeica, para no permitir que los odiadores del pueblo rompan la balanza y sucumba la civilización.

Ariadna y yo nos alejamos de la marabunta y caminando, sin darnos cuenta del sendero que pisábamos, acabamos, sorprendidos, a la entrada de la prisión de Sócrates. Allí nos sentamos sobre unas piedras y, cuando estuvimos a punto de darnos un beso, apareció casi ebrio —creo que nos había seguido— Eufrates, el arconte-rey, quien, tocándose la barba, me dijo:

—Ya me queda muy poco tiempo de reinado. Mereces un premio por conducir, cual epifanía de Teseo, la inmemorable parada que marcó el inicio de las Grandes Panateneas. Con la autoridad que me ha otorgado Epaminondas, pídemelo lo que quieras.

Yo desde hacía mucho tiempo tenía algo dentro que ansiaba sacar fuera y le contesté:

—¡Venerable Eufrates! Lo que más anhela mi alma es que se haga justicia. Me harías grandemente feliz si me dierais autorización para erigir una escultura de Clítia en la vía de los hombres y mujeres gloriosos de Atenas. Yo mismo sufragaré los gastos y me encargaré de que siempre esté atendida.

Eufrates me miró fijamente y enfatizó:

—Lo prometido es deuda. ¡Levanta esa efigie cuyas formas ya brotan de tu corazón! Sin duda, habrá más luz en la ciudad.

Luego, hizo una pausa y prosiguió:

—¡Ah, Fritz! ¡Se me olvidaba!—tengo un mensaje para tí. No sé si comunicártelo hoy o mañana cuando todos estemos un poco más serenos.

—¡Eufrates! Prefiero que me lo digas ahora, si no estaré toda la noche en vela y eso no es bueno, como sabrás, para el espíritu.

El arconte-rey nos lanzó una mirada profunda a mí y a Ariadna para intentar comprender la relación que nos unía y continuó, despacio, después de atraparnos con sus redes:

—Tu hermano Talos me ha enviado un pergamino, a través de Iris, en el que me dice que te comunique que está pendiente de todos los pasos que das en la vida. Te felicita por el éxito de la parada y, al final de la carta, se despide con enigmáticas palabras. Revela que él no pudo reprimir su enfado y que, con la ayuda de Poseidón, sopló para desviar tu lanza para que nunca alcanzara su objetivo. ¡Qué cosas tiene el gigante de Creta! ¿Es verdad que os unen lazos de sangre?

Como no me apetecía dar explicaciones, me callé, pero Eufrates siguió hablando:

—Soy muy malo interpretando oráculos. ¿Sabes qué quiso decir?

—Lo siento, Eufrates. Es un secreto de familia.

—Entiendo. No quería meterme en vuestros asuntos. Era sólo curiosidad. ¡Qué disfrutéis de lo que queda de las fiestas! —dijo—y se marchó andando con dificultad.

Pronto miríadas de estrellas empezaron a brillar y la calidez de la noche nos invitaba a yacer al aire libre. De repente, ví una luz de plata rayando el firmamento y, cogiendo a Ariadna de la mano, la pregunté:

—¿Quieres que subamos al Partenón y saludemos a Atenea?

—¿Por qué no? — me respondió Ariadna—y en un abrir y cerrar de ojos llegamos al Erectión —donde siguen las falsas cariátides—y entramos en la parte del santuario donde se levanta la impotente escultura de la hija de Zeus.

Cuando abrí la boca para presentársela a Ariadna, la diosa se quitó el casco con parsimonia —me imagino que debido al calor—y comprobé, aterrado, que tenía la cabeza excesivamente alargada, en forma de melón, lo que ridiculizó Afrodita en el juicio de Paris.

Sin prestar demasiada atención al cambio de color de mis ojos, me dijo:

—¿De qué me valen tantos regalos y tesoros si me estoy muriendo de sed? ¿Os habéis dado cuenta de que en los días de canícula el sol abrasa? ¡Fritz! ¿Qué llevas en ese pellejo?

—Se llama oinujo, una bebida de Tartessos que no te aconsejo probar, pues no está hecha para las diosas como tú, sino para los marineros apergaminados y endurecidos por los embates de los negros y bravíos toros que braman tempestades en el vinoso ponto.

—Si es bueno o malo para mí, eso lo decidiré yo ¡Fritz! Libérame del peplo que estoy completamente sudada. Hoy quiero sentir la brisa de la noche sin ese pesado regalo que acepto con resignación. Si me quito yo la prenda, el pueblo pensará que lo desprecio, así que hazlo tú para que la gente crea que ha sido un desalmado. Ahora obedece y acércame ese pellejo que ocultas con tanto celo.

Y, como la virgen era enorme, Ariadna tuvo que ponerse de pie sobre mis hombros y trepar por sus senos hasta apoyarse en un brazo y agarrarse a su nuca. Allí arriba le quitó el broche del peplo y este se desprendió quedando suspendido por debajo de su ombligo.

—¡Fritz! ¡Lánzame el pellejo! —gritó Ariadna.

Y, yo, que ya había mostrado mis habilidades en el lanzamiento de jabalina, hice un movimiento circular y logré colocar el pellejo en las mismas manos de Ariadna que en ese momento había entrelazado sus piernas alrededor del cuello de la Poliada.

Ariadna entregó el pellejo de oinujo a Atenea y ésta lo abrió con un ligero roce de los dedos y se puso a empinar el codo hasta que no quedó ni una sola gota.

En ese momento, sus ojos se entornaron y me pareció oír que decía ¡Ay, astuto Odiseo! Y, mientras Ariadna bajaba de su cuerpo como si fuera una ardilla, la diosa perdió el equilibrio. Luego se tambaleó unos instantes y, para no caerse al suelo, se apoyó en una columna que se quebró en cilíndricos pedazos.

Cuando Ariadna y yo abandonamos el lugar, Atenea Poliada dormía, con ligeros y pausados ronquidos, reposando su amelonada cabeza cerca de su olivo sagrado mientras los lobos aullaban cerca del Areópago y la Luna esquivaba las tijeras de las Parcas que querían ver como Selene descendía y se hundía bajo el mar.



VIII

Desde que abrí la parada de las panateneas muchos atenienses me llaman Teseo y circulan rumores en toda la polis en el sentido de que soy capaz de realizar grandes hazañas que están vetadas al resto de los mortales. Eso no me hace ninguna gracia porque sé que detrás de esa propaganda mueven los hilos mi hijo Filemón y mi nuera Higia que cuentan historias de mí que nada tienen que ver con la realidad. Aunque me siento incómodo con mi nuevo estatus, tiene sus ventajas. El Areópago no sólo me autorizó a erigir la estatua de Clítia en la vía de las mujeres gloriosas de Atenas, sino también a levantar otras dos, cerca de un templo egipcio, de Anhura y Nefer. Ahora me encuentro más tranquilo y, aunque sé que su estela viaja en el infinito, cumpliéndose la voluntad de Zeus, su presencia, aunque sea en bronce, me hace tenerlas más cerca y soñar de vez en cuando que están tan vivas como yo. Tal vez, cuando yo me marche, alguien esculpa mi efigie a su lado y los cuatro miremos con compasión a los humanos que encenderán incienso a nuestros pies y nos harán libaciones. Cada vez que pienso en lo brevísima que es la vida me entran escalofríos. ¿Qué es mejor? ¿Desaparecer y regresar en forma de esfinge o morir al poco tiempo de nacer como una mariposa que se abrasa ante la luz? Me temo que no hay mucha diferencia, aunque nuestra vanidad nos diga que es posible disfrutar desde la otra orilla de lo que hagan nuestros descendientes. De ese y otros pensamientos se ríe el viejo Caronte cuando ve llegar a las pálidas siluetas de

hombres y mujeres que, para no morir de miedo, charlan animadamente porque, cuando la copa ha caído al pozo, no es bueno escuchar el silencio. Me imagino que a estas alturas ya sabréis que el silencio es el lenguaje de los muertos. Siempre tuve curiosidad por ir abajo, ya que el Olimpo lo intuía y, además, había tenido relaciones de todo tipo con sus moradores. No penséis ¡Queridos mortales e inmortales! que mi deseo por conocer el Inframundo era algo insano o un intento de emular a Orfeo o a Odiseo. ¡Qué va! Lo que yo quería era conocer a Perséfone, salvarla y convencerla de que viviese eternamente en la tierra para que terminasen los fríos inviernos boreales y la diosa Gea se vistiera siempre de primavera. Con esos planes ocultos en mi corazón, volví a ser centauro encima de Arión y me dirigí a la taberna de El Pireo. Tras acomodarme en mi trípode favorito, dí unas palmadas en el aire, y grité:

—¡Antínoo, tengo sed! ¡Traéme tres cimbias de oinujo y un racimo de uvas!

Mi amigo llegó corriendo y me preguntó:

—¿Cómo quieres las uvas, blancas, negras o pasas?

—Mezcla las tres —le dije— me gusta la variación.

El mesonero fue a la bodega y volvió con una fresca jarrita de cerámica decorada con escenas dionisiacas, cuyo delicado cuello estaba rematado por dos serpientes entrelazadas cuyos diminutos ojos brillaban con destellos de Gorgona. Una amarilla, era la hembra, y la otra, verde, el macho. Por ambas parecían correr el veneno —que cura o mata—y la poderosa energía sexual que lo mismo se transmuta —si el miembro pertenece a un monstruo o a un dios—en un canto a la creación o a la destrucción. Cuando Antínoo quitó el lacrado a la redoma, los intensos aromas de Tartessos se convirtieron en encendidos tábanos de afilado agujijón y penetraron por mi nariz prendiendo ásperas ruedas de fuego en mi garganta.

Tras beberme de un trago la primera cimbia, aparté las uvas de mi vista y me dirigí a Antínoo:

—He cambiado de opinión, sírveme unas aceitunas. No me importa que no sean de los olivos sagrados de Atenea. Eso sí, me gustaría que tuvieran el sabor del mar.

Y, cumpliendo mi pedido con celeridad, se sentó a mi lado y me habló con estas aladas palabras:

—¡Oh, amigo! Ya no me siento satisfecho con el trabajo que hago aunque me esfuerzo, como aconseja Hesiodo, todos los días. Es cierto que vivo una vida digna porque no tengo que mendigar a nadie, pero me gustaría también cultivar un poco mi espíritu. A veces me hago preguntas que me inquietan y perturban el ánimo.

—Estoy de acuerdo contigo ¡Caro, Antínoo! No sólo de pan vive el hombre. Díme ¿Qué quieres saber? Yo he escuchado a Platón muchas veces y, aunque soy un mal discípulo, tal vez, recordando sus enseñanzas, pueda sacarte de alguna duda y llevar sosiego a tu alma.

—Me da vergüenza decirlo, pero me gustaría saber las respuestas de las tres preguntas que se hacen frecuentemente en el ágora: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿Adónde vamos?

—Antínoo, me temo que no te voy a poder ayudar mucho. Hasta ahora no he conocido a nadie que sepa responder de forma convincente a las eternas incertidumbres del hombre. Primero, hay que empezar por lo más próximo y, una vez que aprendamos a limpiar el pequeño patio de nuestra casa, podemos ampliar las fronteras de nuestro microcosmos.

—Bueno, me imagino que no hay que complicarse la vida y disfrutar, sin hacer demasiadas indagaciones, de lo que tenemos.

—Así me habló mi padre hace mucho tiempo—le contesté—. Creo que esa es una buena elección.

—¿Estás seguro? —me respondió.

—¡Mira, Antínoo! Lo único seguro es la muerte. Pero como te veo con ganas de aprender a sembrar el huerto que todos cultivamos en nuestros sueños, te diré que yo ya no pierdo el tiempo con adivinanzas cuyo descifre sólo conocen los dioses.

—¿A qué te refieres con eso?

—¡Escucha! Yo he empezado a hacerme preguntas con respuesta. A eso lo llamo cuestiones prácticas que pueden solucionar los auténticos problemas del hombre.

—¿Me puedes poner un ejemplo? —enfaticó Antínoo presa de la curiosidad.

—¿Por qué no?—le contesté—. Cada vez que hablo con una persona y no tengo claro lo que quiere decir o lo que pretende, la pregunto ¿Adónde me quieres llevar?

Hice una pausa, me bebí la segunda cimbria de oinujo, y proseguí:

—Si nuestro acompañante es una amante, la reacción es obvia ¿No te parece? Si nuestro interlocutor es una persona que no deja de tocarse el ombligo y vemos que cada día le crece la barriga, su insolencia está clara también ¿No te parece? Si nuestro guía es Platón, tampoco hay que tener mucha imaginación para intuir lo que desea. Pero, Antínoo, ¿qué pasa cuando es el pueblo el que pregunta a su gobernante ¿Adónde nos quieres llevar?

Mi amigo se arrascó unos momentos la barbilla y respondió:

—Me imagino que es un derecho básico de los ciudadanos exigir a los gobernantes que hablen sin máscara, sin necesidad de consultar al oráculo

—¡Claro, Antínoo! ¡Estás en lo cierto! Pero hay algo más, cuando el pueblo dice a los poderosos ¿A dónde nos queréis llevar? Ya está haciendo una pregunta desconcertante, tal vez desesperada, que no debería plantear, pues cuando los ciudadanos se sienten bien dirigidos conocen muy bien hacia dónde van, por qué y los pasos que hay que dar para llegar al puerto.

Hice otra pausa y me bebí la tercera cimbia de oinujo. Noté como se me quemaba la lengua y continué:

—Díme, Antínoo. ¿Quién se subiría a un barco con un capitán que no sabe adónde ir, que desconoce las rutas marítimas, los peligros de los arrecifes, los principios básicos de la astronomía y que, además, no tiene ni idea de cómo se coge el timón, se izan y se repliegan las velas? Que lo único que conoce bien es cómo arrojar una copa de oro al mar para aplacar la ira de Poseidón.

—No sé que desdichado se embarcaría en esa nave, yo desde luego, no—contestó Antínoo mirándome con preocupación.

—¡Oh, Antínoo! ¡Eres demasiado comedido en tus respuestas! Sólo zarparían con él dos tipos de hombres: los locos y los esclavos. Y después de esta reflexión, te pregunto: ¿Adónde puede llevarnos un timonel que conduce un barco cargado de locos y esclavos y que encima no sabe a qué ha salido a la mar, qué mercancías debe cargar y en qué puertos recalar?

—¡Fritz, para de hablar! Me ha empezado a doler la cabeza. ¿Puedo ir a por más oinujo?

—Claro que sí. Trae del mismo pellejo. Estaba buenísimo.

Cuando Antínoo vino con varios porroncitos forrados con cuero, alzamos las redomas y brindamos varias veces por las mujeres, el amor y la amistad. Luego, sorprendido con mi ca-

pacidad de aguante a las abrasadoras embestidas dionisíacas, me preguntó:

—Ahora hablando en serio, Fritz, ¿Sabes tú, quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos?

—Primero —le contesté— ¿A dónde me quieres llevar?, y él sonrió.

Luego apoyé el índice en la sien, y le dije:

—Déjame pensar: Yo soy un robot, vengo de mis padres y siempre voy, porque es el lugar en el que más cómodo me encuentro, a tu taberna. ¡Caro amigo!

Le emocionaron tanto mis palabras que nos levantamos, nos abrazamos sucesivas veces, nos sentamos, regresamos a por más oinujo y volvimos a charlar animadamente. Cada vez que salía una estrella, vaciábamos un porroncito o una cimbria.

Cuando Antínoo se quedó dormido, le llevé a la estancia—vivienda que había contigua a la taberna—que sólo se solía usar en ocasiones especiales—y yo, haciendo esos, incluso círculos perfectos que me dejaban en el mismo lugar, avancé con dificultad hacia Arión que, tras alzar una pata con la que estuvo a punto de golpearme en la frente, me regañó malhumorado:

—¡Parece mentira que hace sólo cuatro días representases a un semidiós! ¿Crees que con hombres como tú puede progresar la humanidad? No sé como Platón no sólo no te ha echado del ágora, sino también de Atenas, a patadas. Eres un mal ejemplo para tus amigos, tus amantes y para todos los animales del establo, incluso para el burdégano. Si sigues así, pido el exilio y me voy a Persia o a Egipto.

Haciendo caso omiso a sus palabras, me subí con temple a la bestia y nos dirigimos con paso lento a la cala donde solía recibir a los heraldos de mi padre.

Estaba tan beodo que empecé a besar en la cara a Arión y, acariciándole las crines, le dije:

—¡Qué pena que eres como eres! ¡Si fueras una bella ninfa me casaría contigo! ¡Te compraría las túnicas y los ceñidores más eróticos del Ática!

Arión me atravesó con ojos como lanzas y se apartó a varios codos de mí haciendo un gesto desagradable con el hocico.

Ya avanzada la noche, eché varias cabezadas y me desperté con la cabeza despejada.

¡Qué habré hecho! ¡Qué habré dicho! Me pregunté mientras me acercaba lentamente a la orilla del mar para meter mi testa debajo del agua y refrescarme el rostro.

Al sentirme espabilado, me absolví a mi mismo de mis debilidades y volví a encauzar mis energías por el camino recto. Voy a rescatar a Perséfone —me repetía—, y con eso me convertiré en un segundo Prometeo.

Con esos elevados pensamientos, me reconcilié con los hombres y los dioses y me convencí de que todos éramos necesarios para llegar a las fronteras donde las esferas del conocimiento se funden con los círculos de la luz.

Arión en ese momento se puso a piafar y su cuerpo empezó a brillar con un blanco resplandor en la oscuridad. Abrí los ojos para cerciorarme de lo que estaba ocurriendo y ví que la bestia corría hacia la orilla para dar la bienvenida a Iris que con una inefable sonrisa dio de comer al caballo las manzanillas de la mandrágora y le agarró de las riendas para acercarse a mi lado.

—¡Hola Fritz! Veo que estás decidido a emprender una misión que hasta Zeus y tu mismo padre desaconsejan. Me han dicho que si fracasas no podrás regresar jamás al mundo de

los vivos. Así que, piénsalo bien, no desafíes a Hades, quédate en Atenas y no trates de subvertir el orden establecido.

—Iris—la contesté—Soy un poeta, un aedo, y el pueblo espera grandes hazañas de mí. ¿Te parece justo que Bóreas y los gélidos inviernos que nacen de sus costillas sieguen con sus guadañas de hielo los campos donde siempre debería haber primavera y crecer los árboles frutales?

—¡Es una locura, Fritz! ¡Recupera la razón! Si vas, nunca volveremos a verte. ¿Acaso has olvidado ya nuestro amor?

—Ahora no es el momento de pensar en mi mismo. Díme lo que tengas que decirme y no te interpongas en mi camino. Deberías saber que mi destino es elevado, que está guiado por fuerzas sobrenaturales y que ya no hay marcha atrás.

Y, cuando Iris vio que era imposible hacerme cambiar de opinión, se sentó a mi lado de puntillas y me entregó una pequeña bolsa de piel de cabra.

—Aquí—me dijo—están las redes invisibles de Hefesto. Tú ahora no las puedes ver, pero lo harás cuando llegue el trance de mayor peligro. En ese instante, cógelas y atrapa a Hades. Si tienes suerte y lo capturas —lo que es casi imposible—, podrás escapar. Si yerras en el lanzamiento, prepárate para servir al dios del Inframundo. ¡Ya verás lo que es bueno! ¡Ah, se me olvidaba! Una vez que hayas cubierto a Plouton¹⁰⁶ con esa arma, tu podrás observar todos sus movimientos, pero la visión del Polidegmon¹⁰⁷ chocará contra el campo magnético y estará como ciego por lo que no podrá enterarse de nada de lo que ocurre a su alrededor. Sentirá una gran impotencia. Me imagino que eso lo encolerizará.

106 Plouton (Riqueza en griego). Con ese eufemismo se referían los griegos a Hades. Como vivía en el ultramundo sus riquezas —minerales y metales preciosos—eran inconmensurables.

107 Otro de los nombres de Hades. Significa “El que recibe a muchos”.

Cogiendo el saco con una mano, la acaricié su guedeja con la otra y ella, abriendo sus alas, se quedó observándome a unos diez codos de altura.

—Vete, Iris—la dije—. Realizaré una hazaña como la que jamás has oído hablar en tu vida. Algún día te sentirás orgullosa de mí y guardarás eternamente, como un tesoro que llevarás dentro del corazón, el recuerdo de haberme conocido.

La mensajera de los dioses sonrió y, tras aconsejarme que llevara ropa ligera y disfrutara de las aguas termales, emprendió el vuelo mientras la Aurora cubría y teñía el éter con sus rosados dedos y derramaba su cabellera por el vinoso ponto.

Estoy seguro de que si Iris no hubiera dado de comer a Arión las bayas de la mandrágora que trajo del Olimpo, la bestia jamás me hubiera acompañado a las puertas del Inframundo. Mi caballo era un ser racional y por nada se hubiera embarcado en una aventura en la que lo único que se veía claro era el peligro.

Reconfortado por el encuentro con Iris, me acerqué al caballo, me até la bolsa a la espalda y, subiéndome de un salto, grité a Arión:

—¡Ha llegado el momento de demostrar al mundo por qué somos inmortales! Pronto verás como el pueblo adora tu equina escultura en el ágora. ¡Vuela y llévame a los confines de los reinos de Zeus y Poseidón! ¡No te detengas hasta que olamos el azufre y el ensordecedor zumbido de los ríos de lava donde son arrojados, día tras día, tras ser despellejados, los difuntos que vivirán eternamente en el Tártaro! ¡No pares hasta que tus cascos enrojezcan, como brasas volcánicas, y calcinen la tierra! ¡Hasta que lleguemos a la frontera que separa los gloriosos espacios de Apolo del aterrador imperio de las lúgubres y lóbregas sombras, donde espesas nubes de murciélagos impiden que llegue el más mínimo haz de luz!

Después de sobrevolar bosques, llanuras, ríos y montañas, llegamos a un valle desprovisto de vegetación que se estrechaba en un camino de inmensas, largas y aplanadas plataformas de pizarra que desaparecía entre una densa y vaporosa niebla que parecía salir de manantiales subterráneos que estaban en ebullición. Arión descendió y se posó con majestuosidad al final del sendero. Me bajé del caballo con la determinación de continuar sólo ya que, aunque la bestia quiso seguirme, estaba bajo los efectos de la mandrágora y no sabía lo que hacía. Le acaricié la frente, le susurré al oído que me esperase y, tras asegurarme que llevaba la bolsa de cabra, penetré en la nebulosa y húmeda cortina que rápidamente me envolvió la vista obligándome a andar a ciegas en un terreno cuya fuerza telúrica te aprisionaba la garganta. Luego separé las nubes con mis manos y vislumbé, sentado al borde de un embarcadero, a un pobre infeliz que por su aspecto llevaba poquísimos tiempo muerto. Estaba muy desorientado y se notaba que aún no le habían informado de que la vida le había jugado una mala pasada.

Me acerqué despacio, sin meter ruido y, tras ponerle suavemente una mano sobre el hombro, me dirigí a él con estas aladas palabras:

—¡Oh, ánima en pena! ¿Llevas mucho tiempo esperando? A lo mejor Caronte no viene hoy. A él le gusta llevar a los difuntos en grupos organizados. Tal vez piense que es una pérdida de tiempo hacer un viaje para coger a un solo fiambre.

El hombre, que debía tener menos de cuarenta años, dio un grito y empezó a correr, pero, al contrario de lo que ocurre con los vivos, aunque movía las piernas a gran velocidad, continuaba en el mismo sitio.

—Perdóneme si te he asustado —le dije—, pensaba que a estas alturas ya nada podría sorprenderte. Veo que todavía no has roto totalmente los hilos con el pasado. No te alteres. Respira profundamente y relájate. Ya verás como todo trans-

curre con normalidad. Lo peor que puedes hacer ahora es acobardarte, mostrar miedo. Si Minos, Radamantis y Éaco,¹⁰⁸ te ven nervioso, pensarán que ocultas algo malo y te mandarán sin contemplaciones al Tártaro.

—¿Pero qué dices?—contestó el viajero malhumorado—. Yo no voy a ninguna parte. Esta noche tengo una cita con mi mujer para ir a cenar a casa de sus padres.

Luego me miró de arriba abajo, sin darse cuenta de lo pálido que estaba y de que ya no le fluía la sangre, y me preguntó:

—¿Es la primera vez que vienes a este lugar?

—¡Claro!—contesté—aquí sólo se viene una vez.

Después intentó imitar a los vivos y, forzando una mueca de simpatía que no encajaba en su personalidad, se despidió de mí con extrema precaución y utilizando un tono bajísimo de voz. A continuación, se disculpó por las prisas que tenía y me pidió permiso para regresar a su hogar. Tras cerciorarme de que había perdido el contacto con la realidad, decidí, para su bien, abrirle los ojos:

—Buen hombre—le dije con dulces palabras—, veo que eres una persona mayor, pero que todavía no has madurado lo suficiente. A lo mejor no te has dado cuenta, pero Thanatos ya volcó tu copa en el pozo. Ahora estás muerto y se acabaron las cenas con tu esposa. Yo en tu caso, me olvidaría de ella y prepararía a conciencia el juicio que te espera pues no es ninguna broma ser condenado a pasar la eternidad en el Tártaro.

—¿Muerto yo? Si todavía estoy fuerte como un novillo—puntualizó tocándose los ralos pelos carbonizados que le quedaban en la insinuante calavera.

108 Los tres jueces del Inframundo

Tras decir esas incoherencias se calló. Luego comenzó a silbar y después empezó a reírse.

Yo, al verle en ese estado, comprendí que se había replegado en sí mismo, así hace un caracol cuando le tocas los cuernos, porque ya no tenía ninguna confianza en mí. Había sido rudo con él y el hombre había optado, como mecanismo de defensa, por una actitud regresiva. Me reproché mi absoluta falta de tacto y sensibilidad. Sin quererlo —tal vez por mi innata nobleza y por un exceso de sinceridad—, había sido demasiado cruel con él. ¡Además, qué importa que sea un difunto si hay mucha gente que está muerta y lleva una vida normal!

Mientras reflexionaba así, me acordé de la charla que había tenido con Antínoo y, dando unas palmaditas en la espalda del desconocido, le dije:

—En este mundo es bueno tener amigos. Hablar. Ser simpático. Así que cuando venga Caronte inicia una conversación con él. Si no se te ocurre nada, pregúntale: ¿A dónde nos quieres llevar?

El desplazado, terco como una mula, intentó demostrarme que estaba vivo y, cuando se disponía a coger una piedra del suelo para que viera que sus músculos aún respondían a las órdenes de su mente, una sombra de ultramundo apareció entre las tinieblas. Su escalofriante y descarnada figura remaba silenciosamente mientras la barca avanzaba renqueante abriendo con su mortecina quilla cóncavos pasillos de agua en la tenebrosa superficie del Aqueronte¹⁰⁹. Cuando la nave chocó ligeramente contra el embarcadero, el barquero se ajustó la capucha a la calavera y, dirigiéndose a mí, me dijo con fúnebre y cavernosa voz:

109 En el Hades había cinco ríos: El Aqueronte (Pena); El Lete (Olvido); El Estigia (Odio); El Flegetonte (Fuego) y El Cocitos (Lamentos).

—Fritz, por favor, ayúdame a cargar con el muerto. Éste es de los peores. Todavía se cree que está vivo y, si no le calmamos, se puede poner nervioso y habría que atarle. Una vez un difunto estuvo a punto de hacer zozobrar la nave. Yo ya no tengo ni edad ni paciencia para permitir altibajos a los viajeros, lo que ahora se llama trastornos bipolares. Así que, como no quiero invocar a Hades, da un empujoncito a ese desdichado y dile que no cause problemas durante la travesía.

—Lo siento, Caronte, yo no he venido aquí a hacer de esquirol, así que, o le agarras de la túnica y le metes en la barca, o le dejas en la orilla hasta que recupere la conciencia y te entregue el óbolo sin rechistar.

Cuando el barquero se levantó, cubriendo con una pavorosa y espeluznante sombra al occiso, éste se dio cuenta de que ya no había escapatoria e intentó retroceder. La alargada figura avanzó y le sujetó del pecho con sus huesudas manos al tiempo que el finado, tras gritar ¡No! ¡No! ¡No! repetidas veces, se desmayó. Caronte me miró con sus cuencas vacías y, dándome la espalda disgustado, cogió al fallecido con sus esqueléticos brazos y, tras colocarle sobre una banca de madera, me invitó a subir. Luego empezó a bogar y desaparecimos entre la espesa bruma.

En ese momento me acordé de que llevaba varias noches sin dormir a pierna suelta y le dije a Caronte:

—Si no te importa, voy a echar una cabezada. ¿Me puedes avisar cuando aparezca Cerbero?

Su silueta permaneció impassible y no se dignó a contestarme.

Cuando estaba a punto de entregarme a los arrumacos de Morfeo, se despertó el cadáver y se quedó mirando, petrificado por el horror, a Caronte. Yo me desvelé, al ver la cara de mi acompañante, y ya no pude volver a pegar ojo.

Al cabo de un rato, Caronte se relajó y soltó los remos. Luego se agachó, cogió la guadaña que tenía al lado de los aparejos y se puso de pie. Cuando estaba totalmente erguido, cual frío mensajero de la muerte, comprobamos el prodigio de que la barca avanzaba sola hacia la otra orilla.

El desdichado, de espíritu monotemático, se atenazó a mi brazo al ver que la nave se movía por la ligera brisa que soplaba en la hoja de la guadaña y, cubriéndose la boca con la palma de una mano, me dijo:

—Estoy paralizado por el miedo. Si tuviera coraje me suicidaría. Me arrojaría a las aguas para morir ahogado o ser devorado por los monstruos del Aqueronte.

—¡Ay, buen hombre!—le recriminé—. Hay que armarse de valor. Lo mismo que en el mundo de los vivos, la esperanza es lo último que se pierde. Aquí, en el inframundo de los muertos, el sentido del humor es lo último que debería de perderse.

Al llegar a la otra orilla del Aqueronte, le pedí a mi acompañante que pagara dos óbolos a Caronte, ya que yo no tenía cambio y quería guardar mi moneda de diez dracmas de plata para otra ocasión más festiva. El difunto, que ahora empezaba a confiar en mí, me hizo caso y le entregó las dos monedas de bronce.

Cuando el barquero se desvaneció entre la bruma, aparecieron seis ojos rojos avanzando hacia nosotros y el destello de unos acerados colmillos que rechinaban endemoniadamente en la oscuridad. De pronto, se hizo la claridad, y vimos como Cerbero abría sus tres bocas dando dentelladas a diestro y siniestro. De repente, aceleró la carrera y se dispuso a saltar sobre mí. Fue en ese momento en el que, gracias a mi espíritu proteico y mis ojos heterocromos, puse en práctica un ejercicio, para dominar a las fieras, que me enseñó Artemisa en los bosques del Parnaso. Aún recuerdo sus palabras:

—Cuando veas a una bestia, Fritz, no la mires a los ojos, sino en el entrecejo. Porque si haces lo primero y la dejas que lea tu mirada, si atisba el más mínimo indicio de miedo, se crece, toma ventaja de tu debilidad y te destroza con la rabia de las fieras que nacieron para despedazar.

Yo, que no tenía ganas de librar una lucha a muerte con Cerbero, me concentré en su primera cabeza y, utilizando la treta de mirar de reojo, o a lo Rajoy, le puse mi ojo izquierdo en el entrecejo; luego, el segundo se lo coloqué en el entrecejo de la segunda testa, y su tercera mollera, que no sabía a dónde dirigir la vista, ya que el difunto estaba escondido detrás de mí, se quedó desorientada. Sin desviar mis dos ojos de los dos entrecejos que había seleccionado, me acerqué lentamente a Cerbero y, tras levantar las dos cabezas que tenía hipnotizadas, las choqué con todas mis fuerzas al tiempo que escuchaba el broncíneo lamento del crujir de sus huesos. Luego cogí la tercera cabeza, que estaba desconcertada, y la golpeé con las otras dos testas, al igual que un campesino rompe una nuez con dos piedras, dejando al animal fuera de combate.

Luego entramos por la boca de una sulfurosa caverna de la que no dejaban de salir vapores y, tras andar entre laberintos estrechos y rocosos, nos encontramos con la primera región del Hades: los Campos de Asfódelos, donde vagaba un mar macilento de difuntos que esperaban que les tocara el turno para compadecer ante el tribunal de los Tres Jueces. En ese momento comprendí al venerado Sófocles cuando al hablar de Plouton decía que es inmensamente rico porque no deja de enriquecerse con los suspiros y las lágrimas de los que van a parar a sus extensos reinos. Sobre las testas de los interfectos no dejaban de pasar bandadas de murciélagos que agitaban sus alas emitiendo ensordecedores gorjeos y caían en picado para morder con sus incisivos caninos sus desvenecijados rostros o rozarles el cráneo con sus repugnantes falanges desprovistas de uñas. Allí me despedí del muerto que

me acompañó en la barca y, antes de marcharme, traté de consolarle con estas palabras:

—Es imposible que escapes de aquí. No te dejes llevar por el desánimo de la mayoría y disciplínate. Ahora lo mejor que puedes hacer es ser práctico y buscar buenas compañías. Ya sabes lo que dijeron los sabios de la antigüedad: siempre un amigo, aunque sea en el Tártaro. Ni se te ocurra pensar que eres mejor que los que te rodean, eso te llevará a la soledad. ¿Cómo deseas vivir en el Inframundo? ¿Sólo o acompañado?

—Tendré en cuenta tus recomendaciones — me dijo golpeando a un murciélago que trataba de clavarle sus dientes en el cuello.

—No sé si te veré a la vuelta —contesté—y proseguí mi camino.

Tras atravesar los Campos de Asfódelos llegué a la región del Érebo donde los difuntos llenaban sus cazos y saciaban su sed con las aguas del río Lete. En otro lugar vislumbré la laguna de Mnemósine donde los sabios y los iniciados en los misterios bebían haciendo una concha con las palmas de sus manos. Avancé, sin detenerme a probar el agua de esos lugares, y pronto me encontré con la población de desplazados más triste del mundo. Ex vivos de todas las razas y estatus sociales formaban una larga fila que terminaba en el ante patio del palacio de Hades y Perséfone. Allí esperaban, impasibles e implacables, Minos, Radamantis y Éaco, sentados sobre sus pesados y sombríos tronos de patas de leones y serpientes.

—¡Fritz! ¿Qué haces aquí?—me preguntó Radamantis.

—He traído un regalo para Perséfone por encargo de Zeus y de su madre Deméter. Mi misión es secreta, los otros olímpicos la desconocen, así que no agitéis en vano las alas de Hermes.

—Nosotros estamos ocupados con otros asuntos, así que sigue tu ruta y cumple con tu deber—señaló Éaco.

Tras despedirme de ellos, me detuve en el Trivium consagrado a Hécate, punto de partida donde se bifurcaban las Tres Vías por las que pasan las almas tras ser juzgadas. Los que no habían hecho nada especial para merecer un premio, eran devueltos al Campo de los Asfódelos; los que habían sido injustos, miserables y despiadados, eran conducidos por el sendero que lleva al Tártaro y los héroes y virtuosos recibirían su recompensa y serían guiados por el camino que conduce a los Campos Elíseos.

A una señal de Minos, Radamantis y Éaco, los guardias que custodiaban la entrada del palacio de Hades y Perséfone golpearon el suelo con sus tridentes y me abrieron las puertas haciéndome una reverencia.

Primero ascendí por una escalinata de oro y entré en una amplia estancia de ébano donde había esculturas de mármol negro de los Doce Olímpicos. Cada uno de ellos estaba flanqueado por arpías, hipogrifos, gorgonas, basiliscos y quimeras que permanecían en estado de hibernación y esperaban una orden de Hades para descongelarse y causar una auténtica carnicería en el Tártaro. Luego atravesé un pasillo con paredes cubiertas con incrustaciones de diamantes — de un brillo cegador—de todas las formas imaginables, tamaños y colores, a cuyos lados había multitud de cámaras, custodiadas por parejas de Cerberos atados con gruesas cadenas, en donde se acumulaban montañas de oro en polvo, plata, platino, y tal inmensidad de piedras y metales preciosos, que ni una millonésima parte de todo aquello podría caber en los palacios de todos los reyes del mundo.

Más tarde crucé un puente que se levantaba en arco sobre un río de lava y entré en otra residencia más suntuosa que

la anterior. En la puerta principal me encontré jugando a los dados a las Erinias —las tres hijas de Hades y Perséfone—: Tisífone, Alecto y Megera.

Las pregunté si habían visto a su padre y a Perséfone y me dijeron que Hades había salido esa mañana muy pronto con su cetro de dos puntas y su pavoroso carro oscuro tirado por cuatro bestias infernales para conducir a la última tanda de condenados al Tártaro.

—Nuestra madre está dentro, no sé si querrá recibirte— me dijo Alecto señalándome con el índice una puerta lapislázuli.

—Voy a intentarlo—las dije—, y entré en la antesala del palacio mientras las Erinias seguían jugando a los dados enfrente de un espejo por el que pasaban difuntos que aún no habían saldado sus cuentas con el pasado.

Nada más poner pie en esa estancia, me encontré con varios demonios de color amarillo, marrón y negro que daban grandes saltos y agarraban en pleno vuelo a decenas de murciélagos que revoloteaban en el techo. Una vez que cogían a su presa la devoraban cruda con violentos mordiscos a pesar de los espantosos chillidos que emitían los quirópteros, muchos de los cuales se acababan de alimentar con la sangre de los muertos.

Los incubos pensaron que era amigo de las Erinias y ni prestaron atención a mi aspecto de héroe homérico. Estaban demasiado ocupados con su labor y además sabían que nadie llegaba hasta este punto del Hades sin un salvoconducto del Olimpo.

Aparté a unos murciélagos que quisieron picarme en los ojos y entré en la sala de columnas donde supuestamente se hallaba Perséfone.

Al fondo de la estancia se encontraba el trono de Hades flanqueado por dos lanzas de doble punta con la forma del narciso y el ciprés. El piso estaba formado por un tablero de rombos negros y blancos sobre los cuales había esculturas de ébano y marfil de Anubis. Había también varias copas de oro que habían sido arrojadas recientemente al suelo. Sobre una mesa ovalada con patas de alabastro de animales antidiluvianos había siete platos de oro con el fruto del granado. Al lado de cada uno había una llave, una clepsidra y una reproducción del ojo de las Grayas. No hallé rastro de Perséfone y continué por un pasillo que daba a exquisitas y elegantes estancias palaciegas que rebosaban de los lujos que saturan a los dioses. Al final me topé con un jardín de rocas volcánicas en donde había tres piscinas. Una de agua hirviendo. Otra de agua templada y una tercera de agua fría. El agua entraba por unas bocas de león y salía por los relucientes anos de unos demonios y hadas de oro —todas reproducciones de hijas de Hades—renovándose continuamente. En ese paradisiaco lugar hacía una temperatura ideal. ¿Quién decía que los dioses del Inframundo no conocen los placeres del Olimpo? Nada más falso que eso. Al llegar allí, te daban ganas de despojarte de todo y decir: aquí me quedo.

Atravesé el jardín y aparecieron unas puertas de madera aromática en cuyo marco reptaban y se entrelazaban serpientes multicolores de lengua bífida que silbaron nada más verme mirándome fijamente a los ojos. Agarré a una del cuello y la estrellé contra una pared, las demás se escurrieron entre oscuras grietas rocosas en las que, si ponías el oído, se escuchaban hechizantes voces femeninas que nublaban la razón.

Anduve unos pasos y mi nariz me llevó hasta unas escaleras de mármol que terminaban en un río de aguas plácidas de dorados resplandores. Allí vi una góndola de color verde a cuyos lados se habían pintado las efigies de Hades y Perséfone, y, tras acomodarme en ella, empecé a remar siguiendo

la dirección que mostraba una serie de esfinges con cola de serpiente, cuerpo de cabra y cabeza de león. Al terminar la travesía, amarré la barca y subí nuevamente por unos escalones que conducían a una gruta cubierta totalmente de musgo. En aquel lugar no había ni bichos ni ofidios. Se notaba que una divinidad, pura y virgen, vivía allí. Tras andar unos pasos me tropecé con otra puerta que estaba ligeramente abierta. Pasé el umbral y me encontré con una magnífica sala, cuyo suelo estaba cubierto con pieles de fieras, en donde había varias hadas con pequeños cuernos rosados en la frente que estaban dando un masaje, al son de la música del harpa, a Perséfone, criatura de una belleza tan elevada que no aconsejo contemplarla a los mortales si quieren prolongar su breve existencia sobre la piel de Gea. Aquella diosa tenía el seductor poder de paralizarte con sus pupilas y, sin proponérselo, convertirte, al instante, en su esclavo.

No quise meter ruido y me dediqué a ver, como hipnotizado, como las hadas soltaban y sedaban los músculos de la hija de Deméter mientras ésta cerraba los ojos y alargaba su mano derecha para coger una copa con el néctar del granado y llevársela a sus volcánicos labios. Al notar que alguien la estaba desnudando y palpando con la mirada, se apoyó sobre las manos y levantó la cabeza, cual pantera que ha olido la sangre, y me lanzó una llamarada de fuego con sus rasgados y bellísimos ojos verdes provocando un inflamado deseo en mi interior que me abrasaba las entrañas y envolvía en llamas el corazón. Su larga cabellera de un intenso color negro azulado brillaba con el fulgor de la noche más estrellada. Su guedeja caía en torrentes de bucles que se desparramaban en su bellísima espalda que terminaba, como una suave ola carnal, en unas preciosas nalgas que se insinuaban como melocotones robados de un árbol impuro y sediento de savia. Sus irresistibles y candentes labios, húmedos y entreabiertos, exhalaban besos al amor apasionado que convierte los muros en papel y los deshace en cenizas. Sus rosados y firmes

senos se alzaban orondos y felices en sus erectos pezones, cual fruta prohibida que los dioses apartan de los hombres para que no enloquezcan. Su cuerpo, que ocultaba la belleza de la serpiente y la sabiduría de todas las diosas, parecía una creación perfecta de Apolo y Afrodita que, además de dotarla de hermosura, la habían iluminado con la inteligencia del rayo de Zeus. ¡Ahora entendía mejor que nunca por qué Paris raptó a Helena desencadenando la guerra más devastadora de la antigüedad! Había venido a liberar a Perséfone y ahora necesitaba que ella me liberase a mí. ¡Ay, pobre de mí! ¡Qué débil me estaba haciendo en el Inframundo!

Cuando Perséfone me dio a entender que se había puesto en celo y que podía poseerla en ese mismo instante, advertí que mi miembro crecía a gran velocidad y, al notar que me miraban las hadas, me coloqué rápidamente la bolsa piel de cabra delante de mi inquieto bálano para no escandalizarlas.

La hija de Deméter empezó a jugar con su guedeja y, dejando caer sus estrellados bucles sobre sus senos, me preguntó sin poder ocultar la gran atracción que sentía por mí:

—¿Quién eres? ¿A qué has venido aquí?

—¡Majestad!—la dije—me gustaría hablar contigo en privado. Dí a las hadas que nos dejen solos.

Perséfone hizo un gesto y los súcubos abandonaron la estancia, con tridente en mano, dando pequeños latigazos en el suelo con sus encarnadas colas.

—¡Oh, adoradísima hija de Zeus y Deméter!—proseguí—. He venido aquí a salvarte. A sacarte para siempre del Inframundo. Vístete pronto, antes de que llegue tu marido, y sígueme. No tenemos tiempo que perder. Mi caballo Arión, más veloz que Pegaso, nos espera al otro lado del Aqueronte para llevarnos a las luminosas regiones de la libertad donde nunca se pone el Sol.

—¿Salvarme? ¿De qué? ¿De quién? Si soy muy feliz en el Inframundo—me contestó—. No me digas que a ti también te han contado la historia de que Hades me ha hecho su prisionera y que sólo me deja salir fuera seis meses al año, en primavera y en verano, cumpliendo el pacto que hizo con mis padres. Esa es otra mentira, a los dioses les encanta que viváis en la ignorancia. Fueron ellos, con Zeus a la cabeza, los que crearon las estaciones para comprobar, a modo de diversión, cuántos mortales sobrevivirían cada año a las heladas de los inviernos. Los olímpicos aman a los fuertes y odian a los débiles ¿No lo sabías? Yo no tengo nada que ver con los ciclos estacionales. No es verdad que cuando vuelvo a la tierra se hace primavera o verano nada más poner los pies en ella. Eso es algo que ya decidieron los dioses antes de que mi madre fuera violada por Zeus. Estoy aquí ¡Oh, encantador amigo! porque estoy ciega-mente enamorada de Hades. Y si regreso aquí en invierno, no es sólo por la ternura con la que me trata mi adorado Plouton, sino también porque no soporto el frío de la Tierra. No se si sabrás, pero padezco del síndrome del Reno¹¹⁰ y no encuentro lugar más agradable que éste cuando el viejo Bóreas convierte todo lo que toca en hielo. Debo reconocer que soy muy egoísta y que hago lo que quiero con mi marido. En primavera regreso a la superficie porque me encantan las flores. Y en verano, cuando el Tártaro llega a alcanzar la temperatura del fogoso Helios, prolongo mi estancia en las blanquísimas islas griegas. En esa época me verás siempre junto al mar o en las riberas de los ríos. ¿Acaso pensabas que soy tan tonta como para no escapar del Hades cuando me apetece? Polidegmon está enamorado de mí y me perdona todo lo que se me antoja. Jamás me he encontrado con un dios tan bueno y tolerante como él ¿Te has fijado bien en mi cuerpo? ¿Has visto en tu vida una cara tan guapa como la mía? ¡Entra en mis ojos! ¿Has conocido alguna vez una mirada tan divina como esta? ¿Has

110 Síndrome del Reno: Excesivo enfriamiento de los pies cuando bajan las temperaturas.

contemplado el regalo de mis labios? ¿Eres capaz de resistirte a mis besos? Sé sincero ¿No deseaste tomarme y poseerme nada más verme? ¿No te gustaría alcanzar el éxtasis conmigo?

—Estoy desconcertado, ¡Oh Majestad! No me digas que mi viaje ha sido inútil y que no eres esclava de nadie. Si la gente tiembla cuando se pronuncia el nombre de Hades. ¿No tendrás miedo a confesar la verdad porque temes que te arranque la vida? Si es así ¡Oh, bellísima Perséfone! —dímelo—, porque acabaré con esa bestia antes de que te vuelva a poner una mano encima.

—¡Qué ingenuo eres! —dijo Perséfone acariciándome con sus cálidos dedos el miembro viril que se tornó rojo como un tomate y duro como una piedra.

—¿Qué haces?—la pregunté.

Ella sonrió con una sicalíptica mirada y, elevándose dulcemente la barbilla con la otra mano, empezó a besarme apasionadamente al tiempo que me arrebatava la túnica y me dejaba indefenso ante su abrumadora y fulminante belleza.

Fue ella, no yo, lo juro, la que agarró mi humeante pene itifálico y se lo introdujo en el ardiente y estrecho pasadizo que atraviesa las fronteras del cielo y del infierno. Parecía que había bebido el néctar de las afrodisíacas serpientes que mantienen a un dios en erección hasta que se producen los movimientos telúricos que abren surtidores de espuma y luz en las regiones más recónditas del placer.

Perséfone empezó a moverse frenéticamente, apretando los ígneos anillos con los que atenazaba con fruición y vaivén mi resbaladizo falo, al sentir cómo se inundaba con las temblorosas embestidas del primer orgasmo que vino acompañado de un grito espectacular. Tuve que tapanla la boca para que sus altísimos aullidos no llegaran a los oídos del temible Hades, quien se siente invencible y reconfortado cuando los mortales aplacan su ira sacrificándole cabras negras e incluso

doncellas, cuya sangre cae en un pozo del Inframundo y gotea a través de una caña de ébano sobre su favorita copa de oro.

—Fritz—me susurró jadeando Perséfone—¡Ah! ¡Ah! ¡Ahiinnnn.....! No te preocupes, sigue dentro de mí que estoy a punto de enloquecer. ¡Haz que el fuego me consuma! Las paredes de esta estancia están insonorizadas y nadie puede oírnos. Actúa como si fueras un titán y descarga en mí el flechador diluvio, regado con truenos y relámpagos, que todo lo cubre sin piedad.

Y yo, que soy incapaz de ignorar las plegarias de una diosa, seguí poseyéndola y dejándome poseer y descubrí, desconcertado, que una bestia se estaba apoderando de mi y que mi amada no dejaba de despertar nuevas sensaciones en mi cuerpo que por momentos se tornaba violento y deseaba un combate a muerte con el bueno de Hades.

Después de rodar largo tiempo por toda la sala con un amor felino, de insaciable animal, llegamos a acoplarnos como dos almas gemelas. Yo realizaba todos sus sueños más ocultos y ella colmaba con creces los reclamos de mi instinto más primario. Ella había tenido ya más de diez erupciones volcánicas y yo, a pesar de encontrarme todo el tiempo en el límite, aún seguía con el bálano enrojecido y buscaba desesperadamente una salida a la lava que trataba de saltar en arcos de higueras y dispararse hacia la Vía Láctea.

Cuando sentíamos que nos acercábamos al momento en el que se abren las puertas del firmamento, empezamos a escuchar los tenebrosos y estridentes cascos de los caballos que llevaban en volandas el sombrío carro de Hades. En ese instante Perséfone y yo nos quedamos paralizados y, tras cubrirnos con la piel de un león y una leona, continuamos inmóviles para comparecer como estatuas ante el rey del Inframundo.

Hades irrumpió con su carro en la sala y, agitando su lanza de dos puntas, se dirigió a mí con la determinación de clavar-me el arma y separarme la cabeza del tronco. Sin embargo, le gané en reflejos aprovechándome de que estaba fuera de sí y no razonaba con claridad. Tomando ventaja de su confusión, dí un salto de felino, cogí la bolsa de piel de cabra, le lancé la red de Hefesto y le atrapé como si fuera un pulpo. Aunque daba gritos desgarradores intentando romper las redes, no conseguía escapar de la trampa.

Yo no podía controlar mis pulsaciones sexuales —a pesar de los bruscos movimientos de Hades que parecía un monstruo de mil brazos y cien testas—y ante un gesto de Perséfone, volvimos a copular, ahora con más pasión que antes, pues la alta y encrespada marea estaba a punto de estallar en tempestad. Cuando nuestras mentes se abrieron en tormentas de luz, sentimos como nos envolvían y levantaban sendos tifones que nos lanzaron a los abismos que marcan las fronteras del universo.

Cuando Perséfone y yo teníamos el cuerpo empapado de sudor, observamos a Hades retorcerse con incontenible furia dentro de la red. Golpeaba con tanta fuerza y brutalidad el suelo que el Tártaro empezó a temblar y parecía que la bóveda del Inframundo se iba a desplomar corriéndose el grave peligro de que muriesen aplastados todos los difuntos. Plouton estaba perdiendo la cabeza y juraba vengarse de los olímpicos. Creo que lo que más le desquiciaba era que no podía ver ni oír nada de lo que pasaba en el exterior, pero, debido a la intuición de su sexto sentido, se daba perfectamente cuenta de lo que había ocurrido ante sus propias narices.

Mientras mi amada —que se mostraba relajadísima por el masaje de las hadas—, sonreía con franqueza y quitaba importancia al asunto de la infidelidad conyugal, lo que consideraba problemillas de la Tierra, yo me di cuenta de que Polidegmon había perdido el porte majestuoso, casi similar al de

Zeus, que tan fuerte impresión me había causado cuando ví alguna estatua suya en mis viajes por el mundo. Seguía agarrado a las redes —con la escalofriante violencia de cien tiburones que se disputan una presa chorreando sangre—y exigía con espeluznantes bramidos que le soltásemos, pero ya no era la misma persona. Sin darse cuenta, se había transformado, durante el tiempo que Perséfone y yo nos entregábamos al amor, en un diablo rojo al que le habían salido dos enormes cuernos en la frente. También le había crecido una larga cola que terminaba en punta de flecha. Los dos extremos de su lanza se habían convertido en un tridente.

—¡Con lo guapo que era antes! ¡Parece que se ha tragado todos los rayos de Zeus y no dejan de rebotarle en el vientre! ¡Me imagino que esta vez no va a ser fácil apaciguarle!—me susurró Perséfone.

¡Cuánto debía odiarme Hades en ese momento! ¡Qué haría si estuviera libre y pudiera descargar su cólera contra mí! ¡No quiero ni imaginarlo!—me decía a mi mismo al tiempo que vigilaba con cuidado que no se rompiera la red.

—Fritz — me dijo Perséfone sin poner ocultar una sonrisa—: le acabas de poner los cuernos al demonio. Te aconsejo que te marches inmediatamente, corriendo, mejor volando. En cualquier momento Hades desgarrará las redes —Hefesto tampoco quiere llevarse muy mal con él—y si eso ocurre, y te pillas aquí, te cerrará para siempre las puertas del Inframundo y te convertirás en el ser más odiado y torturado del Tártaro.

—Y tú, Perséfone ¿No vienes conmigo? ¿Vas a seguir con Hades?

—No te preocupes, Fritz, él y yo nos amamos. A los dos nos gusta vivir aquí y, aunque discutimos de vez en cuando, nos perdonamos nuestras infidelidades ¿Quién puede soportar a su esposa o marido sin tener una aventura de vez en

cuando? Eso acá, lo llamamos derechos humanos. No sé si en la tierra tenéis algo parecido.

—Me gustaría verte hablando de esas cosas con Platón en el ágora. ¿Por qué no te acercas en primavera y damos un paseo con el maestro?

—Se nota que todavía eres muy joven, Fritz. Ahora no es el momento de filosofar, es la hora de huir. Cuando te vayas de aquí le quitaré las redes a Hades, le daré un sedante, y le diré que yo no tengo la culpa de nada. Que Zeus tomó tu forma y me violó. Esa es la disculpa que tenemos todas las diosas vírgenes para defender nuestro honor. ¡Ah Fritz! a lo mejor voy a visitarte algún día ¿Quieres que te lleve algún regalo del Inframundo?

—No, ninguno, sólo quiero que me informes de si al demonio, bueno a Plouton, le siguen creciendo los cuernos o si ha recuperado la forma de Hades. Ese tema me preocupa. Me siento un poco responsable de lo que pueda ocurrir a partir de ahora. No me gustaría que el rey del Inframundo tomara represalias contra los difuntos que viajan aquí con la esperanza, infantil e ingenua, de que se les haga un juicio justo.

Besé a Perséfone y, tras hacerla una reverencia, recorrí como un relámpago el camino que me había llevado a su tálamo. Luego crucé, ya sin demasiadas prisas, el Campo de Asfódelos, donde el finado que conocí en el Aqueronte me reconoció al instante, se acercó a mí y me dijo:

—Gracias a ti ya me he enterado de que estoy muerto. En este momento me siento mucho más tranquilo. Ahora que me encuentro relajado, he tomado conciencia del peso que me he quitado de encima: tenía un montón de deudas, no era feliz en mi matrimonio, mis hijos no me respetaban, mis amigos me habían traicionado y, últimamente, el perro que cuidaba mi casa había empezado a morderme. Por fin, podré descansar. Es un lujo vivir aquí. Estamos como los ricos en la

tierra. No pasamos frío, se come caliente y, además, no hay que trabajar demasiado. ¿Quieres quedarte con nosotros? Si vuelves, te arrepentirás.

—Para mi gusto aquí hace mucho calor—le contesté—. Si bajan un poco la temperatura a lo mejor me animo y vengo a pasar temporadas, pero antes tendríais que civilizar un poco a Hades. Además, a mí este clima me evapora los líquidos del cuerpo. Si yo me quedara aquí mucho tiempo, acabaría tan seco como los cerebros de los gobernantes de Tartessos.

—Te entiendo. Que tengas feliz viaje. Si puedes, haznos algún sacrificio. Ya sabes que los demonios nos tratan mucho mejor cuando cae al pozo del Inframundo la sangre de los de arriba.

—¡Ah, se me olvidaba! — le dije—¿Te acuerdas ya de cómo fue tu muerte?

El difunto me miró avergonzado y me confesó:

—Sí, ahora que estoy sereno, he recuperado la memoria. Mi mujer me envenenó.

—Te darás cuenta de que al llegar aquí no tuviste una actitud muy inteligente ¿No?

—¿Por qué?

—Piénsalo bien. ¿Crees que tu mujer se merecía que, después de lo que hizo contigo, fueras a cenar a la casa de sus padres?

—Planteado el asunto de esa forma, debo reconocer que obré irracionalmente—me dijo dando por concluida nuestra conversación

Tras despedirme de él, continué mi odisea y ví, desconcertado, como a lo lejos se cerraban las infranqueables puertas del Inframundo. Sin duda, alguien quería impedirme la salida. En ese momento volvió a activarse mi naturaleza proteica

y deslizándome, como si fuera un espíritu alado, atravesé la pequeña ranura que quedaba al ras del suelo y salí victorioso justo al lado de Cerbero cuyas tres cabezas empezaban a despertar después de la brutal paliza que había recibido. Cuando sus patas comenzaron a buscar el equilibrio, yo ya había alcanzado la barca de Caronte que regresaba al embarcadero a por más desplazados.

Cuando llegamos a la otra orilla, nos encontramos con un grupo de difuntos y difuntas entre las cuales había varias ancianas, que habían perecido en un naufragio, tejiendo un manto para sus hijas. Entre los emigrantes, unos hablaban de política, otros de los dioses, otros de los Juegos Olímpicos, y alguno de la subida del precio del aceite. Este año ha habido una buena temporada de pesca, decía otro mirando con desconfianza las aguas del Aqueronte.

—¡Caronte, no seas duro con ellos! —le dije—. ¿Te cuesta tanto recibirles con buena cara? ¿Te es imposible tenderles una mano con una sonrisa?

—¡Fritz! — contestó malhumorado el barquero—¡vete de aquí! No quiero volver a verte. A mí nadie me da lecciones de cómo tengo que hacer mi trabajo. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. Así que márchate.

Alcé mi brazo para despedirme del gondolero y los difuntos y me perdí entre la niebla. Anduve unos dos estadios y salí de aquella espesa bruma que te cegaba completamente la visión. Pronto me encontré con Arión, que todavía seguía bajo los efectos de la mandrágora. Cuando me vio, se puso a piafar e intentó lamerme la cara pues, aunque no lo confesaba, me tenía un gran cariño y había sufrido pensando que ya no regresaría al mundo de los vivos.

Tras acariciarle y darle unos golpecitos en el cuello y la grupa, me subí encima de él y le dije:

—¡Al Odiseus, Arión! ¡Demuéstrame quién es el caballo más rápido del mundo!

La bestia abrió sus alas y sobrevolamos lugares y paisajes encantadores donde la vida transcurría con normalidad siguiendo los ciclos de la naturaleza.

Al llegar a la taberna, até a Arión a una argolla emplomada en la pared, le dí de comer unas lechugas y zanahorias, y me senté en mi trípode favorito.

Antínoo vino a recibirme con los brazos en alto y, tras mirarme a los ojos para ver si había ocurrido algo extraordinario en mi expedición, me dijo:

—Veo que estás bien ¿Qué te apetece tomar hoy?

—Empezaré con una jarrita de oinujo y un racimo de aceitunas.

—¡Marchando! ¡Caro amigo! Ahora mismo te las traigo.

Cuando volvió, ansioso de entablar una conversación conmigo, se sentó a mi lado y me preguntó:

—¿Has visto a Perséfone? ¿Intentaste salvarla? A veces dudé de tu misión pero, como sé que para ti no hay nada imposible, no descarté la posibilidad de ver sentada a tu lado a la esposa de Plouton.

Dí un trago, verdeé¹¹¹ unas olivas y continué:

—Es una larga historia. Ya te contaré con más calma. Ahora quiero beber y olvidar. Todo ha sido como un mal sueño. Mi viaje fue un fracaso total.

Cuando vaciamos decenas de cimbias de oinujo y empecé a fantasear sobre todo lo que me había ocurrido, pronto comencé a reflexionar acerca de los miserables que viven vagando en el Campo de Asfódelos con la ilusión de recibir un juicio justo, y se me revolvió el estómago.

111 Verdear: Coger la aceituna para degustarla. Expresión utilizada en algunas ciudades del sur de España como Córdoba o Sevilla.

En ese momento, Antínoo, a quien ya se le empezaba a trabar la lengua, me dijo:

—Te veo un poco desesperanzado. Pensaba que ibas a estar más animado después de escapar del Hades. ¿Qué es lo que perturba tu ánimo?

—La muerte me produce un cierto desasosiego. Sí, Antínoo, la muerte. Bueno, para ser más claro, el tiempo que, con inequívocas señales, anuncia su llegada.

—¿Por qué? ¿Acaso te acabas de dar cuenta de algo que no supiéramos ya?

—No, no es nada de eso—le contesté—. Me preocupa la muerte porque no sé si, cuando llegue mi hora, moriré como un perro o como un lobo.



IX

Llevaba varias semanas sin salir de casa. Necesitaba recluirme entre cuatro paredes, sin las inevitables influencias del mundo exterior, para construirme una sólida y fuerte personalidad, con puntos claros de referencia y una inmutable escala de valores, con lo sublime arriba y lo despreciable abajo. Debía además conseguir un equilibrio permanente y marcar distancias con todo aquello que vanagloria y nos empequeñece.

No creáis ¡Queridos mortales e inmortales! que me había encerrado porque me habían salido cuernos, al igual que al bueno de Hades, o como reacción al rechazo social, sino por voluntad propia, ya que la mitad de los atenienses me adoraba desde que representé a Teseo. Dolorosa hubiera sido mi reclusión si la gente me esquivase en el ágora al considerarme un tábano, un pesado o un torturador verbal que siempre repite las mismas cosas —elevando la voz con la ayuda de Eco— a los infelices que soportan sus monocordes disquisiciones mentales ¿Nunca os habéis cambiado de calle o escondido detrás de un árbol cuando habéis visto a uno de esos ejemplares con dromedaria sed de conversación que se acercan a vosotros con una abrumadora palabrería? Que te tocan, te hacen sentir su aliento y segregan pegajosos hilos para atraparte en su tela de araña. Y, cuando te has convertido, a pesar tuyo, en su presa, te machacan sin piedad con el yunque de una insulsa y hueca sabiduría. Me imagino, si

sois sinceros, que más de una vez habréis sentido un pinchazo en el corazón cuando una de esas criaturas —que chupan la belleza y la inteligencia que no tienen—, os pillan desprevenidos, sin tiempo a protegeros con el escudo, y os cuentan batallas que sólo les interesa a ellos. A veces esos individuos, peligrosísimos por lo monotemáticos y reiterativos que son, te dejan exhausto y, con la energía que te han robado, pisan con fuerza el ágora provocando la estampida de todos los filósofos. Cuando uno de ellos se acerca con su guadaña invisible, nuestro instinto de supervivencia activa todas las alarmas. ¡Ay de aquellos que no tuvieron la suerte de que los dioses les regalaran unas sandalias aladas cuando se producen esos encuentros! Cuando esos plomos se aproximan no sólo te amargan la puesta del Sol sino también la sagrada noche en la que únicamente deberíamos estar abiertos a las caricias de Selene, al refulgir del emparrado de la eterna bóveda estrellada, al penetrante olor de las flores adormideras de Morfeo y al canto de las sirenas que relucen con sus escamas plateadas en el vinoso ponto. Esos hombres y mujeres, que te agarran del pelo para que los escuches, son enemigos de la civilización, y la prueba más clara de lo que digo, es que nunca les veréis escuchando música, recitando el primer canto de la *Iliada* o curando la herida que se hizo Afrodita con la espina de la rosa. Además, son cobardes y, cuando se declara la guerra, se esconden detrás de la túnica de la madre o se las arreglan para convertirse en los perros de sus generales.

De vez en cuando venía a visitarme Ariadna y me animaba a que saliéramos a dar un paseo por el ágora, a cabalgar por las orillas del río Ilisos o, a buscar un poco de diversión en la taberna de Antínoo, donde su vino siempre tenía el embriagador olor de las bacantes, de piel de yerba y cabellos afrutados, cuyos ojos se tornan fuego ante el embrujo de Sileno.

No penséis que Ariadna estaba locamente enamorada de mí ¡Qué va, ni mucho menos! Era un espíritu libre que no quería atarse a ningún hombre y, que por encima de todo, amaba

su independencia que cuidaba y protegía como un valiosísimo tesoro. Para ella yo era algo así como un héroe, un ser inalcanzable que en cualquier momento podía desaparecer de este mundo.

—¿Te molesta que no haya caído a tus pies y te pida que me hagas tu esclava? —me dijo un día después de haber vaciado varias cimbias en el Odiseus.

—¡Por favor, Ariadna! —contesté—. Me encantan las mujeres que saben volar. No creas que soy un sátiro que se alimenta de belleza. Soy feliz contemplándola, con la pureza del alma virginal, al igual que los músicos y los poetas. En realidad, podría vivir retirado del mundo, dedicado al cultivo de la mente, sin desear nada de lo que persiguen los mortales. Si he tenido alguna amante ha sido por necesidad, para huir del suicidio, por no haber sabido superar, a pesar de mi condición de robot, el ancestral miedo del hombre a la soledad, la muerte y el vacío existencial.

—Y si renunciara a mi libertad y te pidiera que te casaras conmigo, tuviéramos hijos y fundásemos un hogar en un paraíso con olivos, naranjos, limoneros, manzanos, árboles de la canela y aromáticos y sabrosos viñedos ¿Qué me dirías?

—Es una propuesta encantadora ¡Oh, bellísima Ariadna! Pero prefiero guardar tus palabras en mi alma e imaginar, cuando la niebla envuelve el puerto, que todavía quedan sueños por vivir.

En ese momento, Ariadna y yo empezamos a reírnos de nuestras ocurrencias y, como ambos teníamos la misma ironía y sentido del humor, podíamos pensar en voz alta y contarnos secretos que jamás hubiéramos revelado a una tercera persona. El verdadero amigo, la persona que te quiere de verdad, te hace sentir libre, pone alas a tu corazón y comparte tus ilusiones. Alimenta tu sed interior con la palabra que sirve de canal a las ideas sublimes. Te acompaña en el desierto y

no te deja caer. Reconoce tus grandezas y debilidades y eso le hace sentirse más unido a ti, porque él también se percibe inmenso y vulnerable. ¡Qué hermoso es ver cómo las almas gemelas se buscan, se encuentran y emprenden una marcha heroica hacia un destino común que comparten con las tribus no sometidas que viajan por las junglas de Pandora llevando en sus alforjas pergaminos escritos con luz!

Y, como no dejábamos de hacer los honores a Momo y de mostrar la alegría que produce la empatía, se acercó Antínoo y nos pidió permiso para sentarse con nosotros.

—¡Claro que sí, viejo amigo! —le contesté—, pero antes trae el oinujo del pellejo, ese que escondes para beberte sólo cuando ya no hay clientes.

—Ya conoces a Fritz ¿No, Ariadna? Con él nunca sabemos si está hablando en serio o en broma.

—Tal vez no quiere que le conozcan, o ha llegado a la conclusión de que el mundo es un gran teatro. Y no está contento con el papel que le ha tocado. O tal vez estoy equivocada y sabe muy bien lo que hace. Y, utilizando con disimulo su máscara, se está burlando de todos nosotros.

—Puede que tengas razón y que nos esté tomando el pelo. Esperad un poco que ahora vuelvo. Voy a por el pellejo.

—Ariadna —la dije—, ¿Te has dado cuenta de que estáis hablando de mí como si yo no estuviera con vosotros?

—¡Claro!—respondió—, y se echó a reír. Sólo quería ver cómo reaccionabas.

Antínoo se aproximó con el pellejo y tres cimbias de oro.

—Estas sólo las saco cuando hay fiestas en honor a Dionisio—nos dijo—, pero hoy me parece un día especial y siento que algo grande va a ocurrir. Esta mañana los pájaros volaban haciendo extraños círculos en el aire, como si quisieran comunicarse con los humanos. Los pescadores estaban in-

quietos y no deseaban salir a la mar. Y lo más asombroso de todo es que ha entrado en el puerto una embarcación con una gran escultura de Helios que un grupo de marinos encontró encallada en una playa del norte de Egipto. ¿Qué piensas de todo eso Fritz?

—Lo de Helios me desconcierta. Si estaba en el fondo del mar y salió a flote es que trae un mensaje de las profundidades. ¿No lo habrá sacado con su morro el leviatán de los hebreos? En esas tierras todo es posible. Pero qué estoy diciendo ¡Oh, caro Antínoo! Yo no tengo la habilidad de la pitonisa ni los conocimientos que se necesitan para revelar los misterios. Tal vez Ariadna, que es sibilina, pueda descifrar mejor que nosotros los designios del Cielo.

—¡Ay, Fritz!—contestó Ariadna—, ¿Acaso crees que las mujeres estamos especialmente dotadas para penetrar en los oscuros mundos de la ignorancia donde con un susurro se conecta con el más allá? ¿Crees que somos tan diferentes de los hombres?

—¡No, querida amiga! Os necesitamos para ver lo que ocurre en la otra mitad del universo—, la respondí convencido de lo que decía.

—Bueno —prosiguió Ariadna mirando al tabernero— ¿Puedes darnos algún detalle más de lo que ha ocurrido?

Mientras Antínoo trataba de ordenar sus ideas, la joven hetaira se pasó la dorada cimbria por los labios y se bebió el aguardiente de un trago. Los tres hicimos lo mismo y se reanudó la conversación.

—Lo que más desconcierto ha provocado en El Pireo es que Helios, en vez de llevar sobre la cabeza una corona con los rayos del Sol, portaba un casco con una media luna. Nadie puede explicarse el por qué de ese cambio. Jamás en la historia de toda la Hélade se vio una escultura del hijo de Hiperión con los atributos de su hermana Selene.

Ariadna volvió a vaciar su cimbra. Y mientras Antínoo se la volvía a llenar, dijo, soltándose el pelo y volviéndose los ojos hacia dentro hasta dejarlos en blanco, ejercicio que había aprendido de niña para asustar a sus amigas:

—Ahora me siento como la pitonisa de Delfos bajo los efectos del néctar de las viñas de Gerión. La sabiduría de la serpiente fluye por mi sangre, se apodera de mi espíritu y habla a través de mi lengua: los enemigos del Sol han arrojado a Helios al mar, pero Zeus y Poseidón han velado por su rescate. La luna que lleva en la cabeza representa a las sacerdotisas cretenses que danzaban ante el minotauro. Va a ver nuevas luchas entre la luz y las tinieblas. Entre la mentira y la verdad. Entre Apolo y Hades.

—¿Pero qué dices, Ariadna? —la preguntó asustado Antínoo—, ¡Vuelve en sí! No me gustan nada ni tus ojos ni tus palabras.

En ese momento, Ariadna se echó a reír, volvió a jugar con su guedeja y —clavando en Antínoo sus bellísimos ojos color miel—, se tomó una nueva copa de oinujo y me besó en los labios. Tenía el rostro encendido y la mirada humedecida por el brillo que desprende la intensidad de los abrasadores y fugaces instantes de la juventud.

—Fritz —me rogó—esta noche no me lleves a la residencia de Clítia. No quiero que Lais me vea en este estado. Dormiré como una gatita en tu casa sin meter ruido. Mañana por la mañana me iré de puntillas para no despertarte.

—¡Antínoo! —debemos irnos—, pronto vendré y te contaré lo que pienso sobre la aparición de Helios. A mi esas cosas, aunque soy un discípulo de Platón, me inquietan sobremedida.

—¡Llévala a casa, Fritz, se está durmiendo!—respondió el tabernero.

—¡Que descanses, Antínoo!—le dije—. Sé feliz en los brazos de Morfeo y, si en los sueños te revela algún secreto de los olímpicos, mantén la boca cerrada y no se lo digas a nadie.

Tras ayudar a Ariadna a subir en Arión, galopamos hasta la casa azul. Todavía el carro de Apolo no había desaparecido en el horizonte y disfrutábamos de esa tenue luz que precede al maravilloso atardecer de la Acrópolis.

Nada más llegar, acosté a Ariadna en el piso superior y luego me fui a dar un baño a la planta baja. Encendí las velas y las antorchas y me relajé en el agua caliente dejando que mi rostro se sumergiera y se dejase acariciar por la vaporosa corriente. Había dejado una parte de la ventana abierta para que pasara el aire y, apoyando mi nuca sobre un paño húmedo, comencé a ver las estrellas. Pronto me quedé dormido y, cuando mi espíritu empezó a ver la imagen del águila devorando el hígado a Prometeo en la roca del Cáucaso, me desperté con un frío sudor en la frente y abrí la puerta que comunicaba con la gran sala. En ese momento escuché el frenético batir de las alas de un ave rapaz que se había posado sobre uno de los brazos de Afrodita. No dí mucha importancia a su aparición, conociendo las relaciones que hay entre los dioses, y volví a hundirme en el agua. Súbitamente aquel mensajero de los olímpicos volvió a alzar el vuelo, penetró en mi suntuoso cuarto de mármol y descendió sobre el borde de la bañera. A continuación, giró la cabeza, abrió sus grandes ojos, y soltó con su corvo pico un pequeño trozo de pergamino que llevaba atado a una pata. Luego, enderezó unas plumas parecidas a orejas esperando que le dijera algo y, como no respondía, extendió las alas y salió a través del hueco de la ventana.

Abrí el pergamino y, a la luz de las antorchas y las velas, pude leer:

¡Fritz, estamos en peligro! ¡Ven a salvarnos! ¡Tú eres nuestra única esperanza!

La nota procedía del Jardín de las Hespérides y estaba firmada por Eritia, Hesperetusta y Egle, las tres hijas de Atlas.

Inmediatamente me dí cuenta de que iba a tener una cita importante con el destino, quizás la que daría sentido a mi existencia, y, como guiado por una fuerza sobrenatural, abrí la puerta de la cámara secreta, donde el Rey Midas ocultaba parte de sus riquezas, y volví a vestirme con la misma coraza y la misma túnica corta que llevé el día de las Grandes Panateneas. Me enfundé la espada de oro blanco con empuñadura de marfil e incrustaciones de diamantes—que empezó a brillar en la oscuridad—y me fui corriendo a los establos. Arión me leyó el pensamiento y, levantándose sobre las patas traseras, golpeó la puerta que daba a la calle.

—¡Amigo! — le dije—, la vida de las hespérides depende de nosotros. Lo que hemos hecho hasta ahora sólo ha sido un entrenamiento para la gran prueba de fuego. Ese momento acaba de llegar. ¡Vuela y no te detengas hasta que divises a Atlas en la cumbre de la montaña en la que se juntan el cielo y la tierra! Luego gira rápidamente y entra en el jardín.

Arión comenzó a cabalgar cuesta abajo y se salió por una curva de la Acrópolis. Pronto su cuerpo se iluminó y empezó a volar a una velocidad vertiginosa. Desde arriba reconocí las parpadeantes luces de las embarcaciones de El Pireo, y luego las de las pequeñas poblaciones de las islas que íbamos sobrevolando. A la derecha estaba Europa y a la izquierda Libia. Enseguida vislumbramos las costas de Tartessos y las columnas de Heracles. El caballo remontó el vuelo, galopó sobre los elevados picos de una abrupta cordillera y, tras pasar cerca de Atlas, que apenas se inmutó, extendió las alas, descendió planeando y se posó sobre una verde pradera tan grande como el mar. Seguimos por un camino jalonado por altos y hermosos arcos de exuberantes y perfumadas rosas blancas, amarillas y rojas, y apareció de nuevo el búho mensajero que, tras detenerse enfrente de mi cara y permane-

cer inmóvil unos instantes con las alas abiertas, giró el cuello ciento ochenta grados y emprendió el vuelo hacia la entrada del jardín, que cruzó sin teñirse el plumaje, para anunciar nuestra llegada a las encantadoras ninfas.

Arión y yo penetramos en una cueva de alabastro celeste que terminaba en una cascada de oro líquido que tenían prohibido traspasar las hespérides bajo pena de convertirse en estatuas y desmoronarse. Nada más atravesar aquella maravilla de la naturaleza, nos encontramos con el poblado laberinto de árboles dragos¹¹². Aunque aparentaban estar dormidos, podían despertar y transformarse en monstruosos dragones con cien brazos y cien cabezas para proteger las manzanas de la inmortalidad del jardín de Hera, regalo de bodas de la diosa Gea.

Cuando dejamos el bosque de dragos, entramos en el vergel y vimos a Eritia, Hesperetusta y Egle, vestidas con largos y blancos peplos, esperándome cerca de una fuente en la que bebían agua pececillos y pajarillos de colores.

Hesperetusta se acercó corriendo a mí y, agarrándome de la mano, me llevó hacia el lugar donde conversaban sus hermanas. Las hespérides estaban muy tristes y, aunque en sus frentes relucían floridas coronas de laurel, parecía que alguien las había traspasado el corazón con una flecha corrompida y que tenían los días contados. Cuando me dí cuenta de que me iban a revelar un secreto de los dioses —que tal vez no debería escuchar—, un escalofrío me recorrió el cuerpo y dudé que fuera merecedor de ese honor. Después, armándose de valor, Eritia pronunció estas palabras:

—¡Oh, Fritz! Si no hubieras venido, nos habríamos abierto las venas. Hemos recibido una orden de Zeus que nos ha

112 Se dice que esos árboles brotaron de las gotas de la sangre del dragón guardián Ladón, a quien dio muerte Atlas para robar las manzanas de oro que entregaría a Heracles.

quitado por completo las ganas de vivir. Estamos hundidas en la desesperación. Quiere que dejemos de cuidar el jardín y nos convirtamos en esclavas. Estamos desoladas. Para salvar nuestra dignidad y virginidad, la única alternativa que nos queda es escaparnos del vergel. Tú sólo conoces —al igual que los héroes que han pasado por aquí—, una minúscula parte de este paraíso. El resto, lo que no hemos enseñado a nadie, es inmenso, casi no tiene límites y es de una belleza que sobrepasa todos los cánones imaginables.

Mientras hablaba así con trémula voz, comenzó a sollozar y no pudo continuar su relato.

Al verla en ese estado, la acaricié el cabello pidiéndola que se calmara y, mientras así lo hacía, prosiguió Hesperetusta:

—El implacable Zeus ha decidido mandar a la tierra a un enviado —nadie sabe todavía cuando—, para propagar un nuevo culto entre los pueblos de las dunas. Como esas tribus adoran los placeres carnales, las va a prometer, si cumplen con sus mandatos, una vida eterna en un elíseo poblado por vírgenes rubias de ojos claros. Y ha decidido que ese premio seamos nosotras. Cuando se ejecute la palabra, dejaremos de ser las hespérides y se nos pondrá el nuevo nombre de huríes. Eso es algo que ninguna de nosotras puede aceptar—añadió Hesperetusta—, y, al igual que su hermana Eritia, rompió en llanto y no pudo terminar de contarme los planes del portador del rayo.

Mientras se cubría con las dos manos su rostro anegado por las lágrimas, Egle agregó:

—Tú únicamente has visto la parte más pequeña del jardín donde vivimos custodiando las manzanas de oro pero —como antes te dijo mi hermana—esto es sólo una pequeña muestra de un vastísimo valle paradisíaco donde se realizan todos los sueños.

Hizo una pausa, suspiró y continuó:

—¡Ven conmigo, Fritz!, te lo voy a enseñar.

Luego me cogió de la mano y me condujo, junto a sus hermanas y a Arión, a través de una cortina de niebla que nos llevó a un mundo luminoso donde los colores y variedad de plantas, animales y pájaros nada tenían que ver con lo que había conocido hasta ahora. Ví también flores que te llamaban y que, cuando ponías el oído entre sus pétalos, te regalaban la música más deliciosa que pueda imaginar el ser humano. Allí había miles ¡Qué digo! millones de hespérides de inefable belleza. Todas tenían largos cabellos dorados y ojos verdes y azules. Resplandecían como ninfas virginales y yacían o jugaban, con una inocencia y pureza sin igual, entre arroyos de sabiduría, manantiales de paz y árboles cuya fruta produce la inmediata iluminación, interior y exterior, de los que la prueban.

—¡Míralas, Fritz! ¡Qué felices son! —me dijo Egle—. Aún no las hemos comunicado que el padre de los dioses quiere que reciban en oleadas a los hombres de las dunas y complazcan todos sus deseos. Cuando se lo digamos, las veremos quebrarse en silencio porque no saben rebelarse. ¿Por qué los cielos son tan injustos y desean castigar a esas preciosas criaturas?

Al ver que yo me había quedado mudo y no sabía qué responder, recalcó señalando un punto con su dedo índice:

—Allí están los establos prometeicos y en ellos hay tantos caballos alados como hespérides. Hay los suficientes pegajosos como para que escapemos todas: el problema que tenemos es que sólo podemos salir por una puerta metálica que se abre de abajo arriba y que el único que puede correrla es mi padre Atlas. ¡Ay Fritz! ¡Si pudieras convencerle de que lo haga te estaríamos eternamente agradecidas! A veces, los designios del cielo no están claros, pero hace unos días nuestro oráculo nos dijo que tú eres la llave que puede salvarnos y fundir las cadenas que amenaza con ponernos el demiurgo.

—¡Estoy conmovido! ¡Oh, bellísimas, Hesperetusta, Egle y Eritia!—las dije—me estáis dando la oportunidad de convertirme en un verdadero héroe. De realizar el sueño que tengo desde que nací. Alabadas seáis, porque gracias a vosotras mi gloria será recordada por las generaciones venideras hasta el final de los tiempos. Os juro por todos los olímpicos que os sacaré de aquí y que jamás tendréis que convertirlos en huríes.

Luego las observé con un amor infinito y continué con este balsámico mensaje:

—¡Comunicad a todas las hespérides la verdad! Ha llegado el momento en el que ya no caben mentiras. Habladlas de los planes de Zeus y decidlas en mi nombre que pronto Atlas levantará la hermética puerta que sólo él puede abrir. ¡Que vayan sacando los pegasos de los establos y que se vistan con sus mejores peplos para escapar de este paraíso! Decidlas que los pueblos de las dunas tendrán que buscar otro lugar adónde ir porque este quedará desierto de ninfas de ojos claros y largas cabelleras doradas.

Nada más pronunciar esas palabras, monté encima de Arión y, tras atravesar el Jardín de las Hespérides, el Bosque de Dragos y la Cascada de Oro volamos hasta la cumbre del pico más alto de la cordillera y descendimos en el lugar donde se encontraba Atlas.

—¿A qué habéis venido aquí?—nos preguntó mientras le quitaba con un paño el sudor que le bañaba la frente.

—¡Oh, gran Atlas! —le contesté—He llegado hasta aquí haciendo un viaje muy largo que comenzó cuando mi padre me colocó sobre la faz de la tierra. Sólo quiero pedirte una cosa: que abras la puerta metálica del Jardín de las Hespérides para que todas las ninfas puedan huir con sus caballos alados y puedan vivir felices siguiendo los impulsos de su corazón.

—Con mucho gusto lo haría—puntualizó—¿Pero quién va a sostener la bóveda del cielo? ¿Tú?

Vi un cansancio agotador en su mirada —que trataba de disimular con su férrea fuerza de titán—, y le respondí con la humildad que siempre me caracterizó:

—Sí, yo. ¿Quién si no podría realizar una hazaña que cambiará la historia del mundo?

—Trato hecho—ratificó sin poder creerse del todo que iba a producirse un relevo que esperaba desde tiempos inmemorables.

Luego me dejó, perplejo, su lugar, y yo, colocando las dos manos donde él las tenía puestas, empecé a soportar el techo celestial.

Mientras Atlas avanzaba a grandes saltos hacia el Jardín de las Hespérides, Arión se tumbó a mi lado, adoptando la forma de un maravilloso unicornio, y comenzó a mirarme con verdadera admiración.

Al cabo de unas horas, pude contemplar a lo lejos cómo en un punto de Occidente aparecían innumerables caballos alados llevando encima a bellísimas ninfas de ambarinas gudejas que perfumaban el éter a miles de estadios a la redonda. ¡Jamás olvidaré la visión de aquellos querubines que curaron mis heridas y me ayudaron a encontrar el camino que perdí nada más nacer!

Ya han pasado los meses de metagitmion, bedromion, pyanepsion, memacterion, posideon y gamelión¹¹³ y me he acostumbrado a aguantar las intensas nevadas y el abrasador calor. Creo que he mejorado mi musculatura y que hago mi trabajo tan bien como Atlas. Sé que dentro de poco se habrá cerrado el círculo de mi vida, y, como llevo ya casi un semestre sin tomar una copa de vino o unas aceitunas, moriré sus-

113 Agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero.

tentando la bóveda celeste. Me imagino que el demiurgo me convertirá en una montaña de piedra, lo que pensaba hacer con Atlas, y que seguiré con esa nueva forma cumpliendo mi misión hasta el final de los tiempos. Estoy contento, no obstante, porque Zeus ya perdonó a Atlas y aprueba que yo esté en su lugar, lo que me parece bien y acepto sin quejarme, al igual que los semidioses.

Cuando faltaban sólo dos días para que se parase la clepsidra de mi corazón, empecé a sentirme débil y comprendí que todo tocaba a su fin. Aquella penúltima tarde, mientras reflexionaba acerca de la existencia y hacía un balance con las cosas que había hecho bien y las que había hecho mal, un tábano empezó a picarme la nariz y, de forma instintiva, lo quise matar de un manotazo. No me había dado cuenta, pero al hacer ese movimiento, había estado sujetando el cielo con una sola mano y no había notado ningún cambio. Animado por la experiencia, me puse a sostener la bóveda celeste con tres dedos y tampoco pasaba nada. Luego me hice una pregunta que me vino a la mente como un relámpago: ¿Y si no hace falta acarrear el peso del cosmos? ¿Y si el firmamento se mantiene sólo y el castigo de Atlas y el mío consiste en creer algo que no es verdad y actuar como si lo fuera, lo que nos hace sentir cosas y arrastrar cargas que sólo existen en nuestra imaginación? ¿Y si Zeus se está riendo ahora de mí por el éxito de sus engaños que siguen funcionando en gran parte de los mortales? ¿Podéis oír sus carcajadas porque me he tragado que el mundo no se desploma gracias a mi esfuerzo y sacrificio heroicos?

A medida que iba recobrando la razón y una fresca luz empezaba a esponjarme la cabeza, empecé a ver las cosas con claridad y dirigiéndome a Arión —que en ningún momento se separó de mí y tuve que prohibirle, incluso, que ayunara conmigo—, le dije:

—Zeus engañó a Atlas y el padre de las hespérides, sin quererlo, hizo lo mismo conmigo. No hace falta que nadie sostenga el cielo. Se mantiene sólo y eso obedece a leyes naturales, no a caprichos del portador del rayo. ¡Mira, Arión! ¡Mira como dejo de soportar la bóveda celeste y sigue en su sitio!

Y, tras pronunciar esas palabras, dejé flotando a la Vía Láctea en su lugar y me eché a reír. Luego me arrimé a mi fiel caballo, que al ver el milagro que se había producido se puso a piafar y empezó a lamerme la cara y las manos. La bestia dio varios saltos y con una alegría desbordante se acercó a mí para iniciar el viaje de regreso a Atenas.

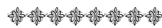
—¡Vuela sin parar hasta que llegemos a la Acrópolis!— grité a Arión con el pecho sacudido por la tempestad de la libertad.

Y tras cabalgar sobre la encrespada y abrupta cordillera, sobrevolamos las columnas de Heracles, las costas de Tartessos, Libia y Europa, islas y mares, y llegamos a El Pireo, donde divisé de lejos las luces de la taberna Odiseus. Arión continuó su marcha hasta la Acrópolis y descendió sobre el camino que conducía a la casa azul.

Mientras dejaba a Arión en el establo, pensé en lo siguiente:

...Y si alguna vez un hombre de la media luna me pregunta si existen las huríes, no tendré más remedio que revelarle, ya que un héroe jamás debe decir mentira:

Las había. Pero ya no las hay.



Ariadna me ha dejado una carta en casa en la que me dice que ha ido con Lais y sus hermanas a visitar el templo de Afrodita en Chipre y que no sabe cuando regresará. El pergamino no tiene fecha por lo que no sé si la escribió ayer o poco después de mi visita al Hades.

Quedan pocas horas para que se cumplan los seis meses que puedo permanecer con vida sin beber vino ni tomar aceitunas, y no pienso hacerlo, ya que en ese tiempo he madurado y no quiero prolongar mi existencia en contra de mi voluntad. Durante el semestre que estuve sosteniendo el techo del mundo me dí cuenta de que Sileno tenía razón y que lo mejor para el hombre es, si no ha podido evitar el nacimiento, morir pronto.

Me acabo de vestir con mi mejor túnica, me he bañado y perfumado el cuerpo y me he colocado una corona de laurel en la frente que me regaló Hesperetusta. He decidido pasar los momentos que me quedan en el Odiseus, y, dejar que mi alma vaya al encuentro de no sé qué, cuando Apolo derrame su ardiente cabellera sobre El Pireo. Cuando el búho de Ateña emprenda su vuelo al atardecer.

He ordenado todos mis documentos y he hecho un comedido testamento dejando mis posesiones, incluyendo la herencia del rey Midas, a las personas que quiero y que han sido importantes en mi vida. A estas alturas, creo que ya no es necesario dar nombres.

Antes de salir de casa, respiré profundamente, eché una ojeada a todos los objetos que me habían acompañado durante mi breve existencia —aún no había cumplido los tres años—, y me fui a los establos de Filemón a por Arión.

La bestia, que parecía feliz tras haber regresado a Atenas, ya sabía adónde tenía que ir y, sin necesidad de comunicarme con ella telepáticamente, monté de un salto y volvimos a convertirnos en centauro. Primero fuimos trotando para disfrutar del color y calor humano de las calles y después, tras pasar por el Dipilón, atravesamos los restos de los Muros Largos y fuimos cabalgando, como en los tiempos de la inocencia, hasta El Pireo.

Tras dejar al caballo libre, para que se moviera a sus anchas, me senté en mi mesa favorita. Al cabo de unos instantes se acercó Antínoo, encantado de volverme a ver, y me dijo:

—¡Por Zeus! ¿Dónde has estado todo este tiempo? Estábamos preocupados por ti e imaginábamos que te habías retirado a un monte o a una cueva a meditar. Últimamente te veíamos un poco raro, con ganas de hacer algo espectacular para ganarte el amor de Platón.

Luego, me miró detenidamente y, tras comprobar que vestía una túnica limpia y que mi piel despedía la fragancia de un perfume inimitable que parecía proceder de las flores del Jardín de las Hespérides, se mostró complacido y me preguntó:

—¿Qué vas a tomar?

—Nada, Antínoo —le contesté—, hoy he venido a descansar. Lo único que anhelo es contemplar los barcos de pesca y la puesta del Sol. Deseo que nadie me moleste, así que, ¡Por Zeus! respeta mi voluntad y déjame estar sólo hasta que desaparezca en el horizonte el carro de Apolo.

Hice una pausa, le examiné la cara para ver cómo reaccionaba y continué:

—¡Oh, caro amigo! ¡Tráeme una clepsidra! Sólo hay dos cosas que quiero tener ahora a mi lado: el tiempo y el mar.

Antínoo decidió obedecerme sin hacer más preguntas —al notar la gravedad de mi rostro—, y pronto regresó con una clepsidra y con una gran copa de oro, la más bonita que había visto en mi vida, que estaba llena hasta los bordes de un rojo vino afrutado, aromático, embriagador, que parecía había sido cosechado por el propio Dionisio.

—Te dejo esto aquí por si acaso —me dijo—, haz lo que quieras.

Luego se marchó y me dejó sólo. Poco a poco empecé a relajarme y, como ya no tenía nada importante que hacer, cerré los ojos y por mi mente fueron pasando imágenes y conversaciones que habían sido decisivas en mi vida. Dejé que se fueran y no quise agarrarme a ningún recuerdo en particular. Venimos de la nada y vamos hacia la nada —me repetía—sin dar valor a mis palabras.

Cuando el carro de Apolo empezó su viaje a Occidente, miré la clepsidra y comprendí que mi tiempo se agotaba. Antínoo sin darse cuenta había puesto una copa en la mesa que, sin duda, de un momento a otro sería arrojada al pozo por el joven Thanatos. Por el agua que restaba en la parte superior de la clepsidra — a la que los griegos llamamos el ladrón del tiempo—, deberían quedar menos de diez gotas, tal vez siete, para que se parase mi corazón y dejara para siempre este mundo tan hermoso como cruel.

Ví como Apolo encendía de rojo sangre las tranquilas aguas de El Pireo, la anaranjada luz que bañaba la Acrópolis y las pequeñas embarcaciones de pesca que parecían arder en aquel momento crepuscular.

Con esa visión cerré de nuevo los ojos y escuché, en un estado hipersensible, cómo caían las últimas gotas que nos avisan, con la música que cada uno tiene en la cabeza, que había comenzado a traspasar el umbral que convierte en polvo los deseos.

En ese momento entreabrí la boca y suspiré como sacando fuera de mis pulmones algo que me incomodaba, tal vez un irracional apego a la vida mezclado con una amarga resignación. No estoy del todo seguro porque también me sentía feliz y aliviado.

Y, cuando percibí que la última gota de la clepsidra estaba en el aire, noté una presencia enfrente de mí. Ese ser, que parecía incorpóreo, energía pura, elevó la copa de oro,

bebió del cáliz y, en el instante en el que estaban a punto de rozarme las tijeras de la parca, supe que un milagro iba a producirse. Entonces intuí unos labios femeninos que humedecidos por aquel vino irrepetible, se acercaron y me besaron apasionadamente embriagándome con el arrebatador aroma de la inmortalidad.

Con el hechizo de aquel vino y aquel beso, que enseguida reconocí, abrí los párpados y vi a Afrodita en todo su esplendor. Tras mirarla a los ojos, volví a besarla larga y lentamente ajeno a la clepsidra que ya había dejado de contar el tiempo.

Cómo se produjo nuestra apoteosis, incluida la de Arión, y nuestra ascensión al Olimpo, es algo que no voy a narrar, pues como demuestra la experiencia ¡Queridos mortales e inmortales! es bueno y aconsejable mantener un poco de intimidad en nuestras vidas privadas ¿No estáis de acuerdo conmigo?



Las Musas no dejan de servir copas de oro llenas de vino y bandejas de fruta en la gran mesa de jade donde estoy sentado junto a los Doce Olímpicos y numerosos dioses, semidioses y héroes. No lejos de mí veo a Teseo hablando con Helena y a Pandora intentando entablar una conversación con Prometeo. Pronto empezará un gran banquete al que asistirán mis padres. Zeus me ha colocado junto a Afrodita y tanto Hefesto como Ares han tenido que tragarse su orgullo y soberbia, ya que el portador del rayo, que cada día es más implacable, ha anulado el matrimonio de la Celeste con el Venerable Cojo y ha ordenado que se celebre nuestra boda lo antes posible. Odiseo ha sido el primero en reírse al ver la cara que puso Ares cuando Zeus le exigió que se mantuviera alejado de Afrodita. Me imagino que a partir de ahora esa encarnación de la violencia ciega y destructiva dejará de requebrar a mi amante. Me conmoví cuando Atlas levantó su cimbria para brindar por nuestra felicidad. Sonreí cuan-

do Atenea me preguntó si había traído un pellejo de oinujo. Me escandalicé cuando Iris y Artemisa se entrelazaron sus blancos y delicados brazos con sendos cálices en sus manos e invitaron a repetir el provocador ¡Viva la más bella y Fritz! tras lo cual bebieron el néctar con oblicuas y herméticas miradas. Con su ocurrencia, armaron un pequeño alboroto, incluso se temió lo peor, pero pronto las aguas volvieron a su cauce gracias a la afortunada intervención de Cronos — el abuelo de la alborotadora Eris—, que en esos momentos emanaba serenidad y reconciliación por todos los poros de la piel. Sileno quiso venir a saludarme pero llegó tan ebrio al Olimpo que, nada más levantarse de su cojín, perdió el equilibrio y volvió a desplomarse sobre su triclinio. Está sentado al lado de Pan y de Quirón y ya ha intentado varias veces meter mano a las Musas y a las augustas diosas. Estoy un poco nervioso ya que, junto a los caldos de Dionisio (que ahora me trata como a un hermano, lo mismo que su esposa Ariadna) el néctar y la ambrosía, los querubines han empezado a traer en amplios y lujosos recipientes de plata comidas que yo calificaría de paganas. El manjar estrella — y que me han dicho que tengo que probarlo—, son unos cochinitillos asados a los que han introducido manzanas en la boca y que han sido preparados por unos cocineros, llamados aquí restauradores, que estuvieron buscando los mejores marraños del mundo en los campos de encinas de Tartessos.

Afrodita me ha dicho que no va a probar la carne de ese jabalín ya que una vez comió —para complacer a los restauradores—, manitas de cerdo con frambuesas, consideradas aquí el mejor alimento para embellecer la piel, y la salió tanto aceite en todo el cuerpo que parecía que había brotado de un olivo. Ella, que tan orgullosa está de haber nacido entre la espuma del mar, prefiere seguir tomando el néctar y la ambrosía para —me cuenta— ser siempre la que mejor olor desprende del Olimpo.

¡Atención! se acaba de poner de pie Zeus y ha tocado con su rayo tres veces en un disco de platino. Se ha hecho un silencio total y me está mirando fijamente a los ojos. Creo que va a hablar. Sí, está abriendo la boca y dice:

—Fritz, durante toda tu vida lo único que has tomado es vino, oinujo, aceitunas y uvas. A partir de ahora, se va a terminar tu castigo y vas a poder degustar todo lo que te apetezca. Yo te nombro, y pongo por testigo a todos los dioses, Omnívoro Sin Remordimientos... espero que sepas hacer honor al título que te acabo de conceder. Para que tu investidura entre en vigor, tómate inmediatamente un delicioso trozo de cochinito, alimentado con dulces y amargas bellotas de Tartessos, y dime qué te parece.

En ese momento llegó Eva, la Pandora de los hebreos, y, tapándose con una hoja de parra el monte de Venus, me acercó con la otra un plato de oro, con sus respectivos cuchillo y tenedor, con la parte más tierna del cerdito a cuyos bordes había patatas, tubérculo que al parecer cultivaban los atlantes.

—¡Pruébalo, que estamos impacientes!—dijo Zeus lanzando un rayo que debió de caer en el mar, ya que se iluminaron los ojos de Poseidón.

Partí una tajada con el cuchillo y la atrapé con el tenedor. Nada más poner en contacto con mi lengua aquel pedazo de tierna y jugosa carne rosada, la boca se me hizo agua y, dejando los cubiertos encima de la mesa, agarré con las dos manos una pata del lechón y, lo comí con tanta avidez y delectación que sentí, por primera vez en mi vida, que dejaba de ser un robot y me convertía en un hombre íntegro: aquel que comparte caminos —terminando todo lo que comienza con belleza— con los pioneros de la civilización.

Zeus se alegró y levantó su cáliz para que todos brindásemos por mi boda con Afrodita y mi nueva credencial de Omní-

voros Sin Remordimientos, galardón que compensó con creces todas las medallas que no pude ganar en los Juegos Olímpicos.

Resonaron el chocar de cientos de copas y se mezclaron, cual música celestial, las exclamaciones de fiesta y alegría de aquellos dioses y héroes que se habían congregado para festejar un momento irrepetible.

Después, Zeus volvió a ponerse en pie y dijo:

Antes de que vengan los padres de Fritz, hay que decidir las nuevas reencarnaciones. Hay dos previstas a corto y a medio plazo: la primera es un poco dura, ya que el enviado morirá en la cruz. Debe ser el mejor de todos nosotros. El que más cariño haya mostrado a los hombres. Deberá llevar un mensaje de amor, justicia e igualdad a todos los rincones de la tierra. El segundo, irá después. Las Musas le soplarán un libro sagrado en una cueva. Este debe ser un guerrero. Su misión es que las mujeres lleven velo. Éste deberá luchar mucho más que el otro, pues se enfrentará con un demonio lujurioso al que se le ocurrirá, después de pasar una noche de juerga con Sileno, inventar la Danza de los Siete Velos. Lo de satanás ya está decidido. Parte del trabajo lo hizo Fritz en el Hades y nadie mejor que el marido de Perséfone para meter miedo a esas criaturas del infeliz de Prometeo. Como ayudantes del diablo, ya que el no podrá hacer todo el trabajo, irán Sileno y Pan. Me imagino que estos dos se lo pasarán muy bien en la Tierra, ya que su gozo es infinito cuando convierten en pecadores a los santos y montan a las ninfas que se esconden en los frondosos bosques.

Tras avisarnos de sus planes, su rostro cobró una expresión de gravedad y continuó:

—¡Voluntarios! ¡Ahora hacen falta voluntarios! ¿Quién quiere ser el Mensajero de la Cruz y el Enviado de la Media Luna?

En ese momento, todos los dioses empezaron a silbar y a mirar al techo y ninguno fue capaz de levantar la mano para ir a la tierra a arreglar las cosas. Cuando esa escena se alargó

demasiado, Zeus perdió la paciencia y, dejando atrás los modales y los preámbulos, se dirigió a Prometeo:

—Y tú ¡Amado Prometeo! ¿Tampoco quieres ir tú a la tierra a salvar a la humanidad? ¿Tan cómodo te ha vuelto la vida del Olimpo?

Prometeo se sintió herido con esas palabras y le respondió:

—Yo ya he padecido mucho y no aguanto el sufrimiento. ¿Ya te has olvidado del tiempo que pasé en el Cáucaso soportando como me devoraba las entrañas el maldito buitre que me enviaste para descargar tu odio y cólera contra mí? ¡Me niego a ir! ¡Manda a otro! Te había perdonado, pero ahora debo repensar mi decisión, ¿Por qué quieres que baje a la tierra y termine en la cruz? ¿Qué te he hecho ahora? ¡Dime, demuéstrame que eres inteligente! ¿Por qué ese final? ¿Para qué vale la cruz? ¿Qué sentido tiene sacralizar el tormento como único camino para la salvación? Busca a otro para que se cumpla tu voluntad, conmigo no cuentas.

Al escuchar estas palabras, Zeus se calló y, buscando otra víctima entre los congregados, se dirigió a mi que ni siquiera me había dado tiempo a estrenar mi matrimonio.

—¡Fritz! Estás de suerte—dijo—. Te propongo, como el mayor reconocimiento que puede recibir un hijo del demiurgo, que bajes a la tierra y seas El Enviado al que las Musas soplarán un libro sagrado.

—¡Yo! —contesté sobresaltado—. Me imagino que será una broma de mal gusto. Conozco tus planes por las hespérides y no me agradan nada. ¿Quieres que vaya a mentir a la tierra? ¿Que diga a los hombres de la Media Luna que les esperan las huríes? ¿Que les prohíba tomar carne de cerdo cuando acabo de comprobar lo exquisita que es? ¿Que mis esposas se cubran el rostro mientras mis enemigos enseñan a las diosas a bailar la Danza de los Siete Velos? ¿Que me convierta en un guerrero para difundir un mensaje que aborrece

Prometeo? ¡No, Zeus, no! ¡Búscate a otro! No te será difícil. Y si nadie quiere bajar al polvo, escoge a uno que haya nacido allí. Siempre encontrarás a alguien con brotes esquizofrénicos que se crea lo que le digas y te obedezca.

—¡Basta ya, Fritz!—gritó Zeus—. No tolero más rebeliones en el Olimpo y mucho menos encabezadas por tí que acabas de llegar. Si vuelvo a oírlos a ti y a Prometeo hablar como lo estáis haciendo, os mando sin contemplaciones al Hades. Seguro que mi hermano se alegrará nada más verte y...

Dionisio, que ese día había recibido la orden de mi padre de apaciguar toda disputa que surgiera en el banquete, dijo con firmeza, como por si su boca hablase el demiurgo que me moldeó con sus manos: ¡Se acabaron las trifulcas! ¡Hoy es una jornada de fiesta! ¡Dejemos las peleas para otro momento! ¡Ahora que empiece, sin dilación, la música! He recibido un mandato superior del Altísimo¹¹⁴ y todos, sin excepción, estáis conminados a bailar, en honor a nuestro invitado y a la Celeste, la etérea y divina Danza de las Nalgas¹¹⁵.

Afrodita Kalispigia¹¹⁶ fue la primera en iniciar la danza y el resto, contagiado por la alegría de Eufrosine, siguió el ritmo que la Celeste marcaba agramando con gracia sus voluptuosas nalgas lo que llevó el júbilo, sin proponérselo, a los rostros y corazón de los olímpicos.

Al cabo de un rato, Zeus, que se había roído su cólera a regañadientes, se animó y se golpeó con tanta fuerza los glúteos que pronto la sangre le bajó a la zona sacra y su rostro

114 Mi padre medía unos treinta codos de altura.

115 Era una danza que se bailaba en la antigua Creta y que estaba destinada a fortalecer los músculos de las piernas y de los glúteos. Los danzantes daban saltos rápidos y se golpeaban con el talón derecho la nalga izquierda y luego, con el talón izquierdo, la nalga derecha, apoyando solo un pie en el suelo. Era una danza muy vistosa que, además de su carácter festivo, ayudaba a mantener en excelente forma física a hombres y mujeres.

116 Kalispigia: La de hermosas nalgas.

recobró su color natural. Al son de la música de Sileno y de las bacantes se empezó a olvidar, o por lo menos a mí me lo pareció, que había sido cuestionada su omnipotente e infalible autoridad moral.

Cuando la danza saltarina arrancó las carcajadas de los olímpicos y las olímpicas (yo también intenté seguir los brincos, a la pata coja, de Afrodita Kalispigia), aparecieron, cual aguafiestas, mi padre y mi madre, vestidos con largos peplos blancos que les llegaban hasta los pies.

Pronto las cosas volvieron a la normalidad y se interrumpió el baile. Mis progenitores ocuparon los dos tronos más importantes de la mesa y se siguió un estricto protocolo. A su derecha se sentó Zeus y a su izquierda, Hera. Yo me quedé mirando sus máscaras como hipnotizado —aquellas que había visto en sueños un millón de veces—, y me estremecí al comprobar el respeto que imponía su presencia entre todos los dioses.

Con una meliflua voz que no sabría decir exactamente de donde venía, mi padre se dirigió a mí con estas aladas palabras:

—Me imagino que estarás esperando que tu madre y yo nos quitemos la máscara ¿No es así, Fritz?

Yo en ese momento me quedé petrificado y no pude articular sonido alguno. Sólo sentía la cálida mano de Afrodita que apretaba sicalípticamente la mía transmitiéndome una energía sexual tan devastadora que no pude evitar, en circunstancias tan embarazosas, tener una brutal erección.

Como no respondía, mi padre hizo un gesto a mi madre y ambos se quitaron lentamente sus máscaras.

Al instante, todos mis músculos se contrajeron y una tensión, como jamás había sentido en mi vida, convirtió en mármol mi cuello, hombros y espalda. Estaba tan rígido con la vi-

sión de sus verdaderos rostros que, aunque intentaba mover la lengua para hablar con ellos, ésta no me obedecía, tal era la mordaza que se había puesto a si misma.

De repente, unas manos balsámicas empezaron a masajearme los músculos y estos se soltaron pausadamente produciéndome tanta alegría y felicidad en todo el cuerpo que no pude evitar esta exclamación: ¡Qué maravilla! ¡Esto sí que es el paraíso!

Volví la cabeza para ver quien era mi benefactor y casi me muero de un infarto al encontrarme con El Jeroglífico.

Todos los dioses se echaron a reír y mi padre, lanzándome la máscara, me dijo:

—¡Fritz, cógela!

Arión piafaba y relinchaba a mi espalda.

La Celeste me besó en la boca y los olímpicos, que habían mezclado néctar con oinujo, reanudaron la sagrada Danza de las Nalgas inmortalizando mi enlace de esa forma tan excéntrica con Afrodita Kalispigia.

THE END

EPILOGO

Sé que me han erigido una estatua de bronce en la avenida de los personajes gloriosos de Atenas junto a Cítia, Anhura y Nefer. Cuando paséis junto a mi no os olvidéis ¡Oh, queridos mortales! de encenderme incienso y poner en mi pedestal olivujo, una rama de olivo y un racimo de uvas.

Os estaré viendo desde arriba y me sentiré feliz cuando alguna ninfa acuda a mi lado pidiéndome que la ayude a encontrar el amor. Debe besarme sin miedo en los labios, cerrar los ojos y soñar con que Eros pronto llamará a su puerta.

El demiurgo, con el que ya he discutido varias veces, quiere dar vida a mi escultura dentro de medio milenio y colocarme en un lugar que ahora se llama Roma. Ese pueblecito, que ha nacido con la aspiración de convertirse en una segunda Troya, fue fundado por Eneas poco después de abandonar a la bellísima reina de Carthago, Dido.

Mi padre dice, a pesar de mis quejas, que no me preocupe, que no estaré sólo, y que Afrodita se cruzará en mi camino con el nombre de Venus.

Me imagino que lo que me dice no es más que una broma de pésima gracia aunque ya ha hecho dos figuras de barro a las que ha puesto el nombre de Nerón y Séneca. Como en el Olimpo el tiempo no existe, me temo que cualquier día beba más de la cuenta y que junto a mi madre insuflé vida a esos dos desconocidos que sospecho se plegarán a los designios del cielo, cumpliéndose la voluntad de Zeus.



NOTA DEL AUTOR

Esta obra se comenzó a escribir en Seúl (Corea del Sur) el 10 de febrero de 2008. Fue terminada en Shanghai (China) el 19 de marzo de 2011 en una época en la que un mundo se deshacía y otro aparecía. Fue revisada por última vez en enero de 2014 en Carthago Nova (Cartagena), a cuyas costas he llegado arrastrado por los vientos del este y del oeste.

Que así conste en los archivos de Tartessos.



ÍNDICE

Prólogo	13
I.....	17
II.....	61
III.....	91
IV	103
V	127
VI	157
VII	179
VIII	219
IX	251
Epílogo.....	277





